

El proyecto "Hacia una Historia de las Prácticas Electorales en México, siglo XIX" surgió a finales de 2010 y se desarrolla en el Instituto Mora, auspiciado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Programa de Ciencia Básica), con la participación de un grupo interinstitucional de investigadores que exploran nuevos acercamientos a la historia política y electoral.

Libros publicados en el marco del proyecto:

Fausta Gantús (coord.), *Elecciones en el México del siglo XIX. Las fuentes*, México, Instituto Mora, 2015.

Fausta Gantús y Alicia Salmerón (coords.), *Prensa y elecciones. Formas de hacer política en el México del siglo XIX*, México, Instituto Mora/Instituto Federal Electoral, 2014.

Ángel Omar May González, *Los primeros años de la posrevolución en Campeche (1921-1929)*, México, Instituto Mora, 2013.

Leonardo Márquez fue la presa más codiciada que pudo escapar de la justicia republicana tras la caída del Segundo Imperio, 28 años más tarde, siendo ya un anciano, Porfirio Díaz, su otrora adversario de armas, le otorgaría el permiso de volver desde su exilio en La Habana para morir en suelo mexicano. No pocos protestarían, se alarmarían y, también, aprobarían la concesión hecha al viejo general imperialista.

Alrededor de esta anécdota, este libro teje un estudio sobre la prensa que se expresó a favor o en contra del regreso de Márquez, comprendiendo que la agria polémica que se generó —la cual no estuvo exenta de abandonar las páginas de los periódicos para trasladarse al zafarrancho callejero, al ministerio público o a la cárcel— tuvo motivaciones más profundas que el retorno de un personaje ya insignificante desde el punto de vista político. Inscribiéndose en los aportes de la historiografía política reciente, el presente trabajo va más lejos de la indagación acerca de las motivaciones ideológicas que guiaron a los diversos diarios que se involucraron en la reyerta: a partir del análisis de los editoriales, los encabezados y las gacetillas de los periódicos estudiados, muestra cómo la actuación de dichos diarios, con todas sus hipérboles y contradicciones, se hallaba vinculada de manera inseparable con un sentido político. Por ello, personajes como José Yves Limantour, Joaquín Baranda, Rosendo Pineda, Ignacio Escudero o Francisco Bulnes desfilan a lo largo de estas páginas entreverándose con periódicos y periodistas para formar un fresco que da cuenta de los alcances y los límites que podía llegar a tener la prensa en la vida política mexicana de finales del siglo XIX. En fin, un novedoso estudio sobre prensa y política en el cual texto y contexto son indisolubles.



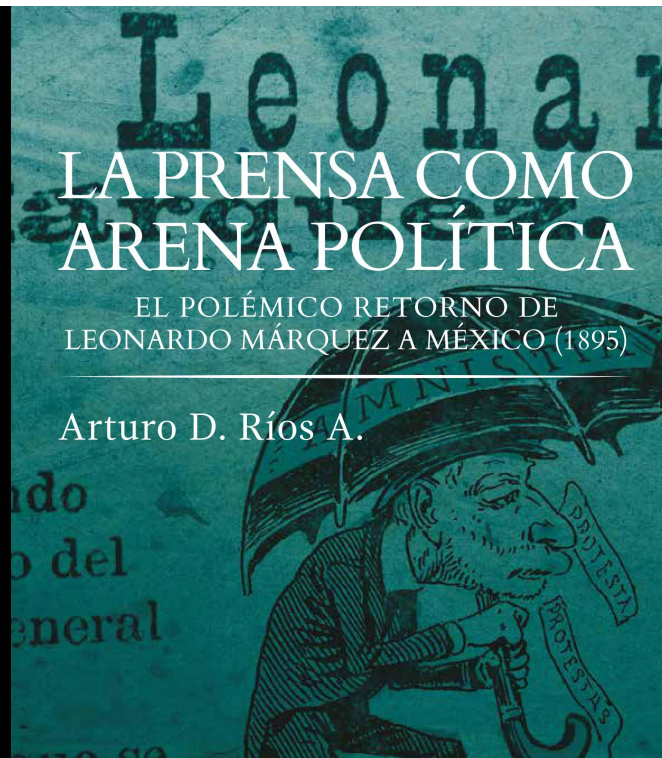
LA PRENSA COMO ARENA POLÍTICA  
EL POLÉMICO RETORNO DE  
LEONARDO MÁRQUEZ A MÉXICO (1895)

Arturo D. Ríos A.

# LA PRENSA COMO ARENA POLÍTICA

EL POLÉMICO RETORNO DE  
LEONARDO MÁRQUEZ A MÉXICO (1895)

Arturo D. Ríos A.



Arturo D. Ríos A.

Licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Actualmente realiza estudios de maestría en la misma casa de estudios. Ha colaborado en algunos proyectos de investigación acerca de historia política e historia de la prensa. Ha publicado textos de divulgación cultural. Es autor de los artículos "Los San Lunes de Fidel en La Colonia Española" (2013); "Conflictos y alianzas en la prensa de la ciudad de México con motivo del regreso de Leonardo Márquez, 'el último fantasma del Imperio' (1895)" (2013); "'Qué quiere usted, soy mexicano'. Llegada a México del general Leonardo Márquez. Por Ángel Pola" (2014).

historia  
política





# LA PRENSA COMO ARENA POLÍTICA

EL POLÉMICO RETORNO DE  
LEONARDO MÁRQUEZ A MÉXICO (1895)

---

Arturo D. Ríos A.

*historia*  
política



DEWEY	LC
079.72	PN4967
RIO.p	R5

Ríos A., Arturo D.

La prensa como arena política : el polémico retorno de Leonardo Márquez a México (1895) / Arturo D. Ríos A. – México: Instituto Mora, 2015.

Primera edición

170 páginas; 23 cm.- (Historia política)

Incluye referencias bibliográficas (páginas 159-165) e índice

1. Márquez, Leonardo, 1820-1913. 2. Prensa – México (D.F.) – Aspectos políticos – Historia. 3. Periódicos mexicanos – Aspectos políticos – Historia. 4. El Universal (México, D.F.) – Aspectos políticos – Historia. 5. El Monitor Republicano (México, D.F.) – Aspectos políticos – Historia. 6. El Demócrata (México, D.F.) – Aspectos políticos – Historia. 7. México – Historia – 1867-1911 – Opinión pública. I. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (México D.F.).

Imagen de portada: ilustración elaborada por Rodrigo Salmerón con base en “Los pros- critos. Liberales y conservadores” (detalle), *El Hijo del Ahuizote*, 7 de julio de 1895.

Primera edición, 2015

D. R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

Calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac,

03730, México, D. F.

Conozca nuestro catálogo en <[www.mora.edu.mx](http://www.mora.edu.mx)>

ISBN:

Impreso en México

*Printed in Mexico*

## ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción	11
1. Congruencia política e inconstancia ideológica.	
El regreso de Leonardo Márquez a través de <i>El Universal</i>	19
“El tiempo no es una esponja que se embebe los crímenes pasados”. Márquez frente al jacobinismo de <i>El Universal</i>	21
“En plena paz y prosperidad huelgan los odios y los rencores”. Márquez ante el positivismo de <i>El Universal</i>	34
El grupo “científico”, <i>El Universal</i> y las razones de su ambigüedad	42
2. Entre radicalismo ideológico e irrelevancia política.	
El regreso de Leonardo Márquez a través de <i>El Monitor Republicano</i>	58
La ideología jacobina contra el <i>Tigre de Tacubaya</i>	60
Menos ideología, más política. La organización del descontento liberal	73
3. La prensa, foro ilustrado o espacio para la lucha política.	
Las batallas de <i>El Demócrata</i>	95
Introducción. Lenguaje y política en los duelos periodísticos	95
Prensa política <i>versus</i> prensa independiente	102
<i>El Demócrata</i> . Línea editorial y vínculos políticos	113

La prensa como continuación de la guerra ministerial por otros medios	134
Epílogo	150
Consideraciones finales	153
Fuentes consultadas	159
Índice onomástico	167

-Es periodista- agregué-.

-Sí, ya lo sé; y es capaz de ser otra cosa peor.

Emilio Rabasa

No son las noticias las que hacen el periódico  
sino el periódico el que hace las noticias.

Umberto Eco





## AGRADECIMIENTOS

Nada más feliz que agradecer a quienes han hecho posible esta publicación. Desde luego y en primer lugar, al Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y al proyecto Hacia una Historia de las Prácticas Electorales en México, Siglo XIX; no sólo confiaron en este trabajo sino que han sido lugares de profundo aprendizaje. En particular, y por las mismas razones, a Fausta Gantús, coordinadora del proyecto, así como a Alicia Salmerón.

A María Dolores Lorenzo, Alicia Salmerón, Fausta Gantús, por la atenta lectura que hicieron de una versión anterior de esta investigación. Los consejos que me brindaron han hecho de este un trabajo mejor. A Lilia Vieyra le debo, además de la lectura y entre otras cosas, el gusto inicial por el estudio de la prensa decimonónica. Un agradecimiento especial para Ana Rosa Suárez Argüello, quien me dio el primer impulso en el camino que culmina o se interrumpe con esta publicación y que fue una guía tan constante como flexible. A la Universidad Nacional Autónoma de México, siempre.

No quiero dejar de reconocer la importante contribución de quienes dictaminaron este libro, sus comentarios y sugerencias dieron forma final a las siguientes páginas.

A los amigos (dónde metería uno su existencia sin amigos), de manera bien especial a Harlen Vega por su pacientísima lectura y jocoseria compañía. A Pamela Amancio, por el apoyo. A Ana Laura Aguirre, Anamario Queijeiro, César Aguirre, Damián y Fabián Aranda (Calderones de la Barca, si los hay), a Raymundo Visuet, Rodolfo Villagómez, Rodrigo Mendoza, Alex Ríos, por el tiempo.

Sobre todo y antes que todo, a mis papás. Tuve mucha suerte. A mis hermanos, a mis sobrinos.

Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto de investigación *Hacia una Historia de las Prácticas Electorales en México, Siglo XIX*, financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología a través de su programa de Ciencia Básica (Fondo SEP-CONACYT, proyecto No. 154423).

## INTRODUCCIÓN

El militar de mayor grado que defendió al imperio y pudo escapar de la justicia republicana fue Leonardo Márquez. A diferencia de otros jefes, como Tomás Mejía o Miguel Miramón –por no hablar del mismo emperador– a quienes comúnmente se les consideró errados en lo político pero dignos en lo personal, arrastraba una reputación dolorosa. Inspiraba, casi con unanimidad, los peores conceptos. Aunque él siempre lo negó, la mayor parte de la opinión pública lo responsabilizaba por las “matanzas de Tacubaya” (1859). Asimismo, se le atribuía la orden –que tampoco reconoció jamás– por la cual se fusiló, fuera de toda ley, a Melchor Ocampo (1861). Los liberales tampoco olvidarían que ese mismo año mandó fusilar a Leandro Valle y abatió a José Santos Degollado, el “héroe de las derrotas”.

Una vez que Maximiliano y sus generales fueron aprehendidos en Querétaro, la ciudad de México se convirtió en la última ciudad de un imperio ya prácticamente inexistente. Al frente de la defensa se encontraba Márquez. El 19 de junio de 1867, día en que Maximiliano, Miramón y Mejía fueron fusilados en el cerro de las Campanas, Márquez entregó el mando al general Ramón Tavera para que efectuara la capitulación. Él mismo no podía hacerlo porque, según las leyes republicanas expedidas en tiempo de guerra y los rencores acumulados en su contra, merecía sobradamente la pena capital. Permaneció escondido durante seis meses en el corazón de la ciudad, seguramente ayudado por familiares y amigos de confianza. Un día salió de su refugio vestido de arriero. Tomó caminos perdidos para llegar a Veracruz donde, gracias a Victoria Tornel de Segura, Jorge de la Serna y el doctor Adolfo Hegewisch, pudo permanecer quince días oculto en la casa de este último hasta que pudieron arreglar su partida en un barco algo-

nero procedente de Nueva Orleans, cuyo capitán les cobró 1 000 pesos en oro americano a cambio de llevarse al “perseguido político”.

De esta manera, el general inició un largo y solitario exilio en La Habana. Transcurrieron 28 años con sus ires y venires antes de que Porfirio Díaz, su otrora adversario de armas, le brindara el ansiado permiso para volver al país.

Algunos testimonios refieren que, al regresar a México, Márquez producía resquemores entre algunas personas que pasaban a su lado, quienes estaban convencidas de que había sido el principal responsable de algunos de los hechos más lamentables ocurridos durante la década de guerra civil que vivió el país. Había quienes, decididos a no olvidar, al encontrarlo en un restaurante o en el teatro, preferían retirarse antes que compartir algo con el viejo e ilustre conservador repatriado. Aun así, Márquez permaneció quince años en la ciudad de México, asistiendo continuamente a misa, al panteón para visitar a compañeros y adversarios que se habían adelantado y, en muchas ocasiones, al teatro.

El regreso de Márquez a un país que le era propio y ajeno al mismo tiempo, me parece fascinante. Sin embargo, no es en sí mismo el objeto de estudio de este trabajo. Y es que, por las fuentes disponibles, pero sobre todo por la carencia de poder político que tuvo al volver a México, en sí mismo me parece un tema mucho menos relevante para la historiografía –o al menos para la historiografía política– que para otras ramas del conocimiento como, por ejemplo, la literatura. En efecto, no creo que sea estrictamente personal el hecho de que su retorno, sus visitas al teatro, los desaires que se le hacían, me recuerden a Otto Dietrich zur Linde, el torturador y asesino del cuento de Borges que, un momento antes de morir, turba a sus contemporáneos al decirles que él, el abominable, también se había detenido a contemplar lleno de gratitud y ternura las mismas obras de arte que ellos. Quiero insistir: me parece un tema bien interesante, pero no desde la perspectiva de la historia política, que es lo que he pretendido hacer aquí.

En realidad, esta investigación parte del contraste entre el insignificante o nulo poder político que podía tener el viejo general y la importancia, no sólo simbólica, que le atribuyeron los periódicos de la época, que en absoluto eran ingenuos al respecto. ¿Por qué el permiso que recibió Márquez como una dádiva –a sus 75 años y en el momento de mayor estabilidad del régimen porfiriano– provocó, por ejemplo, que llegara a discutirse si el partido conservador reverdecía con la presencia del *Tigre de Tacubaya*, si con él en México se alentaba la continuación de la guerra de Reforma?

He procurado, pues, desentrañar el sentido político de aquel contraste, entendiendo que la prensa no sólo, y en muchas ocasiones ni siquiera prioritariamente, respondía a intereses de orden ideológico, sino que desempeñaba un papel político.

De tal modo, si resulta oportuno estudiar el debate periodístico que se llevó a cabo en aquella coyuntura, no es porque de vele un rasgo esencial para la cabal comprensión del general conservador, sino porque, como espero demostrar, abre una fisura desde la cual es posible analizar la subyugada, pero al mismo tiempo animada, lucha ideológica, política e incluso estilística que se llevaba a cabo desde las páginas de la prensa en el contexto de un régimen autoritario que para las postrimerías del siglo XIX ha sido descrito, en algunas ocasiones –cada vez menos, es cierto–, como monolítico. En otras palabras, en este trabajo la prensa es más el objeto de estudio que su fuente de información; el polémico regreso de Márquez como el punto de fuga a partir del cual es posible analizar los argumentos y la lucha política que se llevaba a cabo a través de las páginas de los periódicos.

La historia política ha gozado de un nuevo impulso en las últimas décadas, tanto en lo que se refiere al interés que despierta, como a los enfoques y métodos de que han echado mano los historiadores para revalorar ese pasado. Síntoma de ello es que ya se han elaborado balances que ajustan cuentas con los éxitos, carencias y confusiones que ha arrojado la “nueva historia política”.<sup>1</sup> Esta investigación quiere situarse en dicho momento historiográfico.

Si bien es cierto que este renacimiento de la historia política abreva en temas y fuentes ya tratados anteriormente por la historiografía, también lo es que ha puesto mayor énfasis en el estudio de los grupos conservadores (que durante mucho tiempo permanecieron peor que olvidados, estereotipados), de sus proyectos, en fin, de la heterogeneidad que cabe dentro de la etiqueta “conservador”.<sup>2</sup> Por ende, ha procurado estudiar la vida política despojándola de la trascendental dicotomía “liberal-conservador” que, en el caso mexicano, ha llegado a ocultar más de lo que revela, para así poner atención en las coyunturas a que se enfrentaron los actores políticos, las opciones y los obstáculos que se les presentaron y las decisiones que final-

<sup>1</sup> Palacios, *Ensayos*, 2007.

<sup>2</sup> Pani, “Nueva”, 2007.

mente tomaron. No cabría esperar, por lo menos no de manera automática, que estas se mantuvieran estables en el tiempo, pues respondían a problemas concretos, que cambiaban con facilidad en un contexto permeado por la inestabilidad política (en la historiografía más tradicional, un “conservador” siempre tomaría decisiones “conservadoras”). El presente trabajo es deudor de esta perspectiva.

Charles Hale pensaba que el examen que realizó Daniel Cosío Villegas de la prensa de las últimas décadas del siglo XIX resultaba por lo menos confuso, pues la clasificó únicamente en dos grupos: la oficiosa y la independiente, razón por la cual no se detuvo a explorar con profundidad los contenidos, las discrepancias y los entrecruzamientos entre los diferentes periódicos: “Esta distinción –dice Hale– simplifica en grado sumo las realidades del debate político en esta etapa de consenso ideológico. En un periodo gobernado por el mito liberal, en que todos aquellos que tuvieran aspiraciones políticas tenían que ser ‘liberales’, Cosío nos confunde al aplicar este término solamente a una pequeña oposición.”<sup>3</sup>

No me parece, sin embargo, que la idea expresada por Cosío Villegas deba pasarse por alto con tanta facilidad. Lo que pretendió fue diferenciar a dos grupos que se hacían llamar liberales y, en efecto, coincidían en aspectos fundamentales en la construcción de sus ideas y sus discursos, pero que actuaban políticamente de un modo muy distinto: un grupo alrededor de Díaz, cuya principal preocupación era no alejarse de su gracia y otro, al que Cosío Villegas llamaba independiente u opositorista más que liberal, que observaba al gobierno con predisposición a la crítica porque pensaba que los había traicionado.

Como Hale señala, la principal preocupación de Cosío Villegas era la política y no las ideas. Desde este punto de vista, la tesis, inquietante y significativa en varios sentidos, de que el liberalismo mexicano se convirtió en un “mito unificador”, poco ayuda a esclarecer las posiciones políticas que practicaron los diversos grupos liberales que coexistieron durante el porfiriato. Dicho de otra manera, ese “mito unificador” alentó la simulación política, pues, en efecto, los más diversos intereses, posiciones y propuestas se ampararon bajo el pararrayos del “liberalismo”. En palabras de Gabriel Zaid, este fenómeno “desembocó en la mentira como sistema político, en el

<sup>3</sup> Hale, *Transformación*, 2002, pp. 37–38.

disimulo social, en la mutilación de la historia. Si el poder y el respeto están vedados a los conservadores; si lo único legítimo es ser liberales, revolucionarios, de izquierda, los ideales conservadores renacerán como liberales y todo se volverá sospechoso”.<sup>4</sup>

En todo caso, aun cuando Cosío Villegas adelantó mucho al diferenciar a los periódicos liberales según fueran oficiosos u opositores, sigo de acuerdo con Hale cuando dice que su distinción soslaya la diversidad periodística. Desde mi punto de vista, esta limitación no es tanto de índole ideológica como política. ¿No había acaso diferentes maneras de ser oficioso, de ser independiente? ¿No existían, desde 1895 y aun antes, diversos grupos en el seno del régimen porfirista que se expresaban por medio de la prensa con un objetivo marcadamente político?

Siguiendo los sugerentes trabajos de Elías Palti, me parece que el análisis de los debates periodísticos gana en profundidad y contextualización cuando se reconoce que un texto que aparece en la prensa pretende ser algo más que un medio para difundir una idea; pretende, por sí mismo, ser un hecho político que afecte y provoque a su vez otros hechos políticos. Desde esta perspectiva, es importante recuperar las distintas dimensiones del lenguaje, poniendo el énfasis en que, antes como ahora, su intención no se agota en la “función exclusivamente referencial”, que los textos, más aún en la prensa que en otros medios escritos como pueden ser los libros (debido a su inmediatez), suelen llevar una carga pragmática sin la cual es imposible comprenderlos a cabalidad. Por ello, en última instancia, resulta irrelevante caracterizar a tal o cual personaje (o periódico) como “liberal”, “conservador” o “positivista”, ya que “las ideas y conceptos se combinan siempre de modos complejos y cambiantes, cumpliendo funciones diversas y tomando sentidos variables según su contexto de enunciación.”<sup>5</sup> Lo importante sería, en todo caso, desentrañar el significado de estas etiquetas en cada contexto, aun cuando sin ellas, hay que admitirlo, seamos incapaces de comunicarnos.

Este enfoque resulta oportuno para descifrar la polémica aquí estudiada, toda vez que ella abunda en retórica, aparentes contradicciones y golpes bajos, los cuales aquí, lejos de considerarse excesos del lenguaje que enturbian el seguimiento de la historia (de las ideas), serán observados como parte central del objetivo que perseguían los distintos periódicos y, por lo tanto,

<sup>4</sup> Citado en Pani, “Fuerzas”, 2009, p. 28.

<sup>5</sup> Palti, *Invenición*, 2008, p. 24.



un aspecto fundamental para comprender lo que estaba en juego en aquel debate. De tal modo, las contradicciones en que incurrieron continuamente los periódicos no son vistas como errores sino como expresión de un doble juego, ideológico y político, al cual respondían. Para desentrañar su significado político, es necesario, entonces, “traspasar la instancia ideológica explícita, que es la que se encuentra en las notas editoriales y artículos doctrinarios, e intentar leer entre líneas, vislumbrar aquello que transitaba por detrás de las declaraciones de principios y manifestaciones programáticas”.<sup>6</sup>

Esta perspectiva tiene la virtud de apuntar continuamente a la dinámica que se produce entre el texto y el contexto. Ello permite, o mejor dicho obliga, a estar atento a lo que ocurría en ambas esferas de la misma realidad y, sobre todo, a la indisoluble e irrepetible relación que las unió. Como señala Reinhart Koselleck, “entre el concepto y el estado de cosas existe [...] una tensión que tan pronto se supera irrumpe de nuevo o parece irresoluble”.<sup>7</sup>

Algo acerca de las fuentes. Los periódicos en torno a los cuales se articula este trabajo son *El Demócrata*, *El Monitor Republicano* y *El Universal*. Los tres tuvieron un papel de primer orden en la polémica que generó el regreso de Márquez. No sólo eso, sino que se trata, como mostraré, de diarios señeros que por entonces destacaron en la discusión de los temas públicos más relevantes, y agruparon en torno suyo el apoyo o las invectivas del resto de los diarios. Los tres se consideraban a sí mismos liberales, lo cual no evitó que de continuo se enfrascaran en tremendo sainete. A fin de ganar en claridad expositiva, el trabajo está estructurado alrededor de ellos. Así, a cada capítulo corresponde de manera preponderante un diario distinto. Sin embargo, toda vez que parto del supuesto de que las disputas entre ellos traducían de algún modo los juegos de poder de los grupos a los cuales respondían, he procurado hilar en cada capítulo las principales polémicas en que se enfrascaron.

Además de recurrir a otros periódicos que suelen ofrecer las mejores pistas para clarificar las intenciones de sus colegas, he consultado otros textos de distinta índole que escribieron los protagonistas de nuestra polémica (libros de historia, memorias, biografías, un cuento). Tengo proyectado,

<sup>6</sup> Palti, “*Sociedad*”, 2003, p. 946.

<sup>7</sup> Koselleck, *Futuro*, 1993, p. 119.

para un trabajo posterior, indagar en la correspondencia que cruzaron estos hombres en el mismo momento del regreso de Márquez, a fin de comparar el lenguaje público y el privado que utilizaban los actores políticos al tratar un mismo asunto. Esto es, observar detalladamente las estrategias que eran puestas en marcha para jugar al mismo tiempo en ambas pistas.<sup>8</sup> Por lo pronto revisé el archivo de José Ives Limantour que se encuentra en el Centro de Estudios de Historia de México (CEHM), institución que lo ha puesto en línea para su consulta. Hallé una carta que tiene interés directo con este trabajo y a la que haré referencia en su momento.

En el primer capítulo analizo las contradicciones que manifestó *El Universal* respecto al regreso de Márquez pues, aunque en un principio repudió la posibilidad de que volviera al país, terminó por apoyar sus intenciones. A fin de comprender los motivos de esta errática actitud, reviso los vínculos políticos que mantenía este diario y la manera en que condicionaban sus opiniones. Para ello, estudio la relación que tenía con el grupo “científico”, ya que es un asunto que ha motivado opiniones encontradas entre los historiadores.

En el segundo capítulo señalo los argumentos que esgrimió *El Monitor Republicano* en contra del regreso de Márquez y la manera en que estos fueron variando. Espero demostrar que la transformación que sufrieron al fragor de la polémica se encontraba estrechamente vinculada a la posición política que ocupaba por entonces. En aquel momento, la prensa que no dependía de algún importante grupo porfirista y que se asumía como heredera del jacobinismo más tradicional –de la cual *El Monitor Republicano* era el representante más conspicuo–, se hallaba ante un dilema que, más temprano que tarde, tendría que resolver: su progresiva pérdida de influencia política ponía en tela de juicio su razón misma de existir. La polémica motivada por la presencia del viejo general conservador fue una dura prueba de dicho dilema.

El tercer capítulo, el más extenso de este trabajo, se centra en las disputas que propició *El Demócrata* con *El Monitor Republicano* y *El Universal*, diarios que, a su vez, eran opuestos entre sí. Con el primero sostuvo una buena relación hasta antes de la repatriación de Márquez; con el segundo, coincidió en que el gobierno hacía bien al permitirle volver. Aun así, no sólo

<sup>8</sup> Como señala Alicia Salmerón respecto a un conflicto posterior (1903) pero significativamente parecido al que aquí trataremos: “la correspondencia privada de los hombres públicos en esa coyuntura transparenta estrategias, y sobre todo, pone en evidencia las redes sobre las que descansaba, en aquella época, parte del juego del poder” (Salmerón, “Mecánica”, 2006, p. 307).

se enfrentó a ambos, sino que estos, enemigos habituales, se unieron en su contra. Aquí intentaré demostrar que el origen y desarrollo de ambas polémicas se explica por las características y objetivos con que este diario nació, lo cual lo asemejaba y hacía competir con *El Universal* tanto en el terreno discursivo como en el político. Para fundamentar tal juicio discuto con los historiadores que se han ocupado de este diario aunque sea mínimamente, pues hay quien asegura que se hallaba subvenido y quien, en cambio, piensa que era aguerrido e independiente y que si se vendió fue con posterioridad. A fin de comprender a cabalidad el tono feroz de ambas polémicas, pongo énfasis en la relación que existía en la prensa de entonces entre retórica y política, misma que en buena medida explica el triunfo relativo que *El Demócrata* obtuvo sobre sus dos adversarios.

## 1. CONGRUENCIA POLÍTICA E INCONSTANCIA IDEOLÓGICA. EL REGRESO DE LEONARDO MÁRQUEZ A TRAVÉS DE *EL UNIVERSAL*

México se había transformado entre 1867 y 1895 más, sin duda, de lo que pudo haber cambiado Leonardo Márquez. Y es que la estabilidad política que se había consolidado durante la última década había permitido que el país se desarrollara de un modo inédito en su breve historia como nación.<sup>1</sup> Estabilidad política y desarrollo económico eran, en efecto, las características más reconocidas del régimen de Díaz.

Al caer el segundo imperio, Márquez quedó marginado de lo que ocurría en México. Bien puede decirse que, aun entre los conservadores e incluso entre los imperialistas, hubo grados para la derrota. Márquez ocupó, entre los derrotados, uno de los sitios menos envidiables. Y es que durante la década de guerra civil (1857-1867) que asoló buena parte del país, Leonardo Márquez fue, para la conciencia liberal, el perpetrador de algunos de los episodios más dolorosos y deleznales: no sólo los asesinatos que mencioné con anterioridad, de los llamados “mártires de Tacubaya” (1859) y de Melchor Ocampo (1861), sino también el fusilamiento de Leandro Valle y la muerte de José Santos Degollado (1861). Al final, además de algunos episodios comparativamente menores como el apoyo que brindó a las tropas francesas que se acercaban a Puebla (1862), siendo lugarteniente del imperio habría traicionado al mismo Maximiliano (1867).

<sup>1</sup> A su llegada, entrevistado por Ángel Pola, Márquez confesó que había encontrado Veracruz “completamente transformado”, y que le había impresionado “agradablemente” el notorio progreso. Respecto al tren, manifestó: “me admira lo bien construido de esta vía [...] Cuando yo salí del país, este ferrocarril sólo llegaba a Tejería, y no había esperanzas de terminarlo. Todo esto –dijo– demuestra el adelanto de México, conseguido en los años que lleva de paz, a lo que parece que se han acostumbrado los mexicanos.” “Viaje del General Leonardo Márquez rumbo a México. Lo entrevista nuestro reporter y desaparece con él”, *El Noticioso*, 29 de mayo de 1895, p. 1.

Así, para Ángel Pola, uno de los reporteros más sagaces de la época, Márquez perteneció al grupo de aquellos a quienes podría denominarse “traidores de los traidores”. Por si fuera poco, a diferencia de varios generales conservadores a quienes podía tenerse en estima, sobrevivió. Escapó hacia La Habana para emprender un exilio que no podía ser menos que largo, acaso irreversible.

En La Habana, Márquez se dedicó a su soledad, sus recuerdos, a prestar dinero a réditos y a esperar la llegada de los barcos que procedían de México para asediar a sus paisanos en el puerto, en las calles y en los hoteles, a fin de pedir noticias y ofrecer panfletos donde defendía su pasado.<sup>2</sup> Al parecer, durante aquellos años guardó la intención y esperanza de volver a su país. Las expectativas que albergó, cabe pensar, tuvieron que variar de acuerdo con la situación política de México. ¿Qué podía esperar después de 28 años de exilio, cuando ya había cumplido 75, durante la plenitud del régimen de Díaz?

Tras recibir, en mayo de 1895, el ansiado permiso para regresar de su dilatado exilio, Márquez se embarcó en el vapor *Segurança* donde demostró, contra la opinión generalizada, que era un hombre de cultura y buen conversador. En Veracruz abordó el tren que debía llevarlo a la ciudad de México, donde se reuniría con su única familia: su sobrino Román Araujo y sus nietos que, al fin, conocerían a su célebre tío abuelo.

Para su mala fortuna, en la ciudad de México lo esperaba, además de su reducida familia, la prensa liberal; lo esperaban también, en la estación del tren, grupos de estudiantes dispuestos a protestar contra su presencia. Ángel Pola encontró en Puebla una nueva ocasión para demostrar su habilidades como *reporter*, pues en las narices de sus colegas se escapó con Márquez y en vez de tomar el camino rumbo a la capital lo acompañó a dar un paseo por Tlaxcala, para así llegar a la ciudad de México un día después de lo planeado y evitar a los periodistas y estudiantes que lo aguardaban en la estación de Buenavista.<sup>3</sup>

Si bien los manifestantes se retiraron chasqueados, lo cierto es que las protestas en la calle, pero sobre todo en la prensa, subieron de tono en los días siguientes. Juan A. Mateos, cuyo hermano Manuel pereció en Tacubaya el 11 de abril de 1859, comenzó a redactar la novela *Memorias de un guerrillero*, publicada en 1897, para desde esa trinchera dejar testimonio de que

<sup>2</sup> “Don Leonardo Márquez en la capital”, *El Universal*, 30 de mayo de 1895, pp. 4 y 7.

<sup>3</sup> Lombardo, *Opinión*, 1992, pp. 223-237.

se negaba a olvidar y perdonar aquellos crímenes.<sup>4</sup> Muchos años después, el periodista y escritor Ciro B. Ceballos recordaría el ambiente en el cual regresó Márquez:

Aquel viejecillo, octogenario casi, a quien todos miraban con insultante desprecio, era el famoso Leonardo Márquez, quien, después de padecer el ostracismo desde el año de 1867 en que escapó de ser fusilado, había obtenido permiso del Dictador para regresar a la patria. [...] A su llegada los periodistas liberales, llamándole Tigre de Tacubaya, se arrojaron contra él con furibundez insensata, tirándole mordiscos como enfurecidos perros [...].<sup>5</sup>

Es justo este asunto el que aquí nos ocupa. De entrada llama la atención que un hombre como Ceballos, que no se distinguió por su conservadurismo, llamara a las protestas de los periódicos liberales, “mordiscos” de “enfurecidos perros” lanzados con “furibundez insensata”. Sin duda, hay algo de aquel contexto que se nos escapa para comprender cabalmente el tono de Ceballos. Espero, por medio de este trabajo, clarificar las razones que pudo tener un “liberal” como Ceballos para esgrimir tales opiniones sobre otros “liberales”.

### “EL TIEMPO NO ES UNA ESPONJA QUE SE EMBEBE LOS CRÍMENES PASADOS”. MÁRQUEZ FRENTE AL JACOBINISMO DE *EL UNIVERSAL*

Durante el último tercio de 1894, las noticias que ocuparon el mayor espacio en los periódicos estuvieron relacionadas con los desacuerdos fronterizos entre Guatemala y México. El país centroamericano, convencido de que México se había apropiado de Chiapas y el Soconusco por la fuerza más que por el derecho, había invadido algunas monterías, motivo por el

<sup>4</sup> A pesar de concluir su novela con la entrada de Juárez a la ciudad de México en 1861, Mateos se las arregló para introducir el presente en el hilo narrativo y sorprenderse, poco antes de llamarlo “sabandija”, de que el “asesino tétrico, Márquez, vive todavía”, y de que el pueblo parezca olvidar los agravios. En fin: “Ese patriarca de ‘una raza de forajidos’ vive en medio de las comodidades, no le inquieta la carestía del pan ni la baja de los salarios, visita y lo visitan y diariamente es cortejado por los fantasmas de la reacción, por los obispos y por las damas consagradas a Dios, que aún llevan en sus guantes los perfumes de la Regencia.” Mateos, *Memoria*, s. a., p. 314; véase Pacheco, “Presentación”, 1991, pp. v-xvi; también Pacheco, “Inventario”, 2010, pp. 64-66.

<sup>5</sup> Ceballos, *Panorama*, 2006, pp. 183-184.

cual el gobierno mexicano llevó a cabo la debida reclamación e inició entre ambos países una tensa negociación diplomática que no excluía la posibilidad, si bien lejana, de llegar a la guerra. A la par de las discretas conversaciones que entablaron los dos gobiernos, se ventiló una batalla entre la prensa guatemalteca y la mexicana, que por momentos perdió altura y ganó en adjetivos y ofensas nacionales más que en argumentos. No hubo en México, como cabía esperar, uno solo que opinara que Guatemala tenía razón. Aun así, ocurrieron diferencias que iban desde quienes pensaban que México debía ser firme, pero haciendo los mayores esfuerzos para no abandonar nunca la vía diplomática, hasta aquellos que consideraban que no sólo tenía que obtener una satisfacción diplomática y pecuniaria por las afectaciones recibidas, sino incluso propinar a Guatemala un castigo ejemplar, presumiblemente un castigo militar.

En este contexto se supo que Márquez, desde La Habana, había enviado una nota al gobierno asegurándole que en caso de estallar la guerra estaba dispuesto a presentar su espada, así fuera como el último y más oscuro soldado: “aquel general reaccionario de triste memoria, ha ofrecido desde La Habana sus servicios al gobierno de la República, para el caso de que se declare la guerra entre México y Guatemala, manifestando gozar de excelente salud y que a pesar de su edad tiene aún la capacidad y vigor suficiente para soportar las penalidades y riesgos de una campaña”.<sup>6</sup> En su mayoría, los diarios de la capital publicaron la nota fríamente, sin prestarle demasiada importancia.

La excepción más sorpresiva a este respecto fue *El Universal*, que publicó un texto de Manuel Gutiérrez Nájera, uno de sus redactores más importantes, cronista y poeta del momento. En aquellos días, además de ser la cabeza editorial de *El Partido Liberal* y dirigir la *Revista Azul* con Carlos Díaz Dufoo, Gutiérrez Nájera extinguía sus fuerzas redactando la crónica dominical de *El Universal* y entre semana, su célebre columna “Plato del día”, en la cual comentaba asuntos de actualidad de diversa índole en tono polemista, sarcástico y, muchas de las veces, francamente burlón. Fue en esta columna donde opinó acerca del posible regreso de Márquez, si bien lo hizo en un tono directo y agresivo.

Para Gutiérrez Nájera, Márquez no debía intentar siquiera volver al país. Significativamente, las razones de ello no eran legales ni tenían que

<sup>6</sup> “El General Leonardo Márquez”, *El Monitor Republicano*, 6 de diciembre de 1894, p. 3. La nota apareció entre el 5 y el 7 de diciembre en los periódicos importantes de la capital.

ver con la conveniencia o inconveniencia política de su retorno, sino que estaban fincadas en su negra historia: “hay que juzgar a los muertos, y acaso –remataba–, sea buena y exacta esta célebre máxima: ‘hay muertos a los que tenemos que matar’. La acción penal puede prescribir; mas no por ello el delito desaparece. El tiempo no es una esponja que se embebe todos los crímenes pasados, dejando limpios a los criminales.”<sup>7</sup> Esta versión de la historia era cercana a la que los miembros del grupo “científico” daban entonces por llamar, de modo peyorativo, “jacobina”. Resumiendo, podría decirse que los jacobinos –a quienes también se ha llamado “liberales doctrinarios” (Charles Hale) o “liberales históricos” (François-X. Guerra) para distinguirlos de los “científicos” o “liberales conservadores”– ponderaban una perspectiva dicotómica de la época de la Reforma y exigían el respeto a la Constitución de 1857.<sup>8</sup>

Era la visión que criticaba Justo Sierra –entre los miembros de aquella agrupación, probablemente el historiador que gozó de mayor reconocimiento– del último tomo de *México a través de los siglos*, escrito por José María Vigil, a quien describía como “demasiado apasionado”, pues acusaba “en exceso al partido [...] reaccionario e imperialista”. Según Hale, “Sierra hubiera preferido que se diese a la Reforma un tratamiento más ‘orgánico y formal’, en un tono menos parecido al de un folleto polémico, un tratamiento que fuera más científico y menos puramente político.”<sup>9</sup> Por el contrario, cercano a la descripción que Sierra hiciera del texto de Vigil, Gutiérrez Nájera exacerbó el apasionamiento que provocaba aquel polémico personaje y procuró refrescar el drama de la guerra entre conservadores y liberales: “Guarde su espada, que quien a hierro mata, a hierro muere. Y oculte su vida, como aconseja el poeta [...] El perdonar y el olvidar, jamás obligan a hacer amistades con el delincuente [...] La instintiva justicia popular tiene razón, cuando cada año, en Sábado de Gloria, quema a Judas.”<sup>10</sup>

<sup>7</sup> Recamier, “Vuelva la espada a la vaina”, *El Universal*, 20 de diciembre de 1894, p. 2.

<sup>8</sup> Hale, *Transformación*, 2002, p. 176.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 26. Indicativo de la maleabilidad con que solía usarse el lenguaje según el contexto específico en el que se pronunciaba, es la participación de Sierra en 1891 en una arenga patriótica en conmemoración a Zaragoza. En ella, de manera contrastante con lo que opinaba en ocasiones menos encendidas, advertía al “partido reaccionario”: “el progreso es un combate; en todo combate hay vencidos: obligados perpetuamente al papel de vencedores”. Citado en Salmerón, “Partidos”, 2012, p. 145. Otro célebre historiador “científico” como Francisco Bulnes, desde otro ángulo también se manifestó reiteradamente en contra de la “historia patria jacobina”. Véase Jiménez, *Pasión*, 2003, pp. 56-60.

<sup>10</sup> Recamier, “Vuelva la espada a la vaina”, *El Universal*, 20 de diciembre de 1894, p. 2.



Como puede apreciarse, la interpretación de la historia reciente del país estaba ligada implícita e inevitablemente a la conceptualización del presente político. Así, reflexionar sobre el posible regreso de Márquez desde la versión jacobina de la historia llevó a Gutiérrez Nájera a proyectar en el presente el desenvolvimiento de aquella lucha teleológica entre liberales y conservadores. De tal modo, si la contienda fratricida se había suspendido, era tan sólo porque los conservadores estaban vencidos, pero no porque se hubiera superado un conflicto esencial. Por lo tanto, todo liberal debía mantenerse en guardia, permanecer alerta frente a cualquier indicio de insurrección conservadora, como, por ejemplo, el regreso del *Tigre de Tacubaya*:

Porque hay cadáveres desobedientes, rebeldes, levantiscos, que ponen en tela de juicio el certificado de defunción expedido en debida forma por el médico; hay cadáveres que protestan contra la ciencia y contra el Registro Civil; que se encaprichan en volver al mundo para servir de juglares, de amanuenses, de juguete a los espiritistas de medio y cuartopelo; a esos difuntos quiero reducir al orden, demostrándoles las mil y mil ventajas de su condición.<sup>11</sup>

Con todo, Recamier sabía bien que dentro del régimen servían muchos antiguos conservadores e incluso imperialistas, por lo que de manera breve y ligeramente contradictoria, añadía: “Para los que sirvieron con lealtad y buena fe a Maximiliano [la patria] no tiene odios: a los que todo traicionaron no puede recibirles con los brazos abiertos, ni fiar de ellos.”<sup>12</sup>

Lo cierto es que la supuesta traición de Márquez a Maximiliano en la primavera de 1867 no generaba consenso entre los mismos jacobinos.<sup>13</sup> Sin embargo, esta atenuante para la culpa conservadora, así fuese débil y ambigua, era necesaria para *El Universal*, que no se caracterizaba por sostener esta interpretación de la historia –a la que nosotros también lla-

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> Varios señalaban que al llegar a la ciudad de México procedente de Querétaro, Márquez había hecho lo correcto al no volver de inmediato a esta última ciudad. Atacar Puebla en vez de ello habría sido la única posibilidad, si bien lejana, de que Maximiliano y su Imperio se sostuvieran durante algunos meses más. Curiosamente, era la opinión de Vigil al redactar el volumen que mereció la crítica de Sierra: “dada la situación en que se hallaban los imperialistas, las medidas propuestas [por el emperador] eran enteramente impracticables, como lo demuestra con copia de razones el mismo Márquez”. Vigil, *México*, 1967, p. 562. Cabe advertir que esta interpretación subrayaba lo absurdo de la existencia del imperio, que no habría sucumbido merced a terribles traiciones, sino a su imposibilidad esencial en un país presumidamente liberal.

maremos jacobina aunque sólo sea por no encontrar mejor nombre– que, como hemos señalado, tenía su correlato político en la insistencia, frente al régimen, en el respeto irrestricto a la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma.

En efecto, *El Universal* era más bien reconocido por ser crítico mordaz de los jacobinos, a quienes consideraba hombres de buenas intenciones que, sin embargo, debido a su fidelidad a los principios liberales (“metafísicos”) que sirvieron de estandarte durante la guerra de Reforma, estaban impedidos para observar con claridad la situación del país, es decir, sus problemas y soluciones reales: “El espíritu jacobino es una mezcla incongruente de suprema ilusión con perpetuo y profundo desencanto. Concibe la libertad electoral y el sufragio universal y le resulta [...] cuando no la más desenfadada anarquía, el más riguroso despotismo. [...] Donde quiera que piensa crear un derecho le salta a la vista una violación.”<sup>14</sup> Lo que requería el país, según *El Universal*, no era seguir al pie de la letra una constitución que no cumpliría ningún gobierno que quisiera sobrevivir como, por cierto, no la habían respetado Comonfort, Juárez ni Lerdo,<sup>15</sup> sino formar –como de hecho había logrado Díaz– un gobierno fuerte, capaz de sacar al país de la anarquía y llevarlo por la senda del progreso:

su espíritu práctico y positivo [de Díaz] le ha hecho discernir con estupenda lucidez los factores y las causas de [la] grandeza [nacional]. Como primer elemento, la paz; para obtenerla no ha omitido medio, ni de fuerza, ni de suavidad. Como segundo factor la creación de un verdadero poder público, no escrito, ni platónico, ni metafísico, sino real, positivo y verdadero, presente y actuante en todas partes, capaz de reprimir rebeliones, de sofocar anarquías, de aniquilar ambiciones; un poder público reconocido y respetado, capaz de otorgar garantías y de iniciar el progreso en el seno del orden. Como tercer factor el desenvolvimiento de los intereses materiales.<sup>16</sup>

A la inversa, argumentar acerca de las políticas que debía seguir el régimen también impelía a enunciar, así fuera implícitamente, una interpretación de la historia. En este caso, para los redactores de *El Universal* la

<sup>14</sup> “El jacobinismo se vuelve contra el jacobino”, *El Universal*, 30 de enero de 1895, p. 1.

<sup>15</sup> Véase “El primer violador de la Constitución. *El Monitor Republicano*”, *El Universal*, 16 de febrero de 1895, p. 1.

<sup>16</sup> “El secreto del éxito. Las dotes culminantes del general Díaz”, *El Universal*, 30 de mayo de 1895, p. 1.

Constitución de 1857, tal como se encontraba, les inspiraba poco respeto. Para ellos no era el punto culminante que representaba los fundamentos mismos del país (por los cuales había luchado en contra de los traidores), sino una carta elaborada en la era anárquica de la nación, con aciertos y muchos errores atribuibles a la misma época imperfecta en que nació. Según Francisco Bulnes, seguirla al pie de la letra “dejaría a la República en peor estado que a Gomorra las olas del petróleo inflamado del Mar Muerto”.<sup>17</sup> Desde su perspectiva, había llegado el momento de ajustarla “positivamente” a los nuevos tiempos que atravesaba el país, el cual había superado por fin la anarquía y parecía instalarse a las puertas de la ciencia: “las clases superiores han abandonado la poesía por la ciencia y el jacobinismo lírico por el positivismo práctico [...] No falta más que [...] reformar la Carta sobre bases científicas. De ese modo se conseguirá que el movimiento actual se perpetúe y el progreso conquistado se consolide y acreciente.”<sup>18</sup>

Lo anterior explica que *El Universal* arremetiera de manera habitual e incisiva contra *El Monitor Republicano*, que entonces era reconocido por simpatizantes y adversarios como el campeón del jacobinismo de la época de la Reforma (*El Siglo Diez y Nueve*, el otro gran periódico liberal, hacía lustros era confesamente porfirista, lo que desde luego le restaba autoridad moral entre los jacobinos que se asumían como críticos constantes del régimen). Por aquellos días, Ramón Alva, redactor de uno de los “Boletines” de *El Monitor Republicano* –quien se alternaba cada tercer día con el joven periodista Luis del Toro–, era el blanco favorito de los escritores de *El Universal*, sobre todo de Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, que lo encontraban particularmente vulnerable debido a su irreductible fidelidad a la Constitución de 1857 y por el estilo romántico y ya algo trasnochado en que expresaba sus ideas.

En cierta ocasión, por ejemplo, Alva había escrito, al recordar la batalla del 2 de abril de 1867, en la que Díaz había vencido a Márquez a las afueras de Puebla, que “eran los hermosos días de la juventud, primavera de la vida, antorcha de la fe y de la esperanza. Parécenos aspirar todavía aquellos aromas que nos llevaban las brisas de los campos y de los bosques [...]”. Resultaba difícil –continuaba Alva en el tono que le era habitual– re-

<sup>17</sup> Francisco Bulnes, “Por qué *El Universal* no pertenece al grupo reformista y constitucional”, *El Universal*, 27 de julio de 1895, p. 1.

<sup>18</sup> “El verdadero progreso del país. Sus efectos aparentes y sus causas ocultas”, *El Universal*, 18 de abril de 1895, p. 1.

conocer a Nerón en el joven que había llorado al firmar su primera sentencia de muerte o saber que Pablo antes de santo fue el cruel Saulo. La misma impresión producía Porfirio Díaz al compararlo con el héroe que fue en otro tiempo, pues cubrió “de sombras de despotismo el brillo de sus pasadas glorias que eran glorias de libertad!”<sup>19</sup>

Desde la ventaja que ofrece la incredulidad del sarcasmo, Gutiérrez Nájera corroía la épica dramática de Alva. En un texto por el día de muertos, escribió:

el justo varón antes nombrado, no parece del mundo de los vivos. Hasta algunos hay que tienen al señor boletínista por contemporáneo de D. Carlos María Bustamante y presumen que *El Monitor* está ahora publicando las obras póstumas de ese Alva tan piadoso y tan sencillito. D. Ramón, como ya sabemos, no celebra su santo el día de los muertos; pero sí conmemora la Constitución de 57; porque si bien es cierto que la constitución física de Alva es la Constitución de 24, no lo es menos que su constitución moral es la de mil ochocientos cincuenta y siete.<sup>20</sup>

Así pues, sorprende que el artículo de Gutiérrez Nájera a que nos referimos en un inicio, lejos de ejercer una interpretación someramente positivista, donde el posible regreso de Márquez fuera un signo alentador de los nuevos tiempos de concordia, paz y progreso, hubiera sido escrito en un tono cercano al de Ramón Alva o inclusive al que 40 años atrás utilizó Francisco Zarco para bautizar a Márquez como *Tigre de Tacubaya*. Antes de explicar dicha contradicción, conviene decir algo acerca de la actitud que tomaron al respecto los periódicos que rivalizaban con *El Universal* hacia fines de 1894.

*El Tiempo*, periódico católico de Victoriano Agüeros, había sido el primero en dar la noticia el 5 de diciembre en una breve nota que se ceñía a la información sin comentario alguno. A pesar de que acostumbraba defender –en la medida de las posibilidades que brindaba el clima político– a las personalidades del viejo partido conservador,<sup>21</sup> no respondió una sola línea al

<sup>19</sup> Ramón Alva, “Boletín del *Monitor*”, *El Monitor Republicano*, 4 de abril de 1895, p. 1.

<sup>20</sup> Recamier, “Plato del día. Un concierto casero”, *El Universal*, 8 de noviembre de 1894, p. 3.

<sup>21</sup> Aun cuando Agüeros se mostraba alejado del radicalismo de las posiciones políticas que sostuvo el partido conservador durante la época de guerra, él y su diario mantuvieron relaciones personales y coincidencias fundamentales con los viejos conservadores. Véase Adame, *Pensamiento*, 1981, pp. 129-132.

duro artículo escrito por Gutiérrez Nájera. Este periódico, habituado a vivir en el contexto de un régimen que seguía las formas liberales, había aprendido a moverse dentro de sus reglas.<sup>22</sup> Esto no quiere decir que en aquellos momentos fuera porfirista sino que, a diferencia de *La Voz de México*, decano del periodismo católico que se caracterizaba por su intransigencia –aunque con el tiempo su posición tampoco permanecería estática–, procuraba participar en el debate político (por restringido que este fuera), más que criticar los principios del orden liberal y marginarse de ese modo de la discusión sobre asuntos concretos de la vida pública.<sup>23</sup>

No era, pues, conveniente, desde su delicada posición, pelear todas y cada una de las batallas, sino escoger con cuidado aquellas en las que había posibilidades de intervenir (entrar en la discusión política más allá de la radicalidad ideológica implica un cálculo de costo-beneficio en el cual se entremezclan principios e intereses).<sup>24</sup> En este caso, era fácil deducir que Márquez no volvería al país para pelear ninguna guerra, por lo que apoyar una petición tan remota sólo atraería, hacia el diario y el general, la fusilería jacobina; pero también era posible suponer que la nota en que se ponía a disposición del gobierno, aun como el más oscuro soldado, fuese sólo un paso para obtener el permiso de volver, no desde luego como militar, sino como un adversario vencido y viejo. *El Tiempo* era, además, el periódico que podía tener mejor información respecto a las expectativas reales de Márquez y su estrategia para conseguirlas, ya que mantenía una relación cordial con Román Araujo, único pariente cercano del general conservador.<sup>25</sup>

<sup>22</sup> El hecho de que hacia 1890 *El Tiempo* estuviera sólo detrás de *El Diario del Hogar* en la prestigiosa, pero no muy envidiable, lista de los diarios con más periodistas encarcelados durante el último lustro, parece reflejar esta adaptación a las circunstancias políticas del momento. En efecto, no pasaba inadvertido, ni tampoco manifestaba el régimen la intención de aniquilarlo, aun cuando el encarcelamiento de los redactores o incluso del director dificultara sus actividades editoriales y mercantiles. La cuenta de los encarcelamientos la llevó, como evidente protesta, Filomeno Mata en *El Diario del Hogar*. Véase Cosío, 1972, p. 533.

<sup>23</sup> Pani, “Democracia”, 2001, pp. 155-156; sobre los orígenes de *La Voz de México*, véase Vieyra, *Voz*, 2008.

<sup>24</sup> Manuel Ceballos Ramírez indica que hacia 1895 incluso *La Voz de México* creyó conveniente apoyar la política de “conciliación” que antes había rechazado con vehemencia, pues así pretendía nulificar la creciente fogosidad de los jacobinos que, a su vez, aseguraban temer el resurgimiento del clericalismo. Ceballos, *Catolicismo*, 1991, pp. 94-95.

<sup>25</sup> En 1887, Araujo publicó una biografía de Miramón en Tipografía de *El Tiempo*. Según Conrado Hernández, al escribirla tenía la intención de preparar el regreso de su tío. Hernández, “Militares”, 2001. Cuando Márquez volvió finalmente a la ciudad de México, Araujo salió a su encuentro junto con Agüeros, a quien Márquez dijo al abrazarlo: “tenía muchas ganas de conocer a usted, Sr. Agüeros.” “Don Leonardo Márquez en la capital”, *El Universal*, 30 de mayo de 1895, pp. 4 y 7.

Por su parte, *El Monitor Republicano*, dirigido entonces por Vicente García Torres hijo,<sup>26</sup> retomó la nota de *El Tiempo* y le añadió un breve comentario que aludía a las culpas históricas del general, pero también a un probable perdón provocado por el paso del tiempo: “Nunca es tarde para el arrepentimiento.”<sup>27</sup> La flemma del diario jacobino pudo decepcionar a algún lector, toda vez que este periódico dedicaba buena parte de sus esfuerzos a criticar los acercamientos del gobierno con el “clericalismo” y las violaciones a la Constitución que las autoridades, federales, estatales o municipales, solapaban cuando no las cometían ellas mismas.<sup>28</sup> Gracias a su perseverancia, gozaba de la estimación del resto de los periódicos liberales que ejercían una oposición en contra del régimen de Díaz, como *El Hijo del Ahuizote* de Daniel Cabrera y *El Diario del Hogar* de Filomeno Mata, que lo reconocían como autoridad moral.<sup>29</sup>

*El Monitor Republicano*, sin embargo, no pareció dar demasiada importancia al rumor del posible regreso de Márquez. Y es que en verdad costaba trabajo imaginar que pudiera volver como simple soldado para luchar en una guerra que de por sí resultaba improbable. Parece difícil pensar, incluso, que el mismo general ambicionara seriamente acudir a la remota campaña de Guatemala; en perspectiva, parece que estuviera midiendo la posibilidad de que el gobierno le permitiese regresar después. En aquel momento, empero, su retorno pudo parecer a este periódico poco más que un deseo senil, por lo que resultaba inoportuno discutir el tema con vehemencia (incluso se dio el lujo de señalar que “nunca es tarde para el arrepentimiento”), pues al hacerlo daría la impresión de que era algo factible. La

<sup>26</sup> Aunque su nombre era Vicente García Deriaz, todos lo llamaban por el nombre que llevó su padre, quien en realidad tampoco se apellidaba García Torres sino García Bosturia. Véase Celis, “Empresario”, 2001, p. 149.

<sup>27</sup> “El General Leonardo Márquez”, *El Monitor Republicano*, 6 de diciembre de 1894, p. 3.

<sup>28</sup> Abundan los artículos al respecto. Por citar un ejemplo, ante la información de que los gobernadores de diversos estados participaban en ceremonias religiosas y aun cooperaban para su realización, exclamó: “Diariamente estamos obligados a lamentar el desprecio con que se ven las leyes de la República [...] No pueden darse violaciones legales más claras, ni más patentes, ni más monstruosas. Protestamos, en nombre de la ley. Los Gobernadores de los Estados no tienen derecho para postergar las instituciones en nombre de la religión.” Luis del Toro, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 14 de junio de 1895, p. 1. No fue otro el argumento con el que a fines de ese mes se organizó el Grupo Reformista y Constitucional al que me referiré más adelante, presidido en un inicio por García Torres y que aglutinó a buena parte de la prensa liberal, con el fin de defender la Constitución de 1857. Véase en *El Monitor Republicano*, “Junta de periodistas liberales”, 29 de junio de 1895, p. 3; y “El Grupo Reformista y Constitucional”, 3 de julio de 1895, p. 3.

<sup>29</sup> Myrna Cortés Cuesta analiza el papel que desempeñaron estos tres periódicos en la prensa liberal jacobina hacia 1895, entre los que destacaba *El Monitor Republicano* por su larga historia y ortodoxia. Cortés, “Grupo”, 2002.

mejor manera de demostrar que no existía posibilidad alguna de que el más detestable general conservador retornara al país era no hablar al respecto (como veremos más adelante, algunos meses después, frente a la inminente repatriación de Márquez, *El Monitor Republicano* mudaría este tono sereno por ataques apasionados en contra del viejo general). Lo extraordinario en aquel momento fue, en realidad, que a *El Universal* le hubiera inquietado tanto el asunto.

*El Universal* esperó unos días, probablemente para observar si, como se acostumbraba, los colegas comentaban su artículo, ya fuera para recibir apoyo (previsiblemente de *El Monitor Republicano* y el resto de los periódicos afines al liberalismo reformista), o era atacado por los periódicos católicos. Al no obtener la respuesta esperada, decidió no reservarse el resto de inquietudes que albergaba, que sin duda habrían tenido mejor efecto como contestación a un ataque que nunca llegó que como segundo intento de iniciar una polémica: era muy extraño –dijo– que el aristocrático periódico *El Nacional* no hubiera muerto de inanición, como muchos auguraban; en vez de ello, había cambiado de propietario, tras lo cual cobró nuevos bríos y presentó un nuevo programa al comienzo del año. Al coincidir sospechosamente esta circunstancia con la petición de Márquez (“que él sabe que ningún gobierno honrado puede aceptar”) y con el rumor de que una dama de la elite social mexicana pretendía convertir a su esposo en el nuevo aristócrata gobernante de México, la preocupación parecía materializarse.<sup>30</sup> La conclusión: Márquez se pondría al frente de las tropas que partirían a Guatemala, volvería victorioso y pondría el ejército a los pies de la encopetada señora y su consorte. *El Nacional*, desde luego, sería el portavoz de esta lunática iniciativa. Aceptaba *El Universal* que se trataba de una hipótesis, pero –afirmó– bien fundamentada: “Coincidencias [...], que bien pueden ser hechos meramente casuales; pero que bien pudieran dar como resultado esta deducción. El antiguo partido conservador renace, se organiza y vuelve a

<sup>30</sup> No he encontrado en ningún otro lugar nada acerca de este supuesto rumor. Ningún periódico dijo nada al respecto en los días siguientes, y *El Universal* evitó volver sobre el tema. La relación de *El Nacional* con la aristocracia (faltaría analizar puntualmente qué significado tenía por entonces) parece cierta, aunque en un grado mucho menos político. Ciro Ceballos recordaba con simpatía a su director Gregorio Aldasoro, dueño del “órgano de la ‘gente decente’”. Asegura que Chicharrón –mote con el que conocían a Aldasoro–, a pesar de haber mantenido buenas relaciones con la aristocracia y ser él mismo diputado, se encontraba siempre “en una pobreza calagurritana”, razón por la cual “aunque asignaba magníficos salarios a sus redactores, nunca les pagaba”. Ceballos, *Panorama*, 2006, pp. 50-51.

la lucha, presentándose, como de costumbre, con el carácter de moderado para convertirse en sanguinario en el momento preciso.”<sup>31</sup>

Llama la atención que *El Universal* hubiera publicado un artículo que a todas luces tenía, por decir lo menos, mucho de especulativo, por no insistir en el acendrado jacobinismo de su interpretación. Lo cierto es que ni Ramón Alva se atrevía a singularizar de esta manera sus observaciones. *El Monitor Republicano*, lejos de engancharse en la intrepidez de *El Universal* para combatir el clericalismo, permaneció una vez más en silencio. Y es que, por diversos motivos, evidentes además, ¿quién podía creer que el viejo y bronceado Márquez pudiera venir desde La Habana, cual hijo pródigo, a mandar tropas? ¿De dónde se podía pensar que un supuesto grupo aristocratizante estuviera planeando un golpe para derrocar a Díaz, que debía ser ingenuo o hallarse él mismo involucrado para situar a Márquez al frente del ejército? ¿Cómo podía pensarse que generales y coroneles del ejército mexicano acatarían las órdenes del *Tigre de Tacubaya*, del lugarteniente de Maximiliano que por si fuera poco contaba ya con 75 primaveras? *El Tiempo* publicó una breve mención sobre este texto de *El Universal*: “En un editorial contra *El Nacional* arremete [...] contra D. Leonardo Márquez. Lo cual es muy libérrimo [...] Pero lo que es muy expuesto (el tiempo lo dirá) es el enojo spenceriano que hace que *El Universal* vea visiones.”<sup>32</sup>

Al parecer, aquello que en el fondo había preocupado a *El Universal* fue el “programa” –menos que eso, en realidad era el editorial de inicio de año donde los periódicos solían expresar sus motivos y propósitos– de *El Nacional* al comenzar el año: “El partido del *Nacional* responde al cliché obligado de todos estos protoplasmas de partido con su correspondiente protoplasma de programa [...] ese es el partido de los lugares comunes, el gran partido de las frases hechas.”<sup>33</sup> Dicho programa, además de informar con beneplácito que su director, Gregorio Aldasoro, se convertía finalmente en el propietario del periódico, manifestaba la necesidad de organizar “un partido que encarne las verdaderas aspiraciones de la Nación, y responda a sus necesidades actuales, políticas y económicas”.<sup>34</sup> *El Tiempo* señaló entonces que lo curioso era que *El Universal* se hubiera enfurecido tanto con el dicho programa de *El Nacional*, toda vez que lo que este sugería, era bien parecido a lo que solía expresar el grupo “científico” que –según el periódico de

<sup>31</sup> “El nuevo programa de *El Nacional*”, *El Universal*, 8 enero 1895, p. 1.

<sup>32</sup> “Política de periódico. Programas, chismes y cuentos”, *El Tiempo*, 12 de enero de 1895, p. 2.

<sup>33</sup> Monaguillo, “Luces de Bengala. *Papam habemus*”, *El Universal*, 4 de enero 1895, p. 1.

<sup>34</sup> La Dirección, “Año Nuevo. Propósitos”, *El Nacional*, 1 de enero de 1895, p. 1.



Agüeros— era apoyado por *El Universal*: “A la verdad sorprende que Monaguillo no comulgara con *El Nacional*, porque, fuera de algunos detalles, lo que quieren los *moderados* es igual a lo que quieren los *tolerantes*.”<sup>35</sup> De hecho, como veremos a continuación, esa similitud fue la causa de la molestia.

*El Universal*, es cierto, manifestaba en estos años un constante rechazo a la formación de partidos porque consideraba que, según hemos anotado, debía evitarse una división política que polarizara los ánimos y llevase al país de vuelta a la anarquía. Fue el argumento con que justificó su renuencia a formar parte del Grupo Reformista y Constitucional que se formó a fines de junio de 1895 por instancias de *El Monitor Republicano*, *El Diario del Hogar* y *El Hijo del Ahuizote*, con el objetivo de presionar a las autoridades para que cumplieran e hicieran cumplir la Constitución: “El día en que la guerra civil no sea la base necesaria de la responsabilidad de los gobiernos como lo ha sido desde nuestra Independencia, entonces habrá patriotismo en minar el prestigio de un gobierno.”<sup>36</sup> La ciencia, un saber que se preciaba de universal e imparcial y gobernaba lo social tanto como lo natural, debería ser precisamente el antídoto contra el mundo de las “opiniones” —parciales por definición— que solía ser la política.<sup>37</sup> La ciencia, pues, no conocía de partidos —división impertinente para el caso—, sino de gente iniciada en los métodos de la ciencia en contraste con aquellos, la inmensa mayoría, que no lo estaba.<sup>38</sup>

Como puede observarse, esta idea tenía un núcleo paradójicamente político, pues quienes poseyeran el conocimiento científico debían detentar el poder. *El Universal*, sin embargo, por prudencia solía mostrarse ambiguo y negar esta obvia consecuencia que se desprendía de sus argumentos, para no levantar suspicacias acerca de su lealtad hacia Porfirio Díaz: “Respecto a los científicos, como nos llama *El Tiempo*, ya hemos dicho que nos creemos grupo y no partido [...] sabemos que nuestra exigua influencia data de nuestra sumisión y no de nuestra independencia [...] nosotros... dejamos en paz al gobierno, y sólo deseamos que la Nación, por su progreso, cambie su conciencia histórica.”<sup>39</sup>

<sup>35</sup> “Política de periódico. El programa del *Nacional*”, 10 de enero de 1895, p. 2.

<sup>36</sup> Francisco Bulnes, “Por qué *El Universal* no pertenece al grupo reformista y constitucional”, *El Universal*, 27 de julio de 1895, p. 1.

<sup>37</sup> “El verdadero progreso del país. Sus efectos aparentes y sus causas ocultas”, 18 de abril de 1895, p. 1.

<sup>38</sup> Palti, *Invencción*, 2008, pp. 443-451. Véase *infra*, pp. 98-99.

<sup>39</sup> “La candidatura para Presidente de la República y los Científicos”, *El Universal*, 18 de diciembre de 1894.

Así, el presunto programa de *El Nacional* alarmó a *El Universal* porque se asemejaba a la posición que el grupo “científico” pretendía ocupar: un “partido nacional” (es decir, un partido que no lo fuera en realidad), que lograra la conciliación no por medio de la discusión política sino de su negación.<sup>40</sup> Como premisa fundamental, una fidelidad explícita y libre de ambages hacia Porfirio Díaz. Tomando en cuenta que, así entendida, dicha conciliación ya había sido llevada a cabo por Díaz, quien no permitía la formación de partidos que se disputaran abiertamente el poder, la pretensión de organizar y encabezar un “partido nacional porfirista” podía ser retórica hueca o, en clave, la aspiración de constituirse en el grupo político preponderante –ya desde entonces de cara a la inevitable pero impredecible sucesión–, sin aparecer como adversario de Díaz.<sup>41</sup> La perspicacia de *El Universal* lo hizo analizar de esta manera el “programa” de su colega y despotricar contra él.

De tal forma, dentro del creciente espectro político que se reconocía “porfirista” (es significativo constatar la cantidad de personajes que terminaron siendo porfiristas tras un pasado crítico hacia el régimen), pudo parecer que *El Nacional* quería competir por el espacio de *El Universal*. Una táctica común con la que entonces buscaban desprestigiarse los diferentes grupos por medio de la prensa era describir al adversario como un posible rival del presidente, lo cual constituía, sin duda, la maldición política por excelencia. Fue lo que intentó hacer en este caso *El Universal* al relacionar a su colega con el viejo partido conservador que volvía por sus fueros –mediante Leonardo Márquez!–, lo que en sí mismo constituía un ataque.<sup>42</sup> Para lograr ese propósito, no obstante, le fue necesario acogerse a una interpretación de la historia y del presente mexicano que solía rechazar e incluso combatir.

Su intento no fue muy efectivo porque, de cualquier manera, era difícil defender la versión de un Márquez campeón de la aristocracia de 1895. Además y sobre todo, no hay indicios de que el periódico de Aldasoro se enfrascara a partir de entonces en una lucha que persiguiera la primacía de

<sup>40</sup> En su origen (1892), los “científicos” “se habían comprometido con un proyecto de agrupación que no era un partido político, sino que su fin habría de ser precisamente el de acabar con todos los partidos.” Salmerón, “Mecánica”, 2006, p. 306.

<sup>41</sup> En 1892, el diario *La Vanguardia*, opuesto a la Unión Liberal organizada por los que serían conocidos como “científicos”, creó el Club Morelos para competir política y electoralmente con aquella. Al fundarlo, exclamaba que debía ser la base de un “gran partido nacional” donde cabrían todos aquellos que reconocieran “la jefatura del Sr. General Porfirio Díaz, y deseen seguirlo”. Salmerón, “Prensa”, 2014, p. 164.

<sup>42</sup> “El nuevo programa de *El Nacional*”, *El Universal*, 8 de enero de 1895, p. 1.

la “aristocracia” sobre otros grupos porfiristas. *El Nacional* aprovechó la ocasión que le presentaba *El Universal* para satirizar su pretendido cientificismo (“la fábula de la lechera, de un periódico positivista”), que irritaba a la generalidad de los periódicos de la época: “Pero ¿de dónde habrán sacado tan peregrinas noticias los señores de *El Universal*? Se preguntarán asombrados nuestros lectores. Pues según ellos mismos, de la *acumulación de hechos*, y, añadiríamos nosotros, por métodos de raciocinio rigurosamente científicos.”<sup>43</sup>

En *El Universal* pronto debieron caer en la cuenta de que era un despropósito insistir en una hipótesis tan poco fincada y, contra su proceder habitual, se retiraron de la polémica sin argumentar nada más al respecto. Sólo Carlos Díaz Dufoo salió a defender al periódico desde su estilo característico, en el cual eran menos importantes los argumentos que la ironía para prevalecer sobre el adversario. Se trataba de “convencer más que demostrar”.<sup>44</sup> “¿Qué yo me he enfadado porque *El Nacional* trata de armar su partidito? ¡Qué me he de enfadar, hijo! Asíciense usted, reúnase, trabaje, luche, pinche y corte. De las noventa y nueve cosas que no me importan, esa es una de ellas.”<sup>45</sup>

### “EN PLENA PAZ Y PROSPERIDAD HUELGAN LOS ODIOS Y LOS RENCORES”. MÁRQUEZ ANTE EL POSITIVISMO DE *EL UNIVERSAL*

Para comprender mejor la posición de *El Universal* respecto al retorno del lugarteniente del imperio es importante observar lo que argumentó cinco meses más tarde, cuando Márquez finalmente llegó a México, porque el asunto, en definitiva, no trascendió en aquel primer momento. No hubo guerra con Guatemala y nadie pareció tomarse en serio que el viejo militar volviera de ese modo al país. A mediados de mayo del año siguiente, sin embargo, comenzó a sonar con fuerza un nuevo rumor: el gobierno le habría concedido permiso para volver, esta vez de una manera mucho más creíble:

<sup>43</sup> “El nuevo (?) programa de *El Nacional*. Toda una novela”, *El Nacional*, 11 de enero de 1895, p. 2.

<sup>44</sup> “El fin último de la retórica –asegura Rogelio Jiménez Marce al tratar sobre la estrategia retórica de Bulnes– es obtener el apoyo de los lectores hacia las afirmaciones que se le presentan, por lo mismo no existe un compromiso, por parte del rétor, para mostrar que las aseveraciones que utiliza son verdaderas [...] Más bien, lo que interesa es que éstas sirvan para persuadir al lector.” Jiménez, *Pasión*, 2003, p. 14.

<sup>45</sup> Monaguillo, “Luces de Bengala. Con permiso”, *El Universal*, 10 de enero de 1895, p. 2.

como a un viejo adversario que quería morir en su patria. Conforme la noticia pareció confirmarse, *El Monitor Republicano* consideró que había llegado el momento de opinar. Y lo hizo, como cabía esperar, con un lenguaje muy similar al utilizado meses atrás por Gutiérrez Nájera, asegurando que ni la humillación del general reaccionario que pedía permiso al gobierno liberal para regresar a su país podría “lavar la conducta política del infidente a la patria, ni levantar un castigo que la Nación le impuso, y para el cual la ley niega todo el perdón”.<sup>46</sup> A diferencia de aquel texto aparecido en *El Universal*, cuando la repatriación de Leonardo Márquez apenas parecía un rumor sin fundamento, *El Monitor Republicano* exclamaba ante el hecho consumado: “La Historia al hojear las páginas de este diario encontrará en ellas esta solemne protesta que en la actualidad suena como una nota discordante en medio del concierto de alabanzas que forja la adulación.”<sup>47</sup>

*El Universal* que, según vimos, meses atrás había manifestado las mismas prevenciones contra el regreso de Márquez, en esta ocasión formó parte de lo que García Torres describió como “concierto de alabanzas que forja la adulación”. Gutiérrez Nájera no tuvo ocasión para contradecirse, pues para tristeza generalizada de los hombres de letras había muerto en febrero; pero ahí quedaban su compañero de redacción y literatura, Carlos Díaz Dufoo, la mordaz pluma de Francisco Bulnes y la dirección de Ramón Prida para dar la pelea. *El Universal* manifestó esta vez que el arribo de Márquez era significativo del progreso del país, el cual ya no se debatía entre liberales y conservadores, sino por el contrario, había superado, “sociológicamente”, esa etapa primitiva de su historia para llegar a otra, definitiva esta vez, que no tenía más camino que la ciencia y el progreso.

Esta nueva etapa, asimismo, brindaba luz sobre la historia, que ya no debía observarse a partir de la interpretación “metafísica”, sino “positiva”. Tan lejos llegó *El Universal* en esta interpretación, que aseguró, contra lo que hasta la fecha suele repetirse y tampoco en aquellos tiempos era moneda corriente, que Márquez y Miramón, “frutos exuberantes y maduros de nuestras pasadas guerras civiles”, habían sido mexicanos extraordinarios, brillantes; que si no fueron héroes se debió a que les tocó vivir una infausta época de guerra que los obligó a cometer errores gigantes. Si tan sólo les hubiera tocado vivir en tiempos de paz como los de don Porfirio, los gigantes habrían sido sus aciertos: “Suponed la paz y el orden, el trabajo honrado y

<sup>46</sup> “La amnistía de Márquez”, *El Monitor Republicano*, 31 de mayo de 1895, p. 2.

<sup>47</sup> “La vuelta de Don Leonardo Márquez”, *El Monitor Republicano*, 29 de mayo de 1895, p. 2.

la virtud activa, y esos dos hombres hubieran legado un nombre envidiable a la posteridad, y esas excepcionales aptitudes hubieran colaborado eficazmente al bien común.”<sup>48</sup> La conclusión de esta interpretación de la historia era que no debía traerse al sereno y promisorio presente, el encono y la anarquía del pasado: “puesto decididamente la proa rumbo al porvenir, creado elementos de prosperidad y de paz estable, no le quedaba [al país] más que cubrir con un velo el pasado, cerrar el cerrojo y dejar definitivamente clausurada la época aciaga, por anárquica, de nuestra historia”.<sup>49</sup>

Así pues, el temible riesgo que la presencia de Márquez había representado para *El Universal* poco tiempo atrás, se desinfló en menos de cinco meses hasta quedar reducido a nada. Ya no era ese hombre cruel, “levantamtuertos” al que había que recordarle, si hacía falta, que lo mejor para él era darse por muerto, sino un pobre anciano más digno de compasión o lástima que de rencor: “De aquella figura que la tradición nos transmitió siniestra y satánica, queda tan sólo un esqueleto impotente y achacoso, una momia viviente, agobiada por los años y por los remordimientos, un desecho humano, sobre el cual es inútil y es indigno ensañarse como sobre el viejo y moribundo león de la fábula.”<sup>50</sup>

Ahora que había dado un viraje radical en su opinión, *El Universal* se vio en la necesidad de atacar la versión jacobina de la historia, por lo que se dedicó a indicar sus contradicciones. Para ello, sus redactores acudieron a uno de sus recursos favoritos: descubrir la mitología ideada por el jacobinismo,<sup>51</sup> la cual no soportaba la evidencia histórica: Juárez mismo —señalaron en esta ocasión— había sido el primero en comprender que era necesaria la reconciliación con el pasado, por lo que, por ejemplo, tras la caída del imperio, bien pronto había permitido el regreso al país del arzobispo Pelagio Labastida, entonces mucho más peligroso de lo que podría ser ahora el anciano Márquez: “La prensa jacobina gritó entonces, protestó, habló de debilidad y condescendencias, recordó las conspiraciones y motines de Puebla, y amenazó con próximas e inevitables reacciones. El tiempo ha dado la razón a Juárez y ya nadie reprueba la medida. Así dará el tiempo la razón al General Díaz: en plena paz y en plena prosperidad huelgan los odios y los rencores.”<sup>52</sup>

<sup>48</sup> “Miramón y Márquez. Adiós al pasado”, *El Universal*, 31 de mayo de 1895, p. 1.

<sup>49</sup> *Ibid.*

<sup>50</sup> *Ibid.*

<sup>51</sup> Según François-Xavier Guerra, la peor afrenta que resintieron los liberales ortodoxos de parte de los científicos fue la crítica de los axiomas liberales, que habrían sido interpretados como una “ficción liberal”. Guerra, *México*, 2000, vol. 1, p. 392.

<sup>52</sup> “Miramón y Márquez. Adiós al pasado”, *El Universal*, 31 de mayo de 1895.

Quizás porque para los meses de mayo y junio *El Universal* había perdido momentáneamente el protagonismo en la agria polémica periodística que se desató a raíz del regreso de Márquez –la cual enfrentó de manera encarnizada a *El Monitor Republicano* con *El Demócrata*–, o por la reciente y penosa muerte de Gutiérrez Nájera, nadie echó en cara al diario de Prida la flagrante contradicción en que había incurrido. *El Monitor Republicano* aseguró, sin referirse a los textos jacobinos que *El Universal* había publicado sobre el tema, que su postura era el resultado de pretender “conciliar las inspiraciones de una conciencia liberal con los compromisos de un amigo del Gobierno”.<sup>53</sup>

Y es que, en definitiva, para los periódicos que polemizaban continuamente con *El Universal*, estas contradicciones tenían una explicación: los intereses políticos del periódico, que contaba entre sus filas con personajes públicos bien conocidos, así como estrechas relaciones con miembros encumbrados en el régimen. Que su inconstancia ideológica –decían– era su congruencia política. En ocasiones iban más a fondo y no se limitaban a relacionar esas contradicciones con la convicción generalizada de que *El Universal* estaba subvencionado por el gobierno: señalaban que el periódico de Prida era vocero del grupo “científico” y del secretario de Hacienda, José Yves Limantour: “Claro está, *El Universal* se inspira en la Secretaría de Hacienda, de donde le pagan la subvención, y en donde se le aconsejan ciertos ataques... científicos.”<sup>54</sup>

El problema era que, para aquellos años, el “científico” como cualquier otro grupo con aspiraciones políticas debía, antes que a sí mismo, apoyar las decisiones del presidente, mismas que no siempre se alineaban con sus propios deseos. Estos, por otra parte, podían ser –y de hecho fueron– expresados por los mismos “científicos” en contextos en los que no se enfrentaban a la voluntad de Díaz. Todo ello generaba ambigüedades y evidentes contradicciones.

De cualquier modo, cabe insistir en que lo consecuente con los paradigmas positivistas que *El Universal* aseguraba seguir era, en este caso, apoyar el regreso de Márquez. Si los traicionó fue al principio, cuando atacó al general menos por evitar que volviera que por dirigir, en el fondo, sus baterías contra *El Nacional* y sus pretensiones de encabezar un “partido porfirista”. Al enfrentar a un diario que –al igual que él– se asumía “porfiris-

<sup>53</sup> “Sobre la vuelta de Márquez”, *El Monitor Republicano*, 1 de junio de 1895, p. 2.

<sup>54</sup> “*Universal* inspirado”, *El Tiempo*, 22 de mayo de 1895, p. 3.

ta”, *El Universal* se encontraba ante un dilema cuyo origen estribaba en que Díaz, único poder nacional capaz de someter al resto, no sería eterno y, sin embargo, era impredecible el momento y la manera en que llegaría a su fin: de qué manera expresar mayor fidelidad a Díaz que el resto de los “porfiristas” sin renunciar, al mismo tiempo, a sus propias aspiraciones. O, si se prefiere, cómo promover sus ambiciones políticas sin alertar a los grupos opuestos en su contra.

Como vimos, su estrategia fue pasar por alto que *El Nacional* se declaraba porfirista y vincularlo con los supuestos deseos de revancha de los viejos conservadores, incluso con Leonardo Márquez, quien, atendiendo a la versión jacobina de la historia, fue y seguía siendo uno de los peores, un tipo que incluso a sus 75 años buscaba un perdón que le permitiera “volver al país y volver a las andadas”.<sup>55</sup> Así, al ubicar retóricamente a *El Nacional* como adversario del régimen, guardaba para sí mismo el lugar de su defensor; de esta manera ocultaba los intereses políticos que perseguía a la vez que se proponía atraer sobre su oponente –en este caso *El Nacional* y la pretendida aristocracia a la que representaba– la mirada recelosa de Díaz. Esta estrategia era bien conocida en la prensa de aquellos años. Como veremos en el tercer capítulo, *El Demócrata*, más incisivo, volvió a utilizarla después contra *El Universal*.

Por otro lado, la contradictoria posición que adoptó *El Universal* lo dejó indefenso frente a las críticas de los diarios católicos, que, lejos de agradecerle su deferencia hacia Márquez, la aprovecharon para –una de cal– satirizar al colega “científico”. La ocasión la dio un reportaje que *El Universal* –junto con *El Noticioso*, dirigido por Ángel Pola y Federico Mendoza y Vizcaíno, único periódico en enviar un reportero con Márquez– publicó el 30 de mayo. En ese texto se presentó al repatriado como un anciano que, por encima de sus errores, amaba a su país. A pregunta expresa del reportero de *El Universal* –que había entrado en contacto con el general en la estación de Panzacola el mismo día que finalmente arribó a la capital–, Márquez expresó el motivo que lo traía de vuelta: “era mi mayor deseo. No podía conformarme con la idea de morir sin volver a México.”<sup>56</sup> Con el tren en marcha, el general se animó a contar al mismo reportero y a los acompañantes que se le habían unido que él no había querido participar en las guerras de mitad de siglo, sino retirarse a trabajar en el campo, su pasión oculta. Cuando cayó el gobierno de Mariano Arista –aseguró– estaba incluso adquiriendo la Hacienda de

<sup>55</sup> “El nuevo programa de *El Nacional*”, *El Universal*, 8 de enero de 1895, p. 1.

<sup>56</sup> “Don Leonardo Márquez en la capital”, *El Universal*, 30 de mayo de 1895, pp. 4 y 7.

Huehuetoca para retirarse de la vida pública, pero la mala fortuna quiso que un coronel amigo suyo lo comprometiese para servir en el batallón de Toluca: “esta es una calaverada [...] de la que me he arrepentido toda mi vida”.<sup>57</sup>

Como puede apreciarse, del reportaje de *El Universal* se desprendía que no volvía un *Tigre de Tacubaya*, sino un hombre mayor que cargaba con “sus tristezas y sus remordimientos”, un viejo que quería morir en su patria. De este modo, *El Universal* quedó expuesto a la crítica desde varios flancos. No sólo *El Monitor Republicano* reprobó su actitud, sino que el mismo Márquez, sin importar que tácitamente apoyara su regreso, se manifestó inconforme con diversos pasajes del reportaje del periódico “científico”, al que desmintió de forma rotunda. Aseguró a través del diario de Agüeros que su propósito de no leer “ningún periódico”, además de las muchas visitas que había tenido, era la causa por la cual apenas había leído lo escrito por *El Universal*. Y pidió a *El Tiempo* el favor de “desmentir las principales falsedades de que está plagado, sin hacer caso de las demás y son: que ni un momento estuvo oculto en la fosa de panteón alguno, ni solo, ni mucho menos acompañado de un asistente”; que nunca se había ocupado, ni en Cuba ni en ningún sitio, de la política de países extranjeros; que era inexacto que hubiera escrito a Manuel González para que le permitiese volver a México, “que lejos de recibir ningún desprecio de este señor”, alguna vez una persona le hizo una visita muy cordial en su nombre; y por último, “que habría tenido mucho gusto en visitar el sepulcro de su antiguo amigo y compañero de armas, Miguel Miramón, pero ignoraba estuviese en Puebla, y además sólo unas cuantas horas de la noche permaneció en aquella ciudad, saliendo a la madrugada del día siguiente”.<sup>58</sup>

Según *El Tiempo*, Márquez expresó que “el *reporter* que se le agregó en Puebla, le hizo preguntas muy impertinentes que ni le contestaba o lo hacía

<sup>57</sup> *Ibid.*

<sup>58</sup> “El Sr. General Don Leonardo Márquez. Rectificaciones a *El Universal*”, *El Tiempo*, 1 de junio de 1895, p. 1. Según *El Universal*, Márquez había enviado una carta “tierna y conmovedora” al entonces presidente Manuel González, en la que “hablaba de la patria ausente con verdadera elocuencia”, pidiendo permiso para retornar “aunque después lo fusilasen”. También aseguraba que un ayudante del general les había comunicado que en 1867, siendo la presa más buscada por las tropas liberales, se había ocultado en el Panteón de Santa Paula hasta el mes de julio en que salió furtivamente. En el mismo reportaje se indicaba que, en 1869, había ofrecido sus servicios al gobierno español para luchar contra la revolución cubana de Yara. Finalmente, respecto de Miramón, el reportero escribió que al preguntar a Márquez si había visitado el sepulcro de Miramón, le contestó: “No, para qué he de ir.” Como insistió, recordándole que habían sido compañeros de armas, respondió: “sí, fuimos compañeros. Y no terminó la frase.” “Don Leonardo Márquez en la capital”, *El Universal*, 30 de mayo de 1895, pp. 4 y 7.



de mala gana. También nos encargó manifestar su agradecimiento al director de *El Noticioso*, D. Ángel Pola, tanto por su discreción, cuanto por las numerosas atenciones que recibió de él, desde el momento en que se le incorporó en La Esperanza.<sup>59</sup> Enrique Beteta Méndez, autor del reportaje de *El Universal*, indicó que en él había expuesto la verdad, “aunque [Márquez] lo niegue [...] por los conductos que autorice, pues eso únicamente probará que no le conviene se sepa la verdad de los hechos, y estoy dispuesto a sostenerlo”.<sup>60</sup> Es imposible saber a ciencia cierta quién mentía. Sin embargo es probable que, en efecto –en la tranquilidad de su habitación y sobre todo aconsejado por personas de su confianza como Román Araujo y Victoriano Agüeros, que no lo recibieron sino hasta la ciudad de México, de modo que no estuvieron presentes en las entrevistas que sostuvo Márquez en el camino–, se hubiera arrepentido de alguna respuesta externada al reportero de *El Universal* en el calor de la conversación. Una vez que se retiraron los reporteros Pola y Beteta de las habitaciones 1 y 2 del hotel Washington donde se hospedó el general desde el primer día, Araujo se hizo cargo del equipaje, y dejó a su tío en compañía del señor Ignacio Carranza, de su antiguo amigo el coronel Agustín Camacho y de Victoriano Agüeros.

Según *El Tiempo* –en un artículo que apareció el mismo día que el reportaje de *El Universal*–, fue en ese momento que el general comentó que el reportero de *El Universal* le había resultado antipático. Aun cuando entendía y apreciaba el valor que este nuevo oficio tenía para los lectores, le dio mala impresión que le hiciera preguntas “acerca de fechas que eran bien

<sup>59</sup> “El Sr. General Don Leonardo Márquez. Rectificaciones a *El Universal*”, *El Tiempo*, 1 de junio de 1895, p. 1. Las relaciones con Pola tampoco serían todo tersura. Casi diez años después, Pola reprodujo, con ligeras modificaciones, el reportaje que había publicado en *El Noticioso* tras la llegada del general. Añadió un recuerdo ocurrido pocos días después de que Márquez arribara a la ciudad de México: “un periódico” había asegurado, con muy mala fe, que el reportero se había dejado pagar todos los gastos por el viejo conservador, cuando –a decir de Pola– en realidad había ocurrido lo contrario, toda vez que el repatriado contaba con poco efectivo. Recortó entonces la nota y la envió a Márquez, pidiéndole que la rectificara públicamente: “Su respuesta fue mandarme a don Román Araujo para preguntarme cuánto me debía. Respondíle que nada, que no le cobraba; pero que sí le exigía caballerosamente que pronunciase la verdad. Márquez guardó silencio absoluto.” Márquez, *Manifestos*, 1904, p. LXXI. El periódico al que alude Pola era *El Demócrata* de José Ferrel. No menciona, sin embargo, que en su momento *El Noticioso* publicó una rectificación de Márquez a *El Demócrata*. Ante la molestia que externó Ferrel, Márquez le envió una carta aclarando que quien mentía era Pola, pues él nunca había refutado a *El Demócrata*: “No puedo hacerme solidario de palabras ajenas que se me atribuyen, sin que yo haya tenido conocimiento de ello; y tanto más cuanto que ni siquiera se me dio el nombre del periódico que se trataba de desmentir.” “Una carta del General D. Leonardo Márquez”, *El Demócrata*, 5 de julio de 1895, p. 3. Véase también “Un mentís de D. Leonardo Márquez al *Demócrata*”, *El Demócrata*, 2 de julio de 1895, p. 2.

<sup>60</sup> “D. Leonardo Márquez. Nuestras noticias”, *El Universal*, 2 de junio de 1895, p. 2.

conocidas por la historia, como por ejemplo, el año en que había partido de esta capital”.<sup>61</sup> Debido a la desconfianza que le provocó –dijo– no dejó de recomendarle “que le hiciera favor de ser muy exacto en lo que publicara respecto de sus contestaciones, pues de no hacerlo así se vería obligado a rectificar”.<sup>62</sup> Por ello me parece que la descalificación de *El Universal* estaba siendo preparada aun antes de que este periódico publicara el reportaje que disgustó a Márquez.

Es probable, entonces, que Agüeros desempeñara algún papel en la animadversión pública de Márquez hacia el vocero “científico”, a quien, como hemos visto, estimaba muy poco. A los pocos días de la llegada de Márquez a la ciudad, el *Gil Blas*, periódico católico, aprovechó el desmentido del general y la descripción que supuestamente había hecho del reportero de *El Universal* para satirizar la entrevista a Márquez: “Un *reporter* que ha sido el hazmereír de todos sus compañeros, de todos los lectores y del mismo viajero, se fue de Panzacola”:

–¿Deseaba usted volver a la *Patria*?<sup>63</sup>

–No he sido redactor de ese periódico [...]

–¿Y cuánto tiempo va usted a estar aquí?

–Hasta que me baje del tren.

–Digo en México.

–No lo dice usted, hasta ahora. Pero en México estaré hasta que Dios quiera.

–¿Y con qué objeto viene usted a México?

–Para conversar con los *reporters*. Ellos me pueden decir a qué vengo, porque lo saben tal vez mejor que yo. Si son científicos.

–¿No visitó usted el sepulcro de Miramón? Los restos están en Puebla desde el sábado.

–¿Los restos del sepulcro? No vengo como *reporter*.

–Se lo pregunto porque Miramón y usted fueron compañeros de armas.

–¡De veras!, Ni quién se acordaba.

–¿Es cierto que estuvo usted escondido en el Caballito de Troya?

–No; en la Torre de Babel.

–¿Y que salió vd. en un globo cautivo?

<sup>61</sup> “El viaje del Gral. D. Leonardo Márquez”, *El Tiempo*, 30 de mayo de 1895, p. 2.

<sup>62</sup> *Ibid.*

<sup>63</sup> *La Patria* era el nombre del periódico que había fundado y aún dirigía Ireneo Paz.

–Sí, de allí me trasladé a una nube... y caí en Cuba llovido del cielo. Yo no me ando por las ramas.<sup>64</sup>

*El Universal* prefirió no hacer demasiado caso de la chunga que organizaban a su alrededor los periódicos católicos ni presionar a Márquez para que rectificara. Y es que en el contexto en que se encontraba le resultaba difícil y secundario rebatirlos, ya que a final de cuentas coincidían en el apoyo a la decisión del gobierno, si bien los diarios católicos con beneplácito más sincero. A diferencia de la actitud que en diciembre y enero había mostrado hacia *El Nacional*, al que había atacado como a órgano que se encontraba al servicio del viejo partido conservador y de Márquez –a quien comparaba con Judas–, *El Universal* ahora debía apoyar su retorno y no era a los periódicos católicos a quienes resultaba prudente rebatir sino a los jacobinos, víctimas del “ángel de alas negras que vela nuestros odios y atiza el fuego de nuestras venganzas”, el mismo que no permitía apreciar que “aquel Don Leonardo Márquez no existe ya”.<sup>65</sup>

Queda por aclarar si, en efecto, *El Universal* fue vocero de los científicos y, sobre todo, explicar lo que significaba llevar dicha etiqueta. Es un asunto importante toda vez que sugiero que el papel central que ocupó este periódico entre 1893 y 1896 se debió a sus vínculos políticos. A este punto nos dedicaremos a continuación.

## EL GRUPO “CIENTÍFICO”, *EL UNIVERSAL* Y LAS RAZONES DE SU AMBIGÜEDAD

Para este trabajo no es relevante la perspectiva de la historia de las ideas que se pregunta si el grupo “científico” era positivista en sentido estricto y, en caso afirmativo, qué variante del positivismo abrazaba. Aquí interesa más investigar acerca de la relación que mantenía *El Universal* con un grupo político más o menos definido: los “científicos”, así como la manera en que se expresaba esta relación. Parto del supuesto –el cual, por otra parte, se demostrará en este trabajo– de que en estos momentos del porfiriato los periódicos eran algo más que un medio para difundir ideas. Eran concebidos,

<sup>64</sup> “El Gral. Márquez en México. Lo que dicen algunos periódicos”, *El Tiempo*, 1 de junio de 1895, p. 2.

<sup>65</sup> Monaguillo, “Crónica Dominical”, *El Universal*, 2 de junio de 1895, p. 1.

también y principalmente, como instrumentos políticos.<sup>66</sup> Las abundantes contradicciones que se encuentran en sus páginas serían precisamente la expresión de este doble juego.<sup>67</sup>

Como señala Palti, lo importante no es definir a tal o cual diario como jacobino, comteano o spencereano, sino estudiar el lenguaje particular que fue empleado en determinado contexto específico,<sup>68</sup> porque, según acabamos de observar en el caso de Leonardo Márquez, *El Universal* era capaz de publicar artículos jacobinos y de criticar, casi al mismo tiempo, el jacobinismo de *El Monitor Republicano*. Desde esta perspectiva, comento brevemente a algunos de los historiadores que se han preocupado por anotar ciertos temas relacionados con *El Universal*.

Leopoldo Zea encontró que existía una relación directa entre el positivismo y los “científicos”, y aseguró, además, que el positivismo era la ideología hecha por y para la burguesía que se hallaba en pleno ascenso social y político: “El Porfirismo y el grupo político llamado de los Científicos eran los que se expresaban por medio del positivismo. El positivismo no era sino la expresión ideológica de este grupo social.”<sup>69</sup> Debido a esta perspectiva, Zea estableció una relación clara, que no merecía mayores explicaciones, entre el grupo de redactores de *La Libertad* (1878-1884), periódico que en sus primeros años –los más importantes de su historia– estuvo liderado por Justo Sierra, Telésforo García, Francisco G. Cosmes y los “científicos”, grupo que destacó políticamente a partir de la Unión Liberal formada en 1892 para apoyar la reelección de Díaz. No menciona, sin embargo, a *El Universal* como el órgano que habría sucedido a *La Libertad* para la década de la Unión Liberal.

Al igual que Zea, William Raat encontró una relación entre los redactores de *La Libertad* y el grupo científico, si bien señala, a diferencia de aquel, que en modo alguno puede establecerse que el grupo de los cien-

<sup>66</sup> Palti, “*Sociedad*”, 2003, pp. 946-947.

<sup>67</sup> De acuerdo con Koselleck, en el ejercicio, genuinamente moderno, de pronosticar un futuro más o menos incierto, debe distinguirse el “pronóstico político” del “pronóstico histórico”. El primero (el “difícil arte del cálculo político”) se refiere a eventos concretos que en el corto plazo se corroboran o desechan definitivamente. El segundo, producto de la filosofía de la historia (mezcla de “política” y “profecía”), pone la mira en el “proceso histórico” en conjunto, el cual desemboca o tiende a un “estado final” y puede sostenerse independientemente de los “pronósticos políticos”. Koselleck, *Futuro*, 1993, pp. 37-38. De tal modo, aun cuando la actuación política de los “científicos” no iba siempre en el mismo sentido que el positivismo al que aseguraban ceñirse, no tuvieron que desprenderse de la filosofía de la historia propia de dicha doctrina.

<sup>68</sup> Palti, *Invenición*, 2008, p. 24.

<sup>69</sup> Zea, *Positivism*, 1985, p. 31.

tíficos fuera la clase social dirigente: “es más exacto verlos como uno de tantos grupos de presión dentro del sistema político nacional que influyó sobre Díaz y, al mismo tiempo, era influido por la personalidad de este. En la política mexicana dominaba Díaz y su política personalista; la política de Díaz de conciliación y represión a los científicos lo mismo que a cualquier otra facción.”<sup>70</sup> Estoy de acuerdo con Raat en lo que se refiere al poder de los científicos, más parcial que dominante. Por otro lado, contra lo que venimos argumentando, afirma que para la década de 1890 el vocero de los científicos no fue *El Universal* sino *El Imparcial*, fundado en 1896 por Rafael Reyes Spíndola con apoyo del mismo Díaz, que tenía el objetivo de contrarrestar a Joaquín Baranda, ministro de Justicia e Instrucción Pública, y favorecer a José Ives Limantour.<sup>71</sup> Respecto a *El Universal*, le parece un periódico poco importante que, por lo mismo, no merece mayor atención:

Es discutible hasta qué punto *El Universal* era un periódico oficial, y resulta aún más improbable que fuera, como se ha afirmado, el órgano de los positivistas mexicanos (“los científicos”). Puede decirse que este periódico recibía del gobierno un subsidio anual de cerca de 70 mil pesos. Pero el fracaso del diario le resta importancia [...]. Su fundador, Spíndola, no pudo competir con otros diarios ya establecidos y lo vendió a Ramón Prida, que lo vendió después a un español entrado en años, Eusebio Sánchez, en cuyas manos murió el periódico.<sup>72</sup>

Cosío Villegas, que tampoco establece mayor relación entre el grupo científico y *El Universal*, incurre en algunos errores: por ejemplo, asegurar que se trataba del mismo periódico que sobrevivió hasta 1901 bajo la dirección de Luis del Toro, cuando, en efecto, de acuerdo con lo señalado por Raat, desde 1897 Prida lo había vendido a Eusebio Sánchez. Poco más adelante, sin embargo, Cosío vuelve a mencionar esta transacción, pero ahora asegurando que la había llevado a cabo Reyes Spíndola con el periodista español, dado el buen éxito que había tenido *El Universal*.<sup>73</sup>

<sup>70</sup> Raat, *Positivismo*, 1975, p. 110.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 112.

<sup>72</sup> *Ibid.*, pp. 43-44. La información sobre el subsidio la obtuvo de Navarro, *Historia*, 1954, p. 678. La afirmación de Raat tiene el inconveniente de que no menciona periódico alguno que hubiera podido defender la posición de los científicos en 1893, año en que Sierra presentó la iniciativa de inamovilidad judicial en la Cámara de Diputados, que aglutinó y, de hecho, dio a conocer públicamente a los “científicos”. En esta interpretación sigo a Hale, *Transformación*, 2002, pp. 166-209.

<sup>73</sup> Cosío, *Historia*, 1972, p. 583.

Charles Hale retoma, probablemente de Cosío, la idea de que *El Universal* de 1893 había podido mantenerse hasta 1901, lo que daría cuenta de la continuidad de las ideas externadas por el grupo científico que ahí se alojaba. Pero lo realmente importante para este trabajo es que, a diferencia de Raat, Hale asegura que *El Universal* fue, durante la época en que lo dirigió Prida (1893-1897), vocero de aquel grupo: “*El Universal*, el órgano científico de 1893 dirigido por Ramón Prida, continuó apareciendo hasta 1901, pese a la desaparición de sus dos venerables oponentes, *El Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano*.”<sup>74</sup> Prida, a quien no siempre se asocia con los científicos, merece de hecho ser incluido dentro de este grupo –según Hale– tan sólo “por su papel en la prensa” como principal defensor de la reforma de inmovilidad judicial.<sup>75</sup>

Para los contemporáneos de *El Universal*, no cabía duda de que este periódico era el órgano del grupo “científico”. Les parecía evidente, según hemos mencionado, por la línea editorial que seguía, por los colaboradores con que contaba –entre los cuales Manuel Flores y sobre todo Francisco Bulnes eran dos “científicos” reconocidos y de cierta relevancia–, por las polémicas en que se enfrascaba y por las tersas relaciones que sostenía con Limantour. *El Tiempo*, *El Monitor Republicano* y *El Demócrata* sabían bien que su adversario científico estaba en *El Universal*, con quien polemizaban continuamente.<sup>76</sup> Quizá más importante, el mismo *Universal* aseguraba orgulloso ser portavoz de los científicos, “la agrupación política a que pertenecemos”.<sup>77</sup> No deja de ser interesante que en tiempos convulsos para la prensa, como los que sobrevendrían durante 1895, año en que los científicos se enfrascaron en lucha sin tregua con *El Demócrata*, *El Universal* procuró negar sus fines políticos para presentarlos como una asociación de individuos imparcial, apártista, interesada tan sólo en el estudio y el bien general, en fin, “científica”:

El grupo científico –externaba Bulnes en una carta abierta a Ramón Prida– se compone de cierto número de personas dedicadas a estudiar cuestiones

<sup>74</sup> Hale, *Transformación*, 2002, p. 218.

<sup>75</sup> *Ibid.* p. 203. Más adelante, en este mismo capítulo, volveré sobre el asunto.

<sup>76</sup> Ya hemos hecho mención de algunos artículos que así lo confirman. También pueden verse, en *El Tiempo*, “La igualdad ante el positivismo”, 19 de diciembre de 1894, p. 1, y “La política científica”, 16 de enero de 1895, p. 2, donde el mismo Gutiérrez Nájera es descrito como científico. De *El Monitor Republicano*, véase Luis del Toro, “Boletín del Monitor”, 3 de octubre de 1895, p. 1. Sobre *El Demócrata*, no es retórica decir que cualquier número que se consulte de su segunda época (1895) hace explícita la relación entre *El Universal* y los científicos.

<sup>77</sup> “*El Tiempo* y los científicos”, *El Universal*, 1 de diciembre de 1894, p. 1. Las cursivas son mías.

de cierto género, especialmente las constitucionales, para presentarlas al jefe del partido porfirista, a quien pertenece dicho grupo científico [...] El grupo científico no es hasta ahora más que una reunión de personas entregadas a trabajos privados, susceptibles de convertirse en trabajos de orden público.<sup>78</sup>

Parece claro que, en aquel contexto, decir “partido porfirista” era tener ganas de no decir mucho políticamente hablando. Muchos años después, Ramón Prida y Carlos Díaz Dufoo recordarían como algo sabido que los científicos redactaban *El Universal*; si bien no menciona nombres, Francisco Bulnes hace referencia a la polémica que, a raíz de la aparición de *El Demócrata* en enero de 1895, se desató entre *El Universal*, escrito por los científicos que apoyaban a Limantour y sus adversarios.<sup>79</sup>

Comprendiendo que en el mejor de los casos es un asunto de matices, en el análisis del grupo científico se puede destacar el aspecto ideológico o el político. O, dicho de otro modo, se trata de indagar cómo se configuraba entre los científicos la relación entre ideología y política. En todo caso, concuerdo con Alfonso de María y Campos cuando señala que “los científicos se distinguieron no tanto por su contribución a la teoría del positivismo mexicano, sino por su participación en la política, la economía y la administración pública desde la perspectiva del positivismo”.<sup>80</sup> Desde luego, este es un asunto que, además de haber sido tratado por renombrados especialistas como los arriba mencionados, escapa y excede a mi tema. Sin embargo, resulta imprescindible abordar el tema aunque sea en lo que concierne y ayuda a explicar el asunto de *El Universal* y sus opiniones contradictorias respecto al regreso de Márquez.

Hacia finales de 1894 el periódico se encontraba, según venimos diciendo, bajo la dirección de Ramón Prida, a quien se consideraba hombre adinera-

<sup>78</sup> “Una carta del Sr. Diputado Francisco Bulnes”, *El Universal*, 31 de marzo de 1895, p. 2. Bulnes anunciaba su alejamiento temporal de la redacción de *El Universal*, salvo en lo que tocaba a temas económicos, por requerir tiempo para terminar de escribir un libro y debido a los rudos y continuos ataques a que se veían sometidos los “científicos”, a quienes no se consideraba obligado a responder, porque se trataba de una agrupación privada y no política.

<sup>79</sup> Prida, *Dictadura*, 1914, vol 1, p. 140; Díaz, *Limantour*, 1922, pp. 303-304, y Bulnes, *Verdadero*, 2008, p. 271.

<sup>80</sup> María, “Científicos”, 1991, p. 125.

do y de influencias políticas.<sup>81</sup> Esta suficiencia quedaba demostrada en el hecho de que era el único periódico que, en vez de contar con cuatro páginas, tenía ocho. Pero no sólo era el número de páginas, sino la calidad de sus redactores: Francisco Bulnes, Manuel Flores, Carlos Díaz Dufoo, Manuel Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina. El domingo, día que los periódicos solían dedicarlo a su edición literaria, *El Universal* publicaba poemas de Guillermo Prieto –que al finalizar 1894 dejó de colaborar–, Alberto Leduc, Carlos Roumagnac, Sinesio Delgado, entre otros.

El periódico había sido fundado por Rafael Reyes Spíndola en 1891. Por razones que permanecen ocultas, hacia noviembre de 1893 realizó un contrato para traspasarlo a Prida, quien incluyó una cláusula según la cual Reyes Spíndola no podía fundar, por el momento, otro periódico que hiciera competencia a *El Universal* en la ciudad de México (razón por la cual *El Mundo Ilustrado* debió ver la luz en Puebla).<sup>82</sup> Lo cierto es que el 21 de noviembre apareció un comunicado que informaba que Reyes Spíndola se retiraba debido a problemas de salud, por lo que había firmado un contrato con Ramón Prida, quien se haría cargo de la dirección de manera absolutamente independiente.<sup>83</sup> Las últimas palabras tienen sentido porque, al parecer, no vendió entonces a Prida, sino que le arrendó el periódico por cinco años (práctica que en aquel entonces no era extraordinaria), toda vez que no habían llegado a un acuerdo en el aspecto económico.<sup>84</sup> De hecho, a partir del 22 de noviembre apareció a la cabeza del diario el nombre de Prida como director, pero se mantuvo el de Rafael Reyes Spíndola como fundador y propietario, circunstancia que no varió hasta el 1 de abril del año siguiente, cuando sólo apareció como fundador.

<sup>81</sup> Cosío Villegas asegura que Prida tuvo un camino inconstante en el cumplimiento de sus aspiraciones políticas. En 1884 obtuvo la elección como regidor en el Ayuntamiento de la Ciudad de México, con lo que “a los veintidós años inauguraba una carrera política accidentada”. En la elección para el Congreso de 1894 consiguió una curul, si bien no logró “pasar de suplente, esta vez por Oaxaca”. Cosío, *Historia*, 1972, pp. 29 y 416.

<sup>82</sup> Ignoro de dónde obtuvo Raat la información para deducir que Reyes Spíndola vendió debido al poco éxito del periódico, pues sus contemporáneos lo señalaban, ya desde entonces, como un Rey Midas del periodismo. *El Demócrata*, en tono literario, así imaginaba los pensamientos de Reyes Spíndola: “¡Pridita me tiene un miedo!... ¡Como que sabe bien que si yo pudiera fundar un diario, no me veía ni el polvo!... Algún día haré diario a mi *Mundo*... Ese es mi tema... cuando lo logre... adiós periodiquitos... se ha de ver apurados todos los editores para seguirme... Por ahora estoy maniatado... Bueno; ya llegará la mía...” Petit Spencer, “Posturas académicas. Segunda tanda. Lic. Rafael Reyes Spíndola”, 11 de julio de 1895, p. 1. Véase Saborit, *Mundo*, 2003, p. 16; también García, *Periódico*, 2003, pp. 71-72.

<sup>83</sup> “La nueva dirección de *El Universal*”, *El Universal*, 21 de noviembre de 1893, p. 1.

<sup>84</sup> *Ibid.*



Es probable que los motivos para la transacción tuvieran un trasfondo político,<sup>85</sup> toda vez que coincidió con una aguda crisis en la redacción de *El Siglo Diez y Nueve*, para entonces un periódico claramente porfirista. Renunciaron entonces su codirector Francisco Bulnes –quien compartía la dirección con Luis Pombo, propietario del diario–, Carlos Díaz Dufoo y Francisco Javier Osorno. Los dos primeros se integraron de manera inmediata y estelar a *El Universal*, que también estrenaba flamante director.<sup>86</sup> A decir de algunos testigos, Bulnes ocupó en su nuevo trabajo una posición más importante que la de mero redactor: “*El Universal*. Este periódico en que se han refugiado los proscritos del *Siglo Diez y Nueve*, será dirigido en su parte política por el Sr. Francisco Bulnes.”<sup>87</sup> El motivo que provocó la escisión de este último fue el debate que se suscitó en torno a la reforma constitucional presentada por Justo Sierra al Congreso el 30 de octubre de 1893, que pretendía que los magistrados de la Suprema Corte de Justicia mantuvieran sus puestos de manera vitalicia. Daniel Cosío Villegas y, sobre todo, Charles Hale, han estudiado este episodio de la vida política porfiriana. Con algunas diferencias, ambos coinciden en el significado fundamental de esta iniciativa y de su precedente inmediato, la Convención Liberal Nacional.

Dicha Convención había sido organizada por la Unión Nacional Liberal, que en 1892 contó con la anuencia o, mejor dicho, la encomienda de Díaz de postular su candidatura en aras de la tercera reelección. El régimen,

<sup>85</sup> Son varios los testimonios que dibujan a Prida como un hombre de amplias aspiraciones políticas, y a Reyes Spíndola, de inabarcables ambiciones pecuniarias, matices –eso eran– que se trasladarían a los periódicos que dirigieron. *El Tiempo*, que combatió a *El Universal* desde la época de Reyes Spíndola, recrudesció su lucha, sin embargo, al hacerse cargo Prida. Para ello, aseguraba, tenía sus razones: “La antigua redacción de *El Universal* tuvo la honradez de declarar por fin, cansada de luchar contra *El Tiempo*, que era su tarea “mercantilista” y dejó en paz a *El Tiempo* [...] Cayó *El Universal* en manos del adolescente partido positivista y no bien vio éste que *El Tiempo* no se dejaba engañar por los sofismas Spencerianos [...] se enfureció contra [él].” “Lamentos de *El Universal*”, *El Tiempo*, 22 de diciembre de 1894, p. 2.

<sup>86</sup> A pregunta expresa de *El Demócrata*, Prida recordó algunos pormenores de la adquisición de *El Universal*: “costó ciento once mil pesos, de los cuales dimos cien mil al contado y once mil quedamos debiendo [...] Los cien mil pesos los hubimos de la siguiente manera: cuarenta y cinco mil producto de nuestro trabajo hasta la fecha en que hicimos la compra, y cincuenta y cinco mil que nos prestó El Banco Nacional de México. Más tarde el mismo banco nos prestó la cantidad que necesitábamos para pagar los once mil pesos que aún debíamos.” Por último, se menciona que Prida debía su fortuna a los negocios de su padre en Veracruz y a la fábrica de cerillos La Lucina, que él mismo fundó en la ciudad de México. “Cúanto nos costó ‘*El Universal*’. De dónde sacamos el dinero”, *El Universal*, 4 de agosto de 1895. Para *El Demócrata*, difícil de complacer, esos préstamos del Banco Nacional de México seguirían causando sospechas acerca del origen de *El Universal* y de los objetivos con los que nació.

<sup>87</sup> Díaz, *Escuela*, vol. 1, 1972, p. 182. La cita proviene de *El Monitor Republicano* (22 de noviembre de 1893), que a su vez la retomó de *L’Echo du Mexique*.

en este esfuerzo permanente por guardar las formas –asunto sobre el que llama la atención François-Xavier Guerra–, encomendó la organización de “simpatizantes”, fórmulas y ritos democráticos a un grupo de políticos más o menos jóvenes, forjado alrededor del secretario de Gobernación, Manuel Romero Rubio.<sup>88</sup> Rosendo Pineda, secretario particular de Romero Rubio, fue el principal armador político. Justo Sierra, la autoridad intelectual del grupo, redactó el manifiesto de la Unión Liberal el 23 de abril de 1892, el cual, tras reconocer y celebrar la época de paz y progreso por la que atravesaba el país, exclamaba que era la hora de garantizar la continuidad de estos logros, que “si la paz efectiva se ha conquistado por medio de la vigorización de la autoridad, la paz definitiva se conquistará por medio de la asimilación con la libertad”.<sup>89</sup>

Para Hale, en esta crítica más o menos velada al régimen, proveniente de su interior, se encuentra la intención profunda de este episodio: el grupo al que sus adversarios comenzaron a llamar “científico” habría intentado, al menos en su origen, poner diques a la creciente autoridad del ejecutivo; procuró, diríamos hoy, “institucionalizar” su poder.<sup>90</sup> Esta afirmación contradice o matiza la manera preponderante en que se ha descrito a este grupo a partir de la revolución: una camarilla llanamente ambiciosa y, por ello mismo, entusiasta del prolongado gobierno de Díaz, teórica incluso de la dictadura que tan amplios beneficios procuraba a sus miembros.

La Convención Nacional, además de enaltecer la labor de Díaz y proponerlo como su candidato para las elecciones de 1894, trazó tres reformas que se comprometía a impulsar: la inamovilidad judicial, los juicios por jurado a los delitos de prensa y la reinstauración de la vicepresidencia; de llevarse a cabo delimitarían, idealmente, el poder de Díaz. El problema era que la Unión Liberal y la Convención tenían una enorme vulnerabilidad: debían

<sup>88</sup> Hale, *Transformación*, 2002, p. 174.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 169.

<sup>90</sup> Este es uno de los puntos en los que, según Hale, estuvo más errado Leopoldo Zea, quien consideró que los “científicos” expresaban simplemente la ideología que resultaba conveniente a la burguesía en el poder, perspectiva que le impidió analizar con profundidad sus ideas, las cuales quedarían definidas *a priori*. Él, en cambio, otorga mayor credibilidad, cabe decir sinceridad, a las ideas del grupo, y evita observarlas como mero reflejo de determinados condicionamientos sociales. Hale, *Transformación*, 2002, pp. 45-46. Si bien estoy de acuerdo en que no debería colegirse automáticamente el significado de las ideas y los textos a partir del análisis social, me interesa la relación que traza Zea entre política e ideas o, mejor, entre política y discursos, ya que muestra algo que es muy familiar en política: la distancia, variable en cada caso, entre lo que se dice y lo que se hace. De cualquier modo, investigaciones como las de Cosío, Raat, Hale y Salmerón que he citado, han dejado en claro que el grupo científico no fue en ningún momento portavoz del grupo en el poder, sino uno de los grupos que luchaban por acrecentar su influencia en el régimen.

convencer al mismo Díaz para que sus iniciativas fructificaran. Es, pues, de llamar la atención que los científicos las hicieran públicas cuando en realidad todo plan de esta envergadura debía cabildarse con el mismo Díaz.

Probablemente se trató de una tentativa más o menos segura –después de todo el principal objetivo de la Convención era postular a Díaz para un nuevo periodo presidencial– para medir el terreno y conocer, dentro de los límites que la autoridad de Díaz imponía, la autonomía que podían tener como grupo y la actitud que guardaría Díaz frente a iniciativas externadas de esta manera. Cosío Villegas apunta en esta dirección: “Manuel Romero Rubio, catalizador de ese grupo de jóvenes, pudo considerar la conveniencia de presionar a Porfirio Díaz para orillararlo a admitir que aun sin obstáculo legal ya, dieciséis años de presidencia eran satisfacción bastante y que, por lo tanto, debía abandonarlo en 1896.”<sup>91</sup> En todo caso, contra las expectativas originales del grupo, Díaz mostró una actitud recelosa. Por ello, en 1893 Sierra sólo presentó una de las iniciativas –la de inamovilidad judicial– a la Cámara de Diputados, lo que tampoco quería decir que el presidente estuviera dispuesto a que llegara a buen fin.<sup>92</sup>

Como en otras ocasiones, el debate en la cámara fue precedido, acompañado e incluso superado por la discusión en la prensa. En este sentido, hay que decir que, en aquellos años en que los periódicos “porfiristas” comenzaron a ser abundantes, no era extraordinario que hubiera diputados en la administración y aun en la redacción de varios de ellos. Era el caso de *El Siglo Diez y Nueve* y *El Universal* que, si bien porfiristas, se enfrascarían en ruda lucha en torno a la reforma propuesta por Sierra.<sup>93</sup> Fue en este contexto que, entre el 7 y el 13 de noviembre de 1893, se dio a conocer la mudanza de Bulnes y Díaz Dufoo del primero hacia el segundo de estos diarios.<sup>94</sup>

El viraje provino menos de parte de Bulnes y Díaz Dufoo que de la línea editorial que siguió entonces *El Siglo Diez y Nueve* pues, apenas un año antes, este periódico había sido uno de los principales sostenedores de la Convención Nacional Liberal. La crisis en *El Siglo* –que prácticamente mudó de redacción y línea editorial– no pasó inadvertida para sus colegas.

<sup>91</sup> Cosío, *Historia*, 1972, p. 648.

<sup>92</sup> Hale, *Transformación*, 2002, pp. 175-176 y 187; Cosío, *Historia*, 1972, p. 670.

<sup>93</sup> Bulnes, Gutiérrez Nájera, Díaz Dufoo y Prida ya eran diputados, si bien los dos últimos suplentes; asimismo, por parte de *El Siglo Diez y Nueve* lo eran Luis Pombo, Carlos Olaguibel y Francisco G. Cosmes. Como señala De María y Campos, entre los científicos y los liberales que se identificaban con la generación de la Reforma había numerosos conflictos que “las más de las veces tenían traducción parlamentaria o simplemente política: lucha por el poder”. María, “Científicos”, 1991, p. 131.

<sup>94</sup> Hale, *Transformación*, 2002, p. 187.

*El Monitor Republicano* la interpretó como síntoma de una “lucha dentro del partido del presidente entre los defensores de la política científica y quienes, por lo menos en palabra, decían defender los principios democráticos”;<sup>95</sup> *El Nacional* designó con otros nombres pero en el mismo sentido a las partes en contienda: “política positivista” por un lado, “metafísica revolucionaria” por el otro. La guerra se habría declarado, según este periódico, porque “*El Siglo* estaba abandonando la una por la otra y su nuevo programa constituía una verdadera declaración de guerra contra el positivismo.”<sup>96</sup>

El asunto central de la discusión podría resumirse de la siguiente manera: *El Universal* acusaba al jacobinismo encarnado en *El Monitor Republicano* de rechazar la reforma de inamovilidad judicial con base en ideales vacíos de realidad al argumentar, como si la democracia existiera en México, que era antidemocrático que los magistrados sostuvieran sus puestos a perpetuidad. *El Universal*, sin embargo, era a su vez acusado de soñador por *El Siglo Diez y Nueve*, que por medio de Francisco Cosmes y Carlos Olaguibel y Arista –hacía quince años compañeros de Sierra en *La Libertad*– expresó un realismo político aún más desnudo al calificar de “metafísicos”, “poetas” y “jacobinos” a los redactores de *El Universal*.<sup>97</sup>

De acuerdo con el periódico dirigido por Luis Pombo, entre los cultivadores de la ciencia era manido que la libertad política y la igualdad jurídica no podían existir en una sociedad atrasada e ignorante y que ninguna reforma constitucional podía transmutar esa realidad: “En tales condiciones, es inútil hablar de justicia, inútil volver los ojos a un Poder Judicial inamovible para que proteja los derechos e intereses del pueblo, lo que podría hacerse en una sociedad más avanzada como los Estados Unidos.”<sup>98</sup> En México –sostenía Cosmes– “el Estado es el único que se preocupa por los intereses de la comunidad”,<sup>99</sup> lo que en aquel momento equivalía a decir que Porfirio Díaz era el único garante del bienestar y la seguridad de los mexicanos, el único árbitro posible de la vida nacional.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 186.

<sup>96</sup> *Ibid.*

<sup>97</sup> Durante diciembre de 1893 Francisco Cosmes escribió desde *El Siglo Diez y Nueve* varios artículos contra la reforma de inamovilidad judicial propuesta por Sierra. En su honor, tituló uno de ellos, “Un poeta”; otro, “Un poeta extraviado entre los positivistas. El señor Sierra y su discurso sobre la inamovilidad del Poder Judicial”. Hale, *Transformación*, 2002, pp. 191-193. Entre quienes se jactaban de estudiar la ciencia positiva, en absoluto era extraordinaria esta referencia a la poesía, en contraposición –pero definitivamente debajo– de la ciencia.

<sup>98</sup> Hale, *Transformación*, 2002, p. 191.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 192.

Es decir que, más allá de las buenas intenciones de ciertas ideas románticas, en México continuaba siendo una quimera cuando no una perversidad minar la autoridad de Díaz (a decir de Cosmes, “único dique que encuentra la tiranía de las clases altas sobre el pueblo bajo”).<sup>100</sup> Alrededor del poder, acechaban múltiples grupos que no se atrevían a más sólo por el temor y la conveniencia que emanaban de la fortaleza de la autoridad de Díaz: si llegara a faltar o debilitarse, bien pronto ocuparían el vacío únicamente para satisfacer sus propios intereses. Descentralizar el poder era, pues, iluso, si se pensaba como el medio para asegurar el progreso del país; perverso, si se hacía el juego a algún poder parcial, pues por ahí podía asomar la anarquía –la guerra entre poderes particulares– que México, por desgracia, conocía demasiado bien.

No pasó inadvertido para Hale que el viraje experimentado por *El Siglo Diez y Nueve* había tenido motivaciones políticas: “claro que el propio presidente se oponía a la medida reformista y que así se lo había hecho saber al codirector de *El Siglo*, Luis Pombo”.<sup>101</sup> Sin embargo, no profundiza en ese sentido porque observa estos textos periodísticos privilegiando su función referencial, es decir, aprecia que su objetivo principal fue comunicar y difundir ideas. Asume que el asunto fundamental fue un genuino rechazo a la reforma desde razones ideológicas.

Por ello, en oposición a quienes pudieran afirmar que *El Siglo Diez y Nueve* atacó la propuesta de Sierra por razones de conveniencia política, asegura que “la novedad y la fuerza de algunos argumentos de *El Siglo* superan los de una prensa manipulada y hacen pensar en la existencia de un conflicto latente en el círculo oficial [...] que fue activado por las iniciativas de la Unión Liberal”.<sup>102</sup> No me parece convincente, sin embargo, que en una polémica tenga necesariamente mejores argumentos el más sincero; además, desde la perspectiva ideológica quedaría sin explicación satisfactoria el hecho de que Luis Pombo apoyó en un inicio las propuestas de la Convención Nacional y posteriormente puso su periódico a disposición de los argumentos que las criticaban.<sup>103</sup> Parece tratarse más de un viraje político que ideológico.

<sup>100</sup> *Ibid.* Significativamente, el mismo argumento que Bulnes utilizó un año y medio después para justificar que *El Universal* no formara parte de El Grupo Reformista.

<sup>101</sup> *Ibid.*

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 188.

<sup>103</sup> A diferencia de la interpretación ideológica que dieron a la polémica *El Monitor Republicano* y *El Nacional*, *El Demócrata* señaló un par de años después, con sorna, los fines personales y profanos que perseguía Pombo: “Me gustaría ser aunque fuera vicepresidente... Desde luego haría progresar

El mismo Francisco Cosmes, que indudablemente era un seguidor y estudioso de la escuela positivista, no duró mucho tiempo en la redacción de *El Siglo Diez y Nueve*, de la que se retiró por desacuerdos con la línea editorial, a pesar de la estima que le seguía mereciendo su propietario. Al parecer, Pombo lo utilizó –en el mejor sentido de la palabra– en una coyuntura en que sus conocimientos, su prestigio como positivista y su argumentación resultaban sumamente valiosos. Si los integrantes del grupo científico esgrimían la “cientificidad” de las reformas que impulsaban, no pudieron encontrar mejor rival –ni Pombo mejor aliado– que a su antiguo compañero, quien tenía la autoridad moral para disputarles la bandera de la ciencia y asegurar que “el grupo llamado científico [...] no es precisamente el representante oficial del positivismo en México”.<sup>104</sup>

Lo que queda claro, como señala Hale, es que el régimen no era monolítico en modo alguno, sino que albergaba a diferentes grupos, distintos en origen, preparación, amistades, probablemente en la visión de lo que debía ser el país. En efecto, las iniciativas de la Unión Liberal activaron un conflicto entre dos grupos que se hallaban en el interior del régimen, aunque es menos sencillo afirmar si ello se debió a las ideas que subyacían en dichas reformas o a que, de aprobarse, inclinarían la balanza política a favor del grupo que las impulsaba: los “científicos”, quizá no porque las iniciativas en sí mismas les ofrecieran ventajas, sino porque significaría que habían ganado terreno en la confianza de Díaz.

Tomemos por ejemplo la instauración de la vicepresidencia. De ningún modo parece que, desde un punto de vista ideológico, fuera en sí misma una iniciativa positivista y antijacobina. Gobiernos de distinto signo político habían convivido con dicha institución en México, por no hablar del modelo estadounidense que los jacobinos solían admirar. Se trataba de una reforma que, en su sentido abstracto, podría beneficiar a cualquier grupo, pero en los hechos, en el contexto específico en que se encontraban, sólo favorecería a aquel que pudiera ocupar ese espacio de poder. Que dichas propuestas fue-

---

al país... *El Siglo* lo haría doble como *El Universal*... Ahora no se vende... pues lo seguiré regalando... No me importa perder el dinero... Lo que me importa es que el partido jacobino me sostenga al frente... Me parece que le he dado muchos triunfos... Así soy yo, cuando me propongo... La verdad es que ni yo mismo había adivinado mis facultades... Las tengo, las tengo, no se me pueden negar!... ¡Qué diablos, quién me lo había de decir!... Yo, político... yo, jefe... yo, jacobino... yo, constitucionalista... yo, candidato... ¡qué diablo, qué diablo!...” Petite Spencer, “Posturas académicas. Luis Pombo”, 10 de enero de 1895, p. 1. A juzgar por el estilo, Petit Spencer debió ser seudónimo de José Ferrel o de José G. Ortiz, más probablemente del primero.

<sup>104</sup> “¡Oh la prensa honrada!”, *El Demócrata*, 14 de diciembre de 1895, p. 1.

ran aprobadas en los términos y, sobre todo, los tiempos que planteaban los “científicos”, preocupaba a sus adversarios, más porque sería una señal de que Díaz inclinaba la balanza que por las ideas mismas que encerraban.<sup>105</sup>

Por lo demás, los “científicos” no eran los únicos que notaban la fragilidad de un régimen cada vez más personalista y que por lo tanto debería, para evitar futuros conflictos, preparar mecanismos que aseguraran la transmisión pacífica del poder; sólo que nadie quería que la futura sucesión recayera en sus adversarios, todos preferían –salvo que ellos mismos fueran los beneficiarios– correr ese riesgo más incierto que era la progresiva vejez de Díaz.

Cuando en febrero de 1895 volvió a tratarse el asunto de la vicepresidencia, buena parte de la prensa, quizá toda, parecía tener en claro que el fracaso de las iniciativas planteadas en la Convención Nacional se había debido a la actitud negativa del presidente y que aquello que se había puesto en juego, al menos en el corto y mediano plazo, era un asunto de prosaica política más que de mecánica institucional. A pregunta expresa de *El Noticioso*, *El Monitor Republicano* aseguró que si fuera una discusión sobre algo real, en términos generales se encontraría de acuerdo con una reforma que pudiera restablecer la figura del vicepresidente para asegurar cierta estabilidad al sistema político mexicano, ya excesivamente personalista.<sup>106</sup> Sin embargo, poco antes aclaró la razón por la que se negaba a polemizar sobre el asunto:

No tiene en cuenta el buen colega, que si no tomamos a serio tal cuestión, es porque estamos convencidos de que es uno de los juegos con que el general Díaz entretiene a los señores científicos para que se hagan la ilusión de que forman un grupo que opina, y porque además sabemos que aquel funcionario no está de acuerdo con la creación de ese puesto [...] Prueba de ello es el programa de aquella Convención que se tituló a sí misma Nacional y que rodó justamente por haber querido sufragio popular y vicepresidencia de la República [...] Y como aquí sólo se hace la voluntad del jefe del Ejecutivo,

<sup>105</sup> La actuación de Guillermo Prieto en la Cámara de Diputados, que un día apoyó la reforma de inamovilidad judicial para retractarse al día siguiente, excusándose ante sus colegas por su “ligereza punible”, expresa la confusión frente a las propuestas de los “científicos” que, a más de uno, agradaron al pie de la letra, si bien recelaron por provenir de esa agrupación. Véase Cosío, *Historia*, 1972, pp. 673-674; véase también, en este mismo tomo, la reacción de otros personajes de variado signo político como Joaquín Clausell, Gabriel González Mier, Filomeno Mata y Victoriano Agüeros, pp. 660-663.

<sup>106</sup> Luis del Toro, “Boletín del *Monitor*”, *El Monitor Republicano*, 22 de marzo de 1895, p. 1.

juzgamos enteramente ocioso discurrir sobre un punto resuelto de antemano negativamente.<sup>107</sup>

En 1892, sin embargo, era difícil pronosticar el futuro inmediato del grupo “científico”, que por cierto parecía promisorio.

Retomando, en el “Manifiesto” de la Unión Liberal y en la Convención Nacional, esta agrupación expresó dos objetivos: por un lado, la plena adhesión al régimen de Díaz y a su próxima reelección; por el otro, la convicción de que era buen tiempo para que el mismo régimen comenzara una descentralización del poder, con el propósito de asegurar la continuidad de la paz y el progreso. Aunque estos objetivos no eran necesariamente contradictorios, las características autoritarias y el personalismo creciente del régimen hacían probable y quizá previsible que el dictador no aceptara repartir el poder que había concentrado. Aun así, fueron expresados con toda claridad por el grupo que pronto sería llamado “científico” y que, demostrando sus “capacidades y pujanza”, obtuvo visibilidad en el ámbito nacional.<sup>108</sup> Ello se debió al optimismo con que nació aquel grupo, merced a una serie de ascensos políticos que experimentaron por entonces. Fue también el motivo por el cual la realidad ideológica y política de sus propuestas se alineó como nunca más en el discurso de los “científicos”.<sup>109</sup>

Así, su porfirismo era indudable, a él se hallaban ligados por conveniencia –todos eran empleados públicos–; pero también, según habían manifestado desde hacía años y de manera acorde con la elite política mexicana cansada de los fracasos de un siglo, porque pensaban que la única manera de que el país lograra desarrollarse era saliendo de la anarquía, lo cual sólo sería posible mediante la consolidación de un poder fuerte que convenciera o subyugara a todos los demás. Los ideales debían ceder, al menos temporalmente, frente a la dureza de la realidad. Este diagnóstico

<sup>107</sup> “La vicepresidencia de la República”, 10 de febrero de 1895, p. 3. Véase también, “Las últimas etapas del partido científico I”, *El Tiempo*, 31 de julio de 1895, p. 2. Aunque a fines de este mismo año se aprobó una reforma para reglamentar la sucesión del presidente en caso de un imprevisto –la cual pasaría por el Congreso–, la demora con que se llevó a cabo y la diferencia que tenía respecto a la propuesta de los “científicos”, fueron leídas como un golpe político para este grupo. Al respecto, véase “La Vicepresidencia de la República”, *El Demócrata*, 23 de noviembre de 1895, p. 1.

<sup>108</sup> Salmerón, “Campaña”, 2012, p. 156.

<sup>109</sup> En el plano ideológico y emotivo, De María y Campos ha señalado el optimismo de los positivistas, particularmente de los “científicos”. Y es que en su momento fue una filosofía renovadora: “Ser positivista fue entonces sinónimo de muchas y muy variadas cosas: de ser progresista, de poseer la llave de la verdad científica, de estar a la moda, de haber superado el pasado, de ser joven...” María, “Científicos”, 1991, p. 137.



fundado en la historia explica, en alguna medida, el valor que la sociedad de entonces otorgó a la *pax* porfiriana, llamada así –con un dejo de ironía– después de la revolución, pero que en su momento, imperfecta como era, fue considerada el principal logro del régimen.<sup>110</sup>

Por el otro lado, parecían tener buenas razones para impulsar y apoyar las medidas descentralizadoras que habían sido propuestas en la Convención. Hacia 1893, además de contar con el apoyo del secretario de Gobernación, Manuel Romero Rubio, varios miembros del grupo ascendían políticamente: Rosendo Pineda llegó a la secretaría particular de este funcionario y varios de ellos obtuvieron curules en la Cámara de Diputados (Sierra, Bulnes, Prida, Manuel Flores; incluso, si se les quiere considerar científicos, Gutiérrez Nájera y Díaz Dufoo).<sup>111</sup> Desde luego, el caso más significativo y alentador llegó con el ininterrumpido ascenso de José Ives Limantour, quien en 1892 fue designado oficial mayor de la Secretaría de Hacienda y al año siguiente, su titular. Los “científicos”, relativamente jóvenes, instruidos, cercanos al poder, al parecer bienquistas con Díaz, debieron de pensar que llegaba el momento de ensayar el terso y paulatino relevo en el poder. Que ellos debían heredarlo parecía casi natural, por ideología, por posición, por instrucción, por conveniencia.

En cualquier caso, sus adversarios, sobre todo los que como ellos se hallaban dentro del régimen y en particular los viejos amigos de Díaz, que lo habían acompañado desde las jornadas de Tuxtepec, hubieron de leer el ambiente político de un modo similar, sólo que desde el lado opuesto, es decir, desde la preocupación. Así, de inmediato emprendieron el ataque contra las reformas planteadas por la Convención, porque –como apuntaba Zea– “no era tanto la doctrina a la que importaba combatir, sino al grupo político que se escudaba en ella”.<sup>112</sup> Díaz, según señalan algunos testimonios, a la par que permitió el ascenso de los científicos, dio el visto bueno al ataque al que los sometieron sus rivales.

<sup>110</sup> Tenorio, *Porfiriato*, 2006, pp. 98-99.

<sup>111</sup> Aun cuando el interés de Díaz Dufoo y sobre todo de Gutiérrez Nájera parecía inclinarse más a la literatura que a la política, sus plumas al servicio de *El Universal* hicieron que se los llegara a ubicar como científicos: “no podemos tomar a lo serio lo absurdo ni lo grotesco. Ni hemos negado nosotros jamás la existencia de la ciencia. Lo que hacemos es negar que Monaguillo y Recamier y sus congéneres sean los poseedores de esa ciencia.” “La política científica”, *El Tiempo*, 16 de enero de 1895, p. 1.

<sup>112</sup> Zea, *Positivismo*, 1985, p. 31. Afirmación con la que Hale se encuentra en franco desacuerdo, sobre todo porque a partir de ella Zea se permitió ignorar el análisis de las ideas del grupo científico. Hale, *Transformación*, 2002, pp. 45-46. Aunque el presente trabajo debe mucho a esa crítica de Hale, aquí, sin embargo, he procurado atender no tanto a las ideas sino a los discursos y su carga política.

En este sentido, Bulnes escribió con algún sentimiento que “cuando un omnipotente consiente, ordena”,<sup>113</sup> pues no necesitaba instruir a nadie al respecto, le bastaba con permitir que los adversarios de los “científicos” los atacasen con creciente ferocidad, para dar a conocer el beneplácito que le producía la situación. A partir de entonces, los enemigos de los “científicos” llevaron a cabo una lucha continua en su contra, que en la prensa se expresó en constantes enfrentamientos entre *El Universal* y diversos periódicos que no siempre eran del mismo signo político, pero compartían el desafecto hacia este grupo. Sobre este asunto volveremos en el tercer capítulo. Hay que decir antes, sin embargo, que una vez que se manifestó que la voluntad de Díaz no era preparar a los científicos –no al menos en aquel momento– para sucederlo en el poder, esta agrupación no volvió a expresar sus ambiciones y convicciones con la confianza del momento original.

A partir de entonces se reveló con precisión que el optimismo prematuro que los impulsó a exponer públicamente sus iniciativas y los propósitos que de ellas se traslucían, debía ceder ante el dilema que hemos señalado (cómo promover sus ambiciones políticas sin provocar las sospechas de un dictador que no daba visos de quererse jubilar), el cual volvería elusivas, laberínticas y contradictorias las polémicas de *El Universal*.

En este sentido se comprende la manera oblicua y enredada con que, en un primer momento, *El Universal* atacó a *El Nacional*, posible rival en el campo político. Al asociarlo con la denostada imagen de Márquez, pretendía marginarlo del estrecho terreno político, por lo cual esgrimió y aun exacerbó principios de una ideología que no sólo le era ajena, sino que solía combatir. Cuando el general finalmente volvió, *El Universal* estaba obligado a demostrar su porfirismo y defender las decisiones del régimen, así fuera contra los mismos argumentos que había externado. Así, polemizó con el jacobinismo que se oponía al retorno de Márquez desde una postura que le resultaba más familiar, a partir de principios “positivos” o “científicos”. En el siguiente capítulo me concentraré, precisamente, en la posición que adoptó el jacobinismo respecto al retorno de Márquez, la cual tampoco estuvo exenta de obstáculos y contradicciones.

<sup>113</sup> Bulnes, *Verdadero*, 2008, p. 271.

## 2. ENTRE RADICALISMO IDEOLÓGICO E IRRELEVANCIA POLÍTICA. EL REGRESO DE LEONARDO MÁRQUEZ A TRAVÉS DE *EL MONITOR RÉPUBLICANO*

Del mismo modo en que los “científicos” utilizaron *El Universal* para promoverse –siempre limitados por reglas del juego más o menos claras (la relativa opacidad de estas fue causa de muchos errores de cálculo político)–, debería poder decirse algo acerca de *El Monitor Republicano* y su relación con el poder, toda vez que, en el contexto de un régimen personalista que cada vez parecía concentrar más atribuciones, era un asunto ineludible para cualquier diario. Como afirma Fausta Gantús: “el mundo del periodismo vivió íntimamente ligado a los vaivenes de la política y los dictados del poder, que fueron reduciendo los límites de la prensa independiente hasta casi anularla”.<sup>1</sup> La polémica que estalló a partir del regreso de Leonardo Márquez puso de manifiesto algunos de los retos más acuciantes que experimentaba entonces el periodismo jacobino, las posibilidades que parecía ofrecer el panorama político y, finalmente, la manera en que de hecho procuró resolverlos. Entre los periódicos que se identificaban con el jacobinismo, *El Monitor Republicano* fue su representante más visible y el que resultó más conmovido por el arribo de Márquez.

Eran varios los motivos por los que este periódico era considerado el campeón del liberalismo ortodoxo hacia 1895: por su historia, porque a diferencia de *El Siglo Diez y Nueve* –que al menos de palabra seguía también identificándose con el liberalismo de mitad de siglo– había sabido mantenerse independiente, por el estilo sobrio de sus artículos, reflejado en el formato tradicional que Vicente García Torres se negó a transformar, así como

<sup>1</sup> Gantús, *Caricatura*, 2009, p. 236.

por su resistencia hacia los géneros periodísticos en boga y la persistencia ideológica de sus contenidos.<sup>2</sup>

*El Monitor Republicano* resultaba ineludible para la conciencia liberal. Entre los periódicos independientes que sostenían el jacobinismo, era el que más números vendía.<sup>3</sup> Lo más importante es que gracias a su prestigio lo leían o escuchaban muchas más personas que aquellas que lo adquirirían: “tenía suscriptores en todas las localidades principales de la República, con la circunstancia de que para cada ejemplar, había cuando menos treinta lectores, pues era pasado de mano en mano por sus adquirientes primitivos, por lo común individuos aficionados a difundir el desprestigio del gobierno, por cualquier medio, por ser desafectos a él con razón o sin ella”.<sup>4</sup> Aun cuando este testimonio no debe tomarse sin cierto escepticismo respecto a la cantidad de lectores con que contaba, lo indudable es que los periodistas que se identificaban con el liberalismo se sentían obligados a medirse contra el diario de García Torres, ya se tratara de apoyar sus opiniones o de contradecirlas. Los periódicos católicos, por su parte, llevaban lustros o décadas debatiendo con el que reconocían como el diario jacobino por antonomasia.

A semejanza de lo que ocurrió con *El Universal*, la actividad que desarrolló *El Monitor Republicano* alrededor del regreso de Leonardo Márquez no estuvo exenta de contradicciones, si bien fueron de distinta índole y se expresaron de otro modo. Sin llegar al dramatismo de opinar primero que “no” y luego que “sí”, los argumentos con que se opuso al retorno del lugarteniente del imperio se fueron transformando al entrar en polémica con sus adversarios: comenzó esgrimiendo la versión jacobina más tradicional e intrínsecamente coherente –de acuerdo con la cual la guerra entre liberales y clericales era una lucha teleológica–, y terminó aceptando que el proble-

<sup>2</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, p. 39. Este trabajo es importante porque, a diferencia de la mayor parte de los estudios que se refieren a la prensa de aquellos años, no se limita a señalar la existencia de un periodismo jacobino, crítico del régimen, sino que analiza las diferencias que existían entre tres periódicos que pertenecían a esta tendencia política.

<sup>3</sup> En abril de 1895, *El Correo de Jalisco* realizó un estudio para averiguar el tiraje de los periódicos de la capital. *El Noticioso* vendía de ordinario 13 000 ejemplares, pero en días aciagos o de noticias “espectaculares” incrementaba muchísimo esta cantidad, llegó a vender 30 000, cifra inédita en México, al día siguiente del descarrilamiento del tren en Temamatla. Los periódicos a la zaga aguantaban muy atrás, aunque con mayores utilidades por ejemplar: *El Universal*, *Gil Blas* y *El Tiempo*, 6 000 ejemplares; *El Monitor Republicano* 5 000 y 6 000 los domingos, cantidades similares a las que debía manejar *El Demócrata*, aunque esta medición era más imprecisa por tratarse de un periódico de reciente aparición. De ser correctas estas cifras, lo que intriga es que *El Noticioso* no hubiera podido sobrevivir más tiempo. “La prensa de México. Diversas noticias acerca de ella. La circulación de los principales periódicos. (De *El Correo de Jalisco*)”, *El Noticioso* 25 de abril de 1895, p. 1.

<sup>4</sup> Ceballos, *Panorama*, 2006, p. 321.

ma fundamental de los tiempos que corrían era la arbitrariedad del régimen de Porfirio Díaz, viraje que, como veremos, redefinía de un modo radical el papel de la prensa liberal independiente.

A pesar de que el jacobinismo había sufrido en los últimos años reveses que indicaban una progresiva irrelevancia política,<sup>5</sup> no fue sino hasta el regreso de Márquez cuando un colega liberal, hasta ese momento considerado como independiente, rechazó los principios esgrimidos por *El Monitor* e incluso se propuso finiquitar su versión de la historia. Por ello, aunque el eje de este capítulo es la posición defendida por *El Monitor Republicano*, en todo momento tendremos en cuenta a sus interlocutores –principalmente a *El Demócrata*–, sin los cuales no se comprenden los argumentos y el lenguaje que aquel empleó, así como las contradicciones en que incurrió.

## LA IDEOLOGÍA JACOBINA CONTRA EL TIGRE DE TACUBAYA

*Márquez, un riesgo para la paz*

Como señalamos brevemente en el capítulo anterior, en el momento en que *El Monitor Republicano* consideró real la posibilidad de que el gobierno hubiera permitido el regreso de Márquez, adoptó una posición idéntica a la de *El Universal* de hacía apenas unos meses. Del mismo modo que Gutiérrez Nájera comenzó por establecer que era posible el regreso de Márquez desde el punto de vista jurídico, pero que era políticamente riesgoso e históricamente inmoral: “no se viola ninguna ley, pero lo que es [...] peor, se atropella [...] el sentimiento nacional [...] Para ese hombre que tanto ofendió a la patria y a la humanidad se tiene hoy una palabra de perdón, palabra que no puede repetir ningún buen mexicano, palabra que la justicia rechaza y la Nación no puede aceptar.”<sup>6</sup> Y es que, conforme con la afirmación de Gutiérrez Nájera de que “el tiempo no es una esponja que se embebe todos los crímenes pasados”, para este periódico el conflicto fundamental entre conservadores y liberales, si bien en circunstancias diferentes, continuaba dividiendo al país:

<sup>5</sup> Hale, *Transformación*, 2002, pp. 195-196, y Cortés, “Grupo”, 2002, pp. 280-281.

<sup>6</sup> “Las amnistías de moda”, *El Monitor Republicano*, 19 de mayo de 1895, p. 2.

Los conservadores quieren el Poder, aspiran a un lugar en el presupuesto de la Nación; pretenden regir los destinos de la Patria para absorber sus energías, para retirar de la circulación su numerario, para hacerse, en suma, dueños y árbitros de 12 millones de habitantes y de más de un millón de kilómetros cuadrados [...] Conocemos bien el programa por el cual luchan; odian al gobierno representativo, prefieren la monarquía; detestan de todo corazón la igualdad ante la ley, quieren constituir clases privilegiadas, ciudadanos de sangre azul, aristocracia corrompida, nobleza abyecta que se enderece fuerte y poderosa por medio de la más vil de las usurpaciones: por la usurpación de los derechos del pueblo. Han glorificado a Márquez, no obstante que la Nación horrorizada aún por los innumerables crímenes del ex-Lugarteniente del Imperio, ha visto su regreso con la misma repugnancia, con la misma aversión que cuando levantó en Tacubaya una aguja de mármol en que todavía relampaguea esta frase bíblica: ¡ACELDAMA!<sup>7</sup>

De inicio, pues, *El Monitor Republicano* enfocó su preocupación en el fortalecimiento de la Iglesia y de otros grupos conservadores que ganaban espacios políticos y sociales. Al interpretar este fenómeno desde la evocación de los tiempos de la Reforma, con el maniqueísmo propio de los tiempos de guerra,<sup>8</sup> el periódico jacobino sostuvo que, en lo profundo, la realidad mexicana continuaba dividida en dos grandes partidos y el conservador, derrotado, recuperaba fuerzas soterradamente con la finalidad de volverse a enfrentar con el liberalismo. De esta manera se expuso a una contradicción que le resultaría difícil superar y que señalaba, de hecho, un problema fundamental del jacobinismo de fines de siglo.

Dicha contradicción radicaba en que, además de censurar al clericalismo, otro de los ejes de la actividad periodística de *El Monitor* se dirigía a protestar contra la arbitrariedad del régimen, culpable entre otras cosas del resurgimiento del clericalismo. El gobierno era arbitrario porque no exis-

<sup>7</sup> Luis del Toro, "Boletín del Monitor", *El Monitor Republicano*, 26 de julio de 1895, p. 1. Aceldama, que quiere decir "campo de sangre", fue el nombre de los terrenos que Judas Iscariote compró con las monedas que recibió por traicionar a Jesús o bien el nombre del campo en el cual se suicidó, según distintas versiones. El tono y la interpretación de este texto son extraños a Del Toro, quien, a diferencia de Ramón Alva, ordinariamente intentaba equilibrar los principios jacobinos que defendía *El Monitor Republicano* con un análisis deudor del positivismo, como llegaron a señalar los redactores de *El Universal* y de *El Demócrata*. Véase "Al simpático denunciante convencido... Necesitaba que lo desenmascararan", *El Demócrata*, 20 de junio de 1895, p. 2 y "El Monitor y la democracia", *El Universal*, 24 de noviembre de 1894, p. 1.

<sup>8</sup> En palabras de Erika Pani, dicha versión histórica pasó de "arenga patriótica a verdad histórica". Pani, *Segundo*, 2004, pp. 46-50.

tían poderes autónomos de suficiente relevancia para contrapesar a un régimen que parecía descansar sobre la figura autoritaria de Porfirio Díaz. Esta era la razón por la que –según el mismo *Monitor*– resultaba imposible hablar de partidos políticos, puesto que todo aquel grupo que abrigara aspiraciones de tal índole debía aceptar su dependencia de Díaz, lo que equivalía a renunciar a la disputa por el poder supremo del país: “La idea de partido político no puede concebirse sin cierta dosis de autonomía y sin ciertos elementos que obliguen al respeto del gobierno establecido.” Por ello, añadía Del Toro, no existían partidos en México, sino más bien asociaciones insignificantes desde el punto de vista político: “La obra de estos grupos no alcanza a regular las funciones del gobierno, porque ninguno de ellos tiene apoyo en la masa social.”<sup>9</sup> Así pues, la prensa independiente se reconocía en una situación bien difícil, entre una masa social indiferente que no podía servirle de apoyo y un poder político arbitrario: “el gobierno, sin ocasionar el menor conflicto [...] puede detener o matar bruscamente toda labor periodística que juzgue peligrosa a su estabilidad”.<sup>10</sup>

Aquí hallamos la razón principal de que, en un inicio, *El Monitor* se encontrara confundido respecto a la actitud, los argumentos y el tono que debía emplear al discutir el regreso de Márquez. Era necesario decidir cuanto antes si representaba un riesgo importante para la estabilidad del país o era más bien insignificante. En otras palabras, si su retorno significaba un reforzamiento del partido clerical que habría que temer o, por el contrario, si servía como ejemplo y símbolo del poder indisputado del régimen personalista de Díaz. En cada caso, la argumentación debía ser distinta. Finalmente, decidió interpretar la presencia del *Tigre de Tacubaya* –tan simbólico para el caso– como evidencia de que el problema político fundamental de la patria era la incansable, teleológica lucha entre liberales y conservadores. Como se verá, no fue la apuesta más acertada.

El 15 de mayo se inició la polémica. El periódico jacobino indicó que Márquez no había dejado de representar el mismo papel que desempeñó durante la guerra de Reforma y el Imperio, el de “enemigo irreconciliable de nuestras instituciones”. Si el pasado y el presente se hallaban ligados por la lucha sempiterna entre conservadores y liberales, el lugar que ocupó Márquez en la historia lo seguiría ocupando mientras continuara vivo. Podrían cambiar las circunstancias y la correlación de fuerzas, pero la lucha era esen-

<sup>9</sup> Luis del Toro, “Boletín del *Monitor*”, *El Monitor Republicano*, 20 de febrero de 1895, p. 1.

<sup>10</sup> *Ibid.*

cialmente la misma. El que fuera lugarteniente de Maximiliano, en definitiva, pretendía brindar aliento al partido clerical: “vuelto a la patria podría servir de corifeo a la falange reaccionaria que aún no quiere declararse bien muerta”.<sup>11</sup> A partir de esta convicción, *El Monitor Republicano* expresó que, aun cuando no se violaba ley alguna, por razones históricas y de paz social el gobierno mexicano y la nación en su conjunto (liberales en ambos casos) debían negarle el derecho de regresar: “Márquez en México sería un trofeo para los mochos, y estos, torciendo a la historia, lo exhibirán como el mártir de una causa santa y lo pondrán como ejemplo vivo de tesón y de constancia.”<sup>12</sup>

Ahora bien, a medida que se confirmó que se trataba de algo más que un rumor, *El Monitor Republicano* encontró difícil seguir argumentando que Márquez era motivo de desestabilización política. En el contexto de un régimen cuya característica definitoria estaba dada por la creciente concentración del poder ejecutivo –que comenzaba a parecer excesiva incluso para algunos de sus incondicionales–, resultaba muy complicado sostener que el país se debatía entre liberalismo y conservadurismo, y que este último representaba un riesgo para la república.<sup>13</sup> Es más, el mismo *Monitor Republicano* había señalado como de dominio público que Díaz era capaz de usurpar la autonomía de los estados: “no hay quien ignore que, a pesar de que la Constitución habla de veintisiete soberanías, no hay más que una sola, permanente, invariable, irreductible”;<sup>14</sup> y que aniquilaba periódicos sin consecuencia alguna, pues “aquí sólo se hace la voluntad del jefe del Ejecutivo”.<sup>15</sup> Por ello le resultaría muy difícil sostener que un hombre de 75 años, casi 30 de exilio y reputación dolorosa, que no volvió al país sino hasta recibir permiso del gobierno, fuera siquiera un desafío para las instituciones de la república.

La prensa de la época, acostumbrada a discutir con sus colegas y leer entre líneas el significado oculto de los artículos de sus adversarios, se en-

<sup>11</sup> “Las amnistías de moda”, *El Monitor Republicano*, 19 de mayo de 1895, p. 2.

<sup>12</sup> *Ibid.* *El Hijo del Ahuizote* siguió en lo general la misma interpretación. Todavía el 30 de junio apareció una caricatura donde Márquez, escoltado por Victoriano Agüeros y Trinidad Sánchez Santos, se arremanga la camisa mientras sus acompañantes le señalan hacia lo alto de una columna que en la cima dice “gobierno”. Al pie, los siguientes versos: “Haga otra vez a Leopardo/ Y deje el disfraz de ‘inerm’/ ¡Arriésguele, Don Leonardo,/ Que el partido no se duerme.” *El Hijo del Ahuizote*, 30 de junio de 1895, p. 1.

<sup>13</sup> Diversos autores coinciden en que esta fue la etapa de mayor concentración de poder por parte de Díaz. Véase Katz, “México”, 1992, p. 41; Valadés, *Porfirisismo*, 1977, pp. XVIII-XIX, y Tenorio, *Porfiriato*, 2006, p. 20.

<sup>14</sup> Luis del Toro, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 31 de octubre de 1895, p. 1.

<sup>15</sup> “La vicepresidencia de la República”, *El Monitor Republicano*, 10 de febrero de 1895, p. 3.



contraba al acecho para revelar sus debilidades. *El Tiempo*, atento a la ambigüedad que entonces manifestaba el diario de García Torres respecto a la fortaleza o debilidad del gobierno (la fortaleza o insignificancia de Márquez), juzgó que la interpretación de los periódicos liberales encabezados por García Torres era innoble y aun mezquina:

No acertamos a comprender qué mal puede causar a los liberales la permanencia en el país de un anciano octogenario, que no tiene más aspiraciones que morir en su patria [...] Las razones alegadas por los periódicos liberales para que se negara al Gral. Márquez el regreso a México, sólo revelan o suma perversidad, o una mala fe que provoca la mayor indignación; pues bien sabe que aquí no existe ya tal partido conservador, ni hay tales clericales, ni muchísimo menos viene el Gral. Márquez a servir de núcleo a ninguna agrupación política.<sup>16</sup>

*El Monitor Republicano* se enfrentaba a estos argumentos, pero sobre todo a la fragilidad de la perspectiva que él mismo había enunciado. Cuando no cupo duda de que el gobierno había decidido permitir que Márquez desembarcara en costas mexicanas, sólo era cuestión de tiempo para que, al entrar en contraste con la realidad, se revelara si tenía fundamento el discurso que advertía sobre las aspiraciones políticas del general y el riesgo desestabilizador de su presencia en el país. García Torres y la redacción del diario debieron de suponer pronto que, en efecto, el viejo militar no venía persiguiendo ningún fin político ni desarrollaría actividad alguna en este sentido. Por ello comenzó a dar cabida a opiniones distintas y trató de adaptar sus argumentos para asegurar que, aunque no fuera un riesgo para el país, Márquez no debía volver.

Al parecer no hubo una junta editorial que, en un momento preciso, ordenara un golpe de timón, por lo que este diario publicó opiniones contradictorias en algunos números (si bien jamás apareció un artículo que considerara aceptable el regreso del general). De tal suerte, paulatinamente transformó el tono, la argumentación y, en fin, su posición al respecto: "Márquez nos es indiferente; Márquez no pondrá en peligro las instituciones; a lo sumo, seguirá ofreciendo ocasión a las insolencias y cinismos de la *Voz de Mé-*

<sup>16</sup> "El General Don Leonardo Márquez", *El Tiempo*, 29 de mayo de 1895, p. 2.

xico, y es todo.”<sup>17</sup> A partir de entonces, debió delinear argumentos sobre aspectos más específicos mediante los cuales repudiar la decisión del gobierno.

De cualquier manera, al aceptar la intrascendencia de Márquez, *El Monitor Republicano* dislocaba, implícitamente, la interpretación jacobina de la historia del análisis del presente político, es decir, aceptaba que aquella había dejado de brindar la clave para la acción política. No podía sostenerse a un mismo tiempo que el partido conservador fuera “cadavérico” y que el país se debatiera entre liberalismo y conservadurismo, no de manera eficaz al menos. Así pues, a partir de entonces el periódico se concentró en dos aspectos: el jurídico y el histórico, este último circunscrito a sus aspectos morales una vez que fue despojado del correlato político que señalaba que Márquez era un rival formidable para el supuesto liberalismo del régimen.

### *La batalla jurídica contra el regreso de Leonardo Márquez*

Discretamente, en la sección dedicada a cartas y remitidos, *El Monitor Republicano* publicó la reflexión de un lector llamado Julián Soto que aseguraba que, contra lo que el periódico había opinado en un principio, Márquez no podía regresar al país porque el Congreso lo había dejado explícitamente fuera de la ley de amnistía de 1870, a cuyo amparo no podía resguardarse.<sup>18</sup> Sin mediación entre su opinión anterior y esta, la redacción se plegó de inmediato a la de Soto y puso énfasis en que, una vez más, el gobierno se disponía a violentar las leyes concediendo un permiso que no tenía facultades para expedir.

A fin de fundamentar su opinión, acudió a un decreto anterior al mencionado por Soto, emitido por el Congreso el 4 de junio de 1861, en el cual se exceptuaba de toda garantía a Tomás Mejía, Linódoro Cajigas, Juan Vicario, José María Cobos, Félix Zuloaga, Manuel Lozada y Leonardo Márquez; es decir, a aquellos que tras la batalla de Calpulalpan –en la cual el ejército conservador perdió definitivamente la guerra de Reforma– y la salida del país de Miguel Miramón, se negaron a deponer las armas y encabezaron guerrillas que asediaron al gobierno de Juárez, una de las cuales perpetró el secuestro de Melchor Ocampo y su posterior fusilamiento por

<sup>17</sup> Luis del Toro, “Boletín del *Monitor*”, *El Monitor Republicano*, 5 de junio de 1895, p. 1.

<sup>18</sup> “Sobre la vuelta al país de Don Leonardo Márquez”, *El Monitor Republicano*, 22 de mayo de 1895, p. 3.

órdenes –según la opinión mayoritaria– de Leonardo Márquez.<sup>19</sup> De esta manera, *El Monitor Republicano* no sólo procuraba demostrar que el general tenía vedada jurídicamente la repatriación, sino que trajo a la memoria uno de los episodios más tristes y deplorables de la discordia que sostuvieron liberales y conservadores durante diez años. La moral que se desprendía de la historia también impedía que Márquez fuera perdonado.

Lo que de verdad debió sorprender a sus colegas –e indignar particularmente a los periódicos católicos– fue que el diario jacobino recordara, dando a entender que a pesar de los años seguía vigente, el artículo 2º de aquel decreto mediante el cual el Congreso había ofrecido una recompensa de 10 000 pesos a quien librara a la sociedad de cualquiera de esos “monstruos” (o, en caso de que el veredicto de los “monstruos” se encontrara bajo proceso penal, se le prometía el indulto). Márquez tenía, además, otra cuenta pendiente: aún pendía sobre él la misma pena que recayó sobre su emperador y sus compañeros en el Cerro de las Cruces.

Al día siguiente, *El Tiempo* publicó una carta de Román Araujo comentando el artículo anterior. En el terreno jurídico recordaba a este periódico y al *Hijo del Ahuizote* –que también había reproducido el decreto de 1861– que la ley a la que hacían referencia había sido derogada por un decreto expedido por el mismo Congreso el 2 de diciembre del mismo año. Por otro lado, afirmaba, la amnistía expedida por el Congreso en octubre de 1870 derogó la ley por la que fueron fusilados Maximiliano, Mejía y Miramón. En todo caso –concluía la carta de Araujo–, los diarios que atacaban de esa manera a su tío se mostraban desacertados, inoportunos e “innobles” al conminar a los lectores a que cometieran un crimen “con la esperanza de que ese acto tenga un premio de diez mil pesos”.<sup>20</sup>

*El Monitor Republicano* pareció aceptar que la ley de 1861 estaba derogada, pues no volvió a hacer referencia a ella y la breve polémica jurídica que a continuación se entabló se enfocó en la interpretación de la ley de

<sup>19</sup> “Llegada de D. Leonardo Márquez”, *El Monitor Republicano*, 28 de mayo de 1895, p. 2. Márquez nunca aceptó la responsabilidad por el fusilamiento de Ocampo, aduciendo que Zuloaga había sido reconocido por los hombres que se mantenían en la guerrilla como el jefe supremo y que, por lo tanto, sólo él habría podido dar una orden de ese calibre. Al parecer, Márquez era el jefe real, pero había instalado nominalmente a Zuloaga en esa posición. Como quiera que fuere, la opinión se inclinó a pensar que Márquez fue el culpable. Para esta polémica entre los generales conservadores, véase Márquez, *Manifestos*, 1904, pp. 280-297.

<sup>20</sup> “Leyes derogadas. A propósito de la venida a México del Gral. Márquez”, *El Tiempo*, 29 de mayo de 1895, p. 2.

amnistía de 1870.<sup>21</sup> Aun cuando el artículo 11º parecía dar a Araujo la razón con respecto a que Márquez quedaba a salvo de la pena de muerte (ni siquiera los individuos exceptuados de la amnistía “podrán ser condenados a muerte por los delitos cometidos hasta la fecha de la publicación de esta ley”), resultaba menos evidente discernir si el ejecutivo tenía o no facultades para amnistiar a quienes quedaban explícitamente excluidos de ella, caso en el que se encontraba Márquez: la fracción primera del artículo 2º estipulaba que no quedaban comprendidos en la amnistía “los regentes y lugartenientes del llamado Imperio”.<sup>22</sup>

El espacio para la interpretación se desprendía de los artículos 4º, 9º y 10º. El 4º autorizaba al presidente para incluir en la amnistía a los “exceptuados en el artículo 2º cuando a juicio del mismo Ejecutivo no se comprometa la paz pública”.<sup>23</sup> El 9º fijó el plazo de un mes, después de promulgada la amnistía en cada cabecera de distrito, para que los interesados se presentaran a las autoridades. El 10º fue el meollo de la polémica pues estipulaba que quienes no se presentaran a tiempo o no estuvieran comprendidos en la amnistía serían juzgados de acuerdo con las leyes vigentes y en ningún caso con las que se decretaron en tiempos de guerra.<sup>24</sup> El asunto, pues, era resolver (interpretar) si según el decreto de amnistía el ejecutivo tenía atribuciones para incluir a los exceptuados en el artículo 2º siempre y cuando se hubieran presentado en el plazo establecido (un mes), o si podía amnistiarlos aun después de transcurrido dicho plazo que, para la llegada de Márquez, había expirado hacía casi 25 años. Ahora bien, una vez que se estableció la disputa sobre puntos tan privativos de la interpretación y el conocimiento jurídico, se volvió improbable establecer una campaña contra Márquez por la ilegalidad de su regreso.

De cualquier modo, pronto el mismo *Monitor Republicano* allanó a Márquez este camino. Adelantándose a sus adversarios, quienes probablemente esgrimirían en su favor el Código Penal de 1872, el diario jacobino recordó que, aunque dicho Código establecía en quince años la prescripción de cualquier delito, no se aplicaba para la federación sino para el Distrito

<sup>21</sup> El decreto de amnistía de octubre de 1870 fue entonces reproducido de manera íntegra por *El Monitor Republicano* y *El Universal*. Véase “El regreso de Don Leonardo Márquez. ¿Ha prescripto la acción penal?”, *El Universal*, 1 de junio de 1895, p. 1. En *El Monitor Republicano* se publicó el día anterior. Puede consultarse en Dublán, *Legislación*, t. xi, p. 184.

<sup>22</sup> “El regreso de Don Leonardo Márquez. ¿Ha prescripto la acción penal?”, *El Universal*, 1 de junio de 1895, p. 1.

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> *Ibid.*

Federal.<sup>25</sup> Al día siguiente, varios diarios, entre ellos *El Demócrata*, rectificaron al de García Torres: “¡Solemne pitazo de los criminalistas de *El Monitor*!... El Código Penal del Distrito Federal y de los Territorios, local para los delitos del orden común, rige en toda la República para delitos contra la Federación.”<sup>26</sup> El diario ubicado en San Juan de Letrán se vio obligado a reconocer su error, pero afirmó –sin hilar una argumentación en este sentido y de un modo ya definitivamente confuso– que de todas maneras su juicio no se modificaba en lo fundamental: “Con nuestra ingénita honradez declaramos que el colega –prefirieron dirigirse a *El Partido Liberal*– está en lo justo, pero esto en nada perjudica la tesis que hemos sostenido sobre que la ley niega todo perdón al General Márquez.”<sup>27</sup>

El mejor resumen del hecho lo publicó *El Universal*, que en estilo sarcástico suplicaba a la prensa que no tratara el error de su colega “como si hubiera cometido un delito”. Debía comprenderse –dijo– que el diario jacobino escribiera en esos “momentos ofuscado por lo que él juzga un verdadero atentado, y ese es el motivo del error en que ha incurrido”.<sup>28</sup> Con aire sereno procedió entonces a hacer el cálculo de los años que había alcanzado la pena del militar conservador y concluía: “así es que desde el año de 1888 prescribió toda acción contra Márquez, cualesquiera que fueran sus delitos y crímenes, y pudo regresar impunemente al país”.<sup>29</sup> *El Monitor Republicano* no volvió a discutir sobre este punto, ni ningún otro periódico.

Existía, sin embargo, una razón más profunda que restó envergadura al debate jurídico: todos parecían tener claro que, en última instancia, la legalidad era irrelevante para decidir si Márquez volvía o no. Para el mismo general había sido intrascendente que desde 1888 pudiera volver al país, pues más que un problema jurídico era un asunto del orden político que, como tal, se resolvía en las altas esferas del régimen, de seguro con la anuencia del mismo Díaz. De hecho, para el momento en que la prensa concluyó el examen de las leyes de amnistía, el interesado se encontraba ya en territorio mexicano y camino a la capital: no cabía esperar que se le obligara a regresar después de una minuciosa disquisición jurídica, toda vez

<sup>25</sup> “Sobre la vuelta al país del General Leonardo Márquez”, *El Monitor Republicano*, 30 de mayo de 1895, p. 2.

<sup>26</sup> “Los criminalistas de *El Monitor*. ¡Oh!... ¡Ah!”, *El Demócrata*, 31 de mayo de 1895, p. 1.

<sup>27</sup> “*El Partido Liberal*”, *El Monitor Republicano*, 1 de junio de 1895, p. 3.

<sup>28</sup> “El regreso de Don Leonardo Márquez. ¿Ha prescripto la acción penal?”, *El Universal*, 1 de junio de 1895, p. 1.

<sup>29</sup> *Ibid.*

que, como señalaba *El Monitor Republicano*, “diariamente estamos obligados a lamentar el desprecio con que se ven las leyes de la República”.<sup>30</sup>

*Tigre de Tacubaya o triste octogenario. La subjetividad de la historia moral*

Muy pronto, pues, se vio reducido el campo para la polémica jacobina. Si la disputa jurídica favorecía a Márquez; si parecía insostenible argumentar que el otrora lugarteniente se convertiría en el centro en torno del cual se reuniría el viejo partido conservador con miras a reiniciar la guerra de Reforma o siquiera criticar el régimen imperante, para el diario jacobino quedó la discusión estrictamente histórica, terreno más seguro en tanto Márquez era un personaje indefendible, según la versión que ya podríamos denominar “oficial”.<sup>31</sup>

Cuando Alberto Samson, periodista francés radicado en México que editaba *L'Echo du Mexique*, manifestó que su amigo Vicente García Torres se hallaba esta vez “muy mal inspirado” al desear que el ostracismo pesara eternamente sobre los vencidos y pretender que Márquez, con casi 80 años, fuera un riesgo para las instituciones, la redacción le respondió en conjunto asegurando que lamentaba que él no pudiera “sentir hondo, tan hondo como nosotros, con el amor que la Patria inspira a sus buenos hijos, las ofensas que ha recibido de los réprobos”.<sup>32</sup>

A partir del arribo de Márquez a la ciudad de México, este sería el tono en las páginas del *Monitor Republicano*. En efecto, una vez desligada la historia de su filón político, el diario jacobino exacerbó la cuestión moral que se desprendía de ella (de acuerdo con su propia interpretación).<sup>33</sup> Así, más allá de la relevancia que Márquez pudiera o no tener en el país a sus 75 años, se trataba de un hombre que perpetró la matanza de civiles y médicos en Tacubaya, mandó asesinar a Ocampo, traicionó a su patria por Maximiliano y a Maximiliano por sí mismo, razones suficientes y de sobra

<sup>30</sup> Luis del Toro, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 14 de junio de 1895, p. 1.

<sup>31</sup> Pani, *Segundo*, 2004, pp. 71-81.

<sup>32</sup> “*L'Echo du Mexique* y el Tigre de Tacubaya”, *El Monitor Republicano*, 25 de mayo de 1895, p. 2.

<sup>33</sup> Koselleck señala que la frase “la Historia, maestra de la vida”, tan gastada, en realidad ha significado cosas distintas en diferentes contextos. Puede concebirse como una guía para la “acción a corto plazo y de la moral referida a esas situaciones, para los cuales la *Historie* proporciona un modelo de experiencia. O en el plano de los decursos a mediano plazo, desde los que se pueden extrapolar tendencias del futuro.” Koselleck, *Futuro*, 1993, p. 151. *El Monitor Republicano*, en efecto, pasó de utilizar este último concepto de la historia al primero, más concreto pero de menor envergadura.

para negarle el perdón: “¿Cuándo termina esa condena? Cuando la muerte lo amnistie, sólo entonces.”<sup>34</sup> Márquez, pues, debía morir “lejos del suelo que enrojeció con sangre de patriotas”, la que sólo le permitiría volver “cuando deje de amar a Melchor Ocampo, cuando deje de sentir el dolor del hijo ante el asesino del padre, cuando le inspiren júbilo las lágrimas de las víctimas”.<sup>35</sup>

La interpretación según la cual el liberalismo era la representación y el ser mismo de la patria, reservando a los mexicanos que lucharon bajo la bandera del conservadurismo y del imperio de Maximiliano el papel de meros traidores, funcionaba muy bien como historia oficial e incluso era alentada desde el régimen para “crear una identidad nacional, exaltar héroes y nutrir pasiones patrióticas”,<sup>36</sup> pero mal describía los objetivos inmediatos que persiguieron los gobiernos posteriores al segundo imperio.

Desde el momento mismo en que Juárez pudo volver a la ciudad de México tras el imperio –y más aún durante el régimen de Díaz–, los gobiernos buscaron en la práctica la conciliación nacional, podríamos decir que la paz, el orden y el progreso. Si la historiografía hizo hábito de retratar a los conservadores como traidores, en política se reconoció su importancia, en los hechos, al procurar su reincorporación a la vida del país, con la condición de que admitieran las instituciones liberales. En efecto, muchos fueron rehabilitados más pronto que tarde e incluso disfrutaron de una posición que pocos pudieron haber imaginado en 1867:

Juárez trató de llegar a un acuerdo con sus antiguos enemigos con el fin de conseguir mayor apoyo para su causa. Los evidentes perdedores de los diez años de guerra que atormentaron a México entre 1857 y 1867 acabaron por salir mejor parados de lo que ellos o muchos de sus contemporáneos esperaban. Esto fue especialmente evidente en el caso de los políticos conservadores, los terratenientes y los funcionarios.<sup>37</sup>

La recuperación de la Iglesia, que con Díaz tuvo su mayor florecimiento desde la colonia –pero cuyos primeros pasos había permitido Juá-

<sup>34</sup> “*L’Echo du Mexique* y el Tigre de Tacubaya”, *El Monitor Republicano*, 25 de mayo de 1895, p. 2.

<sup>35</sup> Luis del Toro, “Boletín del *Monitor*”, 31 de mayo de 1895, p. 1.

<sup>36</sup> Pani, *Segundo*, 2004, p. 62. Esta historiadora muestra que entre los dos objetivos que se trazó la historiografía porfiriana –forjar patria y establecer verdades con pretensiones científicas–, consiguió el primero con mucha más eficacia.

<sup>37</sup> Katz, “México”, 1992, p. 19.

rez-, fue el caso más significativo.<sup>38</sup> Fue una de las razones que adujeron los rivales de *El Monitor Republicano* para señalar que era deshonesto argüir en contra de los deseos de un hombre mayor que pedía permiso para morir en su país, mientras que algunos de sus compañeros de partido habían ocupado, y en algunos casos seguían ocupando, altos cargos sin provocar el encono de la prensa. La respuesta de *El Monitor* a estos argumentos continuó revelando la creciente incomodidad que le producía una polémica en la cual no había hallado lugar seguro desde el cual argumentar: “En toda congregación, en todo círculo que defienda una idea buena o mala, que persiga un fin laudable u odioso, hay uno que asume la representación de ese círculo. Habrá muchos Márquez; pero Leonardo es el Jefe.”<sup>39</sup>

*El Demócrata*, que haciendo alarde de su vocación provocadora ya había calificado como incierto y deshonesto que Márquez fuera el “gran criminal” de la patria (“hacer el papel de patriotas matones contra ese pobre viejo ochentón, y meterse la lengua en un zapato ante los otros conservadores e imperialistas que gozan hoy de poder, no es ni puede ser patriótico ni honrado”),<sup>40</sup> hizo evidente que la moral histórica también podía ser objeto de discusión, al opinar con palabras que le eran poco habituales que, después de tanto tiempo, en un contexto radicalmente distinto, debía reinar “la suprema palabra de Perdón, que es la más refulgente estrella del amor”, y en un conveniente desplante de imaginación histórica aseguró que, de vivir, así lo entenderían Ocampo, Leandro Valle, Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada.<sup>41</sup>

Situados en este terreno, la subjetividad de las opiniones hacía imposible avanzar en cualquier dirección. Bastaba observar la candente polémica periodística para notar que, contra lo que afirmaba *El Monitor Republicano*, no todos estaban de acuerdo en que el asunto debiera plantearse en los siguientes términos: “la sociedad entera” aborrecía el regreso de Márquez “porque la gente buena no simpatiza con los hombres de instintos feroces”.<sup>42</sup> Varios periódicos, por convicción o subvención, interpretaron el asunto desde una perspectiva que evitaba la teleología de la época de la Reforma.

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> “Márquez individuo y Márquez imperialista”, *El Monitor Republicano*, 8 de junio de 1895, p. 3.

<sup>40</sup> “Está faltando la honradez!... Patriotas de estira y afloja”, *El Demócrata*, 31 de mayo de 1895, p. 1.

<sup>41</sup> José G. Ortiz, “Perdón en nombre de los mártires”, *El Demócrata*, 5 de junio de 1895, p. 1.

<sup>42</sup> “La vuelta de Márquez”, *El Monitor Republicano*, 31 de mayo de 1895, p. 3.



Uno de los obstáculos que más dificultaron la posición del periódico jacobino fue que Leonardo Márquez, por decirlo de un modo, había dejado de ser lo que fue para la generación liberal anterior: el monumento a las peores características y culpas de sus enemigos.<sup>43</sup> Para 1895 se había convertido en un anciano sin relevancia política que difícilmente podía unificar el encono liberal. Los defensores de la decisión del régimen arguyeron, entre otras cosas, que ellos eran muy jóvenes para padecer los rencores de sus padres: “Vivimos en nuestra época –dijo por entonces *El Demócrata*–, y no podemos tener ideales que pertenecieron al pasado, ni hacer una indigna comedia, o comercio con ideas y sentimientos que no podemos abrigar, que nadie abriga, pero que se fingen para *no perder la popularidad*.”<sup>44</sup>

Por su parte, *El Tiempo* insistió en que “entre ayer y hoy existe un abismo que no sondea con facilidad el raciocinio”, debido a que el país había experimentado “una evolución social” que hacía improcedente seguir hablando de un partido clerical opuesto al liberal: “Para nosotros [...] que no tomamos parte en las rencillas de conservadores y liberales de la época del imperio, por la sencilla razón de que entonces éramos unos niños que asistíamos a la escuela, en la vuelta del Gral. Márquez a su patria vemos a un anciano que desea se le deje pasar tranquilamente los últimos días de su vida.”<sup>45</sup>

Hasta *El Noticioso* –cuyos directores Ángel Pola y Federico Mendoza y Vizcaíno coincidieron con García Torres en que no debería haberse permitido regresar a Márquez–, llamó la atención sobre el hecho de que el general ya “no es de esta pelea, sino de la pasada”, y que era necesario que la prensa dejara de discutir (“¿que si le tiramos algunas piedras? ¿Que si nos contem-

<sup>43</sup> Es interesante que también los conservadores lo hayan descrito a menudo desfavorablemente. Quizás el retrato que de él hace Félix Salm Salm ejemplifique el tono de estos comentarios, en los cuales no es fácil discernir la parte literaria de aquella otra que pudiera ser más objetiva. Cuenta que tuvo oportunidad de observarlo con atención en la marcha que hicieron con el emperador desde la ciudad de México hacia Querétaro, de donde ya no saldría Maximiliano: “generalmente marchaba solo, absorto en pensamientos, que no podían haber sido de un carácter inocente ó agradable, puesto que su semblante tenía una expresión bastante siniestra [...] Cuando el emperador quería hablarle, Márquez generalmente no oía sino hasta la segunda o tercera llamada y entonces parecía como una persona que acababa de despertar de un sueño. Su cara se demudaba al momento con una expresión de benevolencia desagradable y exagerada, y se acercaba al emperador como un perro zalamero.” Salm, *Memorias*, 1869, pp. 39-40.

<sup>44</sup> La redacción, “Nuestro cisma”, *El Demócrata*, 7 de junio de 1895, p. 1. En 1892, Pablo Macedo, en el discurso que pronunció como presidente del Comité Local del Distrito Federal de la Unión Liberal, había dicho para definir al grupo al que pertenecía y que pronto llegaría a ser conocido como “científico”, que eran “hombres que pertenecen a una nueva generación, exenta del enorme peso de las responsabilidades históricas”. Salmerón, “Campaña”, 2012, p. 158.

<sup>45</sup> “Una coincidencia”, *El Tiempo*, 30 de mayo de 1895, p. 2.

tamos con tirarle chicuelos avisados para que le pellizquen sus pantorrillas de tigre cuando ande en la calle?”) para ocuparse de asuntos más actuales y útiles para la nación.<sup>46</sup>

La significación política que se desprendía del regreso de Márquez no parecía ser, pues, la aproximación hacia una nueva guerra entre conservadores y liberales, sino la arbitrariedad de un régimen que tomaba las decisiones a discreción, sin necesidad de rendir cuentas o siquiera alguna explicación a una muy escueta opinión pública. No es que esta circunstancia se mantuviera oculta para *El Monitor Republicano* –que en repetidas ocasiones la había señalado–, pero en la disputa por el retorno de Márquez había preferido ceñirse a la interpretación jacobina más tradicional.

Inesperadamente, fue Ramón Alva el primero que admitió este cambio de enfoque, reconociendo, como no lo había hecho antes el periódico, que era comprensible que Márquez hubiese querido regresar a su país “porque el hombre siempre ama el suelo en que nació, y allí quiere dormir su último sueño. Es un sentimiento y un deseo muy naturales. Quien merece todas las censuras es el Gobierno que no ha consultado el estado de la opinión y ha dado un paso verdaderamente impolítico.”<sup>47</sup> De esta manera, *El Monitor Republicano* pretendía reinstalarse en el terreno político, pero ya despojado de esa arma de doble filo que había resultado la interpretación en clave jacobina del regreso de Márquez.

## MENOS IDEOLOGÍA, MÁS POLÍTICA. LA ORGANIZACIÓN DEL DESCONTENTO LIBERAL

Una vez recuperado el aspecto político, el problema que se planteó para *El Monitor Republicano* fue resolver las acciones que debía llevar a cabo y la posición que debía adoptar, no ante Márquez, sino frente al gobierno y, sobre todo, replantearse el fin que en última instancia perseguía. ¿Conseguir que se expulsara a Márquez, desprestigiar al gobierno, organizar una resistencia liberal que fuese una plataforma para iniciar la lucha política? Durante los siguientes meses, se inclinó por organizar la resistencia, pero más que procurar el inicio de una lucha política propiamente dicha, el objetivo se centró en llamar la atención del gobierno y ejercer presión a través de la opinión

<sup>46</sup> Zut, “Qué hacer con Márquez”, *El Noticioso*, 8 de junio de 1895, p. 1.

<sup>47</sup> Ramón Alva, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 1 de junio 1895, p. 1.

pública para que las autoridades no contravinieran la Constitución y el legado liberal.

Desde principios de junio, cuando ya había quedado en evidencia el fracaso de las polémicas entabladas con base en la interpretación teleológica de la política tanto como en el examen de la situación jurídica de Márquez, el periódico dio inicio a la difusión del descontento liberal, simiente de la organización posterior. Una de sus actividades más persistentes fue la publicación de las cartas que otros periódicos y sobre todo los lectores –muchos de provincia– enviaron a su redacción a fin de apoyarlo y agradecerle que expresara el descontento generado por la decisión del gobierno de permitir la repatriación del *Tigre de Tacubaya*.<sup>48</sup>

Las cartas provenían de Puebla, Chihuahua, Oaxaca, Estado de México, entre otros. Había las suscritas a título personal, pero otras, acaso las más interesantes, hablaban en nombre de alguna comunidad. El tono usual de estas últimas fue el utilizado por Abraham Rivera, vecino de Zitácuaro, cuya carta llevaba al pie un número “insignificante” de firmas (200 aproximadamente),

debido a la premura del tiempo, pues hay uniformidad de sentimientos y aun las señoras desean hacer público el disgusto que les causa saber que entre nosotros se encuentra el autor de los crímenes de Tacubaya y Tepeji [...] y ya que los verdugos de otra época se han vuelto objetos de conmiseración, deseamos y desearemos siempre, oportunidad, hechos y represalias contra los traidores vergonzantes y modernos.<sup>49</sup>

Asimismo, don Abraham informaba que el pueblo se preparaba para recordar a Melchor Ocampo, “semi-dios en esta tierra”.<sup>50</sup> Esta práctica que inició *El Monitor Republicano* la continuaría un mes más tarde el Grupo Reformista y Constitucional, del cual fueron un pilar importante el mismo

<sup>48</sup> Véanse, en *El Monitor Republicano*, “Sobre la vuelta de Márquez”, 6 de junio de 1895, p. 3; “En honor de Don Melchor Ocampo”, 7 de junio de 1895, p. 3; “Carta abierta al general Díaz con motivo de la vuelta de Márquez”, 7 de junio de 1895, p. 3; “Sobre la vuelta de Márquez”, 7 de junio de 1895, p. 3; “Remitido”, 13 de junio de 1895, p. 2; “Protesta contra la vuelta de Márquez”, 14 de junio de 1895, p. 3; “Sobre la vuelta de Márquez al país”, 21 de junio de 1895, p. 4; “La actitud del *Monitor* y *El Centinela* de C. Juárez”, 22 de junio de 1895, p. 3.

<sup>49</sup> “Remitido”, *El Monitor Republicano*, 7 de junio de 1895, pp. 2-3.

<sup>50</sup> *Ibid.* Cabe decir que, pese a lo suscrito, no aparece la firma ni el nombre de ninguna mujer y que en algunas ocasiones se dice, por ejemplo, “por no saber firmar Timoteo Gómez, lo hago yo a su ruego, F. Lagunas”.

García Torres y su periódico. Según Myrna Cortés, quien sigue la interpretación de Jean Pierre Bastian, el liberalismo más o menos popular que articuló dicho grupo mediante la recepción y publicación de cartas muy similares a la de Abraham Rivera permitió la pervivencia y difusión de prácticas propias de la “sociabilidad” moderna, cuyas consecuencias se manifestaron en la organización de los clubes liberales en las postrimerías de la revolución.<sup>51</sup> En cualquier caso, en el corto plazo causó mayor aunque fugaz impacto la difusión e impulso que brindó *El Monitor Republicano* a los estudiantes que decidieron protestar contra la presencia de Márquez.

### *Protestas estudiantiles contra Leonardo Márquez*

El sector estudiantil, reducido pero relativamente dinámico, se mostró desde un inicio reacio a aceptar a Márquez en el país. Según Clementina Díaz y de Ovando, una de las razones de tal animadversión era que los estudiantes tenían presentes los asesinatos de Juan Díaz Covarrubias y Manuel Mateos, estudiantes de Medicina y Jurisprudencia, acaecidos el 11 de abril de 1859 en Tacubaya.<sup>52</sup> En todo caso, en los días que siguieron al regreso del general quedaría claro que coincidían con la perspectiva de *El Monitor Republicano*.

Como mencionamos al inicio, cuando los estudiantes supieron que Márquez había abordado el tren en Veracruz para dirigirse a la ciudad de México, decidieron recibirlo en la estación de Buenavista para manifestarse en su contra. Márquez, enterado por telegrama de los sucesos, decidió demorarse para evitar cualquier fricción, gracias a lo cual, por otro lado, Ángel Pola pudo escribir el mejor reportaje que se publicó sobre sus primeras impresiones de vuelta en el país.<sup>53</sup> Al día siguiente, *El Universal* celebró la maniobra del general y la desilusión que produjo en los manifestantes observar que el objeto de su protesta no había llegado en el tren señalado: “¡Oh celebridad del ridículo!”<sup>54</sup>

Según hemos argumentado, *El Monitor Republicano* ensayaba en aquel momento otro tipo de recursos para resistir el arribo de Márquez, por lo

<sup>51</sup> Bastian, “Jacobinismo”, 1993, pp. 243-245.

<sup>52</sup> Díaz, *Escuela*, vol. 1, 1972, p. 186.

<sup>53</sup> “Llegada a México del General Leonardo Márquez. Descripción de su viaje con nuestro reporter. En Tlaxcala. De incógnito en Puebla”, *El Noticioso*, 30 de mayo de 1895, pp. 1-2. En los siguientes días, casi todos los periódicos lo retomaron parcialmente o de manera íntegra.

<sup>54</sup> “La llegada de Márquez”, *El Universal*, 30 de mayo de 1895, p. 8.

que guardó silencio y evitó relacionarse con este movimiento de presión política situado en las afueras de la opinión periodística. Sin embargo, las manifestaciones que se prepararon para recordar a Melchor Ocampo dieron nueva ocasión para que el periódico de García Torres se uniera a los estudiantes, que comenzaron por publicar la convocatoria que El Gran Comité Nacional de Estudiantes extendió a la sociedad, a fin de reunirse en el Panteón de San Fernando el 3 de junio a las 9 de la mañana para conmemorar el 34º aniversario del fusilamiento del héroe liberal.<sup>55</sup> Los estudiantes, al tanto de que el gobierno había sido el principal garante de Márquez, pidieron a Pedro Rincón Gallardo, gobernador del Distrito Federal, permiso para llevar a cabo la manifestación.<sup>56</sup>

Es significativa la diferencia de opinión que externaron al respecto *El Demócrata* y *El Universal*, pues, si bien ambos criticaron la posibilidad de que la reunión fuera un pretexto para escarnecer a Márquez, el primero juzgó que aun así los estudiantes no tenían por qué pedir permiso:

Si [...] cometen desórdenes o demuestran raquitismo de espíritu, aprovechando esta manifestación para dejar que escapen de sus pechos los odios innobles, seremos los primeros en censurarlos; pero si no llevan otro ánimo que rendir homenaje a la memoria de D. Melchor Ocampo, hacen bien en estar resueltos a llevar a cabo su intento con o sin un permiso, que no necesitan, porque la Constitución se los tiene concedido.<sup>57</sup>

*El Universal*, en cambio, se limitó a confiar en la palabra empeñada por los estudiantes y señaló que tenían información de que lo sucedido en Buenavista “no contó con la aquiescencia unánime de los estudiantes” y que de cualquier modo no habían pensado sobrepasarse con Márquez, como no lo harían ahora que deseaban conmemorar a Ocampo: “La manifestación a la memoria de Ocampo, no tendrá nada de agresivo para nadie, los ora-

<sup>55</sup> “Los estudiantes y el 3 de junio”, *El Monitor Republicano*, 31 de mayo de 1895, p. 3.

<sup>56</sup> “Los estudiantes y sus manifestaciones. Varias noticias”, *El Universal*, 1 de junio de 1895, p. 1; “La manifestación a Ocampo. El Gobernador pone trabas. Primero la política que la Constitución”, *El Demócrata*, 1 de junio de 1895, p. 2.

<sup>57</sup> “La manifestación a Ocampo. El Gobernador pone trabas. Primero la política que la Constitución”, *El Demócrata*, 1 de junio de 1895, p. 2. En un artículo posterior, el mismo periódico endurció su crítica a la actitud de los estudiantes: “Mañana otro grupo de individuos de los cuales no se pueda esperar la ilustración que suponen los estudiantes, irá dócilmente a pedir un permiso que no se necesita; el ejemplo ha sido funesto.” “Mendigos por ignorancia”, *El Demócrata*, 6 de junio de 1895, p. 1.

dores se limitarán a hacer el panegírico del mártir y a recordar las luchas y conquistas del partido liberal, así como los manifestantes a llevar coronas y recuerdos al malogrado patricio.”<sup>58</sup>

Al fin, el gobierno decidió prohibir la ceremonia que debía tener lugar en el Panteón de San Fernando. El periódico que mejor relató lo que ocurrió aquel 3 de junio fue *El Noticioso*. Al llegar al panteón, los estudiantes se encontraron con agentes de la policía que les impidieron el acceso; poco después arribó Rincón Gallardo vestido de charro –acaso por si le llegaban instrucciones de permitir la ceremonia–, quien escuchó la insistencia con que los estudiantes le aseguraron que la manifestación no tenía por objeto denostar a Márquez, sino celebrar a Ocampo. Según *El Noticioso*, el gobernador les explicó que “la autoridad consideraba aquella manifestación como un elemento de discordia”, pero si su deseo era honrar la memoria de Ocampo, eran libres para hacerlo “a puertas cerradas donde quisieran”. Tras esto, los estudiantes se retiraron despidiéndose de él “con cariño y respeto”.<sup>59</sup>

Sin embargo, los manifestantes –y con ellos el reportero de *El Noticioso*– se dirigieron a la Alameda, donde algunos líderes estudiantiles, sobre bancas improvisadas como podios, pronunciaron discursos denostando a Márquez, a favor de Ocampo o contra la actitud del gobierno de no permitir siquiera “hacer manifestaciones a los héroes como Juárez y Ocampo”.<sup>60</sup> La policía se mantuvo durante algunos minutos a la expectativa, hasta que en algún momento decidió disolver la manifestación. En la dispersión, algunos grupos comenzaron a gritar “¡traición!”, lo que probablemente motivó que se iniciaran las aprehensiones en el callejón de López. Otro grupo que lanzaba consignas sobre San Juan de Letrán, al pasar por la redacción de *El Monitor Republicano* estuvo a punto de gritar “vivas” al periódico de García Torres, “pero alguien aconsejó que esto era peligroso, porque iban rodeados de policías”.<sup>61</sup> Los que pudieron recorrieron a trompicones varias calles hasta llegar al local del Gran Comité en San Pedro y San Pablo, donde forcejearon con la policía antes de cerrar las puertas y librarse de ser aprehendidos como algunos de sus compañeros, entre ellos Marcos Sanlúcar y Félix Castillo, respectivamente secretario y presidente del Comité.<sup>62</sup>

<sup>58</sup> “Los estudiantes y sus manifestaciones. Varias noticias”, *El Universal*, 1 de junio de 1895, p. 1.

<sup>59</sup> “La manifestación de los estudiantes. Conflicto con la policía. Aprehensión de los directores. Discursos contra Márquez”, *El Noticioso*, 4 de junio de 1895, p. 1.

<sup>60</sup> *Ibid.*

<sup>61</sup> *Ibid.*

<sup>62</sup> “La Confederación Obrera y los estudiantes”, *El Noticioso*, 5 de junio de 1895, p. 1.

La movilización estudiantil y la actitud del gobierno dieron de qué hablar a la prensa jacobina que, sin utilizar esa palabra, señaló que, en efecto, la actitud del régimen olía a “traición”: “la conducta observada puede dar lugar a pensar que [el gobierno] no está de acuerdo en que se honre la memoria de nuestros grandes hombres”.<sup>63</sup> Más aún, Ramón Alva comparó estos sucesos con la actitud que había adoptado el gobierno de Manuel González, en 1884, hacia las manifestaciones estudiantiles contra el reconocimiento de la deuda inglesa y concluyó que, aun cuando González había “pertenecido antes al partido conservador, enemigo acérrimo de la Constitución de 57, dio en aquellos días muestra de respetarla más que los hombres que tienen en la actualidad las riendas del gobierno en sus manos”.<sup>64</sup>

Desde el lado opuesto, *El Universal* criticó con dureza a los estudiantes, en cuya actitud vio la representación en escala reducida de los males que atraería sobre el país la difusión del jacobinismo y sus doctrinas “metafísicas”, cuyo predominio, desgraciadamente, ya había cundido en la Escuela Nacional Preparatoria (ENP):

¿Qué es hoy del edificio tan laboriosamente construido por Barreda en sólo diez años que desempeñó la cátedra de filosofía? Cae hoy en ruinas. Separado Barreda, los años siguientes han sido consagrados a destruir su obra. La filosofía metafísica, soñadora y jacobina ha convertido después lo que era un baluarte de la paz en un nido de anarquía [...] al impulso de la razón se han sustituido los impulsos de la pasión, y a los procedimientos fríos y desapasionados del cálculo y de la previsión, los arrebatos locos del amor extático y del rencor retrospectivo.<sup>65</sup>

*El Universal* hacía referencia a la disputa que, a mediados de la década de 1870, enfrentó a los partidarios de Gabino Barreda con grupos que se describían como jacobinos en el plano ideológico y porfiristas en el político, y que terminó con la separación de Barreda de la ENP.<sup>66</sup> En la polémica de aquellos años, Justo Sierra desempeñó un papel ambiguo pero principal:

<sup>63</sup> “La manifestación de estudiantes de ayer”, *El Monitor Republicano*, 4 de junio de 1895, p. 2. El número de esa semana de *El Hijo del Ahuizote* se ocupó profusamente del asunto: en una de las caricaturas se puede observar una efigie de Ocampo que lleva la leyenda “Partido Liberal” y dos ratas royéndola: una dice “tolerancia tuxtepecana” y la otra “clericalismo”, para significar que eran las dos plagas que asediaban el legado de la Reforma. *El Hijo del Ahuizote*, 9 de junio de 1895, p. 1.

<sup>64</sup> Ramón Alva, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 6 de junio de 1895, p. 1.

<sup>65</sup> “La educación Metafísica. Sus consecuencias”, *El Universal*, 9 de junio de 1895, p. 1.

<sup>66</sup> Hale, *Transformación*, 2002, pp. 225 y 251-254.

aunque terminó apoyando a la ENP de Barreda, impulsó la inclusión de la materia de Historia de la Filosofía que, para el positivismo más ortodoxo, era el origen de la anarquía, pues ponía límites al “espíritu del exclusivismo positivista” que hasta entonces había reinado “en el desarrollo del plan de estudios”.<sup>67</sup> Probablemente el periódico “científico” se dirigía a Sierra al afirmar: “El mal consejero que sugirió esa ruptura de la unidad de un método, debe estar sorprendido de encontrar colaboradores de la paz donde creía verle enemigos, y ver sus enemigos donde creyó crearle partidarios fieles. Pero si es consecuente consigo mismo, debe estar contento de su obra; sembró vientos y tendrá que cosechar tempestades.”<sup>68</sup>

*El Universal* consideró que la carta que el Gran Comité Estudiantil acordó enviar al ministro de Estados Unidos para advertirle que el nombre del padre de la independencia estadounidense había sido profanado al alojarse Márquez en el hotel Washington, era consecuencia de “la filosofía metafísica, soñadora y jacobina”, “la flor perfumada y espléndida de todo un sistema de educación y de todo un código de principios”.<sup>69</sup> Carlos Díaz Dufoo satirizó la pretensión del comité estudiantil de que dicho hotel mudara su nombre por el de “Hotel de la traición” mientras Márquez se alojara en él: “¡Me parece bien! Sólo que estos estimables jóvenes no han debido que darse a la mitad del camino, y proponer que la calle en que dicho hotel se encuentra se transforme de Cinco de Mayo en Avenida de la Infidencia.”<sup>70</sup>

Ni los alegatos de *El Universal* contra la educación “metafísica” en la preparatoria, ni la ironía de Díaz Dufoo parecieron interesar mayormente a

<sup>67</sup> *Ibid.* p. 251. La mayor contribución de Sierra a la preparatoria, según este autor, consistió en ampliar “gradualmente el lugar que la historia ocupaba en el plan de estudios”. *Ibid.*, p. 264.

<sup>68</sup> “La educación Metafísica. Sus consecuencias”, *El Universal*, 9 de junio de 1895, p. 1. Como refiere Hale, la posición de Sierra hacia el positivismo fue particularmente conflictiva, en todo caso mucho más que la manifestada por *El Universal* (al parecer trazada por Bulnes). Lo cierto es que por estos meses la relación que mantenía el periódico “científico” con él era distante. No fue casualidad que este diario recordara de pronto la polémica entre Barreda y Sierra ocurrida 20 años atrás –la cual, en síntesis, enfrentaba al positivismo ortodoxo de Barreda con el pensamiento más flexible de Sierra–, para externar que el primero tenía la razón sin lugar a dudas. “Nuestras calumnias a Barreda. ¡Palabras, palabras, palabras!”, *El Universal*, 28 de junio de 1895, p. 1. Al respecto, véase Hale, *Transformación*, 2002, pp. 261-263. Más aún, en octubre de 1895 Sierra manifestó en la clausura de los “Concursos Científicos” que era hora de buscar nuevos rumbos para el pensamiento, pues el positivismo tanto como el espiritualismo eran cosa del pasado. Indignado, *El Universal* lo rebatió y concluyó que era un hecho irrefutable que el positivismo, como método, lejos de decaer, progresaba: “Es sorprendente que el Sr. Sierra niegue tamaña evidencia”. “Método y doctrina. ¿El positivismo es una filosofía del pasado?”, 15 de octubre de 1895, *El Universal*, p. 1.

<sup>69</sup> “La educación Metafísica. Sus consecuencias”, *El Universal*, 9 de junio 1895, p. 1.

<sup>70</sup> Monaguillo, “Luces de Bengala. Audaces fortuna y uvas”, *El Universal*, 7 de junio de 1895, p. 1.



los estudiantes.<sup>71</sup> La posición que asumió *El Demócrata*, en cambio, mereció respuesta inmediata de algunos de sus líderes, que debieron de resentir el tono del diario de Ferrel, en parte porque hasta hacía poco lo tenían en estima pero también porque, además de sarcástico, era bastante más virulento que *El Universal*.<sup>72</sup>

Meses atrás, los artículos de *El Demócrata* habían generado tal enojo entre las autoridades escolares, que uno de los redactores fue agredido en la biblioteca de la institución por un prefecto de apellido Gorostiza y por el bibliotecario Magaña, con la aparente complicidad del director, Vidal Castañeda y Nájera. Según testimonio del redactor magullado, Gorostiza le manifestó que su enojo se debía a un artículo donde se le había tratado como “un tal Gorostiza”. Acto seguido le dirigió una andanada de golpes que posteriormente imitó Magaña, ante la mirada impertérrita del director.

Al día siguiente del altercado, *El Demócrata* agradeció a los estudiantes que habían salido en defensa de su compañero y, en su estilo, respondió a los presuntos agresores en un artículo cuyo título expresaba a cabalidad su contenido: “Miserable agresión a un redactor de *El Demócrata*. Un tal Gorostiza y un tal Magaña. Tan cobardes como ineptos.”<sup>73</sup> Respecto a Castañeda y Nájera, José G. Ortiz, uno de los principales editorialistas del periódico, se dirigió a los padres de familia que enviaban a sus hijos a esa escuela con la ilusión de que se prepararan en la “inteligencia”, la “ciencia y la virtud”: “¡No, no, infeliz! Mándalo a que aprenda el pugilato, el toreo [...] que eso le servirá más en la escuela de la vida, porque tendrá que enfrentarse con hombres, muy hombres... con los Magaña y los Gorostiza, con los Herrera y los Castañeda y Nájera.”<sup>74</sup>

<sup>71</sup> No parece que hubiera reacción estudiantil en contra de *El Universal*, cuya posición no debió haberlos sorprendido. Sólo Ezequiel A. Chávez, entonces profesor de la preparatoria, se sintió aludido y entabló una tenue polémica con *El Universal* que terminó amablemente. “La Educación Metafísica y el Sr. Lic. Ezequiel A. Chávez”, *El Universal*, 15 de junio de 1895, p. 1.

<sup>72</sup> Apenas un mes atrás, los estudiantes habían sostenido una relación estrecha con este periódico, que llegó a publicar cartas de los líderes estudiantiles Enrique Alcalá y Adolfo Celada, en las que censuraban las rígidas medidas tomadas por las autoridades de la ENP, comenzando por el mismo director Vidal Castañeda y Nájera quien, según algunos testimonios, resultaba más apto para dirigir a un regimiento que a una institución educativa. Véanse “La Biblioteca de la Preparatoria. ¿Dónde está D. Vidal Castañeda y Nájera?”, *El Demócrata*, 3 de mayo de 1895, p. 2; José G. Ortiz, “La Preparatoria”, *El Demócrata*, 3 de mayo de 1895, p. 1. Clementina Díaz señala que *El Demócrata* había atacado a las autoridades preparatorias desde su primera época (1893), debido a la disciplina militar de Castañeda y Nájera y “la altanería de los prefectos”, Díaz, *Escuela*, vol. 1, 1972, p. 179. En las páginas siguientes, y sobre todo en el último capítulo, abordaré con más detenimiento la personalidad de Ferrel.

<sup>73</sup> *El Demócrata*, 2 de mayo de 1895, p. 2.

<sup>74</sup> “La Preparatoria”, *El Demócrata*, 3 de mayo 1896, p. 1.

El ascendiente que con estas acciones había ganado este periódico entre los estudiantes fue la razón por la cual, la víspera de la llegada de Márquez, Román Araujo, alarmado por las noticias de que se orquestaba una manifestación hostil contra su tío en Buenavista, acudió a Ferrel –que ya había declarado públicamente estar en desacuerdo con las agresiones de la prensa contra Márquez– para pedirle que intercediera. Ferrel, según *El Demócrata*, manifestó no tener influencia alguna sobre los estudiantes, pero se ofreció a publicar al día siguiente un artículo tendente a evitar las manifestaciones de encono. En cualquier caso, habría aconsejado a Araujo enviar un telegrama a su tío para que tomara las debidas precauciones.<sup>75</sup> Lo cierto es que las posiciones radicalmente opuestas que, a partir de entonces, asumieron *El Demócrata* y los estudiantes resquebrajaron la simpatía mutua que hasta entonces se habían manifestado.

Después del 3 de junio no hubo más camino que el enfrentamiento. No sólo por la diferencia de opiniones ni porque los estudiantes pretendieron vitorear a *El Monitor Republicano* –en acalorado conflicto con *El Demócrata* por el regreso de Márquez–, sino porque además externaron su apoyo a García Torres en contra de Ferrel; hubo quienes incluso acudieron a la Calle del Águila para apedrear el edificio donde se ubicaba la imprenta de *El Demócrata*. Este periódico, en una de sus estrategias habituales, no se limitó a continuar defendiendo el regreso de Márquez o su propia posición, sino que atacó a los líderes estudiantiles, a quienes calificó de políticos de poca monta o, en el mejor de los casos, estudiantes poco brillantes que obedecían las consignas de “la escuálida figura y de la tipluda voz del héroe del Sur, señor Zúñiga y Miranda [...] Las bartolinas de donde salió ese más flaco que un Quijote, sus malas pasadas voluntarias, sus fingimientos de locuras; todo se ha olvidado ante el bullicio, ante la idea de ser consejero de estúpidos como Hernández Ortiz y de muchachos alborotados como Enrique Alcalá.”<sup>76</sup> Gracias a su insignificancia –aseguró– Rincón Gallardo les había prohibido la conmemoración de Ocampo y los echó del panteón de San

<sup>75</sup> “La llegada del general Márquez. Sus impresiones. Pormenores del viaje. ¿Por qué se difirió el arribo?”, *El Demócrata*, 30 de mayo de 1895, p. 2.

<sup>76</sup> “¡¡Gran Manifestación!! ‘Petits patriotas’ en fuga. 12 estudiantes y 100 peladitos”, *El Demócrata*, 4 de junio de 1895, p. 2. Nicolás Zúñiga y Miranda fue un personaje pintoresco que aparece en diversos testimonios, siempre encasillado en un espectro que va de lo excéntrico a lo alucinante y que en varias ocasiones “contendió” para la presidencia en contra de Díaz. Véase Cosío, *Historia*, 1972, pp. 606-610. Ferrel tuvo ocasión de conocerlo entre 1893 y 1894, cuando ambos se encontraban presos en Belén.

Fernando con un “váyanse hijitos”, y el comandante López los había disuelto con un “Muchachitos: a la escuela, no queremos patriotismo.”<sup>77</sup>

En los siguientes días, incisivo, el periódico persistió en hacer mofa de Alcalá, Hernández Ortiz (a quien tildó de “borrego”) y Zúñiga y Miranda (“famoso revolucionario, profeta, astrónomo, abogado ingeniero, literato, estudiante”). El resultado fue insólito: los tres, cada uno por su parte, desde luego, retaron a duelo a José Ferrel: “Ayer el Sr. J. F. recibió tres cartas de reto, una del Sr. N. Z. y M., otra del jovencito E. A. y la tercera del señor E. H. y O. [...] Este último le citó anoche para las doce en un panteón. [...] El Sr. J. F. no tomó en serio ninguno de los retos.”<sup>78</sup> En efecto, el director de *El Demócrata* rehusó batirse, pero tampoco tomó el otro camino habitual para zanjar un reto, que era “dar satisfacción” al ofendido, retratarse. Decidió, en cambio, publicar las notas de sus tres oponentes con el fin de demostrar, mediante el sarcasmo, las razones por las que no aceptaba ninguno de los retos.

Sabemos así que Hernández Ortiz, al no poder localizarlo en su casa, le dejó recado con el cargador número 304 informándole que, de haber un “borrego”, se llamaba Ferrel; en seguida lo retaba a batirse sin “protocolos” duelistas que no eran de su agrado: “si tiene alguna dignidad, lleve las armas, las que guste, y lo espero sin testigos en la puerta del Panteón de la Piedad a las doce de la noche de hoy”.<sup>79</sup> *El Demócrata* respondió que le tenía sin cuidado que Hernández Ortiz “sea o no borrego, borrega o protestante” y que la “tenebrosa cita” era una majadería inaceptable. Para interés de la policía –aseguró la redacción– ninguno de sus periodistas tenía intención de agredir a nadie, pero “estamos resueltos a repeler enérgicamente cualquier agresión”. Con el estilo “zumbón” que tantos enemigos le atrajo,<sup>80</sup> advertía no haber “dicho jamás que el Sr. Hernández y Ortiz sea borrego; pero ahora decimos que está muy barrigón para huevo y muy barbudo para agua-

<sup>77</sup> “¡¡Gran Manifestación!! ‘Petits patriotas’ en fuga. 12 estudiantes y 100 peladitos”, *El Demócrata*, 4 de junio de 1895, p. 2.

<sup>78</sup> “Tres retos”, *El Noticioso*, 6 de junio de 1895, p. 3.

<sup>79</sup> “El teneboroso Sr. Don Enrique Hernández y Ortiz. Amenazas de agresión”, *El Demócrata*, 6 de junio de 1895, p. 1.

<sup>80</sup> Fue el adjetivo que utilizó Cosío Villegas para describir el “estilo” de *El Demócrata* en su primera época. Lejos de parecerle irrelevante, nota que era parte consustancial de la actividad crítica de dicho diario. Cosío, *Historia*, 1972, p. 564. Palti ha señalado más recientemente y con mayor profundidad la importancia del “estilo” para comprender las posiciones políticas de la prensa. Véase Palti, *Política*, 1998, pp. 48-52.

cate y que, si a última hora nos resolvemos, mandaremos al panteón un representante, iarmado de una escoba!”<sup>81</sup>

Sobre Alcalá, *El Demócrata* aseguró en el mismo tenor que Ferrel no podía batirse sin desdoro con un estudiante que “ayer no pudo asistir a clase porque no ha querido ser menos que los objetos de su admiración y todo el día anduvo a caza de padrinos”. A Zúñiga y Miranda lo felicitaron porque, al parecer, había recobrado la razón,

puesto que ahora ya le escuece que se le llame astrólogo, político, abogado, ingeniero, literato e inofensivo, y antes no creía que era *chuela* [*sic*] que Chucho Rábago lo llamara el señor de los seis monos, se hicieran novelas legendarias y chuscas de sus vaticinios seísmicos, se riera todo el mundo de su pronóstico-folleto acerca del terrible cólera, y que en el último acto de heroicidad por la revolución Neri no le quedara al público gana de reír y pidiera compasivo un manicomio para el preso de la bartolina.<sup>82</sup>

Finalmente Ferrel no acudió a ningún duelo porque –según dijo– tenía miedo “¡Al ridículo!”<sup>83</sup>

La protesta estudiantil contra Márquez se diluyó o esfumó de esta manera después de la manifestación del 3 de junio: antes de una semana los periódicos dejaron de tratar el tema, los estudiantes no volvieron a salir a las calles y –como hemos observado– algunos de sus líderes se dedicaron a pelear con *El Demócrata*. En todo caso, la represión en contra de ellos –en su mayoría preparatorianos– se mantuvo dentro de la medida que era habitual debido a la posición relativamente acomodada e influyente de sus fa-

<sup>81</sup> “El teneboroso Sr. Don Enrique Hernández y Ortiz. Amenazas de agresión”, *El Demócrata*, 6 de junio de 1895, p. 1.

<sup>82</sup> “¡Ya somos tres! Hernández Ortiz, Zúñiga y Miranda y Enrique Alcalá desafían a muerte al director de *El Demócrata*. ¡José Ferrel tiene miedo!” *El Demócrata*, 6 de junio de 1895, p. 2. Respecto a la revolución Neri hace referencia a Canuto Neri, quien en 1890 protagonizó una curiosa insurrección en Guerrero, pues siempre mantuvo a Díaz al tanto de los eventos y aun le pedía consejo. Véase Cosío, *Historia*, 1972, pp. 476-481. Sobre los monos, al parecer Zúñiga y Miranda cargó por algún tiempo con cuatro simios que le ayudaban a predecir que “reventaría” el Cerro del Peñón. En 1896, *El Hijo del Ahuizote* juzgó que no era tan mala idea la candidatura a la presidencia de Zúñiga y Miranda, pues “si se resuelve a usar a los diputados como monos, podrá prevenir la reventazón universal”. Cosío, *Historia*, 1972, p. 607. Según el *Diccionario Porrúa*, nunca se supo si este personaje “obraba por candidez o por calculado espíritu de especulación, pues es fama que explotaba su chusca candidatura”, *Diccionario*, 1995, vol. 4.

<sup>83</sup> “¡Ya somos tres!! Hernández Ortiz, Zúñiga y Miranda y Enrique Alcalá desafían a muerte al director de *El Demócrata*. ¡José Ferrel tiene miedo!” *El Demócrata*, 6 de junio de 1895, p. 2.

milias.<sup>84</sup> En esta ocasión, al día siguiente el mismo gobernador ordenó que se dejara en libertad a los detenidos.<sup>85</sup>

### *El Grupo Reformista y Constitucional*

El Grupo Reformista y Constitucional se estableció en la ciudad de México a fines de junio de 1895, esto es, cuando Leonardo Márquez llevaba apenas un mes viviendo otra vez entre sus paisanos. Aun cuando surgió con miras de más largo aliento, la repatriación del lugarteniente del imperio fue una de las causas inmediatas de su nacimiento: la última gota que derramó el vaso de la paciencia jacobina. Entre los principales objetivos que se trazó la agrupación estuvieron la denuncia del incumplimiento de las disposiciones constitucionales y la difusión y “uso pedagógico del pasado liberal mediante la conmemoración de los acontecimientos militares más sobresalientes y el homenaje a los héroes más destacados de la Reforma”.<sup>86</sup> No es casualidad que Márquez fuera el triste protagonista de varias de las efemérides que este grupo eligió conmemorar para reforzamiento público de la conciencia liberal: 11 de abril de 1859 (matanzas de Tacubaya); 3 de junio de 1861 (asesinato de Melchor Ocampo); el 22 de junio de 1861 se recordaba el fusilamiento de Leandro Valle y la muerte de Santos Degollado en el campo de batalla.<sup>87</sup> Al respecto, en clara alusión a las manifestaciones estudiantiles recién reprimidas, *El Monitor* explicaba que era necesario recordar “las fechas que pasen inadvertidas para el pueblo, o aquellas en que la negligencia o la malicia o la intriga de los enemigos de las instituciones, quieran intervenir para que no se las conmemore”.<sup>88</sup>

<sup>84</sup> También hubo manifestaciones de estudiantes en Toluca. En esa ciudad emitieron una carta contra Márquez y la actitud del gobierno que ningún diario se atrevió a reproducir, la cual llevaba al calce firmas “de las familias más notables de Toluca y del Estado de México”. No hubo detenciones. “Protesta de los estudiantes de Toluca”, *El Monitor Republicano*, 4 de junio de 1895, p. 2. Anteriormente, en mayo del mismo año, durante una jornada de protestas que los preparatorianos llevaron a cabo en contra de Castañeda y Nájera, hubo aprehensiones de algunos jóvenes que, según los diarios, habían desatado la molestia de personajes encumbrados. Poco después se supo que uno de ellos –todos salieron de inmediato– era hijo del general Sóstenes Rocha. “Los estudiantes de la Escuela Preparatoria”, *El Monitor Republicano*, 8 de mayo de 1895, p. 3.

<sup>85</sup> “Los Estudiantes. La manifestación del lunes. Una carta al gobernador del Distrito”, *El Universal*, 5 de junio de 1895, p. 1.

<sup>86</sup> Cortés, “Periodismo”, 2006, p. 159.

<sup>87</sup> “Fechas que debe conmemorar el ‘Grupo reformista y constitucional’”, *El Monitor Republicano*, 12 de octubre de 1895, p. 1.

<sup>88</sup> *Ibid.*

Este grupo heredó la experiencia recién adquirida en la polémica que enfrentó el jacobinismo, particularmente el diario de García Torres, al oponerse a la llegada de Leonardo Márquez. Es natural que así fuera, toda vez que se trató de una agrupación impulsada y organizada fundamentalmente por los periodistas de la capital identificados con los principios jacobinos y que pusieron al servicio del grupo las páginas de sus periódicos, en especial *El Diario del Hogar*, *El Hijo del Ahuizote* y *El Monitor Republicano*.<sup>89</sup> Así pues, el Grupo Reformista inició su camino justo donde el último de estos periódicos se encontraba, es decir, no en la lucha directa –y según la evidencia, estéril– contra el clericalismo, sino en la reflexión sobre la actitud que debían asumir frente a un régimen arbitrario que, en todo caso, era el responsable de la conciliación que había permitido que los grupos conservadores, particularmente la Iglesia, recuperaran espacios en la vida nacional.

En este sentido, su organización fue la respuesta del jacobinismo ante el poco impacto que tuvieron sus razonamientos y protestas en el caso de Márquez, ejemplo vivo de la irrelevancia que padecían y de la cual pretendían escapar. Para justificar su existencia, Del Toro escribió: “Hemos vivido muchos años quejándonos amargamente de que no existe el sufragio popular, ni la soberanía de los estados, ni el menor asomo de una democracia incipiente. Pero es indudable que nada hacemos con lanzar quejas amargas [...] nuestras quejas podrán llegar al quinto cielo; pero nuestra situación política será la misma.”<sup>90</sup> Buscaban, pues, opciones para recuperar el lugar perdido en el espacio político.

En este sentido, Myrna Cortés define el Grupo Reformista y Constitucional como un “grupo de presión política”, entendido como “una organización formal no concentrada en la obtención del poder político, sino dedicada a ejercer su influencia sobre aquellos que sí detentaban el poder –el gobierno– a través de opiniones políticas favorables o adversas, de otras manifestaciones de apoyo u oposición, que siempre se mantuvieron dentro del marco legal”.<sup>91</sup>

El interés explícito del grupo por influir en el debate público más allá de las páginas de la prensa y, consecuentemente, tener algún peso en las decisiones del gobierno, conllevaba la utilización de cierto lenguaje que, en

<sup>89</sup> A esta aventura se unirían otros diarios y periodistas que se identificaban con los principios y los propósitos de este grupo, como Ángel Pola y Federico Mendoza y Vizcaino de *El Noticioso* o Gabriel González Mier y José Antonio Rivera G., alguna vez redactores de *El Demócrata*.

<sup>90</sup> Luis del Toro, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 17 de julio de 1895, p. 1.

<sup>91</sup> Cortés, “Periodismo”, 2006, pp. 155-156.

ocasiones, iba a contracorriente o al menos matizaba aquel con que se identificaba a sus miembros. Como señaló Del Toro, no era lo mismo protestar desde las páginas del periódico que llevar los reclamos a la calle o constituir organizaciones políticas. Si el gobierno había prohibido la manifestación de los estudiantes con motivo del aniversario luctuoso de Ocampo, era natural suponer que el Grupo Reformista –potencialmente con mayor capacidad de movilización que los estudiantes, dado el prestigio de sus miembros, las ligas de muchos de ellos con personajes políticos y su imbricada relación con la prensa–, sería reprimido con más decisión si sostenía un discurso beligerante. Los miembros de este grupo sabían –como todos aquellos que tenían por entonces alguna opinión política– que mientras no se les ubicara como competidores de Díaz, era menos arriesgado y más factible “proponer” ciertas mejoras al régimen o incluso señalar algunos errores, que ser identificado como posible amenaza para la paz, el bien máspreciado del porfiriato.<sup>92</sup>

Esta fue la razón por la que el grupo se apresuró a señalar que su intención no era “verter sangre” o encarnizarse con un partido conservador “inexistente”, sino recordar al gobierno su obligación de seguir las leyes, difundir el ideal liberal y conmemorar a los grandes liberales mexicanos de la historia. No había, pues, motivo real para la alarma con que los periódicos católicos, particularmente *La Voz de México*, recibieron su nacimiento. Pensar, como este periódico, que el nombre de “Grupo Reformista” traslucía la motivación de sus integrantes de asolar al presente con las guerras pasadas era –escribió el mismo Del Toro– tan sólo resultado de “los delirios de su enfermiza imaginación unas veces con las manos crispadas por la cólera y las fauces sedientas de sangre humana, y otras tembloroso, asustadizo, lleno de terror ante las canas de Don Leonardo Márquez”.<sup>93</sup>

Por otro lado, al establecerse como grupo e ingresar en una dinámica más claramente política, los jacobinos, para no enfrentarse a la animadversión decidida del régimen, dejaron en claro que su finalidad no era sustituir a Díaz. Si bien, a diferencia de los “científicos”, este grupo no se declararía “porfirista”, lo que desde luego sería un contrasentido para la historia y los ideales de los hombres que lo formaban, sí tuvieron cuidado en no atacar

<sup>92</sup> *El Demócrata, El Monitor Republicano, El Tiempo, El Noticioso* llegaban a hacer críticas explícitas al gobierno, aunque moderadas. Lo que no hicieron, o al menos no he encontrado que lo hicieran, fue criticar la paz o insinuar la conveniencia de una lucha frontal contra el régimen para obligarlo a cambiar.

<sup>93</sup> Luis del Toro. “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 12 de julio de 1895, p. 1.

al régimen de manera “directa y generalizada” y a Díaz “indirectamente y sólo en casos excepcionales”.<sup>94</sup>

De hecho, ante los señalamientos de algunos sectores católicos de que el Grupo Reformista se constituía como un partido con aspiraciones de alcanzar el poder,<sup>95</sup> *El Monitor Republicano*, a través de Luis del Toro, se sintió en la necesidad de aclarar que no era verdad, pues “liberales y conservadores respetamos el principio de autoridad; por una larga y dolorosa experiencia sabemos unos y otros que las revueltas erigen sobre los escombros de la tiranía, otra tiranía mil veces peor”.<sup>96</sup> (Como se ve, la interpretación según la cual conservadores y liberales sostenían una guerra teleológica, quedaba ahora muy lejos).

Una anécdota significativa de la dificultad que padeció el Grupo para destacar políticamente fue la invitación que hizo a Porfirio Díaz a presidir la primera gran ceremonia que organizó para celebrar a Juárez con motivo de su aniversario luctuoso, el 18 de julio de 1895. En efecto, por un lado pretendió establecerse como un grupo de “presión política” pero, por el otro, nunca quiso revelarse como una oposición franca, pues se cuidó de aparecer respetuoso de la autoridad. En un caso extremo, *El Noticioso*, al congratularse por la formación de este grupo que velaría por la obediencia a la Constitución, quiso olvidar que Díaz era uno de los principales responsables de que esta no se cumpliera al pie de la letra o, en todo caso, el ejemplo más visible de ello: “los señores Generales D. Porfirio Díaz y D. Mariano Escobedo y Lics. D. Manuel Romero Rubio, Ignacio Mariscal y Joaquín Baranda, pertenecen a ese viejo partido liberal; ellos –continuó *El Noticioso* insinuando que apoyarían al nuevo grupo– ayudaron sin tregua a cimentarlo, los unos con su espada, los otros con su palabra y su pluma”.<sup>97</sup> No parece que este fuera el discurso oficial del Grupo Reformista, pero el hecho de

<sup>94</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, p. 50.

<sup>95</sup> La preocupación provino de los grupos conservadores más radicales. Es curioso el intercambio de cartas entre un padre ultramontano de nombre Félix Zapata y Carlos Díaz Dufoo. No obstante que Monaguillo dio a Zapata trato de “protoplasma de intelectualidad y desvergonzado”, y que el padre le respondió “protoplasma de imbecilidad”, el clérigo seguía pidiendo su apoyo para contrarrestar la conspiración liberal: “ustedes los científicos, son preferibles, porque nadie entiende su doctrina, y porque su facción se compone de quince o veinte individuos” Monaguillo, “Luces de Bengala”, *El Universal*, 6 de julio de 1895, p. 1. *El Tiempo*, mucho más moderado, se burló de la formación del Grupo Reformista insinuando que era insignificante: tras enlistar a sus miembros, concluía: “Ahora sí, ¡pobre clericalismo!...”. “Grupo político”, *El Tiempo*, 3 de julio de 1895, p. 2.

<sup>96</sup> Luis del Toro, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 19 de julio de 1895, p. 1.

<sup>97</sup> “Junta de periodistas liberales. Organización del Partido de la Reforma y de la Constitución”, *El Noticioso*, 28 de junio de 1895, p. 1.



que Pola y Mendoza y Vizcaino, directores de este periódico, se adhirieran a aquel con este tipo de opiniones da cuenta de un conflicto dentro del jacobinismo respecto al tipo de oposición que debía asumir frente a un régimen con origen y formas liberales, autoritario y aparentemente inconmovible. ¿Se ejercería presión sobre él o se le solicitaría, como si de favores se tratara, un poco de atención a sus inquietudes?

En todo caso, el Grupo Reformista y Constitucional siguió su camino más allá de la coyuntura del regreso de Márquez, del que pronto tuvo que olvidarse debido a su nimiedad política, como de hecho se olvidaría de él la prensa en general. El grupo fracasó en sus propósitos inmediatos, si bien es posible, como señalan Bastian y Cortés, que hubiera tenido cierta influencia en los clubes liberales de fines del porfiriato. Lo cierto es que no alcanzó el año de 1897 y durante su existencia tampoco parece haber obtenido triunfos políticos memorables. Según Cortés, entre las razones de su poco éxito estuvieron la alianza entre la “prensa liberal gobiernista y la católica frente a la liberal-radical”, el avance de los grupos que vivían del erario, gozaban de cierto poder y apoyaban incondicionalmente al régimen y,<sup>98</sup> evidente sobre todo en el caso de *El Monitor Republicano*, la ambigüedad ideológica del jacobinismo más radical.<sup>99</sup>

En este sentido sigue la interpretación de Hale. De acuerdo con este historiador, la polémica de 1893 en torno a la iniciativa de reforma de inamovilidad judicial presentada por el grupo “científico” tuvo como resultado la agonía del jacobinismo representado por *El Monitor*. Habría sido el gran perdedor al verse desplazado del lugar que ocupaba en el espectro ideológico del liberalismo triunfante. Los “científicos”, por un lado, le habían arrebatado la bandera liberal al proponer límites a la autoridad del ejecutivo. Por el otro, los opositores de los “científicos”, cuyo mejor exponente fue *El Siglo Diez y Nueve*, los habían despojado de la bandera republicana al señalar que Díaz era el único garante del bien común, a quien, por lo tanto, no debía debilitarse. Según Hale, esta ambigüedad, que permeaba la ideología jacobina y orilló a sus seguidores a luchar en dos frentes distintos, la heredaron del tiempo de la Reforma, cuya mejor expresión fue la contradicción entre la Constitución de 1857, que delineaba un gobierno bien delimitado y

<sup>98</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, pp. 279-280.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 120.

débil, y las Leyes de Reforma, que proyectaban un gobierno fuerte, capaz de sujetar a los elementos de la nación en pos de un bien general.<sup>100</sup>

A diferencia de esta interpretación, me parece que el declive del jacobinismo representado por *El Monitor Republicano* encuentra su principal razón en la creciente incapacidad que mostró para influir en la vida política del país hacia la década de 1890. Porque, bien visto, no manifestó más contradicciones que las expresadas por los científicos por medio de *El Universal* ni transformaciones tan espectaculares como las que pudieron apreciarse entre *El Demócrata* de 1893 y el de 1895.<sup>101</sup> Es más, considero que entre los grandes periódicos que polemizaban en aquellos días, fue, en el fondo, el más ideológico y en este sentido el más coherente. Quizá su mayor contradicción estuvo en que, a pesar de sostener los principios del jacobinismo de la época reformista en la plenitud del porfiriato, nunca se resignó a ser tan sólo una conciencia moral; siempre pretendió, como la mayoría de los periódicos de la época, tener cierta relevancia política, es decir, alguna injerencia en las decisiones de gobierno.

Como dice Cortés, el Grupo se formó con el fin de “presionar” al gobierno: “Públicamente se limitaba a ‘proponer’ al régimen su cooperación para mantener la legitimidad mediante la denuncia periodística; sin embargo, este era un mecanismo de crítica y presión política, pues apelaba al gobierno para que corrigiera las fallas y demostrara su voluntad política, y lo ponía en evidencia en los casos en que no respondiera.”<sup>102</sup>

En mi opinión, con este planteamiento los miembros del Grupo se situaban en una posición políticamente irrelevante. Así, la razón por la que no trascendió fue la misma por la que habían fracasado las tentativas anteriores contra el regreso de Márquez: ubicados en la oposición, carecían de influencia dentro del régimen y, por otro lado, no existía una opinión pública robusta que de algún modo limitara el poder del gobierno. La aparición del Grupo Reformista no cambió nada en ese sentido. A decir verdad, tampoco parecía probable que lo hiciera. De ahí la dificultad de la labor periodística que pretendía llevar a cabo *El Monitor Republicano*. En sus propias palabras, “detrás de cada periódico sólo existe el vacío”.<sup>103</sup>

El problema para este diario, más que su radicalismo ideológico, fue que se quedó en la orfandad política. A diferencia de la época preporfirista,

<sup>100</sup> Hale, *Transformación*, 2002, pp. 105-106 y 382-383, y Cortés, “Grupo”, 2002, p. 120.

<sup>101</sup> Respecto a las diferencias entre ambas épocas de *El Demócrata*, véase *infra*, pp. 113 y ss.

<sup>102</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, p. 50.

<sup>103</sup> Luis del Toro, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 20 de febrero de 1895, p. 1.

dejaron de existir grupos políticos suficientemente autónomos y fuertes a los que apoyar desde la oposición. En 1867, por ejemplo, *El Monitor Republicano*, tras un “breve romance” con Juárez, terminó por combatir su reelección y convertirse en el vocero de los porfiristas. Hacia 1870, sin embargo, comenzó a mostrarse ambiguo con ellos, trató de medir las probabilidades y los riesgos de cada opción, pero ante la creciente politización, su indecisión lo marginó del grupo porfirista, cuyos simpatizantes lo señalaron como traidor. Al fin, orillado por sus decisiones y la dinámica política, cayó de nuevo en los brazos del juarismo, y procuró tender un puente con los porfiristas y debilitar a los lerdistas. Durante los meses siguientes, al igual que el resto de la prensa, continuó en su intento por colocarse en un lugar que le abriera las probabilidades de un futuro promisorio.<sup>104</sup>

Así, durante buena parte del siglo XIX mexicano existió la posibilidad, desde la prensa –por sólo hablar de la prensa–, de apoyar una opción política y, una vez que se había decidido la lucha por el poder, con base en la ideología, los intereses, los proyectos, las amistades, las circunstancias, etc., buscar un reacomodo para la próxima batalla por el mismo. El largo y sólido gobierno de Díaz trastocó de fondo esta práctica.<sup>105</sup> Como señala Fausta Gantús, durante la década de 1880 la prensa opositorista en general cambió de programa: abandonó la disputa por el poder e intentó ubicarse como una conciencia crítica, conformadora de opinión pública. No obstante, me parece que este viraje tenía por finalidad, en cualquier caso, intervenir en las decisiones políticas, lo que rara vez consiguieron.<sup>106</sup> Para 1895, los únicos periódicos que parecían tener cierta –limitada– influencia eran los subvencionados, práctica a la cual siempre se negó *El Monitor Republicano*, pero no otros periódicos de raigambre jacobina como *El Siglo Diez*

<sup>104</sup> Palti, “Sociedad”, 2003, pp. 955-959. Esta práctica continuó en los años inmediatos. Acaso se incrementó hacia 1876-1880, periodo en que nació y murió una significativa cantidad de periódicos cuya finalidad era apoyar a los presidenciables del momento: Díaz, Lerdo, Iglesias, sobre todo. Véase Gantús, *Caricatura*, 2009, pp. 47-48.

<sup>105</sup> Así lo señala Gantús para el caso particular de la prensa con caricaturas, la cual perdió importancia como arma política hacia 1888 debido, sobre todo, al “paulatino afianzamiento de la imagen de Porfirio Díaz como ‘el hombre necesario’ para el bienestar del país y su ascendente como orquestador de la política nacional”. Gantús, *Caricatura*, 2009, p. 385.

<sup>106</sup> Lo que indica esta autora respecto a la prensa con caricaturas describe bien el dilema al que seguía enfrentándose en 1895 la prensa de raigambre jacobina que no se había alineado con el régimen, particularmente *El Monitor Republicano*: “Desde su inauguración, la década de los ochenta mostraría una arena política modificada, en la que se desdibujaban la pluralidad de candidatos a la presidencia y, con ello, dejaba de tener sentido la consecuente guerra entre adversarios. De pronto, los periódicos con caricaturas políticas no tenían un objetivo y un fin claros [...] dejaron de ser un actor importante en la vida política.” Gantús, *Caricatura*, 2009, p. 67.

y *Nueva y La Patria*. Esta fue una de las razones más importantes para que varios periódicos otrora opositores cayeran al fin en los círculos gubernistas, como ocurrió posteriormente con *El Tiempo* y –presuntamente– con *El Demócrata* de 1895.<sup>107</sup>

¿Qué opciones quedaban para la prensa? Además del camino de la subvención, por entonces comenzaron a aparecer periódicos concebidos como grandes empresas, como *El Imparcial* y *El Mundo*, cuyo antecedente fue *El Noticioso*, primero en vender 30 000 ejemplares en un día. Asimismo, desde la oposición, algunos periodistas tendieron hacia la radicalización política, señalando de manera franca la necesidad de que Díaz se marchara o atacando directamente a autoridades políticas, con las consecuencias que ello podía acarrearles.

Fue el caso de *El Hijo del Ahuizote*, constante en sus críticas y sarcasmos hacia Díaz y distintos gobernadores, razón por la cual se incrementó la represión hacia su director, Daniel Cabrera, quien hacia 1900 se encontró acosado y menguado en su salud.<sup>108</sup> *El Diario del Hogar*, sin alcanzar el tono de Cabrera, pareció inclinarse hacia ese camino –lo que le significó también mayor represión–; al igual que el director de *El Hijo del Ahuizote*, entabló buenas relaciones con los hermanos Flores Magón y accedió a imprimir *Regeneración* en sus imprentas, lo que sucedió hasta que, debido a la represión de que eran objeto, los hermanos tuvieron que imprimirlo en San Antonio, Texas. Sin embargo, Filomeno Mata siguió apoyándolos moralmente desde la ciudad de México.<sup>109</sup>

El diagnóstico lo conocía también *El Monitor Republicano*, que en repetidas ocasiones había lamentado la insignificancia en que se hallaba la prensa, entre una sociedad ignorante e indolente ante la sustracción de sus derechos: “la prensa de México [...] está [...] divorciada de la masa social. El punto de contacto que con esta tiene es la noticia de sensación”;<sup>110</sup> y por el otro lado un gobierno demasiado fuerte para preocuparse siquiera de contestar a sus críticas: “Las objeciones no se responden, las excitativas no se contestan, y así florece la mentira política en medio de un silencio absoluto.”<sup>111</sup>

<sup>107</sup> Sobre el paulatino viraje de *El Tiempo*, véase Cosío, *Historia*, 1972, p. 593.

<sup>108</sup> *Ibid.*, pp. 542-551; a diferencia de ocasiones anteriores, en que las autoridades carcelarias habían sido relativamente blandas con Cabrera, hacia 1900 endurecieron en muchos grados el trato hacia el director de *El Hijo del Ahuizote*. Gantús, *Caricatura*, 2009, pp. 141-142.

<sup>109</sup> Cosío, *Historia*, 1972, pp. 586 y 593.

<sup>110</sup> Luis del Toro, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 20 de febrero de 1895, p. 1.

<sup>111</sup> *Ibid.*

Pese a este panorama, Vicente García Torres se negó hasta el final a transformar la línea editorial de su diario, que ya había dado varias pruebas de estar agotada.<sup>112</sup> Tomó entonces el camino que le pareció consecuente: cerrar el célebre diario. Mata –quien según Luis, su hijo, siempre admiró al fundador de *El Monitor Republicano*– le extendió un amargo reproche:

La razón en que funda el señor García Torres, hijo, la supresión de su periódico, dejan mucho que desear para los creyentes fanáticos de los principios democráticos, como somos nosotros. Se lamenta de la falta de libertad para escribir y del reinado del terror psicológico que pesa sobre el periodismo; nosotros lamentamos esta época fatal en la que después de soportar hasta 45 denuncias y varias encarceladas, sin tener otro motivo que algunas oportunas verdades denunciando abusos de autoridad, no nos hemos resuelto todavía a abandonar el puesto, no obstante los grandes contratiempos.<sup>113</sup>

Cabe decir una cosa más respecto al Grupo Reformista y Constitucional, toda vez que el origen y la suerte política de este grupo están estrechamente vinculados con el papel que *El Monitor Republicano*, su más importante bastión, desempeñó en la polémica desatada alrededor del lugarteniente del imperio. Un obstáculo inmediato para su actividad fue que no consiguió aglutinar a todos los periodistas liberales de la capital. Ya mencionamos los argumentos con los que Francisco Bulnes explicó la renuencia de *El Universal* a participar en dicha asociación, lo que por otra parte resultaba predecible.<sup>114</sup> Tampoco participaron *El Siglo Diez y Nueve*, *La Patria* y *El Partido Liberal*. A pesar de que todos estos periódicos se asumían liberales, más o menos identificados con el jacobinismo, ninguna de sus ausencias pudo sorprender a los integrantes del Grupo ni a nadie, toda vez que se trataba de periódicos que, más allá de su diversidad, eran identificados como gobiernistas, y no era de esperarse que se integraran a una iniciativa que, después de todo, entre otras cosas pretendía denunciar sistemáticamente las faltas a la legalidad que cometían las autoridades.

<sup>112</sup> Desde una perspectiva política, Cosío señalaba como un obstáculo más que como una virtud la intransigencia ideológica y discursiva de *El Monitor Republicano*, pues “eran viejos en el oficio y seguían tocando la misma cuerda [por lo que] su huella se hundía cada vez menos”. Cosío, *Historia*, 1972, p. 525. Para él, tal actitud llevó a estos periódicos, en lo particular a *El Monitor Republicano*, a convertirse en productos de autoconsumo para los viejos liberales que querían escuchar las viejas verdades, aunque ello llevara a la nulidad política del periodismo opositor.

<sup>113</sup> Mata, *Filomeno*, 1945, p. 54.

<sup>114</sup> Véase *supra*, pp. 31-32.

La actitud de *El Demócrata*, que se unió a los católicos *Gil Blas* y *El Tiempo* para formar “la llamada ‘Triple Alianza Periodística’, constituida para minimizar las acciones del Grupo Reformista y Constitucional y atacar su proyecto político”,<sup>115</sup> ha producido en cambio mayor desconcierto historiográfico. Para Myrna Cortés el conflicto se debió a que José Ferrel traicionó la breve pero significativa historia de *El Demócrata*: “en su nueva época [...] ya no era ni la sombra de lo que había sido en 1893: Ferrel se había distanciado de sus antiguos correligionarios, reabrió su diario con presupuesto proveniente de una subvención gubernamental, había dejado de ser ‘obstruccionista’ para convertirse en ‘evolucionista’ y daba muestras de condescender con los grupos liberales porfiristas”.<sup>116</sup>

Como hemos apuntado, el conflicto entre *El Demócrata* y *El Monitor Republicano* –que se extendió a toda la prensa liberal jacobina– no tuvo su origen en la formación del Grupo Reformista, sino en el regreso de Márquez. De hecho, al iniciarse los trabajos para la organización del Grupo, ya no se invitó a ningún redactor del periódico de Ferrel, lo que a pesar de las diferencias personales y de opinión no dejó de causar cierto sentimiento en *El Demócrata* que, en efecto, se convirtió en uno de sus principales críticos: “gracias mil por no habernos creído escritores liberales; entre el liberalismo recalcitrante que profesáis y el nuestro, media un abismo”.<sup>117</sup>

Uno de los problemas de la interpretación de Cortés respecto a la actitud de este periódico es que se basa en lo que expresaron los adversarios de Ferrel. Señalar que el conflicto en la prensa liberal se reducía a que *El Demócrata*, a diferencia de *El Monitor Republicano* y el resto de los periódicos asociados al Grupo, había claudicado ante el atractivo de una subvención, deja aún muchos otros aspectos en la oscuridad. Entre otras cosas, porque la decisión de Díaz o, en todo caso, avalada por Díaz de retirar al año siguiente las subvenciones que el régimen otorgaba a distintos periódicos para concentrarlas en un solo y gran periódico oficioso –*El Imparcial*–, tuvo por motivo la pluralidad de opiniones y aun diríamos de intereses que sostuvieron, la cual se tradujo en una lucha periodística que, al subir de tono, agotó la paciencia gubernamental.<sup>118</sup> *El Demócrata*, por ejemplo, lejos de mantener una buena relación con los redactores de *El Universal*, periódico al que tam-

<sup>115</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, p. 237.

<sup>116</sup> *Ibid.*, p. 259.

<sup>117</sup> José G. Ortiz, “¡Muchas gracias!”, *El Demócrata*, 29 de junio de 1895, p. 2.

<sup>118</sup> Díaz, *Escuela*, vol. 1, 1972, p. 193; López, *Elevación*, 1975, pp. 216-218, y García, *Historia*, s. a., vol. 3, p. 13.

bién se reconocía como subvencionado, se le enfrentó por sistema. Así pues, afirmar que *El Demócrata* era un diario subvencionado –asunto que tampoco ha sido clarificado del todo– no explica a cabalidad el conflicto en que se involucró prácticamente toda la prensa de la capital.

En el siguiente capítulo procuraré explicar las posibles motivaciones y las características del diario de Ferrel que ocasionaron que, de manera inesperada, se enfrentara a jacobinos y científicos por igual. Si bien ya he señalado el desacuerdo de opiniones que mantuvo con *El Monitor Republicano* sobre la significación que tenía el regreso de Márquez, la mera divergencia de ideas no explica un conflicto que trascendió la polémica periodística y afectó la reputación de García Torres, la de Ferrel y la libertad de este (pues fue y vino una y otra vez de la cárcel de Belén), y suscitó connatos de duelo entre ambos directores y, también, entre Ferrel y Enrique Chávarri, redactor del diario jacobino.

Aunque es parcial y probablemente exagerada la afirmación de Ciro Ceballos en el sentido de que García Torres decidió cerrar *El Monitor Republicano* “exasperado o acobardado por los formidables ataques que le hacía José Ferrel”,<sup>119</sup> es cierto que la disputa que mantuvieron puso de manifiesto conflictos de mayor envergadura que su posición sobre un asunto muy particular, como el regreso de Márquez. Sin embargo, es posible vislumbrarlos a partir de ese conflicto. Por ello, mediante su estudio intentaré demostrar que, en el fondo, se hallaban dos maneras diferentes de comprender la labor de la prensa en el seno de la dictadura de Díaz, y que el concepto que de ella tenían Ferrel y sus redactores, genuinamente político, los llevó a enfrentarse con *El Universal*, vocero del grupo “científico”.

<sup>119</sup> Ceballos, *Panorama*, 2006, p. 357.

### 3. LA PRENSA, FORO ILUSTRADO O ESPACIO PARA LA LUCHA POLÍTICA. LAS BATALLAS DE *EL DEMÓCRATA*

#### INTRODUCCIÓN. LENGUAJE Y POLÍTICA EN LOS DUELOS PERIODÍSTICOS

En los siguientes apartados, los últimos de este trabajo, abordaré las dos grandes polémicas que provocó *El Demócrata* con adversarios muy distintos: por un lado, *El Monitor Republicano*, al que apoyaría el resto de la prensa jacobina; por el otro, *El Universal* y el grupo “científico”. A partir de su análisis, espero completar la explicación de las posiciones, las contradicciones y las convulsiones que se hicieron manifiestas en la prensa a partir del regreso de Márquez al país, un evento que en sí mismo tuvo una significación política bien limitada, pero que, en buena medida por la carga simbólica que portaba, sacó a la luz problemas y divergencias de mayor calado que experimentaba entonces la prensa de la capital.

Hubo una diferencia esencial entre ambos conflictos: el que sostuvo *El Demócrata* con *El Universal* era inexorable y de hecho su razón de ser. El que tuvo con la prensa liberal e independiente, en cambio, fue en buena medida accidental, es decir, hasta el último momento pudo haberse evitado. La razón es que, en su segunda época (1895), el diario dirigido por José Ferrel había nacido con objetivos claramente políticos: atacar al grupo científico para evitar su encumbramiento alrededor de Díaz. Por ello, el estudio de este conflicto revela prácticas políticas de relevancia: por una parte, los conflictos ministeriales que tuvieron cabida aquel año, por la otra la relación de dichos ministerios con la prensa, mediante la cual “sublimaban” sus guerras.



*El Monitor Republicano*, alejado de la lucha que se llevaba a cabo entre las facciones dentro del régimen –único lugar desde el que parecía posible hacer política–, resultaba inocuo en este sentido. La pregunta obligada es por qué, entonces, Ferrel y García Torres se enfrascaron en tremendo sainete. En realidad, el motivo fue algo tan particular como la divergencia de opiniones acerca del regreso de Márquez. Al fragor de la lucha, sin embargo, dejaron de discutir acerca de aquel hecho para poner en tela de juicio la razón de ser de su adversario, con lo cual quedaron exhibidas las contradicciones y debilidades de los dos diarios. La defensa que hizo cada cual de sí mismo consistió en negarlas. La de García Torres quiso ocultar la contradicción que existía entre su radicalismo ideológico y su nulidad política; la de Ferrel, a su vez, procuró ocultar sus vínculos políticos para, desde una supuesta independencia, atacar con efectividad a la prensa que tenía vínculos opuestos, para ser preciso a *El Universal* debido a su dependencia del grupo “científico” y sus ambiciones cifradas en José Ives Limantour.

Estudiaré ambas polémicas porque, si bien esta última tuvo mayor relevancia política, la que ocurrió entre *El Demócrata* y los jacobinos también tuvo un significado sumamente interesante: ante los obstáculos para constituir una prensa crítica de envergadura, estos periodistas, alguna vez compañeros desde la oposición, tomaron decisiones muy diferentes. *El Monitor Republicano* se mantuvo firme en la oposición, mientras que *El Demócrata* cedió a cierto porfirismo y en cada caso las consecuencias debieron ser asumidas. Así, la observación de esta polémica permite matizar la dicotomía con la cual se ha solido encuadrar a la prensa durante esta etapa del porfiriato (se era subvencionado y gobiernista o independiente y opositor) para restablecer el sentido específico que en aquel contexto tuvieron las posiciones de estos periódicos. Por último, a diferencia de la guerra entre *El Demócrata* y *El Universal*, que se refiere a Márquez tan sólo de manera incidental, la polémica con los jacobinos permite explorar las últimas opiniones públicas que generó el alguna vez “Lugarteniente del Imperio”. A fin de cuentas, la curiosidad en torno al singular regreso de este hombre a México propició esta investigación. Al finalizar 1895 y ya para siempre, Márquez se sumergió en el olvido.

El común denominador entre las dos polémicas radica en un aspecto al que he hecho referencia a lo largo de este trabajo: la relación que se expresó en la prensa entre lenguaje y política. Antes de entrar de lleno a la observación de estas disputas periodísticas, abordaré con mayor puntualidad este asunto.

Para Elías José Palti es posible observar, en cierto sentido, el proceso político del siglo XIX mexicano como un camino sinuoso en el cual la elite buscó reconstituir o inventar una nueva legitimidad a partir de la cual fuera posible formar un Estado-nación, aspiración que había nacido del resquebrajamiento irreversible de la legitimidad virreinal. En este arduo trayecto, los actores políticos fueron descubriendo que, una vez quebrada la obediencia fundamentada en la tradición, no parecía haber motivos racionales para obedecer contra la propia voluntad y los intereses propios, porque aquello que convenía a unos era perjudicial para otros, y tan racionales eran estos como aquellos.<sup>1</sup> Se abrió un abismo a sus pies al comprender, asonada tras asonada, motín tras motín, un tipo de gobierno detrás de otro, que ningún fundamento era inviolable en un mundo racionalizado, según marcaba el ideal del que provenía la misma elite.<sup>2</sup>

Gracias a esta sucesión de fracasos, en unas cuantas décadas los políticos mexicanos pasaron de la confianza en la posibilidad de conciliar las distintas opiniones e intereses por medio de la discusión racional (lo que Palti denomina “concepto forense de la opinión pública”) al pesimismo acerca de las posibilidades de conseguir dicho consenso e incluso a dudar de la existencia de una “verdad”. Frente a esta realidad, el lenguaje político y el concepto del debate público se fueron transformando: el foro ilustrado, en el que este debía llevarse a cabo con argumentos racionales e imparciales, dio paso a la arena en donde las batallas políticas debían sublimarse en guerras verbales, cuya función principal sería evitar, precisamente, que el enfrentamiento sucediera en otro campo más catastrófico y con armas más letales: “la política como la continuación de la guerra por otros medios”.<sup>3</sup>

Se hizo evidente que para hacer política era necesario ejercitar un discurso que no tuviese por objetivo asir la inexistente o al menos evasiva “verdad”, sino vencer al adversario utilizando recursos retóricos que fueran capaces de predisponer al auditorio de un modo que no se agotara en el ámbito racional, sino que se dirigiese también a intereses particulares y a la esfera emocional. Más aún, se trata del reconocimiento de que en la

<sup>1</sup> Palti, *Invenición*, 2008, pp. 57-58.

<sup>2</sup> Will Fowler y Humberto Morales aseguran que los conservadores mexicanos, tanto como los liberales, sostenían sus opciones políticas a partir del horizonte propio de hombres forjados en la tradición ilustrada. Es decir que en el México decimonónico fueron excepcionales los personajes que consideraron deseable a la vez que posible la restauración del pasado. Fowler, “Introducción”, 1999. Erika Pani insiste en el mismo punto respecto a los imperialistas mexicanos en particular. Pani, *Mexicanizar*, 2001.

<sup>3</sup> Palti, *Política*, 1998, p. 55.

política “no sólo [...] las pasiones son inerradicables de su seno [...] sino, fundamentalmente, [...] son estas las que forman su misma trama”.<sup>4</sup> Palti llama “proselitista” a este concepto, “que pronto pasaría a formar parte del sentido común de la elite mexicana y se inscribiría en su horizonte práctico, determinando sus actitudes y acciones concretas”.<sup>5</sup> Esta transformación propiciaría un resurgimiento de la “retórica”, el arte de la persuasión más que el método de la verdad. La ironía que destilaba *El Universal* hacia sus adversarios, los sarcasmos que empleaban Díaz Dufoo y Gutiérrez Nájera en contra de, por ejemplo, Ramón Alva, dan cuenta de un debate periodístico enmarcado en el “concepto proselitista” de la política.

Cabe advertir que de acuerdo con Palti, los científicos, “miembros de la segunda generación de positivistas mexicanos”, impusieron o intentaron imponer un concepto que iba más allá del “modelo proselitista”, al que denomina “modelo pastoralista”. Este cortó de manera definitiva sus ligas con la “opinión pública”; de hecho, negó la política al estimar que la legitimidad de las decisiones del gobierno radicaba en su “cientificidad”, esto es, que sólo quienes poseían el conocimiento científico debían discutir sobre los asuntos sociales, del mismo modo que sólo los médicos debían discutir sobre las enfermedades, pues “sólo los especialistas conocían lo que los pacientes necesitaban y, en consecuencia, sólo ellos poseían opiniones autorizadas sobre los asuntos colectivos”.<sup>6</sup> Este concepto permitiría a los “científicos”, supuestos especialistas de los diferentes aspectos de la cosa pública, monopolizar el espacio de la política nacional.

Sin embargo, aun cuando a través de *El Universal* esgrimían, en efecto, este tipo de argumentos, me parece que nunca pudieron imponer a la vida política el “modelo pastoralista”, ya que sus adversarios pusieron de manifiesto una y otra vez el cariz político que se escondía detrás de sus afirmaciones y, lo que es más, los atrajeron hacia debates a todas luces políticos, llenos de golpes bajos, ofensas y posicionamientos. Esto fue particularmente claro en la confrontación que tuvieron con *El Demócrata*.<sup>7</sup> En última instancia, los “científicos” carecían del poder político suficiente para imponerse sobre los demás grupos “porfiristas”; el mismo Díaz, lejos de apoyar su

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>5</sup> Palti, *Invenición*, 2008, p. 400.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 445.

<sup>7</sup> Véase *infra*, pp. 124 y ss.

prevalencia –o la de cualquier otro grupo–, hizo lo posible por mantener cierto equilibrio que le permitiera siempre ser el árbitro nacional.<sup>8</sup>

En este sentido llama la atención que *El Universal*, heraldo “científico” que solía anunciar, satisfecho, la retirada de la poesía en favor de la ciencia,<sup>9</sup> contara con algunos de los escritores más temidos por su capacidad para dirimir las guerras verbales por medio del estilo irónico y las figuras literarias. Dice Vicente Quirarte que los “Platos del día” de Gutiérrez Nájera eran celebrados por sus contemporáneos porque “bajo la anécdota contada, siempre hay lugar para el giro imprevisto o la expresión novedosa, o donde, fatalmente, se filtra el endecasílabo impecablemente acentuado”.<sup>10</sup> Así pues, a pesar de sus deseos no pudieron evitar las polémicas en que la retórica era el arma favorita para derrotar a los enemigos, no con la verdad de la ciencia sino “con su invencible prosa”.<sup>11</sup>

Es importante señalar que, para el momento que estamos estudiando, ambos conceptos de la opinión pública, el “forense” y el “proselitista”, convivían en todos los periódicos de la capital. Había, sin embargo, aquellos en los cuales predominaba la discusión racional de los temas públicos con el fin de encontrar verdades más fundadas y, por lo tanto, más eficaces para resolver los muchos problemas que padecía el país: de ellos, *El Monitor Republicano* era su representante más connotado. Myrna Cortés señala que, a diferencia de *El Hijo del Ahuizote*, que combinaba la argumentación “con la ironía y el manejo de los silencios para que el lector sacara sus propias conclusiones”, *El Monitor Republicano* era primordialmente “argumentativo”.<sup>12</sup> “No hay memoria –decía a este respecto Gutiérrez Nájera– de que el *Monitor* haya aplaudido. *El Monitor* nunca se ríe. *El Monitor* jamás está de buenas. Siempre anda de sombrero, de capa y levitón negro abotonado hasta la barba. A mí me parece ministro protestante.”<sup>13</sup>

<sup>8</sup> Bulnes, que hacia estos años solía negar la pertinencia de la política a favor de la unanimidad de la ciencia, hacia 1904 aceptó que en la disputa pública no sólo intervenían “ideas”, sino también “intereses y pasiones” diversas y legítimas, que hacían pertinente la reflexión acerca de la necesidad de un sistema de partidos que diera cause a la batalla política. Véase Salmerón, “Partidos”, 2012, p. 158.

<sup>9</sup> Decía Bulnes asociando a los jacobinos con la poesía: “los poetas sólo para los domingos y en el campo”. “Por qué *El Universal* no pertenece al grupo reformista y constitucional”, *El Universal*, 27 de julio de 1895, p. 1.

<sup>10</sup> Quirarte, *Elogio*, 2010, p. 291.

<sup>11</sup> Palti, *Invenición*, 2008, p. 419.

<sup>12</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, p. 167.

<sup>13</sup> Recamier, “Plato del día. Los diplomáticos no aplauden”, *El Universal*, 29 de diciembre de 1894, p. 1.

En efecto, aunque lamentaba el despotismo de un régimen que parecía bastarse a sí mismo debido a la absoluta debilidad de la opinión pública y la falta de contrapesos, este periódico insistió hasta el final en la necesidad de una prensa libre, independiente de intereses políticos personificados por tal o cual ministro, que debatiera con argumentos los problemas del país aun cuando no fuese escuchada por las autoridades que tenían el poder para solucionarlos. Así, cuando en enero de 1896 *El Demócrata* llegó a su fin, Luis del Toro opinó que la desaparición del falsario periódico de Ferrel representaba un respiro para la “verdadera prensa de oposición”. La única certeza que podía extraerse de la conmoción que había provocado el colega recién fenecido –aseguró– era la necesidad de contar con una “prensa imparcial y exenta de ambiciones políticas para señalar atinadamente las deficiencias de la administración pública”.<sup>14</sup>

Por el otro lado estaban los periódicos que concebían la labor en la prensa como una batalla preponderantemente política. Para fines de 1894 e inicio del año siguiente eran los “científicos”, a través de *El Universal*, quienes para desgracia de sus adversarios exploraban con mayor habilidad las posibilidades del “modelo proselitista”. En buena medida, ello se debía a que disponían de algunas de las mejores plumas jóvenes del momento y al convencimiento con que ejercitaban recursos tales como la ironía, el sarcasmo, la utilización de los géneros literarios para discurrir sobre asuntos políticos, la reducción al absurdo de los argumentos del adversario, en fin, instrumentos retóricos para imponerse a sus rivales.

Y es que en una confrontación de este tipo es posible y aun conveniente echar mano de estrategias que pueden encontrarse muy lejos de una disputa límpida y coherente desde el punto de vista ideológico. Como señalamos con anterioridad, Rogelio Jiménez Marce identifica que este era el horizonte de las discusiones historiográficas en que se enfrascó el extraordinario polemista Francisco Bulnes.<sup>15</sup> A decir de aquel autor, la ironía era su “arma principal” para “destrozar a cualquier adversario”. Esta, agrega:

tiende a atribuirle a las palabras un sentido contrario al que le es propio. Por ello la seriedad del asunto tratado es desvirtuado por la ligereza de las afirmaciones realizadas, con lo que se produce un choque entre el tono utilizado por el autor y el tono esperado por los lectores, lo que genera una ambigüedad

<sup>14</sup> Citado en Cortés, “Grupo”, 2002, p. 263.

<sup>15</sup> Véase *supra*, p. 34.

del significado y de la caracterización del texto, pues sólo en el texto literario se permite el libre uso de lo irónico, mas no sucede así en el texto histórico, cuya función debe ser la transparencia del significado.<sup>16</sup>

Quien utiliza esta perspectiva puede, entonces, convertir la polémica en “un juego de palabras [...] un lenguaje acerca del lenguaje.”<sup>17</sup> Siguiendo a Jiménez Marce, Bulnes hacía uso de un recurso por medio del cual “nada le quedaba prohibido”, no sólo para defenderse y atacar a sus críticos, sino para abrir nuevas posibilidades en la comprensión de la historia. Es decir que, a través de sus textos historiográficos, si se quiere de un modo excesivamente apasionado y con un método de escritura poco común desde entonces en la disciplina histórica, buscaba la “verdad”.

En comparación con la obra histórica de Bulnes, en *El Universal*, Gutiérrez Nájera, Díaz Dufoo y el mismo Bulnes solían utilizar la ironía como “arma”, sin preocuparse demasiado por encontrar una verdad imposible o insignificante en asuntos inmediatos y genuinamente políticos. Se trataba de imponerse al adversario. Puede decirse que en la prensa se exacerbaban las características propias del modelo “proselitista”, debido a la inmediatez de los asuntos que abordaba y a la rapidez con que los adversarios respondían.

A partir de 1895, *El Demócrata* siguió el mismo camino, planteando una seria competencia (política y discursiva) al diario “científico”.

Por último y con base en lo anterior, cabe señalar que los diarios “argumentativos” e independientes llevaban serias desventajas al polemizar con los “proselitistas”, tanto por el dinamismo y compromiso de las relaciones políticas que estos solían tener como por las características del lenguaje que acostumbraban utilizar. Así, *El Tiempo*, “argumentativo”, se mostraba molesto con el tono que empleaban Recamier y Monaguillo en sus columnas, a las cuales se refería despectivamente como “artículos chistosos”: “La tendencia de nuestros periodistas a ocuparse de las cosas más serias en carácter bufo, jugando al retruécano, el equívoco y el chascarrillo, que sólo pueden ser aplicados a personas determinadas, acusa un síntoma grave de la decadencia que deploramos.”<sup>18</sup> Reconocía asimismo que tenía vedados los recursos de que se valían los redactores de *El Universal*, ya fuera porque no podían o no querían discutir en esos términos. Así justificó su silencio

<sup>16</sup> Jiménez, *Pasión*, 2003, p. 70.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>18</sup> “El personalismo en la Prensa”, *El Tiempo*, 7 de diciembre de 1894, p. 3.

frente a los fuertes ataques que durante 1895 se dirigieron *El Universal* y *El Demócrata*: “acá no hay armas para esos combatientes”.<sup>19</sup>

La gresca ocurrida entre Ferrel y García Torres cobra sentido desde esta perspectiva.

## PRENSA POLÍTICA *VERSUS* PRENSA INDEPENDIENTE

*El Demócrata* reprodujo el 29 de mayo de 1895 un artículo de *La Voz de México* que censuraba la actitud asumida por *El Monitor Republicano* contra Leonardo Márquez. Indignado por los dicterios que este último había endosado al viejo general, por la interpretación jurídica que esgrimió para impedirle volver y, en fin, por la mordacidad con que se opuso a su retorno, tomó su defensa.

Lo que más llamó la atención del artículo del diario católico fue el tono provocador por el que optó. Frente a la aseveración de *El Monitor Republicano* de que “la Historia” habría de reconocer el valor de su protesta en un medio servil que aplaudía cualquier decisión del gobierno (así fuera tan desafortunada como permitir a Márquez volver al país), contestó con un acento violento que anunciaba los días por venir:

la verdadera, la sabia, la venerable [Historia], recogerá esa protesta para enseñar que hubo en México cierto patriotismo pedantón y canallesco, que mientras se encarniza en un anciano desterrado, que supo luchar por la bandera que creyó ser la ventura de la patria, y se encarniza porque ese militar derramó sangre, se vuelve un maricón cuando la espada ha de dirigirse contra otros que también derramaron sangre, y mucha, y hasta bajo la misma bandera de aquel, pero que lograron escalar el Olimpo.<sup>20</sup>

Aun cuando la táctica y el estilo elegidos por *La Voz de México* plantearon un reto al periódico de García Torres, lo cierto es que podía haberse previsto que el periódico liberal habría de enfrentar a los diarios católicos

<sup>19</sup> “Los desmanes de la prensa”, *El Tiempo*, 15 de noviembre de 1895, p. 2. *El Universal* y *El Monitor* llegaron a poner en entredicho la aparente imparcialidad de *El Tiempo*, periódico moralizante, en un conflicto en el que Ferrel había excedido el lenguaje moralmente aceptable. Este periódico, bastante lúcido acerca de los motivos políticos de la lucha entre *El Demócrata* y *El Universal*, prefirió, con cierta cautela, apoyar al primero.

<sup>20</sup> “Está faltando la honradez!... Patriotas de estira y afloja”, *El Demócrata*, 31 de mayo de 1895, p. 1.

en este tema. Lo que *El Monitor Republicano* no pudo pronosticar fue que *El Demócrata*, al que hasta ese momento todos –excepto *El Universal*– reconocían como liberal e independiente, radical y con una fugaz pero célebre historia dentro del periodismo de oposición durante su primera época en 1893, se pusiera del lado de *La Voz de México* e incluso siguiera el tenor que el periódico católico había elegido.

En defensa del viejo conservador, aquel periódico siguió la interpretación de *El Universal*, que matizaba las culpas históricas de Márquez a partir de principios positivistas: la sangre que había derramado, aunque injustificable –dijo–, encontraba explicación en la época de guerra que le tocó vivir. Según *El Demócrata*, aunque era innegable que Márquez participó en el bando equivocado de la historia, también lo era –y aquí daba un paso más radical que el diario “científico”– que en lo que se refería a la actuación particular de los hombres que libraron aquella batalla, ambos partidos, empujados por el encono, habían llevado a cabo crímenes terribles, por lo que era injusto que Márquez expiara las culpas de toda una época: “el caos de las iniquidades hace girar vertiginosamente los turbiones de la guerra sin cuartel... Tal sucedió en la guerra de tres años [...] entonces fue cuando surgió Ocampo y también Miramón... y sobre las lomas de Tacubaya hubo una espantosa venganza *en caliente*, según la consigna de las cóleras del momento.”<sup>21</sup>

Consecuentemente, una vez terminada la época de la guerra civil y las iniquidades, debía permitirse el regreso del “hombre de Tacubaya”, pues a fin de cuentas “amaba a la Patria” y en ese sentido todos habían estado sujetos a los mismos estragos: “¡ven, los que hace treinta años hubieran bebido tu sangre, como tú hubieras bebido la suya entonces, son nobles y sus hijos también; te dejarán morir en paz, ven!”<sup>22</sup>

Más allá de estas ideas que *El Demócrata* sostuvo con constancia a lo largo de toda la polémica, llamó la atención la retórica que empleó para oponerse a la actitud de *El Monitor Republicano*. En efecto, en vísperas de la llegada de Márquez a la ciudad de México, el diario de Ferrel no se conten-

<sup>21</sup> Germinal, “Tintas”, *El Demócrata*, 2 de junio de 1895, p. 1. Es interesante señalar que, entre los periódicos que defendieron el regreso de Márquez, los católicos fueron mucho más prudentes que los liberales. Sólo estos últimos –*El Universal* y *El Demócrata*– contaban con la autoridad necesaria para criticar con eficacia fundamentos del liberalismo de mitad de siglo que, expresados por los primeros, parecían belicosos más que reflexivos. Germinal fue uno de los seudónimos de Heriberto Frías. Ruiz, *Catálogo*, 1985.

<sup>22</sup> Germinal, “Tintas”, *El Demócrata*, 2 de junio de 1895, p. 1.



tó con reproducir el texto de *La Voz de México* arriba referido, sino que añadió un comentario que no dejaba lugar a dudas sobre su posición:

Como patriotas, como liberales, como honrados, cuando pensamos en esa alharaca de mujeres levantada contra el débil, nos parece oír un grito inmenso, indignado y melancólico a la vez que viene de Veracruz fulminando estas palabras trágicas: ¡25 de junio! [...] ¡Miserables! ¡ahí tenéis al enemigo fuerte! [...] ¡Probad que sois liberales, probadlo; vamos, probadlo; no seáis sólo gritones y farsantes!<sup>23</sup>

Necesariamente ofendido, *El Monitor Republicano* respondió que los cobardes y los miserables eran aquellos que no ponían firma al calce de un artículo injurioso, en clara alusión al *Demócrata*.<sup>24</sup> Ferrel contestó que como director era responsable de todo lo que se publicaba en el periódico, a diferencia de su colega, cuyo director –aseguró– no daba la cara:

escudado tras el nombre de un pobre viejo lisiado, tras el nombre de ¡D. Enrique Chávarri! [...] Así es muy bonito y muy holgado ser director de periódico, Sr. D. Vicente García Torres; pero eso quita todo derecho de tener exigencias con los que no huyen responsabilidades de ningún género, cuales son los que no temen poner su nombre al frente de sus periódicos [...] El comentario que le agregamos al artículo de *La Voz*, subsiste, porque seguimos creyendo que son miserables y cobardes los que se ensañan contra el caído que nada puede, y tiemblan ante el poderoso.<sup>25</sup>

<sup>23</sup> “Está faltando la honradez!... Patriotas de estira y afloja”, *El Demócrata*, 31 de mayo de 1895, p. 1. Hay que decir que la referencia a la “matanza en caliente” de lerdistas en Veracruz el 25 de junio de 1879, de la cual se responsabilizaba en buena medida al mismo Díaz, era de todo punto inusual. Ese tipo de críticas que se permitió *El Demócrata* provocaron que hasta el final quedara una breve interrogante sobre el carácter preciso de este periódico. En modo alguno era evidente que defendiera el regreso de Márquez debido a su gobiernismo o incluso a alguna subvención, cuando en el primer artículo que escribía al respecto traía a la memoria aquel 25 de junio.

<sup>24</sup> “La actitud del *Monitor* en la cuestión de Márquez”, *El Monitor Republicano*, 2 de junio de 1895, p. 3.

<sup>25</sup> “Cobardes y miserables. *El Monitor* tiene ojos y no ve”, *El Demócrata*, 4 de junio de 1895, p. 1. Chávarri, perseverante periodista liberal de oposición, había recibido un disparo de una mujer católica que se sintió ofendida en sus creencias por uno de sus artículos, motivo por el cual el periodista perdió una mano. El ojo lo perdió en un duelo. Véase Ceballos, *Panorama*, 2006, p. 171. Había sido encarcelado múltiples veces durante el gobierno de Lerdo y más aún con Díaz. Véase Cosío, *Historia*, 1972, pp. 244-245.

Chávarri, indignado, envió representantes a la redacción de *El Demócrata* para retar a Ferrel por los agravios recibidos injustificadamente. Este, que la mayoría de las veces era incisivo y provocador,<sup>26</sup> dio muestra de sangre fría al salir de la difícil situación en que se había colocado (habría sido muy mal visto que se batiera con un hombre bastante mayor que él, con limitaciones físicas y muy estimado por personajes ya casi legendarios y admirados por *El Demócrata* como Guillermo Prieto) brindando entera “satisfacción” a “Juvenal”, célebre seudónimo del ofendido.

En efecto, Ferrel publicó al día siguiente una esquila en la que aseguraba haberlo llamado “viejo lisiado” de manera descriptiva y no como ofensa. Sobrepasada esa línea poco halagüeña con la cual trató de salvar su orgullo, confesó tener en mucho la valentía de Chávarri por la cual había perdido una mano y un ojo: “la honra la tiene usted entera, sana y limpia, y así la conservará usted siempre, pues lo indica el noble y viril impulso con que se yergue a la sospecha de un baldón en su honra”.<sup>27</sup> Antes de reiterarle su respeto y su intención de otorgarle una satisfacción “amplísima, absoluta, incondicional, sincera, nacida del antiguo reconocimiento de su caballerosidad, de su valor y de su abnegación”, Ferrel dejó escapar todavía algo de su veneno en contra de García Torres, al asegurar que no podría ofender al “viejo inválido que aún ampara generosamente con la égida de su nombre querido y respetado, a esos otros inválidos del valor y la vergüenza, a manera de viejo atleta que [...] provoca para sí los peligros que insensatamente despiertan la vanidad y la sordidez cobardes.”<sup>28</sup>

Chávarri se dio por satisfecho, no sin antes añadir que se equivocaba Ferrel al decir que bajo su nombre se amparaba alguien, pues “aquí cada obrero responde de su labor; detrás de mí no está nadie porque todos estamos al frente”. Aprovechó que se le llamara viejo (“primera vez que en este reñido combate, en esta brega diaria de la prensa, oigo que me llaman ‘viejo’. ¡Pasa tan pronto la vida, que me figuraba no haber llegado aún a los

<sup>26</sup> En una semblanza que escribió Ciro B. Ceballos sobre Ferrel, lo describe como “duelista” y “panfletario”, ya que “sabía responder a la injuria con la ofensa”. Por cierto, antepone a la semblanza un epígrafe de Leonardo da Vinci: “Se ve que se nutría con médula y nervios de leones.” Ceballos, *Turania*, 2010, p. 103.

<sup>27</sup> José Ferrel, “Reto de Don Enrique Chávarri”, *El Demócrata*, 5 de junio de 1895, p. 1.

<sup>28</sup> *Ibid.* Ceballos, quien habitualmente coincidía en opiniones con Ferrel, asegura que la literatura de Chávarri valía poco pero que, en cambio, el cronista era apreciado “por su temperamento caballeroso, por su honradez sin tacha, por su dignidad, cuya sin ser agresivo de carácter [*sic*], había defendido siempre con el acero en la mano”. Ceballos, *Panorama*, 2006, p. 171.

lindes de la juventud!”) para brindarle un consejo: luchar con las ideas cuidando que la polémica periodística no deviniera gresca personal.<sup>29</sup>

El consejo de Chávarri explica en alguna medida las motivaciones, las características y el resultado de la polémica, o mejor dicho de la gresca entre Ferrel y García Torres. Lo que el viejo liberal aconsejaba al director de *El Demócrata* era que volviera a la discusión sosegada y argumentativa sobre los temas de la vida pública, en este caso, sobre la pertinencia y el derecho que Márquez podía o no tener para volver al país, y abandonara la retórica sarcástica y agresiva que poco abonaba a la racionalidad de la discusión: “la prensa no es un palenque de bravos y de espadachines –dijo Chávarri en una ocasión idéntica–, es la arena donde vence la razón y no la fuerza”.<sup>30</sup> Ferrel, sin embargo, no tenía intención alguna de seguir este consejo. Periódico nacido para la lucha política, *El Demócrata* había hecho de la retórica, los insultos y la invalidación de los adversarios su medio habitual de discusión. Y es que, como señala Pablo Piccato, no es preciso “hacer una estricta distinción entre los ataques políticos y los personales” que se dirigían por entonces los periodistas unos a otros, pues, como es natural, los ataques a la vida privada pueden minar la imagen pública, esto es, el capital político.<sup>31</sup>

Frente al tono ascendente de los ataques de Ferrel, a García Torres le quedaron tres opciones socialmente aceptadas: retarlo a duelo (aunque ilegal, esta práctica no había desaparecido entre los periodistas),<sup>32</sup> no prestarle atención o denunciarlo por calumnia (estas últimas, con posibles consecuencias sobre su reputación).<sup>33</sup> Aquí estamos frente a un riesgo latente en las discusiones dirimidas con el concepto “proselitista”: sin mucha dificultad pueden trascender el ámbito verbal. Y es que, siguiendo a Palti, uno

<sup>29</sup> “Cuestión personal”, *El Monitor Republicano*, 6 de junio de 1895, p. 2.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 10 de noviembre de 1895, p. 3.

<sup>31</sup> Piccato, “Jurados”, 2003, p. 157. Esta es la razón por la cual, durante el tiempo que tuvieron vigencia los jurados de imprenta –que durante el gobierno de Manuel González quedaron definitivamente suprimidos–, se procuraba que lo constituyeran vecinos más bien insertos en las redes sociales y políticas: “De otra forma no podían lograr la lectura sutil de insultos escondidos [...], ni apreciar los varios niveles, públicos o privados [...] comprendidos por la opinión pública.” *Ibid.*, pp. 154-155.

<sup>32</sup> “Los duelos entre periodistas se hallaban de moda en aquel tiempo [...] El afán de notoriedad, el exhibicionismo vanidoso, compelián hasta a los individuos más inofensivos a alardear de espadachines perdonavidas.” Ceballos, *Panorama*, 2006, p. 330. También Piccato, “Jurados”, 2003, p. 163.

<sup>33</sup> Antonio Tovar indicaba en su *Código de duelo* (1891) las alternativas que tenía un agraviado en su honor respecto de su ofensor: iniciar, sin más, una pelea, lo que en sí mismo resultaba agravante para la gente decente (no así para las clases bajas); interponer una denuncia, lo que tampoco resolvía nada, pues con una multa quedaba libre el agresor, sin reparación alguna del honor; por último, el duelo, único que permitía al ofendido volver a salir a la calle sin mácula alguna. Piccato, “Duelo”, 2008, p. 416.

de los dilemas de sublimar la guerra real en guerra verbal es que, en ocasiones, las fronteras se difuminan: “no siempre será posible aislar nítidamente el ámbito de las contiendas verbales del de los enfrentamientos físicos. De hecho, el propio concepto [...] dado, justamente, que concebía a las palabras como *acciones* [...] tendía a hacer sumamente tenue la línea que dividía unas de otras.”<sup>34</sup>

La presión de la opinión pública hizo que García Torres eligiera una cuarta opción que no se encontraba dentro de los cánones y a la postre resultó la peor: indicó que, aun cuando era obvio que Ferrel pretendía orillarlo a un lance de armas, tenía documentos que le aseguraban que su adversario se hallaba fuera de las leyes del honor, razón por la cual no podía batirse con él: “Vea en esto el público la razón de mi silencio.”<sup>35</sup> Comentó incluso que había reunido en su casa un “consejo de personas muy respetables y prominentes de diversas condiciones sociales, del profesorado de armas, de la clase militar, de la judicatura y del periodismo, quienes, en vista de los documentos que han tenido presentes, han estado de acuerdo en que el director de *El Demócrata*, Don José Ferrel está fuera de las leyes del honor.”<sup>36</sup> Este concepto, aunado al hermetismo –que no se estilaba– de García Torres respecto a las faltas de su adversario, quería decir que Ferrel era culpable de cualquier cosa que el público pudiese imaginar, pero en todo caso algo grave que lo incapacitaba para defender su honor, mancillado de antemano.<sup>37</sup>

Ferrel, en alguna medida habituado a este tipo de conflictos, publicó entonces una extensa y amenazante contestación, en la cual afirmó sin mucha pericia que el primer agresor había sido García Torres. A continuación, en una de sus tácticas más comunes, no se limitó a defenderse, sino que a su vez comenzó a atacar al adversario, apuntando hacia lo que en aquellos momentos era lo más valioso de *El Monitor Republicano*, su reputación de opositor radical: “Ya lo creo que es muy fácil ser independiente cuando se tienen dos millones de pesos y un responsable que vaya a la cárcel.” El punto culminante de sus amenazas fue el referente a su honor, pues exigía a su rival que publicara los documentos que supuestamente lo incapacitaban para defenderlo: “¡publíquelos *El Monitor*! Sólo aconsejo una cosa: ¡que se

<sup>34</sup> Palti, *Invención*, 2008, p. 400.

<sup>35</sup> “*El Demócrata*”, *El Monitor Republicano*, 7 de junio de 1895, p. 3.

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> “El duelo era el ritual que formalizaba la violencia entre los hombres de clase alta y que constituía la regla de oro para distinguir a los que tenían o no tenían honor.” Picatto, “Duelo”, 2008, p. 416.

me respete lo que quieran que yo respete, porque yo voy hasta donde me llevan! Yo no respeto nada en el ladrón que viene a sorprenderme y robarme a media noche. Pero el laudo que me declara sin honor, ¡quiero conocerlo!”<sup>38</sup>

Al día siguiente, haciendo alarde de imparcialidad, *El Monitor Republicano* reprodujo íntegro el texto de Ferrel asegurando que no añadiría más sobre el asunto porque tenía “en la prensa otra misión más elevada que la de contestar denuestos”.<sup>39</sup> A partir de este momento, Ferrel y García Torres tomaron diferentes caminos para enfrentar esta batalla. El primero no se cansó de utilizar su periódico con el propósito de zaherir la imagen de García Torres, mientras este decidió acudir a los tribunales en las repetidas ocasiones a que dio lugar *El Demócrata* para acusar de calumnia y difamación a su director. Este diario aprovechó la decisión de García Torres para juzgar que el antiguo adalid de la libertad de imprenta se había convertido en un denunciante:

Este Don Vicente va a acabar por volverse loco. Dicen que se pasa las noches en claro pensando en su triste situación, y cuentan que el otro día, cuando le metieron el chocolate, exclamó, dando un salto en la cama:

—¿Otro artículo contra mí?

—No, señor, el chocolate...

—¡Ah! ¡Esto es espantoso!...

—¿Ha pasado usted mala noche?...

—¿Qué?... ¡Es horrible!... ¡Yo me estoy volviendo loco!... ¡Pon ahí el chocolate! ¡Lárgate, lárgate, antes de que te denuncie!...<sup>40</sup>

A fines de junio Ferrel esgrimió su más atroz acusación, que sostenía durante meses: acusó a García Torres de haber asesinado años atrás a un hombre con alevosía y haber comprado al jurado para no pisar la cárcel.<sup>41</sup> Llegados a este punto, no parecía existir un buen camino para el

<sup>38</sup> José Ferrel, “¡Fuera de las leyes del honor!”, *El Demócrata*, 8 de junio de 1895, p. 1.

<sup>39</sup> “La última palabra sobre la cuestión con *El Demócrata*”, *El Monitor Republicano*, 9 de junio de 1895, p. 2.

<sup>40</sup> “Doble y nueva denuncia de D. Vicente García Torres. ¡Pero hombre!”, *El Demócrata*, 1 de agosto de 1895, p. 2. Por táctica y orgullo, Ferrel se negó a denunciar a sus adversarios, para así señalar que la prensa jacobina que había sostenido la bandera de la libertad de imprenta traicionaba sus principios por pura “vanidad”.

<sup>41</sup> “El homicidio de Nonoalco y el del teatro Nacional”, *El Demócrata*, 28 de junio de 1895. El incidente ocurrido entre García Torres y José Riva Palacio, en el que este resultó muerto, era conocido por el público, pero estaba olvidado. El director de *El Monitor Republicano* quedó exonerado porque el

director de *El Monitor Republicano*. Y es que Ferrel aprovechó en sus duelos con este diario y con *El Universal* una circunstancia que no tuvo empacho en confesar con mucha sinceridad o mucho cinismo: “Nosotros somos fuertes, precisamente en lo que ellos son débiles: A ellos los conoce todo el mundo, a nosotros nadie; ellos tienen que desvanecer malos conceptos, nosotros no dejar que se formen; esta tarea es mucho más fácil, y por lo mismo podemos tener la serenidad, que a ellos les falta por completo.”<sup>42</sup>

Por otra parte, García Torres tomó sin lugar a dudas malas decisiones. En el momento en que se presentó en el juzgado para denunciar al director de *El Demócrata* por calumnia, se le requirieron los nombres de los miembros del jurado de honor que unilateralmente había reunido en su casa. Al día siguiente, los supuestos miembros del supuesto jurado, cuyos nombres ahora eran públicos (general Gaspar Sánchez Ochoa, Adolfo M. Obregón, Joaquín Larralde, Apolinar del Castillo y Juan A. Mateos) con seguridad lamentándolo, desmintieron a su amigo con los mismos argumentos que Ferrel había esgrimido con anterioridad para descalificar al jurado de honor organizado por García Torres: se habían rehusado explícitamente a conformar dicho jurado –aseguraron– porque no tenían ninguna autoridad para juzgar honras ajenas y, lo que era peor, tres de ellos recomendaron a García Torres, a título personal y como amigos y de ninguna manera como miembros de ningún jurado, batirse con Ferrel. Añadieron, tratando de aligerar la tremenda carga que colocaban sobre aquel, que debía tener importantes razones para no haber seguido su consejo, pues era conocido por su “valor civil [...] así como [por] su positiva destreza en el manejo de las armas”.<sup>43</sup>

Como era de esperarse, Ferrel no dejó pasar la oportunidad que se le presentaba. En la columna “Posturas académicas”, *El Demócrata* trazaba literaria y sarcásticamente, en primera persona, el carácter de diferentes personajes, por lo común periodistas. La columna que entonces apareció sobre Vicente García Torres le mereció una denuncia más en su contra:

¿De qué me sirven los millones, si ya me he estrellado contra ese Ferrel! [...] Me ha herido en lo vivo... ¡Jijo de un demonio!... me ha desprestigiado... ¡La muerte moral!... ¡la caída!... ¡el ridículo!... ¡la burla!... ¡qué golpe me

jurado consideró que había dado muerte a Riva Palacio en legítima defensa. Ferrel insistiría en traer a la actualidad el asunto.

<sup>42</sup> “Al *Echo du Mexique*”, *El Demócrata*, 26 de febrero de 1895, p. 1.

<sup>43</sup> “Declaraciones de los señores Sánchez Ochoa, Obregón, Larralde y Castillo”, *El Monitor Republicano*, 30 de junio de 1895, p. 3.

ha dado ese! [...] Yo era el inmaculado, el virtuoso, el intachable... Yo quité reputaciones con tres líneas de gacetilla [...] nadie entendía la libertad de imprenta sin mí... Y ahora, ahora soy un vil denunciante...<sup>44</sup>

Ante este tipo de batalla, el “argumentativo” periódico de Vicente García Torres tenía pocas probabilidades de vencer. Por ello eligió un relativo silencio –indirectamente siguió publicando notas de otros periódicos contra Ferrel–, así como la interposición de denuncias en contra de su agresor que –más allá de que la justicia lo asistiera o no– lo alejaron del campo de batalla periodístico y permitieron que *El Demócrata* se apropiara del espacio de discusión. Por lo menos hasta que intervino el resto de la prensa liberal independiente.

Como la agresividad de los ataques hizo evidente que el asunto no tenía probabilidades de terminar diplomáticamente, la prensa más o menos identificada con el jacobinismo, alarmada, se involucró. Algunos de los periodistas liberales más reconocidos firmaron un “manifiesto” que apoyaba la posición de García Torres en el caso de Márquez y en el conflicto con Ferrel. *El Monitor Republicano* –dice el “Manifiesto”– “interpretó, en una protesta llena de patriotismo, el sentimiento más justificado de dolor, no con el fin personal de hostilizar al inerte, no para abrumar al octogenario, sino como un designio de alta moralidad social, cual es el de protestar contra esa tendencia evolutiva de una tolerancia abyecta”.<sup>45</sup> Por ello –aseguraron– debían apoyar a García Torres contra los “inmotivados ataques” de que era objeto.

*El Demócrata* se encontró de esta manera aislado de la prensa liberal con la que, a pesar de su porfirismo, se sentía mayormente identificado. Por ello pareció resentir en un primer momento la alianza formada en su contra:

Estamos solos porque tuvimos el noble impulso de clamar por el olvido de los pasados aborrecimientos que por un fenómeno de execrable física de antipatía, se han tornado no ya contra el pasado sombrío, sino contra noso-

<sup>44</sup> Petit Spencer, “Posturas Académicas (segunda tanda). Vicente García Torres”, *El Demócrata*, 5 de julio de 1895, p. 1.

<sup>45</sup> “Manifiesto de simpatía al Director de *El Monitor Republicano*”, *El Noticioso*, 6 de junio de 1895, p. 2. Entre los firmantes se encontraban Gabriel González Mier –hasta fines de enero colaborador de *El Demócrata*–, Daniel Cabrera (director de *El Hijo del Ahuizote*), Ángel Pola (codirector de *El Noticioso*), Inocencio Arriola (redactor de *El Diario del Hogar*), J. Antonio Rivera G. (redactor de *El Demócrata* de 1893), Filomeno Mata (director de *El Diario del Hogar*), Enrique M. de los Ríos (que había pasado por diversas redacciones, entre ellas dirigiendo *El Monitor Republicano* y *El Diario del Hogar*), Alberto Samson (director de *L’Echo du Mexique*).

tros, no ya contra el hoy pobre viejo odiado, y cruel cuando era fuerte, sino contra nosotros [...] Estamos en pie, solos contra todos, y si experimentamos sentimiento es porque hemos tenido un cruel desengaño...<sup>46</sup>

Tras este artículo en que se condolió de sí mismo, *El Demócrata* inició una campaña contra la prensa liberal que firmó el “Manifiesto” en apoyo a García Torres. Una vez que rompió definitivamente con sus antiguos compañeros (varios redactores de *El Demócrata*, incluido su director, habían llegado a colaborar en algunos de los diarios que ahora se alineaban en su contra) se vio en la libertad y aun en la necesidad de atacar de manera frontal a los jacobinos, para quienes *El Monitor Republicano* era –dijo– “el Evangelio”.<sup>47</sup> En palabras de los redactores de *El Demócrata*, eran “cismáticos” por no anclar su conducta “a las estrechas tendencias que *El Monitor* ha marcado con círculo de fuego a toda la prensa de oposición: combatir a todo lo que emane del gobierno constituido”.<sup>48</sup> Dicha actitud –expresó recordando el lenguaje de los “científicos”– inhibía el análisis de la realidad a favor de ideales viejos e insustanciales: “Cuando el Gobierno, respetando el Código Penal, deja venir a Márquez, no declamamos en contra de él, porque el respeto a la ley es un bien nacional, y la venida de Márquez sólo hiere el sentimiento exaltado pero extemporáneo de los que en el seno de la paz se creen aún *chinacos*.”<sup>49</sup>

Si anteriormente había opinado que el jacobinismo era similar a un barco extraviado y a merced de las olas, pero “generoso”,<sup>50</sup> ahora indicó que el idealismo de *El Monitor Republicano* era, en realidad, “cuestión de seguridad de comercio”:

El Gobierno suele no aguantar, y lo que debo procurar es tomarle el pelo, para que no me encarcele, me decomise mi imprenta y las otras cosas que de vez en cuando hace. ¿Cuál es mi programa definitivo? Echar la viga fuerte, por todo aquello que las gentes de sentido común juzgan que es imposible que el Gobierno haga o realice; como la soberanía de los Estados, la Independencia de los Poderes, el voto público, y otros asuntos por el estilo.<sup>51</sup>

<sup>46</sup> Germinal, “Tintas”, *El Demócrata*, 9 de junio de 1895, p. 1.

<sup>47</sup> “Los periodistas de oposición”, *El Demócrata*, 12 de junio de 1895, p. 1.

<sup>48</sup> La redacción, “Nuestro cisma”, *El Demócrata*, 7 de junio de 1895, p. 1.

<sup>49</sup> *Ibid.*

<sup>50</sup> Véase *infra*, pp. 118.

<sup>51</sup> José G. Ortiz, “Los opositores. Su valer moral y político”, *El Demócrata*, 19 de junio de 1895, p. 1.



Según *El Demócrata*, a través de esta táctica el diario jacobino se hacía pasar por opositor recalcitrante cuando en verdad actuaba desde una zona de relativa seguridad, procurando tocar puntos tan generales que al gobierno terminaban por no incomodarlo. Así, la máxima del decano de la prensa de oposición sería “decir que somos mártires de nuestros ideales para que nos admiren, nos respeten y sobre todo nos compren”.<sup>52</sup> Para demostrar su afirmación, el diario de Ferrel aprovechó algunas oportunidades para exhibir que él, acusado por los jacobinos de recibir subvención, era más incómodo para las autoridades que la prensa supuestamente opositora.<sup>53</sup>

A su vez, para demoler la legitimidad del rijoso *Demócrata*, la prensa jacobina se esforzó por demostrar que Ferrel, en efecto, estaba subvencionado. En agosto de 1895, *El Hijo del Ahuizote* aseguró que el periódico de Ferrel estaba a punto de sucumbir:

Sólo un verdadero esfuerzo de algún particular, o la protección de miembros del Gobierno como se ha dicho, podrían dar vida a una publicación cuyos ataques como primer desliz en su programa, se volvieron rabiosos contra los mismos amigos personales de sus redactores, con inaudita inconsecuencia y ferocidad inexplicable; luego vinieron las difamaciones, las calumnias, las injurias, y finalmente los ultrajes a la moral. Con verdadero dolor hemos visto descender a ese periódico desde un puesto en el cual le colocaron sus fundadores y para cuya conservación hacíamos esfuerzos.<sup>54</sup>

Como puede apreciarse, parte de la consternación que produjo *El Demócrata* en la prensa liberal se debió a que, hasta antes de la polémica ocasionada por el regreso de Márquez, lo consideraban uno de los suyos. La forma en que había atacado a *El Monitor Republicano* y, en general, a los periódicos afiliados al Grupo Reformista y Constitucional los llevó a pensar y decir que José Ferrel había vendido sus opiniones al gobierno, motivo por el

<sup>52</sup> “¿Revolución o evolución?”, *El Demócrata*, 20 de junio de 1895, p. 2.

<sup>53</sup> El caso del asesinato del periodista Jesús Olmos y Contreras, en la ciudad de Puebla a fines de julio, es buen ejemplo. *El Demócrata* se atrevió a insinuar con demasiada claridad que el gobernador Mucio P. Martínez se hallaba involucrado en el crimen cometido contra quien era partidario de Rosendo Márquez, ex gobernador del mismo estado y su principal adversario. Como el resto de la prensa apenas publicó la noticia sin mayor comentario, expresó: “Para estos casos son las protestas, en estas ocasiones es donde debe lucirse la energía, ante el derecho hollado es ante quien debe desenvainarse la espada de la ley y desbordarse ese patriotismo que vosotros desbordáis en columnas llenas de insubstantial palabrería.” Julio, “¡Reformistas y científicos! El asesinato de Olmos y Contreras. Gravedad del Coronel González Martínez. ¡Ahora valientes!”, *El Demócrata*, 7 de agosto de 1895, p. 2.

<sup>54</sup> “Los miserables”, *El Demócrata*, 6 de agosto de 1895, p. 2.

cual se había vuelto contra sus amigos y renunciado a sus principios. Myrna Cortés –según señalé en el capítulo anterior–, apoya en lo general esta interpretación. *El Monitor Republicano* y con él la prensa jacobina le reprocharían, pues, que hubiera reabierto un periódico que obtuvo gran prestigio cuando lo dirigió Joaquín Clausell, “pero ya sin el mismo espíritu opositor”.<sup>55</sup>

Con el fin de dilucidar si este señalamiento es justo y si en verdad fue la causa de la desavenencia que acabamos de revisar, analizaré a continuación las relaciones políticas de este diario, así como su conducta con el régimen y con el jacobinismo antes de la polémica ocasionada por el regreso de Márquez.

### *EL DEMÓCRATA*. LÍNEA EDITORIAL Y VÍNCULOS POLÍTICOS

Joaquín Clausell fundó *El Demócrata* en 1893, dos años antes de que Márquez volviera a México.

Se trataba de un joven periodista que en 1883 había abandonado su estado natal, Campeche, debido a la animadversión que se había ganado de parte de las autoridades gracias a sus críticas contra el barandismo imperante en dicho estado (Joaquín y Pedro Baranda dominaron por décadas la política local). Ya en la ciudad de México, contó con la compañía y apoyo de su coterráneo y amigo Gabriel González Mier, con quien corrió varias aventuras políticas: en 1889, siendo ambos estudiantes de la Escuela de Jurisprudencia, acudieron a la ceremonia estudiantil en honor del recién fallecido Sebastián Lerdo de Tejada en el Teatro Nacional. González Mier causó revuelo al leer la “oda a Atenas”, que “hacía la exaltación de Lerdo y fustigaba, escudado en los nombres clásicos, al gobierno de Díaz”<sup>56</sup> y, aunque pudo librarse de la policía en medio de la confusión, Clausell tuvo

<sup>55</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, p. 259. Cosío Villegas, confundido por esta aparente contradicción, pensó que Ferrel, asediado por las denuncias en su contra, había tenido que vender el periódico al gobiernista Heriberto Barrón, quien le habría dado un giro indigno de su combativa historia: “Recordando su gran pasado, no dejó de haber cierta alegría en el momento en que *El Demócrata* de Barrón desapareció para siempre.” Lo cierto es que Ferrel se mantuvo al frente del periódico hasta su último número; es verdad, sin embargo, que sostuvo una relación estrecha con Barrón durante el tiempo que se imprimió *El Demócrata*, si bien nunca fungió entre los redactores ni en ningún otro cargo de dicho periódico, no de manera oficial, al menos. Cosío, *Historia*, 1972, p. 566.

<sup>56</sup> Díaz, *Escuela*, 1972, pp. 163-164.

menos suerte pues fue aprehendido y acusado de “incitación formal, seria y directa a la rebelión”.<sup>57</sup>

Tiempo después Clausell participó en las movilizaciones antirreeleccionistas que tuvieron lugar en la ciudad de México durante 1892. Ese mismo año, por intermediación de González Mier, quien entonces colaboraba en *El Monitor Republicano*, se unió a esa redacción, la que abandonó un año más tarde para hacerse cargo de su empresa más ambiciosa: la dirección de *El Demócrata*.<sup>58</sup> El propietario del nuevo diario –al menos eso manifestó el mismo periódico– fue Francisco Blanco, más conocido como administrador que como periodista; en cualquier caso, no se ocupó de los asuntos editoriales, que delegó en Clausell.

A la redacción del nuevo diario se sumaron José Ferrel, “la firma estelar en la nueva publicación”,<sup>59</sup> así como Antonio Rivera Gordillo y un jovencísimo Querido Moheno.<sup>60</sup> El primero había llegado en 1892 a la ciudad de México procedente de Mazatlán, donde había colaborado destacadamente en *El Correo de la Tarde*. En aquel puerto ganó reputación como escritor de carácter, misma que le precedió en su llegada a la capital y que seguramente le ganó la invitación a participar en *El Demócrata*: “para entonces ya era notorio periodista de combate”.<sup>61</sup>

La vida breve del primer *Demócrata*, entre febrero y abril de 1893, no le impidió conquistar el respeto de la prensa opositora y la encarnizada persecución del régimen. Antonio Saborit señala que, desde los primeros días de su aparición, contó con “el favor de sus colegas” liberales e independientes, debido a que coincidían en la actitud opositora hacia el régimen. *El Monitor Republicano* fue de los primeros en interesarse en su labor y externar comentarios positivos al respecto.<sup>62</sup>

<sup>57</sup> Cosío, *Historia*, 1972, pp. 559-560; véase también Saborit, *Doblados*, 2010, pp. 135-136.

<sup>58</sup> Gantús, “Liberalismo”, 2009, pp. 156-159. Ciro B. Ceballos dejó testimonio de la amistad que unía a ambos periodistas: “siempre inseparables como los Dióscuros, formando un verdadero matrimonio político, enlazado de tal modo por el campechano paisanaje, la comunidad de las ideas y la amistad de los bancos de la escuela, que no se puede recordar a uno, sin evocar en lo inmediato el recuerdo del otro”. Ceballos, *Panorama*, 2006, pp. 96-97.

<sup>59</sup> Saborit, *Doblados*, 2010, p. 139.

<sup>60</sup> Ni Moheno ni Rivera G. tuvieron injerencia alguna con la segunda época de *El Demócrata*, que es la que aquí interesa. De hecho, el año que pasaron juntos en Belén, Ferrel tuvo fuertes fricciones con ellos, sobre todo con Antonio Rivera. Véase “Los ladrones de honras. Vicente García Torres y Antonio Rivera G.”, *El Demócrata*, 11 de junio de 1895, p. 1.

<sup>61</sup> Saborti, *Doblados*, 2010, p. 139. En Mazatlán, ya por entonces un grupo de jóvenes escritores y periodistas, entre los que se encontraba Amado Nervo, admiraba a Ferrel debido a su talento y la vida errante que había llevado. Véase Nervo, *Lunes*, 2006, p. 44.

<sup>62</sup> Saborit, *Doblados*, 2010, pp. 137-138.

A decir de Cosío Villegas, la actividad de este periódico en 1893 fue, junto con lo hecho por *Regeneración*, la nota más significativa en la prensa independiente entre 1888 y 1910.<sup>63</sup> De acuerdo con él, algunas de las características que hacían especial al diario de Clausell eran la juventud de los redactores (todos, salvo Moheno que apenas contaba con 19, entre los 25 y los 30 años); el ataque frontal que lanzaron en contra de algunas personalidades públicas, a las que llamaron por nombre y apellido y, en no menor medida, “su insolencia y la claridad con que se manifestaba”.<sup>64</sup> La mejor prueba de la relevancia del diario fue la férrea represión a que lo sometió el régimen que, en vez de dosificar el castigo como hacía regularmente con la prensa de oposición, decidió aniquilarlo: aprehendió a todos los escritores y confiscó sus imprentas en los últimos días de abril de 1893.<sup>65</sup>

Seis meses después, el 23 de octubre, Clausell logró evadirse de las autoridades mientras se dirigía a una diligencia en los juzgados y huyó a Estados Unidos, exilio del que no volvió sino hasta casi cumplirse “el tercer aniversario de su fuga”.<sup>66</sup> A Gabriel González Mier le cupo mejor fortuna, ya que fue el único que obtuvo libertad bajo fianza, al parecer porque las autoridades consideraron que solamente había fungido como director *ad honorem*.<sup>67</sup> José Ferrel, Antonio Rivera G., Querido Moheno y Francisco Blanco tuvieron que permanecer más de un año en la cárcel de Belén, hasta que Porfirio Díaz firmó su indulto en junio de 1894. Durante el tiempo que duró su prisión, la prensa jacobina –la misma con la que Ferrel se pelearía dos años después– los apoyó moralmente al publicar noticias referentes a su encierro, las cuales evitaron que los jóvenes periodistas cayeran en el olvido.

Sin embargo, y de manera un tanto asombrosa si se piensa en la tenaz represión a que fue sometido *El Demócrata*, apenas cuatro meses después de que los redactores salieron de prisión, *El Diario del Hogar* anunció que el 1 de noviembre reaparecería con la dirección de Ferrel, lo que no ocurrió sino

<sup>63</sup> Cosío, *Historia*, 1972, p. 586.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 560.

<sup>65</sup> *Ibid.*, pp. 563-565.

<sup>66</sup> Saborit, *Doblados*, 2010, p. 274. En mayo de 1895, *El Tiempo* pidió que el gobierno amnistiara a diversos periodistas, entre ellos a Clausell. Este, agradeciendo a Victoriano Agüeros su generosidad, le hizo saber, sin embargo, que no aceptaría volver al país “mediante una gracia que lo pondrá al igual del ex lugarteniente del Imperio”. “Una carta del Sr. Clausell al Director de *El Tiempo*”, *El Tiempo*, 21 de junio de 1895, p. 2.

<sup>67</sup> Saborit, *Doblados*, 2010, p. 265; Cosío, *Historia*, 1972, p. 565.

hasta el 1 de enero de 1895.<sup>68</sup> En su primer número, el flamante director aseguró que había considerado necesario, por justicia, pedir la autorización de Francisco Blanco –quien nada tenía que ver con la aventura– para que el periódico conservara su viejo nombre. Satisfecho con la resolución, Blanco le había concedido la licencia: “Ninguna recomendación tengo que hacerle, sé de antemano que el nuevo *Demócrata* será independiente.”<sup>69</sup>

Ferrel se hizo acompañar de periodistas relacionados con la primera época del diario como Gabriel González Mier y Heriberto Frías, quien anónimamente había publicado en él la novela *Tomóchic*. Hizo extensiva la invitación a Clausell, quien desde el exilio lo felicitó por el renacimiento del periódico que tantas satisfacciones y penas les había traído y aseguró que le gustaría colaborar, pero de momento, debido a las condiciones en que se encontraba, no podía comprometerse.<sup>70</sup> Nunca llegó a hacerlo. La plantilla de redactores la completaba José G. Ortiz, joven periodista que había militado en la oposición y hecho amistad con Ferrel en la cárcel (a donde llegó debido a sus cáusticos artículos en *La República*, diario polémico que apareció en 1893 bajo la dirección de Alberto García Granados). Posteriormente, Ferrel animó a Rubén M. Campos para que se les uniera, así que este escribió algunos de los últimos editoriales antes de que el periódico desapareciera para siempre en enero de 1896.

### *El porfirismo de El Demócrata*

*El Demócrata* hizo explícito desde el primer momento que, a diferencia de la actividad que había desarrollado en 1893, en esta segunda época se rehusaría a oponerse de modo sistemático al régimen. En un lenguaje que para los jacobinos era sospechosamente cercano al que por entonces externaba *El Universal*, Ferrel aseguró que este viraje era necesario porque respondía a las “evoluciones que han transformado los elementos sociales; y que obligan hoy a la lucha sanitaria, como antes obligaban a la lucha cruenta”.<sup>71</sup>

<sup>68</sup> Saborit, *Doblados*, 2010, p. 266.

<sup>69</sup> “La propiedad de *El Demócrata*”, *El Demócrata*, 1 de enero de 1895, p. 1.

<sup>70</sup> “Carta de Joaquín Clausell”, *El Demócrata*, 1 de enero de 1895, p. 1.

<sup>71</sup> José Ferrel, “La reaparición de *El Demócrata*”, 1 de enero de 1895, p. 1. Este tipo de lenguaje “sanitario” fue característico de una elite más o menos amplia que, en la época, se asumía familiarizada con los métodos y las verdades de la ciencia, en contraste con aquellos que no lo estaban. Palti señala que, en la versión más dura y coherente de esta corriente de pensamiento, se instalarían el

*El Demócrata* no se limitó a estas referencias abstractas, de manera clara y concreta brindó su apoyo a Porfirio Díaz porque –decía– el país requería del dictador para no volver a la anarquía. La premisa fundamental de todos sus análisis políticos (al esgrimirla los científicos había sido causa de continuas polémicas con los jacobinos) fue que el “pueblo” y no Díaz era el responsable de la ausencia de democracia y de las violaciones a la Constitución:

La causa principal, generadora de mil causas secundarias en virtud de las cuales una es la República, según la ley fundamental, y otra, según las especiales circunstancias de nuestros pueblos, consiste en esa ignorancia supina, en esa degradación cívica de nuestros habitantes, herencia de tres siglos de dominación española, en ese desconocimiento absoluto de nuestros derechos políticos que tiene sumergido al pueblo en una eterna noche.<sup>72</sup>

En una nación con tales condiciones, el gobierno no podía respetar y hacer respetar las leyes, incluso si se lo hubiera propuesto. En cualquier caso, no debía concentrar sus esfuerzos en conquistar objetivo tan ilusorio, pues era un camino que llevaba a la guerra en un entorno en que “todos quieren el mando”: la tiranía –sentenciaba– “ha sido necesaria y útil en nuestro país”.<sup>73</sup> Una de las críticas más fuertes del jacobinismo a la situación política imperante era que un régimen cuyo origen y sostén era la fuerza, antes que la ley, tenía problemas de legitimidad que, por lo tanto, volvían incierto su futuro. *El Demócrata* contestó este señalamiento gordiano con sofisticación teórica: “Un gran pensador sostiene que las legitimidades de hoy, son las usurpaciones pasadas, que las usurpaciones de hoy, son las legitimidades del porvenir. El Gobierno actual es legítimo.”<sup>74</sup>

Ferrel, consciente de la irrelevancia de la prensa opositora que él mismo había experimentado recientemente al pasar más de un año en la cárcel sin lograr cambio alguno en el régimen, se convenció de que el go-

---

ideal y el discurso de constituir una “sociedad higiénica”, esto es, “una comunidad perfectamente ordenada según los principios de la ciencia (médica)”. Palti, *Invencción*, 2008, p. 447.

<sup>72</sup> “Imposibilidad de una democracia perfecta. Situación política del país”, *El Demócrata*, 2 de julio de 1895, p. 1.

<sup>73</sup> “La tiranía”, *El Demócrata*, 4 de julio de 1895, p. 1.

<sup>74</sup> José G. Ortiz, “Un escollo político”, 9 de enero de 1895, p. 1. De acuerdo con Palti, la reflexión de que, en última instancia, todo gobierno tenía un origen violento (y que, por lo tanto, buscar la legitimidad en el origen tan sólo conducía a socavar el principio de autoridad), fue señalada a mediados de siglo por los conservadores, ante la resistencia que los liberales opusieron a tal trastrocamiento del concepto de “legitimidad”, que para su sorpresa incumbía tanto a la legitimidad tradicional como a la presuntamente moderna. Palti, *Invencción*, 2008, pp. 235-251.

bierno podía “matar” cualquier empresa periodística que juzgara peligrosa, “sin ocasionar el menor conflicto”.<sup>75</sup> En estas condiciones prefirió renunciar a su oposición, pero no a su aspiración de influir –y seguramente ascender– políticamente. Por ello, apenas reapareció, *El Demócrata* se identificó como porfirista y opinó sobre los periodistas jacobinos –tenía que alejarse de su historia reciente y de la reputación de rudo opositorista que se había granjeado– que “aunque sean buenos y generosos, el terror no les permite fijar [...] los fines concretos a que deben dirigir sus esfuerzos con alguna esperanza de éxito”.<sup>76</sup>

Desde la perspectiva de *El Demócrata*, que la prensa independiente había extraviado el camino era algo evidente por el hecho de que se mantuviera en la oposición, a pesar de estar convencida de que “todo movimiento político gira alrededor de un solo hombre cuyo poder se extiende hasta los últimos confines de la República”.<sup>77</sup> Antes del conflicto que sostendría con ella, José G. Ortiz recurriría a una imagen náutica que bien representa la visión que *El Demócrata* expresó sobre esta prensa en los primeros meses de 1895, de la cual se distanciaba a la vez que reconocía su valor: “no es el barco que se dirige a todo vapor, con sus velas desplegadas y rompiente quilla, hacia el puerto, sino un pobre casco a merced del oleaje, que ha tenido, sin embargo, el mérito de salvar, entre su crujiente arboladura, el ideal”.<sup>78</sup>

*El Demócrata*, en cambio, tendría un puerto bien definido al cual arribar: desprestigiar al grupo “científico” y a su vocero, *El Universal*, que dominaba el campo de batalla periodístico. En este sentido, la prensa jacobina –con la cual además sostenía relaciones amistosas de tiempo atrás– no era un obstáculo para sus objetivos. En última instancia, incluso coincidían en la antipatía hacia los “científicos”.

### *La actitud crítica de El Demócrata*

A pesar de su declarado porfirismo, hasta el regreso de Márquez *El Demócrata* mantuvo con los jacobinos una relación que, sin estar exenta de dife-

<sup>75</sup> Las palabras son de *El Monitor Republicano* que, como vimos, en ocasiones llegaba a esta misma conclusión. Véase *supra*, p. 63.

<sup>76</sup> José G. Ortiz, “La discusión en la prensa”, *El Demócrata*, 5 de enero de 1895, p. 1.

<sup>77</sup> “Imposibilidad de una democracia perfecta. Situación política del país”, *El Demócrata*, 2 de julio de 1893, p. 1.

<sup>78</sup> José G. Ortiz, “La discusión en la prensa”, *El Demócrata*, 5 de enero de 1895, p. 1.

rencias, podría denominarse amistosa. Además de que –según he señalado– se hallaba instalado de lleno en la lucha política (frecuencia en la que *El Monitor Republicano* no tenía espacio), había otras razones acaso de menor hondura pero igualmente interesantes que permitieron esta buena relación. Entre las razones se encontraban la memoria de los viejos tiempos y la empatía que existía entre los periodistas independientes que habían padecido en mayor o menor grado la represión del régimen. Por eso meses más tarde, al lamentar la escisión ocasionada en la prensa por el pleito entre Ferrel y García Torres, un grupo de periodistas jacobinos señaló que se trataba de un cisma producido “en el seno íntimo de un periodismo, identificado en algo más que en sus tendencias liberales”.<sup>79</sup>

Otra razón, que durante los cinco meses anteriores al retorno de Márquez alejó cualquier conflicto entre ambas partes, fue la complejidad de *El Demócrata*. No sólo se dedicó a atacar a *El Universal* –por entonces, el periódico que escarnecía con más inteligencia e ironía a los jacobinos– a partir de los mismos principios filosóficos y el mismo tipo de lenguaje que este diario “científico” utilizaba, sino que en ocasiones extendía sus críticas con similar virulencia –aunque con menor constancia– a personajes que en ningún sentido podían considerarse “científicos”. Al respecto, aprovechó al máximo una característica del régimen que notó Henry Leipidus: “Aunque generoso y tolerante con los periódicos que lo apoyaban, Díaz no tenía paciencia para con la prensa de oposición.”<sup>80</sup>

Entre enero y abril, *El Demócrata* había emprendido críticas y ataques en contra de personajes con alguna relevancia dentro del régimen, como José Ives Limantour, Ramón Prida, Francisco Bulnes, Vidal Castañeda y Nájera, Luis Pombo y el doctor Antonio Salinas y Carbó (regidor de cárceles), entre otros. Las múltiples direcciones que tomaron sus polémicas, que lo mismo criticaban a Limantour y los científicos que a funcionarios como Castañeda y Nájera o Salinas y Carbó, dependientes del ministro Joaquín Baranda, produjeron desconcierto en la prensa de la capital. *El Combate* lo explicaría candorosamente:

No es científico, no es jacobino, no es exaltado, tampoco moderado, no es gobiernista franco, menos oposicionista definido, no es imparcial tampoco,

<sup>79</sup> “Manifiesto de simpatía al Director de *El Monitor Republicano*”, *El Noticioso*, 6 de junio de 1895, p. 2.

<sup>80</sup> Leipidus, “Historia”, 1928, p. 440.



como pudiera creerse [...] él atacó lo mismo tirios que troyanos, lo mismo a guelfos que a gibelinos. Creeríase que su única mira es desprestigiar todo lo que, ya sea hoy, ya sea mañana, puede tener alguna significación, máxime cuando se trata de algún enemigo personal.<sup>81</sup>

La prensa jacobina debió de albergar dudas similares respecto a los objetivos de un periódico que afirmaba, a partir de principios “evolucionistas”, que no perturbaría la paz con “imaginativos atentados febriles”, y a la vez publicaba artículos que censuraban acciones de gobierno con una energía y astucia que iban más allá de lo que comúnmente podía leerse en la prensa porfirista e incluso en muchos periódicos independientes.<sup>82</sup>

*El Demócrata*, por ejemplo, trató con inteligencia y asiduidad un punto muy sensible para la prensa independiente, jacobina y católica por igual: la libertad de imprenta y la arbitrariedad con que, de hecho, la autoridad se conducía con la prensa. José G. Ortiz manifestó que, si bien el ideal del periódico era la “libertad ilimitada”, dada la situación imperante se conformaba con que el régimen fuera claro acerca de lo que estaba permitido escribir y aquello que entraba en el terreno de lo prohibido, así como con que diese una clasificación precisa de las penas que correspondían a cada interdicción:

lo que es indigno en México, cualquiera que sea su atraso, es que no se juzgue a los escritores públicos conforme a una disposición legal cualquiera, sino sujetándolos a los caprichos de una voluntad vaga, indeterminada, que obra entre las sombras, y que no se sabe de quién es [...] Solamente quisiéramos que el poderoso dijera a los periodistas o escribiera en una ley: cuando yo crea conveniente encarcelarte por ataques a la Vida privada, te impondré tal pena máxima; a la Moral, tal otra, y a la Paz pública, la de más allá; confiscaré en tales casos tu imprenta, en estos otros, sólo la mitad, y en aquellos nada. Consideraré responsables del delito en los casos siguientes, sólo a ti; en los abajo enumerados, a ti, a tus cajistas, a los vendedores de papel, al administrador del periódico y hasta a tu amigo.<sup>83</sup>

Volvió sobre el asunto para defender a José Gándara de Velasco, periodista de *La Raza Latina* y amigo de Ferrel acusado de ultraje contra fun-

<sup>81</sup> “*El Demócrata*, los colorados y los científicos”, *El Demócrata*, 13 de noviembre de 1895, p. 2.

<sup>82</sup> José Ferrel, “La reaparición de *El Demócrata*”, 1 de enero de 1895, p. 1.

<sup>83</sup> José G. Ortiz, “El martirologio de la prensa en México”, *El Demócrata*, 3 de enero de 1895, p. 1.

cionarios públicos debido a un artículo que apareció en dicho periódico. Expresó que la aberrante discrecionalidad del proceso judicial a que los periodistas estaban expuestos llevaba a “monstruosidades”, como la que había elucubrado el agente del ministerio que “conoció” el caso de Gándara, al concluir que en los delitos de imprenta “*es agravante ser instruido, y malas costumbres escribir y haber escrito*”.<sup>84</sup> Resignado a las arbitrariedades, oscilante entre la ironía y el pragmatismo, *El Demócrata* propuso que aquellos cuartos que el doctor Salinas y Carbó había mandado a construir en Belén para la familia del alcalde y nadie había querido ocupar por lo mal dispuestos que estaban para ese efecto, se destinaran como celdas exclusivas para periodistas “para así evitar la humillación de estar confundidos con los criminales [...] cierto es que se aprovecharían para una cosa que no se le pudo ocurrir a ese inepto insignificante”.<sup>85</sup>

Un ejemplo más que puede dar cuenta de la actitud ambigua de *El Demócrata* es la opinión que le mereció la ceremonia para conmemorar el 2 de abril, efeméride porfirista si las había. *El Universal* publicó un extenso y laudatorio artículo reseñando las fiestas públicas que se llevaron a cabo en la ciudad de México;<sup>86</sup> *El Monitor Republicano*, vía Ramón Alva, conmemoró al Díaz de aquel glorioso 2 de abril de 1867 y lamentó su distanciamiento actual de los principios liberales. *El Demócrata*, a pesar de su reiterado porfirismo, resultó más radical. Para este diario, el boato con que se celebró esta efeméride había sido exagerado, cual si fuera “una de las más grandes fechas nacionales, no siendo ese episodio sino un incidente de tantos en aquella guerra famosa”. Si bien reconoció el valor de Díaz en aquella batalla, el derroche de dinero –aseguró– sólo podía explicarse por las ambiciones de los aduladores. En contrapunto con este “grupo de sanguijuelas”, esbozó una estampa que abollaba la imagen del progreso porfirista que, si bien reconocía innegable, era aún “deficiente en verdad”:

<sup>84</sup> “Ley que no existe. Urgencia de ella”, *El Demócrata*, 3 de abril de 1895, p. 1. *El Monitor Republicano* transcribió el artículo de *El Demócrata*, encontrándose en todo punto de acuerdo con su parecer y señalando que sus reflexiones tenían “no poca justicia.” “Cómo se juzgan en México los llamados delitos de imprenta”, *El Monitor Republicano*, 4 de abril de 1895, p. 3.

<sup>85</sup> Al parecer, ningún alcalde había querido ocupar con su familia esos cuartos porque hacían vecindad con los destinados a los gendarmes presos. “Cárcel de periodistas. Iniciativa de *El Demócrata*”, *El Demócrata*, 29 de marzo de 1895, p. 1. En esta ocasión, *El Monitor* resumió la propuesta y concluyó: “No es mala la idea.” “Departamento para periodistas”, *El Monitor Republicano*, 30 de marzo de 1895, p. 2.

<sup>86</sup> “Las fiestas de los días 2 y 3 de abril”, *El Universal*, 4 de abril de 1895, pp. 4-7.

Un simulacro extraordinario; mil y mil bombas disparadas al aire y mil y mil pesos gastados inútilmente. ¿Para qué? para que mañana nos olvidemos de todo cuando el Gral. Díaz baje a la tumba, cuando su estrella, de buena, se convierta en mala. Entre tanto, el pueblo presenció de lejos el simulacro, y aglomerado en las calles de “Cinco de Mayo” y contiguas, apenas si percibió su olfato el incitante olor de los apetitosos platillos del Teatro Nacional. Pero así es todo en esta Metrópoli: los próceres gozando, el pueblo sufriendo, y las víctimas de Temamatla llorando. ¡Sea!<sup>87</sup>

Críticas como esta, por su significado y por el tono en que estaban escritas, acercaron a Ferrel con la prensa jacobina. Por otra parte, si bien es cierto que los ataques de *El Demócrata* no parecían tener una sola trayectoria, también lo es que, en un inicio, las dirigidas al jacobinismo fueron –hemos visto– respetuosas y en algunos casos hasta afectuosas. *El Monitor Republicano*, a su vez, correspondió apoyándolo –de manera sosegada como era su costumbre– en los constantes conflictos en que se involucró con *El Universal*. En una de las múltiples ocasiones en que Ferrel fue aprehendido (en esta ocasión denunciado por un maestro de escuela de la ciudad de Oaxaca), el diario jacobino, que bien conocía los conflictos existentes entre ambos periódicos –incluso se le había llegado a proponer como juez que dirimiera entre ambas partes–, señaló: “vemos que en este caso se ha procedido con inusitada energía contra el Sr. Ferrel [...] Recordarás que *El Universal* fue acusado de difamación por el dueño de una cantina y no se procedió de igual manera contra su Director. [...] ¿Qué significa esto? Que aquí se usan dos pesas y dos medidas y esto no dice bien de la justicia.”<sup>88</sup>

*El Monitor Republicano*, nótese, asumía esta posición el 16 de mayo, en el momento en que el rumor del regreso de Márquez al país comenzó a propagarse en la ciudad de México. El 21 todavía pudo celebrar una excarcelación más de Ferrel, a quien durante los siguientes meses denunciaría en

<sup>87</sup> “Las fiestas del 2 de abril”, *El Demócrata*, 5 de abril de 1895, p. 1. Se refiere al descarrilamiento del Ferrocarril Interoceánico en Temamatla que dejó decenas de muertos y mutilados. En la prensa cupo una polémica sobre las obligaciones de los empresarios del ferrocarril que, al parecer, pretendían eludir su responsabilidad. Véase “Los honrados están con nosotros”, *El Demócrata*, 5 de marzo de 1895, p. 2.

<sup>88</sup> “Prisión de un periodista”, *El Monitor Republicano*, 16 de mayo de 1895, p. 2. *El Monitor Republicano* había rechazado erigirse juez por “circunstancias especialísimas” y porque, de cualquier modo, tan sólo lo había sugerido *El Universal* y no ambos periódicos. “Las diferencias entre *El Universal* y *El Demócrata*”, *El Monitor Republicano*, 27 de febrero de 1895, p. 3.

varias ocasiones.<sup>89</sup> Queda claro, pues, que el porfirismo de *El Demócrata* no fue la razón, no al menos la principal, por la cual entró en conflicto con *El Monitor Republicano*.

Ferrel, por otro lado, aceptó haberse vuelto porfirista, pero siempre negó que su transformación tuviera por motivo una subvención gubernamental o de algún grupo en el gobierno. *El Demócrata* había transitado desde la oposición hasta un porfirismo crítico –insistió hasta el final– debido a la convicción de que era esta la actitud que requería el país. Sus adversarios, que en el transcurso del año se habían multiplicado, señalaron en cambio que *El Demócrata* era el órgano de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública y respondía a los intereses de su titular, Joaquín Baranda, y no al bienestar de la nación.

### *El Demócrata y Joaquín Baranda*

Como estudiamos en el primer capítulo, *El Universal* estaba estrechamente vinculado al grupo “científico”. De acuerdo con lo que he venido argumentando, si *El Demócrata* surgió para hacer la guerra a aquel periódico y minar la fortaleza política del secretario de Hacienda, debía responder a algún grupo adverso a aquel. Así lo señalaron algunos contemporáneos que con posteridad escribieron sobre este periodo. José López Portillo, quien al igual que otros evitó nombrar explícitamente a *El Demócrata* de 1895 –tal vez por lo escandalosas de algunas de sus polémicas–, señala: “[la] única lucha que hubo, se concentró en los órganos de la prensa, representantes de diferentes agrupaciones o ministerios. Ya por entonces había comenzado la brega contra los científicos, y Joaquín Baranda, Ministro de Justicia e Instrucción Pública, mañosamente impulsado por Díaz, disputaba el terreno a Limantour.”<sup>90</sup> En alguna medida, López Portillo sigue la interpretación de Ramón Prida, quien refirió que la lucha “fue terrible en la prensa, entre los científicos y el Ministro de Justicia don Joaquín Baranda, jefe principal de los que a la sombra del general Díaz atacaban a aquellos”.<sup>91</sup>

En su estudio sobre el Grupo Reformista y Constitucional, Myrna Cortés observa que *El Universal*, en algún tiempo objeto de constantes crí-

<sup>89</sup> “Periodistas en libertad”, *El Monitor Republicano*, 21 de mayo de 1895, p. 3.

<sup>90</sup> López Portillo, *Elevación*, 1975, pp. 218-219.

<sup>91</sup> Prida, *Dictadura*, 1914, p. 140. Véase también García Granados, *Historia*, v. 3, s. f. e., pp. 13-14;

ticas por la prensa jacobina, comenzó a acercarse a estos periódicos, sobre todo a *El Monitor Republicano*, hacia 1896. Esta historiadora, que en alguna medida plantea el contexto de la prensa en torno a la dicotomía entre una prensa independiente y otra subvenida, sugiere que la conciliación entre ambos periódicos se debió a que el diario de Prida fue asemejándose a *El Monitor Republicano*, esto es, ganando independencia crítica y dejando atrás el porfirismo obediente a que lo obligaba la subvención que recibía.<sup>92</sup>

Desde esta perspectiva, la fuerza y constancia de los señalamientos que tanto los jacobinos como *El Universal* dirigieron contra Baranda a partir de la segunda mitad de 1895, significan para Cortés que el ministro de Justicia e Instrucción Pública representaba –debido al prolongado periodo que había permanecido en el cargo– lo peor del régimen a partir de los principios liberales. Además, sería el principal objetivo de los ataques por ser el ministro con mayor fuerza dentro del régimen: “Que Baranda y no Limantour fuera criticado con mayor intensidad es una muestra del peso que tenía [...] en el gabinete, en contraste con el papel del titular de la Secretaría de Hacienda, que había ingresado hacía pocos años al gobierno.”<sup>93</sup>

A mi juicio no era así, sino que, al contrario, el que descollaba hacia la mitad de la década de 1890 era el grupo “científico”. No sólo contaba con el apoyo de Manuel Romero Rubio (que murió en octubre de 1895), sino que además muchos de sus integrantes habían franqueado las puertas del Congreso con relativa rapidez (prácticamente toda la redacción de *El Universal*) y Limantour se consolidaba en su ministerio. Si no puede asegurarse que fuera el grupo más fuerte dentro del régimen, es seguro que se trataba del que más encono producía en la prensa, entre otras cosas porque desde la Convención Nacional de 1892 evidenció en demasía sus aspiraciones. Como señaló *El Tiempo*, a partir de entonces los “científicos” se vieron obligados a “negar sus miras políticas”, debido a “la indiscreción que hizo que [...] fuesen descubiertas”.<sup>94</sup>

Los ataques de *El Universal* hacia Baranda estaban motivados, precisamente, por las ambiciones políticas del grupo “científico”, que consideraba a ese ministro –y con razón– como un adversario.<sup>95</sup> Este señalamiento es muy

<sup>92</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, pp. 226-227.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>94</sup> “Las últimas etapas del partido científico I”, *El Tiempo*, 31 de julio de 1895, p. 2.

<sup>95</sup> Baranda sostuvo desde esos momentos una animadversión hacia Limantour que se mantendría por años. Finalmente “perdió” la lucha con el grupo “científico” en 1901, año en que se vio obligado a renunciar a su cartera. Aunque se le dio un asiento en el Senado, durante los siguientes

importante porque, al calor de la lucha periodística, se relacionó a *El Demócrata*, primero con timidez pero al fin con certeza, con este ministro. Los ataques incisivos que este periódico lanzó en contra de los “científicos” y *El Universal* desde el primer y hasta el último día se explicaron por esta dependencia.

Por otra parte, las críticas que dirigió *El Monitor Republicano* en contra de Baranda no parecían fincarse en razones lo bastante profundas, pues hasta 1895 no había motivo para pensar que este periódico estuviera más cercano política o ideológicamente a Limantour que a él, ni que Baranda le pareciera peor que los “científicos”. Incluso puede decirse que era más crítico con el grupo “científico” y con Limantour que con el ministro de Justicia, a quien hasta antes del conflicto con Ferrel consideraba honorable y “hombre de buen criterio”.<sup>96</sup> El ataque de *El Monitor Republicano* en contra de Baranda fue, en realidad, la continuación de la guerra que había emprendido con *El Demócrata*.

*El Universal* fue el primero en señalar que el diario de Ferrel estaba haciendo “política de cantina” (al resto de la prensa, en su mayoría recelosa de *El Universal*, en un principio no pareció indignarle el ataque de aquel periódico en contra de los “científicos”). En febrero se animó a insinuar que servía a la Secretaría de Guerra, toda vez que –indicó– parecía “encantado” por todo lo que hacía su secretario, Pedro Hinojosa, en contraste con la opinión siempre negativa que tenía sobre la labor de Hacienda. Como puede apreciarse, se trataba de una afirmación tenue, poco rotunda, lo que denotaba la inseguridad que *El Universal* aún tenía al respecto.

Durante los siguientes meses –cruzados de continuas y rudas batallas con *El Demócrata*–, el periódico “científico” no atinó a desenmascarar con claridad a aquella personalidad política que –como aseguraba– movía los hilos detrás del periódico escandaloso. La actitud de *El Demócrata*, que parecía atacar lo mismo “güelfos que gibelinos”, dificultó que el vocero “científico”, principal agraviado, desentrañara con exactitud su postura, más allá de la certeza de ser él mismo el principal objetivo del nuevo periódico.

Finalmente publicó en julio, con lujo de detalles, la noticia de que Ferrel estaba vendido a las secretarías de Guerra y Justicia, que hasta enton-

---

años padeció en su propio estado, Campeche, la pérdida casi absoluta de su poder. Sierra, “Prólogo”, 1991, pp. 45-46.

<sup>96</sup> “Cómo se hace justicia en México”, *El Monitor Republicano*, 18 de mayo de 1895, p. 2; sobre la preferencia de *El Monitor* hacia los tuxtepecanos por encima de los “científicos”, véase en el mismo diario, “Cismas que llamaremos políticos”, 3 de mayo de 1895, p. 3; “Las santas iras del *Universal*”, 17 de mayo de 1895, p. 3.

ces lo habían subvencionado con 400 y 200 pesos respectivamente. Afirmó, asimismo, que tenía información acerca de una reunión convocada por el subsecretario de Guerra, general Ignacio Escudero, a la que asistieron el licenciado Heriberto Barrón y el coronel Francisco Romero –los conductos mediante los cuales se entendía con Ferrel–, a quienes habría notificado que la subsecretaría a su cargo se veía obligada a retirar el apoyo económico a *El Demócrata*. De acuerdo con *El Universal*, a partir de ese momento este periódico sólo contaría con los 200 pesos que le suministraba la secretaría de Baranda por medio del licenciado Rafael Dorantes: “Había pánico en las oficinas del periódico pues se creía próxima su muerte.”<sup>97</sup>

*El Demócrata*, aprovechando que su relación con estos ministerios era opaca, siguió negándola: solicitó públicamente a Baranda y Escudero, pero sobre todo a Limantour y Rosendo Pineda (secretario particular del ministro de Gobernación, Manuel Romero Rubio), que confirmaran si se dedicaba alguna partida de dinero para subvencionarlo.<sup>98</sup> Ferrel recordó que los dos últimos personajes no sólo ocupaban puestos relevantes en ramos de la administración fundamentales para la repartición de subvenciones, sino que eran integrantes conocidos del grupo “científico” que se hallaba en pugna con *El Demócrata*, razón por la cual, de existir, no tendrían motivos para ocultar la supuesta subvención. Baranda fue el único que respondió, desde luego negativamente.<sup>99</sup>

Aunque la estrategia fue astuta, el hecho de que Limantour y Pineda no desmintieran a *El Demócrata* significó tan sólo, para los jacobinos, que Ferrel había sido muy discreto en el momento de contraer sus obligaciones a cambio de la subvención, la cual evidentemente habría quedado fuera del escrutinio de Limantour y Pineda. En plena batalla contra *El Demócrata*, los periódicos jacobinos siguieron la pista que *El Universal* había sacado a la luz.

Varios, entre ellos *El Noticioso*, *L'Echo du Mexique* y *El Monitor Republicano*, publicaron noticias que confirmaban la dependencia económica de *El Demócrata* respecto del Ministerio de Justicia. Alberto Samson, director del periódico francés, hizo saber que Rafael Dorantes (a quien ya *El Universal* había relacionado con Baranda) había saldado una deuda que *El Demócra-*

<sup>97</sup> “La subvención del *Demócrata*”, *El Universal*, 23 de julio de 1895, p. 1.

<sup>98</sup> “Al Sr. Lic. Rosendo Pineda”, 30 de julio de 1895, p. 2; “Al señor Secretario de Hacienda”, 30 de julio de 1895, p. 2; “La subvención de *El Demócrata*. La injerencia del Licenciado Rafael Dorantes. Cartas al General Escudero y Licenciado Baranda”, *El Demócrata*, 1 de agosto de 1895, p. 1.

<sup>99</sup> “Solemne mentís a nuestros detractores. Carta del Ministro Baranda. ¡No somos vendidos!”, *El Demócrata*, 2 de agosto de 1895, p. 1.

ta había contraído con él. De hecho, comenzó a circular la versión de que Dorantes, “hechura y protegido del Sr. Lic. Joaquín Baranda” y “paisano neto del señor Ministro de Justicia”, era el verdadero dueño del periódico.<sup>100</sup>

Ferrel, consciente de que la relativa oscuridad de sus ligas políticas había sido la razón fundamental del éxito que hasta entonces obtuvo en sus ataques en contra del grupo “científico”, hizo todo lo posible por desacreditar estas versiones. Así pues, como las evidencias publicadas por los jacobinos hicieron irrefutable que Dorantes estaba de algún modo relacionado con *El Demócrata*, intentó cortar los rumores confesando que ojalá fueran 200 los pesos que le debía pues, para decir verdad, sumaban ya 5 000, mismos que Dorantes había desembolsado por la amistad que tenía de tiempo atrás con José G. Ortiz y por simpatía hacia la independencia del periódico, pero en lo absoluto para adquirir derechos sobre la línea editorial del diario:

hago del *Demócrata* lo que a mí me da la gana, sin consultárselo a nadie, sin que me importe que mi conducta me aleje o me acerque a tal o cual partido, me predisponga bien o mal con este o aquel personaje, llámese Baranda, Escudero o Limantour. Hago lo que a mí me parece bueno, y no lo que pudiera parecer bueno al Lic. Dorantes cuyo dinero me ha hecho su deudor, pero no su dependiente político.<sup>101</sup>

A pesar del tono aparentemente severo de Ferrel, debía ser muy incauto el público que creyera que, en efecto, Dorantes le había prestado tal cantidad por mera simpatía, sin contar con que aquel no aceptó esta relación sino hasta que pareció imposible seguir ocultándola. Lo cierto es que para los adversarios de este diario nunca fue posible presentar una prueba contundente –un documento, un testimonio– que diera cuenta de los términos en que se habría establecido la subvención de *El Demócrata*, lo que permitió que su director negara cualquier dependencia hasta el último momento. Sin embargo, hay otros indicios que señalan que Ferrel había fundado *El Demó-*

<sup>100</sup> “*El Demócrata* del Lic. Joaquín Dorantes”, *El Noticioso*, 28 de julio de 1895, p. 1; véase también “El gobiernista *Demócrata* recibe subvención. Champaña para Ferrel”, *El Noticioso*, 30 de julio de 1895, p. 3. Para estos momentos *El Monitor Republicano*, que parecía evitar una nueva colisión con *El Demócrata*, se limitaba a reproducir los artículos que aparecieron en la prensa, sobre todo en *El Noticioso*, tendientes a despojar a Ferrel de su aura de “independiente”.

<sup>101</sup> “La subvención de *El Demócrata*. La injerencia del Licenciado Rafael Dorantes. Cartas al General Escudero y Licenciado Baranda”, *El Demócrata*, 1 de agosto de 1895, p. 1.



*crata* con la influencia del ministro Baranda y probablemente, como señaló *El Universal*, también de Escudero.<sup>102</sup>

A partir de agosto de 1895, las denuncias en contra de Ferrel –de por sí cuantiosas– cayeron como un alud y lo sepultaron en Belén durante el resto del año y hasta bien entrado el siguiente, aun cuando *El Demócrata* había sucumbido desde enero (precisamente porque Ferrel llevaba meses encarcelado y no tenía para cuándo salir).<sup>103</sup> No fue sino hasta julio de 1896 cuando, para consternación de sus acusadores, quedó libre de todos los cargos.<sup>104</sup>

Para *El Monitor Republicano*, su libertad confirmaba que *El Demócrata* había sido el órgano de la Secretaría de Justicia.<sup>105</sup> La indignación de los jacobinos que esperaban verlo por mucho más tiempo en Belén y la seguridad –si aún carecían de ella– de las ligas políticas de su adversario llegaron a su punto más alto cuando corrió el rumor de que no sólo había quedado libre, sino que era candidato a diputado para el Congreso de la Unión por el estado de Sinaloa.<sup>106</sup> Aun cuando finalmente no se le eligió para la curul, ya no podía quedar lugar a dudas de que tenía importantes padrinos políticos.

Durante 1897 pudo observarse que Ferrel asistía con constancia a comidas y ceremonias organizadas por Baranda o en su honor.<sup>107</sup> Finalmente, en 1898 obtuvo el ansiado asiento en el Congreso de la Unión. Para Ramón Prida, este hecho constituyó una prueba del maltrato que Díaz dispensó no sólo a los “científicos”, sino al mismo Limantour, pues por una parte aseguraba tener en mucha consideración a su secretario de Hacienda y por otro “eran electos diputados los que mayores ofensas le hacían por la prensa”.<sup>108</sup>

Puede decirse que Ferrel entró de lleno al régimen a partir de aquel año, pues continuó reeligéndose como diputado casi hasta el final del por-

<sup>102</sup> En 1892, el periódico que con mayor vehemencia se opuso a la Unión Liberal que habían fundado los futuros “científicos”, fue el también porfirista *La Vanguardia*, que sostenía una estrecha relación con la Secretaría de Guerra y con los generales Pedro Hinojosa y Escudero. En el seno de este diario se fundó el Club Político Morelos para competir electoralmente; que hacia 1895 continuaba activo con miras a la elección del año siguiente. Significativamente, dicho club se reunió entonces en la instalaciones de *El Demócrata* para renovar su junta directiva. Véase Salmerón, “Prensa”, 2014, pp. 147 y 164-165.

<sup>103</sup> José Ferrel, “*El Demócrata*”, *El Demócrata*, 29 de enero de 1895, p. 1. Sus últimas líneas fueron: “Estoy satisfecho de mi conducta y orgulloso de mis enemigos.”

<sup>104</sup> “Conclusión de un asunto enojoso”, *El Tiempo*, 18 de julio de 1896, p. 2.

<sup>105</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, p. 261.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 263.

<sup>107</sup> “En honor del Sr. Lic. Don Joaquín Baranda. ‘Sólo el hombre honrado tiene amigos’”, 3 de septiembre de 1897, p. 1, *El Imparcial*; “Regresa Joaquín Baranda”, *La Patria*, 10 de agosto de 1898, p. 1.

<sup>108</sup> Prida, *Dictadura*, 1914, p. 116.

firiato. Nunca abandonó, empero, cierta actitud crítica dentro de los márgenes que el régimen le permitía, así como una decidida oposición al grupo “científico” que, a pesar de sus reconfiguraciones, no dejó de tener en Limantour a su hombre más visible. No es casualidad que en 1908 hubiera sido desaforado de su diputación –la que no había abandonado desde 1898– por interpelar de manera agresiva a este funcionario. Al año siguiente se le permitiría competir por la gubernatura de Sinaloa, pero el régimen apoyó a su adversario, Diego Redo.<sup>109</sup>

Ahora bien, aun cuando para los jacobinos fue frustrante que Ferrel saliera de prisión mucho antes de lo que hubieran deseado, cabe preguntarse por qué un periodista que sirvió con eficiencia a los intereses de un ministro poderoso tuvo que permanecer en Belén tanto tiempo. Aquí es oportuno recordar el señalamiento que realizó François-Xavier Guerra: en un régimen premoderno –como el porfiriato según su caracterización– la norma era que individuos (y comunidades) cultivaran relaciones personales y políticas de mucha ayuda, gracias a las cuales un simple abogado, médico o periodista, por ejemplo, podía estar de algún modo relacionado con las más altas esferas del poder. Entre uno y otro extremos había muchos niveles intermedios, ocupados por jueces, directores, diputados, presidentes municipales, etc., según fuera el caso. Cuando había un conflicto entre individuos, asociaciones o comunidades que contaban con este tipo de vínculos, cada grupo de influencia hacía lo posible (dependiendo el caso se medían los costos y beneficios, por supuesto) para inclinar la balanza a su favor.<sup>110</sup>

La mayoría de los periodistas de la capital, si no todos, procuraban este tipo de vínculos, por lo que en una disputa generalizada como la que tuvo lugar en los meses posteriores al regreso de Márquez (en la cual salieron salpicados nombres de relevancia como Pineda, Limantour, Escudero o Baranda), ninguno podía tener la garantía de contar con inmunidad absoluta. En el contexto de una guerra periodística en la cual los redactores de los

<sup>109</sup> Pettersson, *Viajes*, 2002, p. 255.

<sup>110</sup> Guerra, *México*, v. 1, p. 55. Por citar un ejemplo similar, en 1903, en el contexto de la batalla que se libró en la prensa entre los partidarios de Reyes y Limantour, Rosendo Pineda escribió a este último, al parecer orgulloso de su labor, que dos figuras menores políticamente hablando (Palemón Serrano y Manuel Soriano) ya habían sido castigados por sus denuestos en contra el secretario de Hacienda, al ser consignados a un batallón en Yucatán. Y agregó: “Por supuesto que los hijos de Baranda y Reyes y sus aliados [...] se movieron cuanto pudieron para contener el golpe; pero el mañoso juez Pérez de León concedió la suspensión del acto, cuando ya sabía que los “mártires” habían partido de Veracruz.” Salmerón, “Mecánica”, 2006, p. 332.

distintos periódicos se atacaban unos a otros en la prensa y los juzgados, no pudo predominar la inmunidad sino la generalización del castigo.<sup>111</sup>

Aun así, ninguno pasó tanto tiempo en prisión como Ferrel, quien vio entrar y salir de la prisión a todos sus compañeros y adversarios. La única explicación es que, al relacionarse con Baranda –ya fuera directamente o con mayor probabilidad por medio de algún dependiente del ministro– sabía las consecuencias que podía enfrentar y, lo más importante, que debería padecerlas por algún tiempo antes de que intercediera por él. Esto podría tener dos razones: la primera, que la mejor arma de *El Demócrata* en contra de los científicos fue –como era previsible– el anonimato de su posición política. A diferencia de *El Universal*, no apoyaría las aspiraciones de su grupo haciendo elogios a Baranda, lo cual habría comprometido a este ministro, sino atacando a sus adversarios desde una supuesta independencia; por otro lado, la carencia que tenía Ferrel de relaciones políticas de cierta importancia, hasta antes de esta aventura, pudo convencerlo de aceptar semejante trato: hacerse cargo de los riesgos (cárcel, duelos, exposición pública, calumnias) a cambio de una recompensa futura. Debieron ofrecerle –pienso– la diputación para 1896.

Ferrel escribió por entonces un cuento que ha terminado de convencerme de esta interpretación. La frustración de saber que tantos meses de cárcel y tanto riesgo afrontado no serían recompensados con la curul que alguien pudo haberle prometido –y que no podía estar seguro de obtener después– la volcó en la literatura, donde descargó el resentimiento y las reflexiones que su experiencia reciente le habían dejado.

Rubén M. Campos, a quien Ferrel había apoyado al llegar a la ciudad de México permitiéndole y aun instándolo a escribir en *El Demócrata*, trabajaba hacia 1897 en *El Nacional*. De acuerdo con él, *El Nacional* ensayó ese año una aventura literaria que debe ser tomada como un antecedente de la *Revista Moderna*, ya que tuvo por objeto devolver a la prensa la buena literatura más allá del cementerio de noticias en que *El Imparcial* la estaba convirtiendo. Así, cada día publicaba el cuento de un autor diferente: los lunes, Amado Nervo; los martes, Rafael Delgado; los miércoles, Ferrel; los

<sup>111</sup> En efecto, en los primeros meses de 1896 pisaron la cárcel periodistas de la prensa católica, jacobinos, “barandistas” y “científicos”. En este sentido, causó cierta sorpresa el encarcelamiento de Ángel Pola, quien nunca había pisado la cárcel y gozaba, según creencia generalizada, de muy buenas relaciones con Rosendo Pineda. En perspectiva, como sugiere Myrna Cortés, las denuncias entre periodistas resultaron contraproducentes, pues favorecieron “el ambiente represivo para el periodismo porfirista”. Cortés, “Grupo”, 2002, p. 264.

jueves, Alberto Leduc; los viernes, Fernando Couto Castillo; los domingos, Rubén M. Campos. Todos se publicaron al año siguiente en una edición barata, con el republicano título de *Cuentos mexicanos*.<sup>112</sup>

Entre los cinco que publicó Ferrel, “Un viaje al cielo” es un cuento profundamente político debajo de su disfraz “maravilloso”. Podríamos decir incluso que se trata de su interpretación del sistema político porfirista –que, por cierto, desde el tono literario no deja de tener coincidencias significativas con la interpretación de Guerra–, marcada desde luego por su experiencia reciente.

En el cuento hay cuatro esferas, en grado ascendente: la Tierra, la Luna, el Sol y, finalmente, el Cielo. Dios, como podría suponerse, habita en el Cielo. El Sol lo gobierna “José”, Ministro de la Vida, “padre” de Dios; la Luna, el Ministro de la Muerte. Todos aspiran llegar al Cielo y situarse alrededor de Dios. Propongo interpretar –no me parece demasiado avezado– que, salvando los recursos literarios, Dios está trazado a imagen y semejanza de Díaz; el Ministro de la Vida se identifica con Manuel Romero Rubio, “padre” (político) de Díaz y con “José” Ives Limantour, ambos “Ministros de Mejoras Celestes”; como se verá a continuación, Pedro, “secretario particular” del Ministro de la Vida, se asemeja mucho a Rosendo Pineda, el secretario particular de Romero Rubio; el Ministro de la Muerte, líder del grupo al que se unirá el protagonista (al que me tomaré la libertad de llamar Ferrel), evocaría desde luego a Joaquín Baranda:

Los demás empleos son de menos importancia. Así por ejemplo, Pedro que era Portero del Cielo, es ahora Secretario particular del Ministro de la Vida. Parece que buenas influencias lo han elevado a tal cargo. Empieza a murmurarse que los negocios públicos se atienden con mucha calma y que el Soberano se está dejando dominar por los Ministros de Mejoras Celestes, que ya llevan mucho tiempo en el poder, falseando así las Leyes Divinas que rigen los espacios.<sup>113</sup>

Ahora bien, en este relato hay dos ejes fundamentales: por un lado la disputa entre el Ministro de la Muerte y el de la Vida para habitar junto a Dios en el Cielo, y por otro el funcionamiento de cada una de las esferas y la relación entre ellas. Después de morir, Ferrel asciende a la Luna, donde

<sup>112</sup> Campos, *Bar*, 1996, p. 186.

<sup>113</sup> Ferrel, “Viaje”, 1898, p. 75.

uno de los muchos hijos del Ministro de la Muerte hace de Virgilio, explicándole algunas reglas del sistema. Le dice, por ejemplo: “Para los que vienen de la Tierra a la Luna, esto es una gloria; pero para los que vienen del Sol, esto es el infierno. ¿Ya vas comprendiendo?”<sup>114</sup> En este sentido, se ha señalado que las diputaciones e incluso las senadurías podían ser más un castigo que un premio para los políticos más prominentes, mientras para aquellos que eran jóvenes o no tenían mayores oportunidades significaban el anhelado ascenso político y social.<sup>115</sup>

Siguiendo con mi interpretación, la muerte de Ferrel correspondería al año que pasó en la cárcel entre 1893-1894, de la cual salió definitivamente distinto: abandonó el periodismo opositor para relacionarse con el círculo de influencia de Baranda (por eso al morir, dice en el cuento, asciende a la Luna, gobernada por el Ministro de la Muerte), con planes de reabrir *El Demócrata* y, ya dentro de los engranajes del sistema, atacar al grupo “científico”.

En el cuento, un hermano de Virgilio los lleva a una batalla para tomar el Cielo, misma que en varias características se asemeja a la recién librada por *El Demócrata* contra *El Universal* y los “científicos”. Al llegar a los límites del Cielo, Ferrel no puede reprimir su temor, pues alcanza a observar que el jefe que los dirige golpea la Puerta del Cielo con la punta del pie: “¡Cómo! ¿De esa manera se toca la puerta del Cielo?” Virgilio le explica: “En tiempo de elecciones [...], contestó sonriendo con malicia, todo es aquí escándalo y libertinaje; y nadie se preocupa por tal o cual irreverencia.”<sup>116</sup> Hay incluso ocasiones en que Dios manda a todos cesar en sus luchas y los más exaltados no hacen caso de inmediato “de las Órdenes del Divino Dictador, lo cual les granjea una prisión en el Sol o en la Luna, según que sea sencilla o grave su desobediencia”.<sup>117</sup>

Ferrel, nuevo en estas lides, se preocupa al observar que llegan desarraigados a la batalla. Su guía le aclara de qué va a tratar el combate: “A gritos, ya verás, aquí se pelea a gritos.”<sup>118</sup> En algún momento acudió al terreno de batalla, para dirigir a su grupo, el mismísimo Ministro de la Muerte. La gue-

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>115</sup> La senaduría que obtuvo Baranda al ser destituido de la secretaría que había administrado por lustros fue un ejemplo de ello. Sobre Ramón Prida se puede decir algo similar: la primera vez que recibió una diputación fue un signo de ascenso; no salir de la diputación después de varias legislaturas parecía una desgracia. Véase Cosío, *Historia*, 1972, pp. 98 y 417.

<sup>116</sup> Ferrel, “Viaje”, 1898, p. 82.

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 85.

rra es dura, pero gracias a su tesón avanzan hacia una victoria que parece irreversible; no obstante, según escucha Ferrel, aún falta librar un escollo:

- Si Dios no está en casa la victoria es nuestra.
- ¿Y si está?
- Somos perdidos.
- ¿Por qué?
- Porque oírán que nos estamos batiendo.
- ¿Cómo se entiende? –exclamé asombrado– ¿luego todavía no ha oído, y están ya batiéndose a la puerta de su palacio?
- ¿Qué sabes tú de eso? [...] Dios es sordo como una tapia.
- ¡Ah!<sup>119</sup>

Conocedor de esta circunstancia, un capitán subordinado al Ministro de la Vida, espantado ante el avance de sus adversarios, corre a dar parte a Dios de la tremenda batalla que se lleva a cabo en el Cielo. Dios sale al balcón y manda a todos que cese el “escándalo”: “Todos los de la Luna caímos de rodillas, y sólo la Muerte quedó en pie, arrogante y altanera.” Postrado, Ferrel siente honda impresión al observar que esta última, incitadora de la guerra, entra con paso tranquilo en la casa de Dios para explicarle lo sucedido. Más aún, al advertir que vuelve con el semblante alegre y reúne a sus seguidores más cercanos –entre los cuales él, advenedizo, no se encuentra– para explicarles las resoluciones de Dios.

En efecto, ya no volvió el Ministro de la Muerte para explicar a Ferrel y a quienes se encontraban en la misma situación lo sucedido. Virgilio lo puso al tanto de que el mitote no había salido del todo mal, pues su padre –igual que él y todos sus hermanos– obtuvo más prerrogativas: “Sólo con ustedes ha sido inexorable la justicia... como que no hubo quien dijera una palabra en su defensa, y han sido condenados a volver a la Tierra.”<sup>120</sup> Y así –concluye el cuento–, Ferrel, el antihéroe, tuvo que volver a la Tierra, donde se le miró con sorpresa “levantar trabajosamente, como si aún no estuviera despierto de largo y profundísimo sueño”.<sup>121</sup>

Aprecio en este relato la amargura de Ferrel al observar que los riesgos y las penas que soportó no habían redundado en el tesoro prometido

<sup>119</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>120</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>121</sup> *Ibid.*

o esperado. La diputación, por lo menos a corto plazo, se quedó en rumor, una esperanza que tuvo que ceder ante la dura realidad. Como el protagonista del cuento, necesitó una experiencia cercana a los hombres que detentaban el poder para comprender que “el Cielo es un gran reino como muy bien dicen los de allá abajo, sólo que en la Tierra ignoran la forma de gobierno a que está sujeto”.<sup>122</sup> Y es que aún le faltaba asistir a muchas comidas y recepciones en honor de Baranda, antes de convertirse en diputado.

## LA PRENSA COMO CONTINUACIÓN DE LA GUERRA MINISTERIAL POR OTROS MEDIOS

En el marco del pleito entre Ferrel y la prensa liberal, *El Universal*, que opinaba prácticamente lo mismo que *El Demócrata* en el asunto de Márquez, comenzó a apoyar con decisión la postura de García Torres, a quien dedicó los adjetivos que otrora le negara. En carta abierta, se sumó al “Manifiesto” que los periodistas jacobinos habían publicado para apoyar al *Monitor Republicano* y soslayó como algo menor la divergencia de opinión que habían tenido respecto al general conservador:

[Aunque] adversarios políticos del decano de la prensa de oposición, contra cuyas doctrinas hemos escrito casi siempre, difiriendo, como ya lo hemos manifestado, de su modo de ver en la cuestión concreta del regreso de Márquez, origen del conflicto [...] nos causa placer aprovechar esta oportunidad de hacer pública nuestra adhesión a un periódico honrado, recto, sereno, apasionado de un ideal puro, consagrado al triunfo de una causa noble [...] él [Vicente García Torres], enemigo de toda tiranía; él, adversario de todo despotismo; él, incansable azote de todos los vicios, y flagelador implacable de todos los crímenes, ve volverse en contra suya á quienes debieran más firmemente apoyarlo.<sup>123</sup>

Como puede apreciarse, la polémica se había desplazado radicalmente hacia otro sitio. Ese otro sitio tiene que ver, fundamentalmente, con la

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>123</sup> “La actitud del Sr. Vicente García Torres. ¿El honor propio esclaviza al capricho ajeno?”, *El Universal*, 12 de junio de 1895, p. 1. Debido a sus continuas diferencias, García Torres agradecería especialmente el apoyo de *El Universal*. “Expresión de agradecimiento”, *El Monitor Republicano*, 13 de junio de 1895, p. 2.

coincidencia entre *El Universal* y *El Demócrata* respecto al papel que entonces debía desempeñar la prensa al considerar que no era más, ni siquiera de manera ideal, el lugar donde se discutían los asuntos públicos para construir o encontrar una verdad general. Sabían, de manera más cínica o más realista, que del debate no surgiría una verdad, pues cada grupo político apreciaba más los intereses que los argumentos; además, de existir, este tipo de verdades no tenía la menor importancia en el contexto de un régimen que para actuar dependía bien poco de una incipiente “opinión pública”. Para estos periódicos, el debate tenía por principal objetivo hacer proselitismo a favor de una verdad establecida de antemano según, sobre todo, criterios políticos.

En realidad, el hecho de que no existiera una competencia abierta de partidos no congeló del todo la pugna política, la cual se trasladó al interior del régimen, entre los diferentes grupos que aspiraban a ganar poder y en el futuro suceder a Díaz. En efecto, durante esta etapa del porfiriato el asunto de la inevitable pero al mismo tiempo imprevisible sucesión presidencial comenzó a trazar el horizonte de la disputa política. Ambas características, empero, hicieron sumamente ambigua la manera en que los distintos grupos enunciaban sus aspiraciones y sus preocupaciones. A decir de Cosío Villegas:

No deja de ser un tanto irónico que entre más se afianzaba en la presidencia Porfirio Díaz, más persistente se hiciera la duda de quién lo sustituiría, es decir, cómo acabaría por interrumpirse aquel poder ideado y sostenido para durar indefinidamente. Las dudas y las preguntas se guardaron en el silencio durante largo tiempo, no sólo porque expresarlas en público hubiera atraído una sanción inmediata, sino porque, a más de ser abrumador su poder, Porfirio, con una fortaleza física excepcional, fue enterrando a casi todos sus contemporáneos.<sup>124</sup>

Para el momento que nos interesa, el silencio no fue la manera en que los grupos políticos expresaron las inquietudes acerca de la sucesión, sino una retórica llena de ambages, que de continuo pretendía negar explícitamente aquello que afirmaba de manera implícita. El medio de que dispusieron fue la prensa. Sobra decir que este juego estaba restringido a los partidarios de Díaz, pues lo que se hallaba en disputa era la confianza del dictador, no su poder. Es decir, la lucha era para ocupar en la fila, muy lealmente, el

<sup>124</sup> Cosío, *Historia*, 1972, p. 341. Véase también Palti, *Invenición*, 2008, pp. 461-462.



lugar detrás del dictador, quien algún día, pronto o tarde –ahí estribaba una gran dificultad para el cálculo– habría de retirarse.

*El Demócrata* se dedicó a atacar desde el primer día a *El Universal* y los “científicos”, a quienes describió de manera incisiva como una camarilla que, detrás de una supuesta “cientificidad”, ocultaba su esencia genuinamente política, es decir, las profundas ambiciones que dirigían los pasos de sus integrantes. A este argumento, en el cual insistiría con una constancia que resultó bastante molesta para los redactores de *El Universal*, añadieron una retórica cargada de ironía y con límites muy amplios. Para muestra, la semblanza que muy pronto compusieron de Ramón Prida:

Soy pequeño; pero sólo de cuerpo... Yo no tengo la culpa de que las piernas no me hayan crecido en tantos años como llevo de vivir... La diputación no me satisface. Soy diputado por un Estado que no conozco. ¿Qué me importa a mí ser diputado?... Cualquiera día me despiden como a ese pobre de Pérez Rubio... Ya me dejaron de suplente... Eso es grave... Es decir, ya me han señalado las puertas... Tengo que hacer nuevos méritos... Pero ¿qué he de hacer yo? ¿Para qué sirvo?... Es necesario reflexionar... [...] Soy científico... [...] Me río de pensar que soy científico... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... Me reiré ahora que nadie ni me oye ni me ve... Yo tenía ganas de reirme así... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¿Qué cosa es la ciencia? Voy a preguntárselo a Bulnes... Él lo ha de saber... Es un sábelo todo. Lo mismo es Flores... Si se muriera Bulnes... Si se enojara Flores... No quiero ni pensarlo [...]... ¿Qué iba a ser de mí sólo con Pérez Rubio?... No, no, que no se muera Bulnes, que no se enoje Flores... Por lo menos mientras yo subo... porque tengo que subir... ya me cansé de ser diputado...<sup>125</sup>

Frente a este tipo de ataques que le dirigía *El Demócrata* apenas en su segunda semana de vida, *El Universal* optó por ignorarlo, seguramente esperando que el enemigo que acababa de surgir –escrito por redactores jóvenes y sin importancia– se cansara o no tuviera mayor relevancia. El diario de Ferrel, sin embargo, no sólo no se detuvo sino que comenzó a ensayar una estrategia para exhibir las elevadas pretensiones políticas de los “científicos” y, de este modo, colocar a Limantour en una situación complicada: la de posible rival de Díaz.

*El Demócrata* llevaba una ventaja que resultó crucial: el vínculo entre *El Universal* y los “científicos”, a cuya cabeza se hallaba Limantour, era para

<sup>125</sup> Petite Spencer, “Posturas académicas. Ramón Prida”, *El Demócrata*, 11 de enero de 1895, p. 1.

1895 del dominio público. Cabe decir que si el origen de *El Universal* hacía indudable que trabajaba para apoyar a los “científicos”, con posterioridad tampoco fue cauto en la exhibición de sus aspiraciones y apoyo a Limantour, cuya “obra de una probidad inmaculada y de una inteligencia poderosa al servicio de una causa santa” –aseguraba– permitía el progreso del país.<sup>126</sup>

Llegó a ser tan confiado e imprudente de acuerdo con sus propias aspiraciones que, cuando *El Tiempo* hizo burla de los sucesivos fracasos del grupo “científico” –reflejados en el olvido al que relegaron las reformas que durante la Convención Nacional de 1892 habían considerado urgentes–, *El Universal* externó:

Respecto a los científicos, como nos llama *El Tiempo*, ya hemos dicho que nos creemos grupo y no partido; sabemos apreciar nuestra debilidad, nuestra escasez de elementos para aparecer fuertes; sabemos medir nuestros *fiascos*, sabemos, sin bajeza, mantenernos pequeños, como lo somos realmente en el peso de la actual situación política; sabemos que nuestra exigua influencia data de nuestra sumisión y no de nuestra independencia; sabemos más, y que sólo merecemos la profunda antipatía de los que se dicen *mejores amigos* del Presidente [...]. Si *El Tiempo* cree poder desempeñar cerca de nosotros el papel de Yago para que deshonremos nuestras plumas, [...] para que ocupemos una bartolina en Belén, para hacernos fusilar en una montaña o para presentarnos chistosos en vez de ser severos, le advertimos que nuestra temperatura axilar no llega a 35°, que nuestra flema tiene la densidad del plomo [...] y que no nos sentimos engañados por nadie.<sup>127</sup>

Semejante texto –que quizá sea de los más vehementes pero no el único en este sentido–, lejos de ocultar los deseos políticos del grupo “científico” tal como parecía exigir un régimen personalista cuyo hombre fuerte había dado muestras de no pensar en la sucesión, dejaba en claro que se moderaba por impotencia, pero se mantenía atento a cualquier oportunidad. El riesgo para los científicos no provenía tanto de Díaz, a quien nunca desafiaron abiertamente y que no podía temer a un grupo al que –como a

<sup>126</sup> “La crisis conjurada. El informe del Sr. Limantour”, *El Universal*, 11 de mayo de 1895, p. 1. Este diario constantemente expresaba juicios como el anterior; véanse, por ejemplo, “El presupuesto científico y *El Tiempo*. Nadie ha sido burlado”, 6 de noviembre de 1894, p. 1; “La esfinge de Gizeh. Los secretarios de Guerra y Hacienda”, 22 de febrero de 1895, p. 1; “Justicia Seca. La gestión financiera del Sr. Limantour”, 13 de julio de 1895, p. 1.

<sup>127</sup> “La candidatura para Presidente de la República y los Científicos”, *El Universal*, 18 de diciembre de 1894, p. 1.

todos los demás– siempre mantuvo a raya, sino del resto de las camarillas políticas que también estaban cobijadas dentro del régimen y temían que el equilibrio se rompiera a favor del grupo liderado por Limantour.

Así pues, desde esta notoriedad, *El Universal* presentó un buen blanco para los ataques de *El Demócrata*: “ellos son partidarios de un Ministro, diputados, ricos: la fama ya los coronó con sus lauros [...] ellos tienen en cuenta multitud de intereses personales, de grupo, de partido, nacionales, etc., deben atender a todo esto [...] en consecuencia nuestros proyectiles no fallarán”.<sup>128</sup> Lo cierto es que desde el primer día el periódico de Ferrel comenzó a poner en práctica la estrategia que debió de haber planeado con anterioridad: aprovechar la ambigua opinión que *El Universal* había expresado acerca de la concentración del poder en las manos de Díaz (y en última instancia, del devenir del país), para señalar que se trataba de un periódico “revolucionario”, en el sentido de que pretendía roer la autoridad del dictador.

Y es que *El Universal* argumentaba, por un lado, que respetar la Constitución al pie de la letra era, en el mejor de los casos, un sueño bonito. En el peor, el camino que regresaba al pasado, a la época de la anarquía. Cuando los jacobinos señalaban que Díaz exponía al país a la anarquía y la guerra al concentrar cada vez más poder sin preparar una sucesión institucional de este, *El Universal* respondía como si el futuro no existiera, como si Díaz fuera eterno, es decir, disimulando lo que todos tenían presente: Díaz no sería eterno. Minar la autoridad del dictador –aseguraba– era un acto antipatriótico, porque entregaba el país a las desavenencias, al conflicto y la anarquía.

En cambio, cuando el diario “científico” trataba de convencer a Díaz de la misma opinión que criticaba en los jacobinos, es decir, de que era el momento no de preparar su salida, cosa que jamás se atrevió a decir, sino un camino pacífico para el día –ojalá lejanísimo– en que no pudiera gobernar, sugería algunas medidas para desconcentrar paulatina, tersamente el poder que ostentaba. De lo contrario, si el mismo régimen porfirista no proyectaba un futuro, el país podía volver a la época de la anarquía, a la disputa del poder a punta de artillería. Por ello debía procurarse, a mediano plazo, la apertura del poder a los círculos más capaces del país (los científicos, dicen sin decir), lo que aun de manera restringida significaría comenzar a descentralizar el poder: “creímos, como continuamos creyendo, que para que fuera duradera la obra del Presidente actual, debía este completarla, haciendo la distribución de ese poder, no entre demagogos charlatanes; no

<sup>128</sup> “Al *Echo du Mexique*”, *El Demócrata*, 26 de febrero de 1895, p. 1.

entre herederos sin prestigio, sin vigor, sin fisonomía en nuestro medio y sin antecedentes en nuestra historia”.<sup>129</sup>

De acuerdo con la ambigüedad señalada, comenzar un proceso de desconcentración del poder podía ser, dependiendo del remitente, el primer movimiento hacia el pasado o hacia el futuro. Hacia la anarquía o hacia la institucionalización que asegurara la permanencia del progreso conseguido.<sup>130</sup>

*El Demócrata*, menos conocido, con aspiraciones que en el corto plazo debían de ser bastante menores que las abrigadas por los científicos, aprovechó esta contradicción de *El Universal* para disputarle con ventaja la bandera “porfirista”. Es decir, a pesar de revelarse sumamente crítico en determinados asuntos –lo que le permitió navegar con bandera de “independiente” y no ser vinculado con seguridad a ningún grupo– se negó a toda discusión respecto al futuro político del país (en torno a la ausencia de Díaz) para así presentarse más porfirista que *El Universal*, cuya preocupación por el porvenir se le revelaba sospechosa: “los miembros de este grupo, no han practicado nunca esa sumisión desinteresada, patriótica y noble que resulta de la convicción y de la moralidad de un principio, sino la sumisión ondulante, obligada por la fuerza incontrastable, por el obstáculo celoso y vigilante que no permite la independencia de ellos ni de nadie”.<sup>131</sup>

En el fondo, la estrategia que siguió el periódico de Ferrel fue exhibir a los científicos como rivales en potencia de Porfirio Díaz: “Forman un nuevo caudillaje, con la diferencia de que para llegar a sus fines, hacen de la prensa un cuartel, de la Hacienda Pública un pretexto de Plan, y armas de la palabrería y de la intriga.”<sup>132</sup> Según observamos en el primer capítulo, ser considerado adversario de Díaz era una terrible maldición política, razón por la cual se convirtió en un ataque relativamente habitual entre los enemigos de la época. No había hecho otra cosa el mismo *Universal* al ase-

<sup>129</sup> “La candidatura para Presidente de la República y los Científicos”, *El Tiempo*, 18 de diciembre de 1894, p. 1.

<sup>130</sup> Koselleck señala que la era moderna abrió las expectativas del futuro a diversas posibilidades, convirtiéndolo en algo más o menos incierto. A diferencia de sus antecesores, que interpretaban los hechos de acuerdo con el relato bíblico y que no podían sino esperar y temer el Apocalipsis, fin de los tiempos, los modernos desacralizaron las historias particulares y concibieron “la historia” como un proceso causal. De tal suerte, el futuro y la historia, la expectativa y la experiencia, quedaron ligados de manera indisoluble. Koselleck, *Futuro*, 1993, p. 77. Así se muestra en este caso: en efecto, dependiendo de la perspectiva de futuro que enunciara *El Universal*, se vería obligado a ajustar la interpretación histórica.

<sup>131</sup> Gabriel González Mier, “La Hacienda Pública... Científica (?)”, *El Demócrata*, 5 de enero de 1895, p. 1.

<sup>132</sup> *Ibid.*

gurar que *El Nacional* era vocero de una alebrestada aristocracia que pretendía tomar el poder (que llegaría de las manos de Leonardo Márquez tras la campaña de Guatemala).

El mismo *Universal* había sido objeto con anterioridad de un señalamiento similar por parte de *El Siglo Diez y Nueve* en el contexto de la discusión en torno a la reforma de inamovilidad judicial. En aquella ocasión, el periódico de Luis Pombo había argumentado que aquellos que pretendían minar la autoridad de Díaz –como sin duda lo eran quienes impulsaban la reforma– eran ingenuos por considerar que el país estaba listo para tales medidas o perversos, porque en realidad debían apoyar las ambiciones de algún grupo particular urgido de pasar por encima del ejecutivo, único obstáculo al que se enfrentaban las ambiciones particulares.<sup>133</sup> *El Demócrata* no dejó lugar para las medias tintas, el grupo “científico” sería en todo caso perverso, pues asechaba el poder:

El Presidente de la República puede ser injuriado, ultrajado por un cualquiera, y el organillo casi aplaude; y al Ministro de Hacienda se le roza con una pluma y esos imbéciles vociferan como energúmenos. Son ellos los que quieren meter la escisión en el Gobierno, son ellos los que quieren levantar sobre sus raquícos hombros a una personalidad a quien desconoce el pueblo.<sup>134</sup>

Ahora bien, a pesar de que el ataque contra los científicos tenía por finalidad hundir las ambiciones inmediatas de Limantour, *El Demócrata* supo medir con buen pulso su actitud hacia dicho personaje, ministro de Hacienda y ya entonces hombre cercano a Díaz. A diferencia de su comportamiento con otros científicos de menor jerarquía –sobre todo los que habitaban *El Universal*–, se cuidó de no dirigirle ofensas personales o adjetivos excesivos. En realidad, le bastaba ser incisivo al señalar que los “científicos” y en específico *El Universal* tenían cifradas en él sus apuestas políticas, para asestarle un golpe difícil de eludir aun cuando negara ser comparsa de tales aspiraciones. De hecho, obligar al secretario de Hacienda a declarar categóricamente que se abstenía de la política, era ya un triunfo para el periódico de Ferrel.

En definitiva, este diario llevó a cabo una mejor estrategia que *El Universal*, como puede apreciarse en el incidente que marcó el comienzo de la desgracia política de Prida. Tuvo por origen la opinión de *El Demócrata* en

<sup>133</sup> Véase *supra*, p. 51.

<sup>134</sup> “¿Por qué no ladraron?”, *El Demócrata*, 26 de febrero de 1895, p. 2.

el sentido de que el diario “científico” exageraba los méritos de la labor de Limantour; fue más allá e insinuó que el secretario tomaba ventaja de su posición para llevar a cabo negocios personales.<sup>135</sup>

Este envió de inmediato una carta a Ferrel, exigiéndole demostrar la aseveración o retractarse, a la vez que ofrecía su palabra para que cualquiera de los redactores dijera lo que quisiera y se sintiese libre de sacar a la luz los documentos que creyera oportunos, sin exponerse a denuncia alguna de su parte, “porque soy de los que creen que en casos como el presente, no hay fallo mejor que el de la opinión pública”.<sup>136</sup> Ferrel tuvo entonces la habilidad de aceptar su error ya que, lejos de afectar al ministro, le había ayudado a mostrar una imagen de honradez y firmeza y había corrido un riesgo estéril; publicó la carta del ministro de Hacienda, ponderó su actitud y le extendió una satisfacción.<sup>137</sup> Más aún, en otro artículo reflexionó sobre los principios que impulsaron la respuesta de Limantour y –obteniendo lo ganado de lo perdido– celebró que, en contraste con *El Universal*, el ministro comprendiera que enviar a la cárcel a los periodistas era un sinsentido, pues sólo la libre discusión permitía que las autoridades no cayeran en el desprestigio.<sup>138</sup>

Ramón Prida, a quien algunos acusaban de ser en ocasiones muy soberbio para seguir el camino que más convenía a su partido,<sup>139</sup> utilizó *El Universal* para contradecir a Limantour al expresar que era loable su buena intención de no denunciar a *El Demócrata*, pero que estaba equivocado al no llevar a la cárcel a un periódico que lo merecía.<sup>140</sup> Palpablemente irritado por los ataques a que lo había sometido *El Demócrata*, llegó a decir que la generosidad del secretario de Hacienda estaba prohibida por ley, pues la difamación se perseguía de oficio (el problema en estos casos solía ser la arbitrariedad de los jueces para calificar la “difamación” y la “calumnia”).<sup>141</sup> No pudo soltar el tema y enfiló sus ataques contra Joaquín Baranda, de quien, según hemos visto, comenzaba a sospecharse que dependía *El Demócrata*: “En el presente caso, el Sr. Limantour ha podido sostener su promesa de

<sup>135</sup> “Los empleados y el Sr. Limantour”, *El Demócrata*, 16 febrero de 1895, p. 1.

<sup>136</sup> “Carta del Ministro Limantour a *El Demócrata*”, *El Demócrata*, 17 de febrero de 1895, p. 2.

<sup>137</sup> *Ibid.*

<sup>138</sup> “La opinión pública”, *El Demócrata*, 19 de febrero de 1895, p. 1.

<sup>139</sup> “Sección Editorial. *El Mundo* y *El Universal*”, *La Patria*, 13 de octubre de 1896, p. 1.

<sup>140</sup> “El nuevo *Correo del Lunes*. No imitaremos al Sr. Limantour”, *El Universal*, 21 de febrero de 1895, p. 1.

<sup>141</sup> A la letra, era factible que *El Universal* tuviera razón, pues el artículo 917 del *Código Penal*, decía: “Cuando el ultraje se haga a la autoridad, y no a la persona del que la ejerza; no tendrá este derecho de perdonarlo y se procederá de oficio.” Véase Gantús, *Caricatura*, 2009, p. 407.

impunidad, hecha a los redactores de *El Demócrata*, gracias a la conducta caballerosa del Sr. Baranda, secretario de justicia, quien antes de atropellar la promesa de su colega, ha preferido faltar a su deber.”<sup>142</sup>

Muchos años después, Díaz Dufoo –que a diferencia de Prida mantendría posteriormente en buen concepto a Limantour– recordó aquel episodio sin mostrarse muy entusiasta con la actuación que entonces llevó a cabo *El Universal*: “El incidente habría podido darse por terminado si ‘El Universal’, periódico redactado por escritores científicos, no se hubiera mostrado en desacuerdo con la conducta del señor Limantour”, lo que resultó en una disputa “acre e incisiva” entre los dos periódicos, en la cual, encontrándose inmiscuido el ministro de Hacienda, se vio “precisado a negar de una manera enfática su injerencia en materias políticas”.<sup>143</sup>

A partir de entonces se advirtió un alejamiento entre Limantour y *El Universal*, que se puso de manifiesto en la declaración que el ministro hizo a *El Diario Oficial* asegurando no tener nada que ver con el periódico de Prida, el cual no era órgano de ninguna secretaría.<sup>144</sup> *El Demócrata* la interpretó en este sentido: “¡No me defiendas, Pérez!”<sup>145</sup>

Este distanciamiento fue sondeado y explotado por el diario de Ferrel que, lejos de refutar a tan connotado miembro del gabinete, aceptó como buena la afirmación de que *El Universal* no era su portavoz. La aceptaba, sin embargo, “en vista de que ese periódico era un compadre muy malo, muy comprometedor, muy torpe”.<sup>146</sup> Tal parece que Prida se enganchó entonces en la lucha directa contra *El Demócrata* y, lo que resultaba más contraproducente, con Joaquín Baranda. Contra lo que parecía aconsejar la declaración de Limantour, se rehusó a bajar el perfil de su periódico y hacer menos ostensibles sus intereses para, de esa manera, quitar al ministro de Hacienda del centro del debate. Esta actitud lo llevó a caer progresivamente de la gra-

<sup>142</sup> “*El Universal y El Demócrata ante sus jueces El Monitor y L’Echo du Mexique*”, *El Universal*, 27 de febrero de 1895, p. 1.

<sup>143</sup> Díaz, *Limantour*, 1922, pp. 303-304. Limantour, en efecto, declaró que “por convicción muy arraigada” no se ocupaba “de asuntos extraños al Ramo de Hacienda”. “El Sr. Limantour no necesita Pérez que lo defiendan”, *El Demócrata*, 2 de marzo de 1895, p. 3.

<sup>144</sup> “Declaración de *El Diario Oficial*. *El Universal* no es órgano de ninguna Secretaría de Estado”, *El Universal*, 2 de marzo de 1895, p. 1.

<sup>145</sup> “El Sr. Limantour no necesita Pérez que lo defiendan”, *El Demócrata*, 2 de marzo de 1895, p. 3. Lo de “Pérez” fue una metonimia que constantemente utilizó el periódico de Ferrel para designar a *El Universal*. Tenía por motivo a Enrique Pérez Rubio, su redactor en jefe, a quien *El Demócrata* tildaba de cándido. Era una táctica retórica que le permitía reducir a su adversario a unos cuantos rasgos, los más caricaturizables, que supuestamente poseía Pérez Rubio, algo muy semejante en verdad a lo que hacía *El Universal* con Ramón Alva y *El Monitor Republicano*.

<sup>146</sup> “Hablemos claro”, *El Demócrata*, 6 de marzo de 1895, p. 1.

cia de Limantour y, por lo tanto, del régimen, donde no le quedaron apoyos o no con la suficiente solidez como para evitar su caída.

Y es que los señalamientos de *El Universal* en contra de Baranda retomaron ímpetu en el momento en que aseguró que este era el mecenas que se escondía detrás de la hoja difamatoria que era *El Demócrata*. Como señalé arriba, Ferrel procuró negar esta relación. Más importante en el contexto de su lucha contra *El Universal*, apuntó que, aun si así fuera, el diario “científico” estaba fuera de lugar al publicar una afirmación de ese calibre, ¿pues qué acaso él no era gobiernista? ¿Qué acaso –y aquí escribía sobre todo para los ojos de Limantour y Díaz– no tenía el deber antes que nada, antes que sus aspiraciones cimentadas en el secretario de Hacienda, de defender al gobierno? Porque con esas declaraciones ofensivas para Baranda –afirmó– lo único que conseguía era alarmar a la opinión pública y alertar al extranjero, “porque si existen esas antipatías y contrariedades en el Gabinete, el público temerá por la conservación de la paz; puesto que se hace política allí donde sólo debían administrarse los intereses públicos”.<sup>147</sup>

Lejos de abandonar la pugna política, *El Universal* siguió evidenciándola y, a diferencia de la táctica empleada por *El Demócrata*, continuó con sus ataques directos hacia los ministros adversos al grupo “científico”, sobre todo a Baranda. Como su relación con Limantour era *vox populli*, corría el riesgo de hacerlo parecer, efectivamente, como un ministro que conspiraba a la sombra del gobierno.<sup>148</sup>

Una vez que Limantour se convenció de que lejos de ayudarle, la labor del diario de Prida lo perjudicaba, *El Universal* perdió la subvención.<sup>149</sup> *El Demócrata* anunció la noticia el 19 de julio y tras algunos días, el órgano que hasta ese momento había sido reconocido como “científico” y siempre negó recibir apoyos a pesar de asegurarlo prácticamente toda la prensa de la capital, aceptó de pronto de un modo difícil de comprender que, en efecto, se los habían retirado:

<sup>147</sup> “Algo por la patria”, *El Demócrata*, 26 de febrero de 1895, p. 1.

<sup>148</sup> José G. Ortiz, “Libremos a la patria”, *El Demócrata*, 23 de julio de 1895, p. 2.

<sup>149</sup> Tiempo después, Francisco Bulnes criticó fuertemente la decisión de Limantour de no apoyar con firmeza a *El Universal* en la guerra que sostenía contra Baranda y *El Demócrata*: “El señor Limantour declaró entonces que no le agradaba la política, que no era político; y no obstante haber embarcado en su balandra a sus amigos, ningún esfuerzo hizo para defenderlos [...]. La conducta censurable del señor Limantour deshizo para siempre al grupo “científico” [...] habiendo probado [...] que no había nacido para jefe de partido, facción, grupo o cosa alguna en que fuera necesario sacrificar algo de su colosal egoísmo.” Bulnes, *Verdadero*, 2008, p. 348.



La marcha de *El Universal* [...] no ha sido interrumpida ni por el señor Presidente de la República ni por nadie, ni podía afectarlo nunca la existencia de una subvención desde el momento en que el editor de este periódico en distintas ocasiones pidió al Gobierno le retirara cualquier subsidio, precisamente para probarle que *El Universal* es un órgano social antes que político y que procede impelido por la convicción y no atraído por la seducción [...] El señor Baranda profundamente disgustado con *El Universal* por la calificación que hicimos de su discurso en los actuales concursos científicos y literarios, pidió al señor Presidente de la República demostrase su desagrado al periódico. No ha sido, pues una cuestión política la que nos hace aparecer ante el público como en relaciones tirantes con el señor Baranda. Un simple desacuerdo en cuestiones de índole literaria nos ha puesto en conflicto con un Secretario de Estado que vive siempre alejado de la política; pero que tiene en materias artísticas y literarias las susceptibilidades de un griego del siglo de Pericles y las naturales de un discípulo de Atenas, cuna de esa exquisita aristocracia intelectual de la antigüedad clásica.<sup>150</sup>

Como puede apreciarse en esta larga cita, *El Universal* no se mostraba dispuesto a cejar en su oposición a Baranda, ni aun habiendo perdido la confianza de Limantour y la subvención. De acuerdo con *El Tiempo*, “¡Este *Universal* le anda buscando tres pies al gato!”<sup>151</sup> A partir de entonces, a pesar de que nunca renegó de su porfirismo ni de expresar –cada vez con menos convicción– sus simpatías hacia Limantour, pareció gravitar en el limbo político. Continuó criticando a Baranda cuando había oportunidad,<sup>152</sup> pero el asunto fundamental era que el ataque no mostraba una motivación clara cuando lo realizaba al margen de Limantour. Probablemente Prida y sus redactores, todos diputados, pensaron que tenían alguna fuerza propia. Lo cierto es que *El Universal* se despeñó poco a poco de la pirámide política. El tono ascendente de sus críticas a Baranda –que desde luego no se agotaron

<sup>150</sup> “La subvención de *El Universal* y el Sr. Joaquín Baranda”, *El Universal*, 24 de julio de 1895, p. 1. El discurso al que se refiere *El Universal* lo pronunció Baranda para inaugurar el Primer Concurso Científico Nacional convocado por el secretario de Fomento, Manuel Fernández Leal, “para celebrar a la ciencia moderna (e, implícitamente, a su patrocinador en México, don Porfirio)”. Palti, *Invencción*, 2008, p. 446.

<sup>151</sup> “*El Universal*”, *El Tiempo*, 1 de agosto de 1895, p. 2.

<sup>152</sup> Véanse en *El Universal*, “La subvención de *El Demócrata*”, 25 de julio de 1895, p. 6; “El Sr. Dorantes y *El Demócrata*”, 28 de julio de 1895, p. 6; “Al Sr. Procurador de Justicia y al Sr. Lic. Joaquín Baranda”, 1 de agosto de 1895, p. 2; “Literatura clásica. El Lic. Joaquín Baranda calcado sobre Tirteo”, 1 de agosto de 1895, p. 3.

en lo literario— produjo algo impensable: el 1 de marzo de 1896 agentes del ministerio se presentaron en su redacción debido a un artículo en que llamó “déspotas” a los magistrados de la Suprema Corte, aunque gracias al fuero con que Prida contaba se le dejó sin mayor percamce.<sup>153</sup>

Es difícil comprender la actitud que siguió el periódico “científico” a partir del conflicto al que lo orilló *El Demócrata*. Para *El Tiempo*, la explicación residía en “el despacho más enconado, la ira mal reprimida, quizás la vergüenza que ha de causarle a dicho diario verse sin subvención”.<sup>154</sup> En un sentido parecido, *La Patria* pareció juzgar que la “soberbia” había dictado el proceder de Prida.<sup>155</sup> Lo seguro es que no pudo prever con precisión las consecuencias, por otro lado muy significativas, de la actitud que seguía el régimen en estos casos.

Díaz, que al parecer estaba cansado de esa guerra ministerial ventilada en la prensa, ordenó al coronel de ingenieros Manuel Plata (diputado titular que, sin embargo, siempre se encontraba ausente para ceder la curul a su suplente, Ramón Prida) que volviera al Congreso a ocupar su sitio.<sup>156</sup> Con ello, el director de *El Universal*, a quien varios habían querido denunciar si no fuera por la protección de que gozaba, quedó sin fuero. Inmediatamente fue denunciado por un licenciado de apellido Morán; lo aprehendieron y lo encarcelaron. Aunque Morán se desistió de inmediato, el mensaje había sido muy claro.<sup>157</sup>

*El Monitor Republicano*, que desde el pleito con Ferrel se había acercado a *El Universal*, señaló entonces que a Prida no le fastidiaba su desgracia política, “pues ha demostrado que prefiere a la curul el derecho a sostener sus opiniones”. Por otro lado, le pareció lamentable que en el momento en que “el poder ha abandonado al Sr. Prida, [...] sus enemigos lo muerden con saña de perros rabiosos”.<sup>158</sup> El mismo Ramón Prida difundió esta versión

<sup>153</sup> Cortés, “Grupo”, 2002, pp. 226-228.

<sup>154</sup> “La administración de justicia según *El Universal*”, *El Tiempo*, 26 de julio de 1895, p. 2.

<sup>155</sup> “Sección Editorial. *El Mundo y El Universal*”, *La Patria*, 13 de octubre de 1896, p. 2.

<sup>156</sup> “*El Universal* y el Gobierno”, *El Nacional*, 6 de octubre de 1896, p. 2. Elizabetta Bertola ha destacado la importancia que tenía en el escenario político de aquellos años el juego entre suplencias y titularidades en el Congreso, aunque es un tema que aún merece más estudios puntuales. Bertola, “Oportunidades”, 1995, pp. 185-188.

<sup>157</sup> Al parecer, el de Prida no fue un caso insólito. En 1903, en el contexto de la intensa guerra periodística entre revistas y limantouristas, Ramón Corral escribía satisfecho a Limantour que Luis del Toro, entonces director del molesto periódico *La Nación*, entraría a Belén en breve. Otro de sus redactores, el senador suplente Martínez Calleja, fue amenazado por el general Rómulo Cuéllar, titular de la curul, con marginarlo del Senado si no cesaban sus artículos críticos hacia Limantour. Véase Salmerón, “Mecánica”, 2006, p. 323.

<sup>158</sup> Luis del Toro, “Boletín del Monitor”, *El Monitor Republicano*, 8 de octubre de 1896, p. 1.

sobre su actuación como director de *El Universal* con lo que hizo pasar a su periódico como férreo independiente y casi opositorista:

*El Universal* había cambiado de propietario a fines de 1893, y su nuevo director no estaba dispuesto a servir incondicionalmente los intereses del gobierno, por lo que había cesado de recibir la subvención que se le daba [...] Su conducta independiente le había hecho subir mucho en el concepto del público. Alarmado el gobierno por ello, pensó refundir todas las subvenciones que daba a los diferentes periódicos en uno solo [...] con esta idea nació *El Imparcial*.<sup>159</sup>

Periódicos como *El Gil Blas* y *El Nacional* refutaron esta versión. El primero recordó que el periódico de Prida había sido uno de los principales sostenes de la política represora que siguió el régimen hacia la prensa e incluso anexó una lista de periodistas “anticientíficos” que padecieron su escarnio y su burla, y otra que anotaba a los periódicos demandados con el apoyo moral o legal de *El Universal*. En fin, *El Gil Blas* no pareció lamentar la situación de Prida: “Triste, pero vivo ejemplo de las humanas mudanzas [...] la desgracia en que ha caído el diputado Don Ramón Prida, ayer hombre de formidables influencias, valido del poder, y hoy a las puertas de la cárcel pública, como cualquier insignificante hijo de vecino.”<sup>160</sup>

*El Nacional*, por su parte, hizo un balance de la situación, extrañándose de la parcialidad y el olvido que ahora parecía manifestar *El Monitor* en su defensa de Prida: “Dicho señor entró al congreso como diputado porfirista [...]. Adquirió también *El Universal*, fuertemente ayudado por el gobierno, con ese mismo carácter político de partidario del General Díaz. Por lo tanto, la posición política del señor Prida, era netamente porfirista.”<sup>161</sup> Ahora bien –reflexionaba–, todo partido impone una disciplina voluntaria, la cual Prida, “sin razón aparente”, pretendió hacer flexible hasta un grado tal, que terminó por colocarse “fuera del partido en que estaba afiliado, sin que le hubiera detenido en la pendiente la serie de advertencias que necesariamente ha tenido que recibir y de las cuales alguna es del dominio público (la retirada de la subvención que recibía) hasta que quedó fuera de él.”<sup>162</sup>

<sup>159</sup> Prida, *Dictadura*, 1914, p. 140. Al igual que Bulnes, nunca menciona a Ferrel o *El Demócrata* por sus nombres.

<sup>160</sup> El texto fue reproducido en *El Tiempo* el 9 de octubre de 1896.

<sup>161</sup> “*El Monitor*. ¡Siempre el mismo!”, *El Nacional*, 9 de octubre de 1896, p. 1.

<sup>162</sup> *Ibid.*

Desde mi punto de vista, lo incontrovertible es que a Ramón Prida le faltó sagacidad política. Es decir, lo que ocurrió no era del todo imprevisible. Por ejemplo, *El Universal* había externado a principios de mayo críticas con cierta severidad e ironía a Pedro Rincón Gallardo, gobernador del Distrito Federal.<sup>163</sup> La prensa interpretó que detrás del ataque se escondían intereses muy concretos: los científicos querían desprestigiar a Rincón Gallardo, a fin de colocar a un hombre de su grupo en ese importante cargo. Luis del Toro, sin duda el redactor más perspicaz de *El Monitor Republicano*, apuntó al respecto como una admonición (hay que recordar que aún no se producía el acercamiento entre este periódico y *El Universal*): “Tuxtepec no está tan unido como pudiera creerse [...] hay grupos que tienen diferentes tendencias y que apenas se atreven a manifestarlas, pero que las manifiestan alguna vez. [...] Allá, arriba, se permiten estos movimientos locales; más bien dicho, se toleran; pero se toleran hasta que se toleran, por decirlo así...”<sup>164</sup>

Del Toro no fue el único que, desde el análisis más o menos abstracto, llegó a esta conclusión que se haría realidad con Prida. Se recordará que, en aquella ocasión en que *El Universal* se encontró en desacuerdo con las garantías que Limantour extendió a los redactores de *El Demócrata* para no denunciarlos, expresó que Baranda había preferido complacer al secretario de Hacienda que cumplir con su deber. Esa línea valió para que Heriberto Barrón, quien según hemos visto era cercano a Ferrel, decidiera denunciar al responsable de difamar al secretario de Justicia. Bulnes, entonces, aseguró ser el autor del artículo en cuestión y, cambiando a la tercera persona, dijo más: Bulnes “declara formalmente y sin jactancia, que irá con gusto a Belén, si con tal sacrificio logra probar al vulgo enterneado de oficio con los sufrimientos de la prensa, que un *periodista* no es más que un *hombre*, no una divinidad babilónica que merece la adoración universal”.<sup>165</sup>

*El Demócrata* tildó de “comedia” la declaración del diputado, porque todos sabían que eso no sucedería. Trazó entonces un boceto del camino que

<sup>163</sup> El motivo fue que los cargadores de la empresa Camacho se rehusaron a extender sus horarios y realizar otras actividades distintas a las convenidas en su contrato sin recibir mayor sueldo. Ante la amenaza de los patrones de despedir a los huelguistas, Rincón Gallardo intervino dando de algún modo la razón a los trabajadores y asegurándoles que no serían despedidos. *El Universal*, más cercano a cierta versión radical de liberalismo económico amén de las diferencias políticas, opinó que era indebida esta intervención de la autoridad: “Está bueno que el Sr. Rincón Gallardo sea demócrata, pero sería desagradable que el señor Gobernador del Distrito nos hubiera salido romántico.” Monaguillo, “Luces de Bengala. Socialismo al aire libre”, 2 de mayo de 1895, p. 1.

<sup>164</sup> “Cismas que llamaremos políticos”, *El Monitor Republicano*, 3 de mayo de 1895, p. 3.

<sup>165</sup> Bulnes, “El periodista Sr. Heriberto Barrón denunciando ante el Procurador de Justicia al periodista Francisco Bulnes”, *El Universal*, 3 de marzo de 1895, p. 2.

tendría que seguir este hombre prominente del grupo “científico” para pisar la cárcel, camino que se parece mucho al que habría de recorrer Ramón Prida: “Si el gobierno se disgustara con él, no lo llevaría a la cárcel, créalo Pérez. Con sólo quitarle los empleos lo castigaría bastante. Y si una vez destituido de la diputación, de las cátedras, de las inspecciones, persistía en su pretensión, entonces sí correría peligro que le hicieran caso; pero mientras no lo destituyan, sus bravatas dan risa, por chistosas, por necias.”<sup>166</sup>

Pues bien, una vez que Prida perdió la curul (cualquier apoyo por parte del régimen), su periódico pareció no tener futuro. Unos días antes de que lo destituyeran, acaso alertado, había abandonado la dirección de *El Universal* para realizar un viaje a Estados Unidos, el que finalmente emprendió acompañado de su familia, tras su brevísimo paso por Belén.<sup>167</sup> Al volver se encargó de la dirección del diario de manera intermitente, pues delegó en muchas ocasiones esta responsabilidad. En fin, en la primera semana de julio de 1897, se dio a conocer mediante un pequeño anuncio que, desde el primer día de ese mes, el periódico había quedado en manos de Eusebio Sánchez y Cía. Él aseguró quedar “separado en lo absoluto” para dedicarse a su profesión.<sup>168</sup>

Todavía un mes antes, sin embargo, había procurado regresar al círculo de confianza de Díaz, objetivo que el mismo Limantour le impidió. Lo que Prida quería era arrendar *El Universal* al gobierno del mismo modo que él había hecho con el de Reyes Spíndola antes de adquirirlo. La proposición la hizo a través de Manuel González Cosío, quien se quedó con la cartera de Gobernación tras la muerte de Romero Rubio, asegurando al menos tres veces que le mostraba el contrato firmado con Reyes Spíndola para que sirviera como base, pero que en realidad estaba dispuesto a poner el “periódico incondicionalmente a disposición del Sr. Presidente”.<sup>169</sup> En la carta que dirigió a Limantour para resumir estos hechos –que este desde luego debía conocer muy bien–, le pedía insistir en este punto con Díaz, “para mi tranquilidad respecto al concepto que de mí se forme en este asunto el Sr. Presidente”. Pero más que otra cosa, su intención fue dar acuse de la actitud negativa del secretario de Hacienda, otrora héroe de *El Universal*: “El

<sup>166</sup> “Una comedia de Bulnes”, *El Demócrata*, 3 de marzo de 1895, p. 2.

<sup>167</sup> “*El Universal*”, *El Monitor Republicano*, 4 de octubre de 1896, p. 4; “El Sr. Prida de viaje”, *La Patria*, 11 de octubre de 1896, p. 2.

<sup>168</sup> *El Universal*, 6 de julio de 1896, p. 1.

<sup>169</sup> R. Prida a Limantour, México, 1 de junio de 1897, en Archivo Histórico del Centro de Estudios de Historia de México, colección José Yves Limantour, fondo CDLIV, carpeta 42, doc. 10896.

Sr. González Cosío a los dos días de esta conversación me dio las gracias en nombre del Presidente manifestándome que nada podía hacerse no obstante mi buena disposición por la resistencia de V. a hacerse el contrato.”<sup>170</sup>

Prida no reingresó al régimen –no al menos desde ningún puesto político– sino hasta sus postrimerías, cuando volvió a ser electo diputado para la XXV Legislatura (1910-1912).<sup>171</sup>

Finalmente, hay que decir que a los periódicos que entraron en la batalla no les fue mejor que a sus periodistas: *El Demócrata* desapareció en enero de 1896. Más allá de la prolongada prisión de Ferrel, pareció haber perdido su razón de existir, toda vez que en lo fundamental había logrado sus objetivos: el desprestigio de los “científicos”, la caída de *El Universal* y, por lo pronto, las enfáticas declaraciones de Limantour en el sentido de que no le interesaba la política. Además, cada vez resultaba menos creíble su independencia de Baranda, lo cual podía llevarlo a ser un estorbo más que un apoyo.

*El Noticioso* de Pola, a pesar de ser el primer periódico capaz de vender 30 000 ejemplares en México, tampoco pudo sobrevivir el año. *El Monitor Republicano*, al que parecieron cerrársele los caminos, abandonó la escena con mucha nostalgia al acabar 1896. Díaz Dufoo, que al parecer no estuvo de acuerdo con la actitud de *El Universal* en la lucha contra *El Demócrata* y Baranda, cayó de pie y a partir del 24 de septiembre de 1896 se puso al frente de la redacción de *El Mundo* –una de las grandes empresas de Reyes Spíndola que por entonces comenzaron a dominar el panorama de la prensa en el país–, momento en que dejó de ser semanario para aparecer diariamente.

El gobierno, por su parte, decidió suprimir las subvenciones que otorgaba a distintos periódicos que habían servido como instrumento de desavenencias internas y batallas ministeriales, para concentrar los recursos y los apoyos en uno solo, nuevo, lejano a los conflictos recién experimentados, en manos de un hombre reconocido por la flexibilidad de sus convicciones políticas y su férrea capacidad empresarial: *El Imparcial* de Rafael Reyes Spíndola.<sup>172</sup>

<sup>170</sup> *Ibid.*

<sup>171</sup> *Diccionario*, 1992, t. II, pp. 788-789.

<sup>172</sup> García Granados, *Historia*, v. 3, s. f. e., p. 13; López, *Elevación*, 1975, p. 242, y Díaz, *Escuela*, 1972, p. 193.

## EPÍLOGO

Leonardo Márquez permaneció alrededor de quince años en México, entre el desprecio y el olvido. Al parecer, nunca abandonó el Hotel Washington al que llegó en junio de 1895. José Emilio Pacheco asegura que el ex *Tigre de Tacubaya* “se convirtió en otro fantasma de la Alameda, todo el día encobijado y silencioso en una banca”.<sup>1</sup> Ciro B. Ceballos lo recordaba caminando “a temprana hora” por el Boulevard –la actual Avenida Juárez–, en medio de las miradas de la gente, “anciano de pequeña estatura, de blanca barba corta, con la boca torcida bajo el espeso bigote también blanco”.<sup>2</sup> En ocasiones, para fastidio de algunos y con la indiferencia de otros, acudía al teatro a disfrutar de las mismas funciones que la gente sin reputación.<sup>3</sup> Los años que permaneció en México desde su regreso, cada día de Corpus depositó una corona de flores en el sepulcro de Manuel Romero Rubio, quien habría intercedido a su favor para permitirle volver al país.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Pacheco, “Inventario”, 2010, pp. 64-66. Los conservadores fueron constantemente representados –según las palabras de Edmundo O’ Gorman– como “fantasmas insustanciales”, “sombras” cuya victoria nunca fue posible y cuyas batallas fueron, entonces, un absurdo o una traición. Al respecto, véase Pani, “Fuerzas”, 2009, p. 11-14.

<sup>2</sup> Ceballos, *Panorama*, 2006, p. 183.

<sup>3</sup> Para la publicación de *Manifiestos*, Ángel Pola solicitó a algunos hombres que vivieron de cerca la experiencia del Segundo Imperio su opinión acerca de un retrato de Márquez y sobre el mismo lugarteniente. José Luis Blasio, en carta fechada el 10 de julio de 1904, le contestó que lo había conocido con cierta cercanía durante el Imperio, en 1869 se lo encontró en La Habana y hacía un par de meses se habían vuelto a cruzar en el Teatro del Renacimiento. Márquez, *Manifiestos*, 1904, p. XIV.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. LXXII.

Si a fines de 1895 la prensa lo había olvidado casi por completo, es sencillo imaginar que con el correr de los años desapareció del todo de la vida pública. Tanto que, hasta donde he podido averiguar, nadie sabe bien a bien cuándo y por qué decidió partir de nuevo rumbo a su último exilio en La Habana, del que no regresó. El mismo Ceballos dejó asentado lo siguiente: “Algún tiempo más tarde, despechado por su impotencia para entrar en acción, o acaso entristecido por la repugnancia instintiva con que era mirado por todos, se regresó a la isla de Cuba, donde más tarde encontró la muerte, después de haber cometido la infamia de haber nacido.”<sup>5</sup> No puede, pues, creerse, como se ha llegado a sugerir, que salió de México en 1910 debido al hostigamiento de la prensa.<sup>6</sup>

Conrado Hernández se inclina a pensar que, ahuyentado por los vientos revolucionarios, dejó México en 1911.<sup>7</sup> Es probable que no quisiera pasar sus últimos días en medio de otra guerra fratricida. Márquez contaría entonces con 91 años. Murió en La Habana el 4 de julio de 1913. En plena efervescencia revolucionaria, *El Imparcial* se hizo espacio para dar la noticia, añadiendo que habían acudido al sepelio “sólo unas cuantas personas con quienes tenía relación”. Publicó un último recuerdo de aquel hombre polémico que, aún jovencito, más bien niño, acudió a Tamaulipas en la expedición que se mandó contra Isidro Barradas en 1829 y a partir de entonces, hasta 1867, participó en todas las guerras importantes que ocurrieron en el país, lo que desde luego no es poco decir:

[al volver] sólo era una sombra de su pasado vigor. Taciturno, convertido en un verdadero misántropo, veíasele concurrir todos los días a la misa de la Profesa, con su andar pesado y su cabeza baja. Admiraba su pulcritud, los zapatos siempre lustrosos, la corbata de nudo pequeño sobre la amplísima pechera, y jamás se vio la más leve mancha sobre el traje negro, siempre recién planchado. A veces salía a dar un paseo por la Alameda, vigilado de continuo por una pareja de policías de la reservada para protegerlo contra cualquier posible atentado.<sup>8</sup>

<sup>5</sup> Ceballos, *Panorama*, 2006, p. 184.

<sup>6</sup> Musacchio, *Milenios*, 1999, vol. 2, p. 1749.

<sup>7</sup> Hernández, “Militares”, 2001, p. 107.

<sup>8</sup> “Murió el último fantasma del Imperio”, *El Imparcial*, 8 de julio de 1913, p. 1.



Su tumba, como podría esperarse, es una tumba más entre centenares o miles de tumbas. Fernando Díaz Reyes Retana la visitó –hasta donde sé, el único que ha manifestado y cumplido ese deseo– y publicó una foto que desgraciadamente no es muy buena, en su biografía, *Vida militar y política del señor general de división don Leonardo Márquez Araujo*.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Reyes, *Vida*, 1978. Reyes Retana, abogado y con cierta simpatía hacia los conservadores, escribió esta biografía que no obstante no cumplir con los criterios que exige la disciplina histórica hoy en día, es el único intento que se ha hecho por abarcar la vida de Márquez, así fuera restringido a su aspecto militar. El trabajo que hemos citado de Conrado Hernández, aunque más acotado temporalmente, es fundamental en este sentido.

## CONSIDERACIONES FINALES

La repatriación de Leonardo Márquez al país, tras 28 años de exilio, fue irrelevante desde el punto de vista político. No sólo era un hombre mayor alejado por mucho tiempo de los sucesos del país, sino que este se había transformado radicalmente. Más allá de la obiedad de que en semejante tiempo cualquier país sufriría cambios más o menos importantes, lo cierto es que entre 1867 y 1895 las circunstancias políticas de México experimentaron acaso su mayor transformación desde la independencia. Se había pasado de una sempiterna lucha de facciones, ninguna de las cuales fue capaz, en medio siglo, de sostenerse en el poder durante mucho tiempo, a un gobierno personalista que, en las manos de Díaz, parecía indisputable.

Si –como afirma Elías José Palti– México, al dejar de ser virreinato, transitó de una concepción y práctica “restringida” de la política a su “generalización” (donde cualquier principio fue susceptible de ser politizado y cuya última consecuencia fue la guerra civil), a partir de 1867 inició un camino inverso que alcanzó su máxima expresión en la década de 1890.<sup>1</sup> Para el momento en que llegó Márquez, los políticos más importantes (incluidos los militares) habían aceptado por las buenas o por las malas la autoridad suprema de Díaz. Por lo mismo, no existían partidos políticos ni facciones que conspiraran seriamente contra el poder central. No había como tal –y mucho menos con las reminiscencias que ello traía– un “partido conservador”. Todos, salvo un puñado heterogéneo y decreciente de independientes, se reconocían y buscaban el reconocimiento como “porfiristas”.

Lo importante para este trabajo no es sólo que Márquez carecía de importancia política, sino que esta situación era evidente. Los tres diarios

<sup>1</sup> Palti, *Invenición*, 2008, pp. 54-60.

fundamentales para este trabajo, *El Demócrata*, *El Monitor Republicano* y *El Universal*, sabían que el tema político crucial, respecto al cual era ineludible tomar posición, era la progresiva concentración del poder por parte de Díaz, la cual abría una interrogante respecto al futuro del país una vez que el hombre fuerte –que no podía sino envejecer– se viera imposibilitado para gobernar.

Así pues, la energía y la tinta que se gastaron en la polémica generada por el regreso de Márquez pueden parecer excesivas. Podría argüirse que, más allá de que tuviera o no importancia política, los crímenes que se imputaban al viejo general fueron los que definieron el escándalo producido tras su llegada. Este argumento, sin embargo, vuelve a toparse con el mismo problema: los crímenes que, en el pasado, pudo haber cometido alguna autoridad en contra del pueblo, se vuelven un tema público, escandaloso e incómodo para el gobierno en funciones sólo cuando dichos crímenes se convierten en materia política. No era el caso, pues –según quedó dicho– la esbelta opinión pública era porfirista en su mayoría y quienes se hallaban al margen no tenían la fuerza ni los medios para influir en las decisiones del gobierno.

Este fue, de hecho, el gran dilema al que se enfrentó por aquellos años *El Monitor Republicano*. Como expresó él mismo, la prensa independiente se encontraba en vilo, lejos de los asideros que podían asegurarle alguna relevancia: el régimen no tenía necesidad de contestar a sus críticas, el pueblo no las escuchaba siquiera. Era pertinente, pues, cuestionarse acerca de los objetivos que se perseguían al criticar desde ese sitio el regreso de Márquez (pregunta que con facilidad se hacía extensiva a la actividad en general de este periódico).

Por ello, en un inicio procuró darle un sentido político a ese retorno, señalando, contra toda evidencia y aun en oposición a algunos de sus propios artículos, que era un riesgo para la paz, porque podría inyectar fuerzas al viejo partido conservador, siempre listo a cazar el momento oportuno para volverse a enfrentar al partido liberal. Los argumentos que rebatían esta interpretación, esbozados por la prensa católica así como por *El Universal* y *El Demócrata*, pero sobre todo por la realidad misma –Márquez arribó a México y, como era de suponerse, no hizo un solo gesto político–, lo hicieron recular. Márquez –admitió entonces– era insignificante para la marcha del país.

Ensayó entonces un paso más con miras a reubicarse en la lucha política: procuró organizar y encausar el descontento de los grupos e individuos que se reconocían liberales y que no tenían cabida dentro del régimen. Para ello fue más allá de la opinión periodística: difundió, y con ello colaboró de algún modo en su organización, el enojo que había producido el regreso de Márquez en diferentes poblados; apoyó las manifestaciones

estudiantiles contra la presencia del viejo general y, finalmente, constituyó junto con *El Diario del Hogar* y *El Hijo del Ahuizote* –a los que se sumaron otros diarios– el Grupo Reformista y Constitucional, que tenía por objeto vigilar el respeto a la Constitución.

Todas estas iniciativas, sin embargo, no modificaron en nada el problema central, pues los integrantes del Grupo se mantuvieron al margen del gobierno y no lograron unir en torno suyo una opinión pública lo suficientemente fuerte para servir de contrapeso. Conscientes de esta debilidad, modularon su lenguaje y procuraron, en la medida de lo posible, abstenerse de criticar a Díaz de manera frontal. De hecho, más que otra cosa, “pedían” al gobierno que atendiera sus demandas. Este podía atenderlas o no sin que hubiera mayor diferencia en lo que a él concernía.

Otros periódicos liberales e independientes con alguna tradición como *El Diario del Hogar* y, sobre todo, *El Hijo del Ahuizote*, a partir de esos años comenzaron a radicalizarse, a atacar de manera más directa a Díaz y a relacionarse con jóvenes periodistas que buscaban el apoyo de sectores sociales emergentes (como los hermanos Flores Magón). *El Monitor Republicano*, en cambio, fue reacio a transformarse en esa misma medida. En contra de su propio análisis del contexto político, siguió actuando como si no pendiera en el vacío: sugería al gobierno, le indicaba las faltas cometidas contra la Constitución, señalaba sus errores o apelaba a la misma opinión pública que en otras ocasiones había declarado inexistente.

Para Charles Hale, el jacobinismo alojado en *El Monitor Republicano* fue “la baja principal” en la polémica motivada por la iniciativa de reforma de “inamovilidad judicial” que el grupo “científico” había impulsado en 1893. Dicho diario habría sucumbido porque ideológicamente estaba agotado (las contradicciones en que incurrió entonces darían cuenta de ello). Dos años después, en la disputa por el regreso de Márquez, el jacobinismo de *El Monitor Republicano* volvería a ser la “baja principal”. Desde mi punto de vista, la crisis por la que atravesaba este periódico no se debía tanto al agotamiento ideológico como a la orfandad política. Sus adversarios incurrían en tantas o más contradicciones pero, a diferencia de él, abrigados dentro del régimen, cumplían con una función muy clara. Sus contradicciones ideológicas quedaban explicadas por su congruencia política. En este último sentido, *El Monitor Republicano* se encontraba a la deriva.

La desaparición del diario jacobino en diciembre de 1896 fue la última muestra de la irrelevancia a que se veía sometido. Incapaz de reinstalarse en la lucha política, debió terminar su larga historia.

En una situación muy distinta se encontraban *El Demócrata* y *El Universal*. Ambos, convencidos de la falta de influencia de la prensa independiente, no sólo se declararon “porfiristas” (único lugar desde el que parecía posible luchar por cuotas de poder y cierta –limitada– injerencia en las decisiones del régimen), sino que además fungieron como voceros de dos grupos distintos, a cuya cabeza se encontraban miembros del gabinete de Díaz: Joaquín Baranda en Justicia e Instrucción Pública y José Ives Limantour en Hacienda, respectivamente.

Ahora bien, las ambiciones de ambos grupos encontraban su límite en Díaz, por lo que no disputaban su poder, sino su predilección. Dicho de otro modo, la lucha por ganar posiciones era siempre una lucha por obtener más prebendas por parte del dictador. En última instancia, en el horizonte de la lucha entre los distintos grupos “porfiristas” se vislumbraba –ya desde entonces– la inevitable e impredecible sucesión de don Porfirio, que algún día moriría o se hallaría incapacitado para continuar gobernando. Sucederlo, sin embargo, no sólo requería suma habilidad, sino mucha suerte, pues debían hallarse en la posición adecuada en el momento oportuno. Este ambiente, poblado de imponderables y reglas no escritas, producía fácilmente salidas en falso e intentos de retractación.

A partir de este tipo de ambiciones, se comprende que el regreso de Márquez haya resultado poco relevante para ambos diarios y que, a pesar de manifestarse de acuerdo sobre el punto, se encontraran en bandos opuestos al estallar la polémica. Así se explica, también, que *El Universal*, sin empacho alguno, hubiera dado un giro de 180 grados en su opinión al respecto, primero al repudiar el regreso del militar conservador a partir de una interpretación jacobina, y después al apoyarlo con base en principios positivistas. El primer interés de este periódico era político, por lo que la congruencia, aunque deseable, era secundaria: atacó a Márquez para golpear a un periódico católico (*El Nacional*), pero una vez que no quedó duda de que Díaz había brindado el perdón a su antiguo adversario de armas, *El Universal* se plegó y defendió esa decisión.

Por su parte, desde que corrió la noticia del retorno del general, *El Demócrata* señaló que no tenía importancia alguna más que para el mismo Márquez. Por ello –aseguró– no librarían sus batallas contra él, pues aspiraban a luchar contra hombres que detentaban algún poder y no con un anciano que pretendía pasar sus últimos años en la patria.

*El Universal* y *El Demócrata* eran, pues, similares: ambos esgrimían principios positivistas, con base en ellos se hallaban de acuerdo con el regreso de

Márquez, se asumían fervorosos “porfiristas” y aseguraban, además, ser independientes, es decir, que no apoyaban a tal o cual político sino su criterio respecto a los asuntos públicos. Este afán por ocultar sus verdaderos vínculos y objetivos tenía su razón de ser en las características del régimen y en la imprevisibilidad de la sucesión. Los grupos políticos a los que servían se encontraban en una situación compleja: necesitaban estar activos, mover sus fichas para alcanzar sus ambiciones; no demasiado, sin embargo, o corrían el riesgo de levantar las suspicacias de Díaz, quien no daba muestras de pensar en jubilarse. El problema consistía en saber cuánto era “demasiado”.

Así, esta prensa tuvo que desarrollar la habilidad de decir las cosas sin decirlas, de modo evasivo o en definitiva alegórico. Esa fue una de las razones por las que el regreso de Márquez causó una disputa tan acalorada en la prensa, porque a través de dicha polémica –relevante sólo de un modo muy limitado– se discutieron asuntos de mayor relevancia que, sin embargo, eran impronunciables pública y explícitamente.

Lo cierto es que Baranda y Limantour trasladaron la animadversión mutua, producto de sus intereses encontrados, a las páginas de la prensa, la cual se convirtió en el campo permitido para llevar a cabo la guerra ministerial. Aun cuando nadie quedó incólume, puede decirse que la batalla fue ganada por *El Demócrata*, porque el grupo “científico” (al que servía *El Universal*) se había movido demasiado y demasiado pronto, por decirlo de algún modo. Desde 1892-1893 había hecho explícitas sus expectativas al impulsar reformas constitucionales que delimitaran el poder de Díaz y, paulatinamente, dieran cause institucional a la sucesión. Así, el objetivo inmediato de *El Demócrata* –desprestigiar al grupo “científico” para detener su ascenso– era más fácil de conseguir que el de su contraparte, que pretendía fincar de una vez como sucesor de Díaz; sobre todo, aquel estaba en conformidad con los deseos del presidente.

La actuación de estos periódicos, sin embargo, no estuvo exenta de problemas. No podía pasar inadvertida la siguiente contradicción: en el contexto de un régimen cada vez más alineado a la imagen y las decisiones del dictador, existía una notable variedad de periódicos “oficiosos”. Si concebimos este tipo de periodismo como una forma de ascenso político y social (o por lo menos de mantener un ingreso regular), podríamos pensar que ese mecanismo era en sí mismo suficiente justificación para los beneficiados. En realidad, fue el régimen el que comenzó a poner en duda la pertinencia de mantener dicha situación: ¿era necesario o al menos útil continuar apoyando tal diversidad de periódicos?

La subvención de periódicos no era en modo alguno una práctica novedosa, pero durante el porfiriato pareció desarrollar una contradicción que no experimentaron los gobiernos que lo precedieron: anteriormente, las distintas facciones políticas se disputaban la presidencia con ciertas probabilidades de éxito. Por ello, cada grupo tenía por imperioso contar con uno o más medios que lo apoyaran y atacaran al adversario, procurando inclinar la balanza. Era natural, entonces, que existiera una diversidad de periódicos subvencionados, cuya proporción estaba de algún modo vinculada a la cantidad de grupos con oportunidades de hacerse del poder central. La situación en 1895, empero, era muy distinta.

No es que fuera un misterio para Díaz, la clase política o los periodistas, que la diversidad de periódicos “oficiosos” era el reflejo de luchas políticas que se libraban dentro del régimen. Tampoco lo era que, en alguna medida, Díaz las consentía o fomentaba, de acuerdo con su conveniencia. Sin embargo, no dejaba de presentar problemas, uno de los cuales era que, al extremarse la batalla, la política, aun restringida a los “porfiristas”, volvía a recuperar –y de manera espectacular debido a lo explosivo de algunas disputas– el espacio público a pesar de que los diversos grupos afectos al régimen aseguraban buscar la “unidad” que fortaleciera al gobierno y evitara la anarquía. La exacerbación de la lucha entre los diarios “oficiosos” ventilaba que la contienda era, en el fondo, una guerra adelantada –y por lo pronto limitada al ámbito de la prensa– por la sucesión presidencial.

No es casualidad que al año siguiente se hayan retirado las múltiples subvenciones para concentrarlas en un solo periódico que, en lo inmediato, debía apaciguar la intensidad de las batallas que acababan de librarse en la prensa: *El Imparcial*. Así pues, de acuerdo con estos acontecimientos, al concluir 1896 la configuración de la prensa capitalina se había transformado notablemente: la independiente desapareció o se radicalizó, y la variedad de la oficiosa se vio reducida de manera sensible.

## FUENTES CONSULTADAS

### ARCHIVO

AHCEHM Archivo Histórico del Centro de Estudios de Historia de México Carso.

### HEMEROGRAFÍA

*El Demócrata*, ciudad de México (1895-1896).  
*El Hijo del Ahuizote*, ciudad de México (1895).  
*El Imparcial*, ciudad de México (1897 y 1913).  
*El Monitor Republicano*, ciudad de México (1894-1896).  
*El Nacional*, ciudad de México (1894-1896).  
*El Noticioso*, ciudad de México (1895).  
*El Tiempo*, ciudad de México (1894-1895).  
*El Universal*, ciudad de México (1894-1896).  
*La Patria*, ciudad de México (1896 y 1898).

### BIBLIOGRAFÍA

Adame Goddard, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1981 (Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 15).



- Bastian, Jean Pierre, "Jacobinismo y ruptura revolucionaria durante el porfiriato" en Solange Alberro, Alicia Hernández Chávez y Elías Trabulse (coords.), *La Revolución Francesa en México*, México, COLMEX/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1993.
- Bertola, Elizabetta, "Las oportunidades del poder: suplencias e interinatos en la práctica del compromiso y del control electoral en el México porfirista (1876-1911)" en Enrique Montalvo *et al.*, *El águila bífrente: poder y liberalismo en México*, México, INAH/CONACULTA, 1995.
- Bulnes, Francisco, *El verdadero Díaz y la Revolución*, estudio introductorio y notas de Alicia Salmerón, México, Instituto Mora, 2008 (Colección Pensadores).
- Campos, Rubén M., *El bar: la vida literaria de México en 1900*, México, UNAM, 1996 (Ida y Regreso al Siglo XIX).
- Ceballos, Ciro B., *Panorama Mexicano 1890-1910. (Memorias)*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México, UNAM, 2006 (Ida y Regreso al Siglo XIX).
- , *En Tiranía. Retratos literarios*, edición crítica de Luz América Viveros, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM, 2010.
- Ceballos Ramírez, Manuel, *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum Novarum, la "cuestión social" y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, COLMEX, 1991.
- Celis de la Cruz, Martha, "El empresario Vicente García Torres (1811-1894)" en Miguel Ángel Castro (coord.), *Tipos y caracteres: la prensa mexicana*, México, Seminario de Bibliografía Mexicana Siglo XIX-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM, 2001.
- Cortés Cuesta, Myrna, "El Grupo Reformista y Constitucional de 1895-1896: una organización de la prensa liberal-radical frente al régimen porfirista", tesis de maestría en Historia Moderna y Contemporánea, México, Instituto Mora, 2002.
- , "El periodismo como recurso de presión política: el Grupo Reformista y Constitucional de la ciudad de México, 1895-1896" en Celia del Palacio Montiel (coord.), *La prensa como fuente para la historia*, México, Universidad de Guadalajara/CONACYT/Miguel Ángel Porrúa, 2006.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México, El porfiriato; La vida política interior. Segunda parte*, México, Hermes, 1972.
- Díaz Dufoo, Carlos, *Limantour*, México, Imprenta Victoria, 2ª ed., 1922.

- Díaz y de Ovando, Clementina, *La Escuela Nacional Preparatoria*, México, UNAM, 1972, 2 vols.
- Diccionario histórico y biográfico de la revolución mexicana*, México, INEHRM, 1992.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, México, Editorial Porrúa, 6ª ed. corregida y aumentada, 1995.
- Ferrel, José, “Un viaje al cielo” en *Cuentos mexicanos*, México, Imprenta de El Nacional, 1898.
- Fowler, William y Humberto Morales, “Introducción” en Will Fowler y Humberto Morales (eds.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX*, Puebla-Escocia, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Saint-Andrews University, 1999.
- Gantús, Fausta, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la ciudad de México, 1876-1888*, México, COLMEX/Instituto Mora, 2009.
- y Florencia Gutiérrez, “Liberalismo y antiporfirismo. Las incursiones periodísticas de Joaquín Clausell”, *Relaciones* 118, El Colegio de Michoacán, Primavera 2009, vol. XXX.
- García, Clara Guadalupe, *El periódico El Imparcial. Primer diario moderno de México (1896-1914)*, México, Centro de Estudios Históricos del Porfiriato A. C., 2003.
- García Granados, Ricardo, *Historia de México. Desde la restauración de la República hasta la caída de Porfirio Díaz*, México, Librería Editorial de Andrés Botas e hijo, s. f. e., vol. 3
- González Navarro, Moisés, *Historia moderna de México. El porfiriato. Vida social*, México, Hermes, 1954.
- Guerra, François-Xavier, *México: del antiguo régimen a la revolución*, México, FCE, 2000, 2 vols. (Sección Obras de Historia).
- Hale, Charles, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, FCE, 2002 (Sección Obras de Historia).
- Hernández López, Conrado, “Militares conservadores en la Reforma y el Segundo Imperio (1857-1867)”, tesis de doctorado en Historia, México, COLMEX/Centro de Estudios Históricos Condumex, 2001.
- Jiménez Marce, Rogelio, *La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*, México, Instituto Mora, 2003 (Historia Política).
- Katz, Friedrich, “México: la Restauración de la República y el Porfiriato, 1867-1910” en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina 9. México, América Central y el Caribe, c. 1870-1930*, Jordi Beltrán y María Escudero (trad.), Barcelona, Editorial Crítica, 1992.

- Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos pasados*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1993 (Paidós Básica).
- Leipidus, Henry, “Historia del periodismo mexicano”, trad. de Manuel Romero de Terreros en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, 1928, t. 2.
- Lombardo, Irma, *De la opinión a la noticia. El surgimiento de los géneros informativos en México*, México, Kiosco, 1992.
- López Portillo y Rojas, José, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, pról. de Atenodoro Monroy, México, Editorial Porrúa, 2ª ed., 1975 (Biblioteca Porrúa, 63).
- María y Campos, Alfonso de, “Los científicos: actitudes de un grupo de intelectuales porfirianos frente al positivismo y la religión” en Roderic A. Camp, Charles Hale y Josefina Zoraida Vázquez (eds.), *Los intelectuales y el poder en México. Memorias de la VI Conferencia de historiadores mexicanos y estadounidenses*, México, COLMEX/UCLA Latin American Center Publications, 1991.
- Márquez, Leonardo, *Manifiestos, el imperio y los imperiales*, anotado por Ángel Pola, México, F. Vázquez, 1904.
- Mata, Luis I., *Filomeno Mata: su vida y su labor. Ensayo biográfico*, México, SEP, 1945 (Biblioteca Enciclopedia Popular 62).
- Mateos, Juan A., *Memoria de un guerrillero, Novela original de Juan A. Mateos. Novísima edición ilustrada por artísticos fotograbados*, Casas editoriales Maucci Hermanos e Hijos Buenos Aires y Maucci Hermanos México, s. l. e., s. f. e, 1897.
- Musacchio, Humberto (dir.), *Milenios de México*, México, Hoja Casa Editorial, 1999.
- Nervo, Amado, *Lunes de Mazatlán (Crónicas: 1892-1894)*, edición, estudio y notas de Gustavo Jiménez Aguirre, México, Centro de Estudios Literarios-Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM/Océano/CNCA, 2006 (Obras de Amado Nervo).
- Pacheco, José Emilio, “Presentación” en *La novela histórica y de folletín*, México, Promexa, 2ª. ed., 1991 (Gran Colección de la Literatura Mexicana).
- , “Inventario. ¿Juan A. Mateos o Mariano Azuela?”, revista *Proceso*, 21 de noviembre de 2010.
- Palacios, Guillermo (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América latina, siglo XIX*, México, COLMEX, 2007.

- Palti, Elías José, *La política del disenso. La “polémica en torno al monarquismo” (México, 1848-1850)... y las aporías del liberalismo*, México, FCE, 1998 (Sección Obras de Historia).
- , “La Sociedad Filarmónica del Pito. Ópera, prensa y política en la República restaurada (México, 1867-1876)”, *Historia Mexicana*, LII (4), 2003.
- , *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, Buenos Aires, FCE, 2008 (Sección Obras de Historia).
- Pani, Erika, “Democracia y representación política. La visión de dos periódicos católicos de fin de siglo, 1880-1910” en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (coords.), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, UNAM, 2001.
- , *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, México, COLMEX/Instituto Mora, 2001.
- , *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples*, México, CIDE/FCE, 2004 (Herramientas para la Historia).
- , “La ‘nueva historia política’ mexicanista: no tan nueva, menos política, ¿mejor historia?” en Guillermo Palacios (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América latina, siglo XIX*, México, COLMEX, 2007.
- , “Las fuerzas oscuras: El problema del conservadurismo en la historia de México” en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, FCE/CNCA, 2009, 2 tt. (Biblioteca Mexicana. Serie Historia y Antropología).
- Pettersson, Aline, *Viajes paralelos*, México, Alfaguara, 2002.
- Piccato, Pablo, “Jurados de imprenta en México: el honor en la construcción de la esfera pública, 1821-1882” en Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE, 2003.
- , “El duelo y la política en el México revolucionario” en Brian Connaughton, Carlos Illades y Sonia Pérez Toledo (coords.), *Construcción de la legitimidad política en México en el siglo XIX*, México, COLMICH/UAM/UNAM, 2008.
- Prida, Ramón, *¡De la dictadura a la anarquía! Apuntes para la historia política de México durante los últimos cuarenta y tres años*, El Paso, Texas, Imprenta de “El Paso del Norte”, 1914, 2 vols.
- Quirarte, Vicente, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México, 1850-1992*, México, Cal y Arena, 2010.

- Raat, William, *El positivismo durante el porfiriato, 1876-1910*, México, SEP, 1975.
- Reyes Retana, Fernando Díaz, *Vida militar y política del señor general de división don Leonardo Márquez Araujo*, Querétaro, edición del autor, 1978.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen y Segio Márquez Acevedo, *Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, UNAM, 1985.
- Saborit, Antonio, *El Mundo Ilustrado de Rafael Reyes Spíndola*, México, Grupo Carso, 2003.
- , *Los doblados de Tómoctic. Un episodio de historia y literatura*, México, Nexos Sociedad Ciencia y Literatura/Cal y Arena, 2a ed. aumentada, 2010.
- Salm Salm, Félix, *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, trad. Eduardo Gibbon y Cárdenas, México, Tipografía de Tomás F. Neve, 1869.
- Salmerón, Alicia, “La mecánica de un régimen personalista” en Beatriz Rojas (coord.), *Mecánica política: para una relectura del siglo XIX mexicano. Antología de correspondencia política*, México, Universidad de Guadalajara/Instituto Mora, 2006.
- , “La campaña presidencial de 1892: una apuesta por la definición de mecanismos para un relevo generacional” en Georgette José Valenzuela (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México. De la República Restaurada al México de la alternancia: 1867-2006*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 2012.
- , “Partidos personalistas y de principios; de equilibrio y contrapesos. La idea de partido en Justo Sierra y Francisco Bulnes” en Alfredo Ávila y Alicia Salmerón (coords.), *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*, FCE/CNCA/Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 2012.
- , “Prensa periódica y organización del voto. El Club Político Morelos. 1892” en Fausta Gantús y Alicia Salmerón (coords.), *Prensa y elecciones. Formas de hacer política en el México del siglo XIX*, Instituto Mora, 2014.
- Sierra Villarreal, José Luis, “Prólogo a la segunda edición” en Joaquín Baranda, *Recordaciones históricas*, México, CNA, 1991 [1907], 2 vols. (Cien de México).
- Tenorio Trillo, Mauricio y Aurora Gómez, *El porfiriato*, México, CIDE/FCE, 2006 (Herramientas para la Historia).

- Valadés, José C., *El porfirismo. Historia de un régimen. El nacimiento (1876-1884)*, México, UNAM, 1977 (Nueva Biblioteca Mexicana, 63).
- Vieyra, Lilia, *La Voz de México (1870-1875). La prensa católica y la reorganización conservadora*, México, UNAM/INAH, 2008.
- Vigil, José María, *México a través de los siglos*, Vicente Riva Palacio (coord.), México, Cumbre, 1967, vol. 5.
- Zea, Leopoldo, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, FCE/SEP, 1985 (Lecturas Mexicanas, 81).



## ÍNDICE ONOMÁSTICO

### A

Agüeros, Victoriano: 27, 28, 32, 39, 40, 41, 54, 63, 115.  
Alcalá, Enrique: 80, 81, 82, 83.  
Aldasoro, Gregorio: 30, 31, 33.  
Alva, Ramón: 26, 27, 31, 61, 73, 78, 98, 121, 142.  
Araujo, Román: 20, 28, 40, 66, 67, 81.  
Arista, Mariano: 38.  
Arriola, Inocencio: 110.

### B

Baranda, Joaquín: 44, 87, 113, 119, 123-132, 134, 141-144, 147, 149, 156, 157, 164.  
Baranda, Pedro: 113.  
Barradas, Isidro: 151.  
Barreda, Gabino: 78, 79.  
Barrón, Heriberto: 113, 126, 147.  
Beteta, Enrique: 40.

Blanco, Francisco: 114-116.

Blasio, José Luis: 150.

Bulnes, Francisco: 23, 26, 32, 34, 35, 45-48, 50, 52, 56, 57, 79, 92, 99, 100, 101, 119, 136, 143, 146-148, 160.

### C

Cabrera, Daniel: 29, 91, 110.

Cajigas, Linódoro: 65.

Camacho, Agustín: 40.

Campos, Rubén M.: 116, 130, 131.

Carranza, Ignacio: 40.

Castañeda y Nájera, Vidal: 80, 84, 119.

Castillo, Apolinar del: 109.

Castillo, Félix: 77.

Ceballos, Ciro B.: 21, 30, 59, 94, 104-106, 114, 150, 151.

Celada, Adolfo: 80.

Chávarri, Enrique: 94, 104-106.

Clausell, Joaquín: 54, 113-116.

Cobos, José María: 65.



Comonfort, Ignacio: 25.  
 Corral, Ramón: 145.  
 Cosmes, Francisco G.: 43, 50-53.  
 Couto, Fernando: 131.

## D

Delgado, Rafael: 130.  
 Delgado, Sinesio: 47.  
 Díaz Covarrubias, Juan: 75.  
 Díaz Dufoo, Carlos: 22, 26, 34, 35, 46-48, 50, 56, 79, 87, 98, 101, 142, 149.  
 Dorantes, Rafael: 126, 127, 144.

## E

Escobedo, Mariano: 87.  
 Escudero, Ignacio: 126-129.

## F

Fernández Leal, Manuel: 144.  
 Ferrel, José: 40, 53, 80-83, 93-96, 100, 102-110, 112-117, 119, 120, 122, 123, 125-134, 136, 138-143, 145-147, 149.  
 Flores, Manuel: 45, 47, 56, 136.  
 Flores Magón, hermanos: 91, 155.  
 Frías, Heriberto: 103, 116.

## G

Gándara de Velasco, José: 120, 121.  
 García Granados, Alberto: 116.

García Torres, Vicente (hijo): 29, 35, 58, 59, 64, 68, 69, 72, 75-77, 81, 85, 92, 94, 96, 102, 104-111, 114, 119, 134.

García Torres, Vicente (padre): 29.

González, Manuel: 39, 78, 106.

González Cosío, Manuel: 148, 149.

González Mier, Gabriel: 54, 85, 110, 113-116, 139.

Gutiérrez Nájera, Manuel: 22-24, 26-28, 35, 37, 45, 47, 50, 56, 60, 98, 99, 101.

## H

Hegewisch, Adolfo: 11.

Hernández Ortiz, Enrique: 81-83.

Hinojosa, Pedro: 125, 128.

## J

Juárez, Benito: 21, 25, 36, 65, 70, 71, 77, 87, 90.

## L

Labastida, Pelagio: 36.

Larralde, Joaquín: 109.

Leduc, Alberto: 47, 131.

Lerdo de Tejada, Sebastián: 25, 71, 90, 104, 113.

Limantour, José Ives: 17, 37, 44-46, 56, 96, 119, 123-129, 131, 136-138, 140-145, 147-149, 156, 157.

López Portillo y Rojas, José: 123.  
Lozada, Manuel: 65.

## M

Mariscal, Ignacio: 87.  
Márquez, Rosendo: 112.  
Martínez, Mucio P.: 112.  
Martínez Calleja, Francisco: 145.  
Mata, Filomeno: 28, 29, 54, 91, 110.  
Mateos, Juan A.: 20, 21, 109.  
Mateos, Manuel: 20, 75.  
Maximiliano de Habsburgo: 11, 19, 24, 31, 63, 66, 69, 70, 72.  
Mejía, Tomás: 11, 65, 66.  
Mendoza y Vizcaíno, Federico: 38, 72, 85, 88.  
Miramón, Miguel: 11, 28, 35, 36, 39, 41, 65, 66, 103.  
Moheno, Querido: 114, 115.

## N

Neri, Canuto: 83.  
Nervo, Amado: 114, 130.

## O

Obregón, Adolfo M.: 109.  
Ocampo, Melchor: 11, 19, 65, 66, 69, 70, 71, 74, 76-78, 81, 84, 86, 103.  
Olaguíbel, Carlos: 50, 51.  
Olmos y Contreras, Jesús: 112.

Ortiz, José G.: 53, 71, 80, 93, 111, 116, 117, 118, 120, 127, 143.  
Osorno, Francisco Javier: 48.

## P

Pérez de León, Juan: 129.  
Pérez Rubio, Enrique: 136, 142.  
Pineda, Rosendo: 49, 56, 126, 129, 130, 131.  
Plata, Manuel: 145.  
Pola, Ángel: 19, 20, 38, 40, 72, 75, 85, 88, 110, 130, 149, 150.  
Pombo, Luis: 48, 50-53, 119, 140.  
Prida, Ramón: 35, 37, 44-48, 50, 56, 119, 123, 124, 128, 132, 136, 140-149.  
Prieto, Guillermo: 47, 54, 105.

## R

Rábago, Jesús: 83.  
Redo, Diego: 129.  
Reyes Spíndola, Rafael: 44, 47, 48, 148, 149.  
Rincón Gallardo, Pedro: 76, 77, 81, 147.  
Ríos, Enrique M. de los: 110.  
Riva Palacio, José: 108, 109.  
Rivera Gordillo, José Antonio: 85, 110, 114, 115.  
Rocha, Sóstenes: 84.  
Romero, Francisco: 126.  
Romero Rubio, Manuel: 49, 50, 56, 87, 124, 126, 131, 148, 150.  
Roumagnac, Carlos: 47.

## S

Salinas y Carbó, Antonio: 119, 121.

Salm Salm, Félix: 72.

Samson, Alberto: 69, 110, 126.

Sánchez, Eusebio: 44, 148.

Sánchez Ochoa, Gaspar: 109.

Sánchez Santos, Trinidad: 63.

Sanlúcar, Marcos: 77.

Santos Degollado, José: 11, 19, 84.

Serna, Jorge de la: 11.

Serrano, Palemón: 129.

Sierra, Justo: 23, 24, 43, 44, 48-52, 56,  
78, 79, 125.

Soriano, Manuel: 129.

## T

Tavera, Ramón: 11.

Tornel de Segura, Victoria: 11.

Toro, Luis del: 26, 29, 44, 45, 54, 61-63,  
65, 69, 70, 85-87, 89, 91, 100, 145,  
147.

Tovar, Antonio: 106.

## U

Urbina, Luis G.: 47.

## V

Valle, Leandro: 11, 19, 71, 84.

Vigil, José María: 23, 24.

## Z

Zarco, Francisco: 27.

Zuloaga, Félix: 65, 66.

Zúñiga y Miranda, Nicolás: 81-83.

*La prensa como arena política. El polémico retorno  
de Leonardo Márquez a México (1895)*

se terminó de imprimir el \_\_ de \_\_\_\_\_ de 2015,  
en los talleres de \_\_\_\_\_, México, D. F.

Edición realizada a cargo de la Subdirección  
de Publicaciones del Instituto Mora.

En ella participaron: *diseño de portada*, Rodrigo Salmerón;

*corrección de estilo*, Gabriela Montes de Oca;

*corrección de pruebas*, Mariana Escalante, Estela García,

Javier Ledesma y Gustavo Villalobos;

*formación de páginas*, Marco Ocampo;

*cuidado de la edición*, Gustavo Villalobos y Yolanda R. Martínez.

La edición consta de 500 ejemplares.

